

LA MARTINE

GENOVEVI

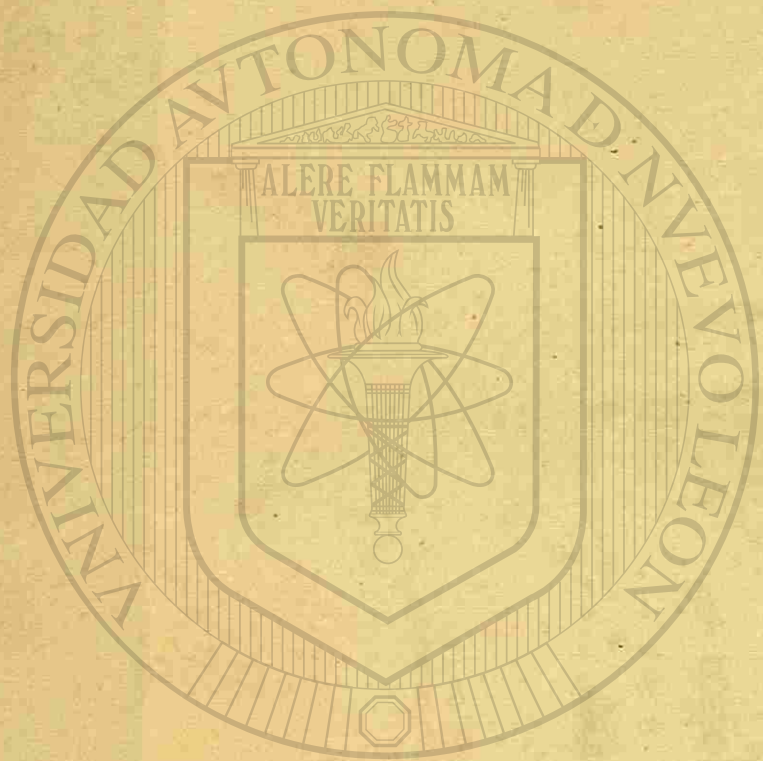
8487

1215A

PQ2325

.G4

S6



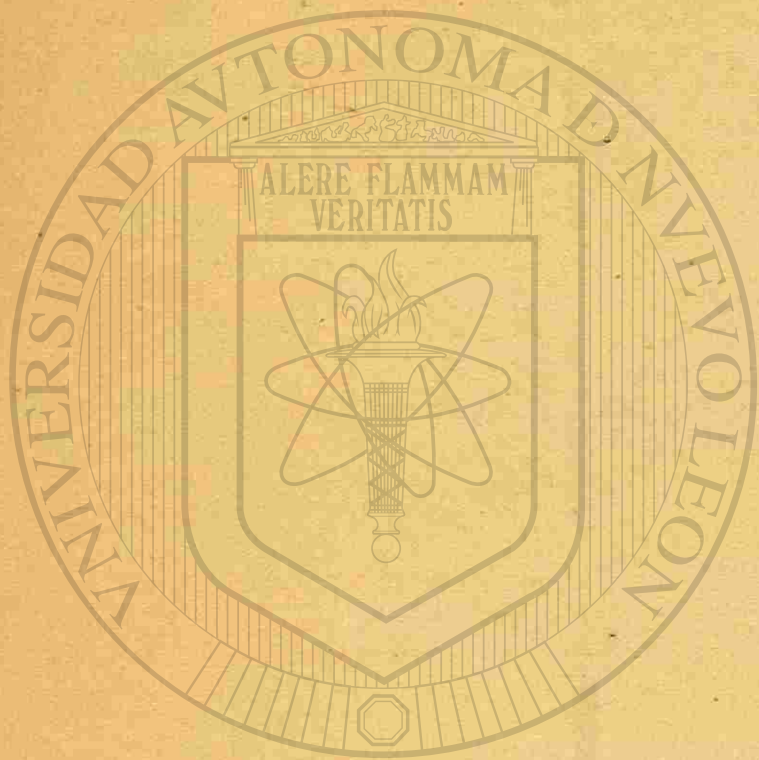
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UANL

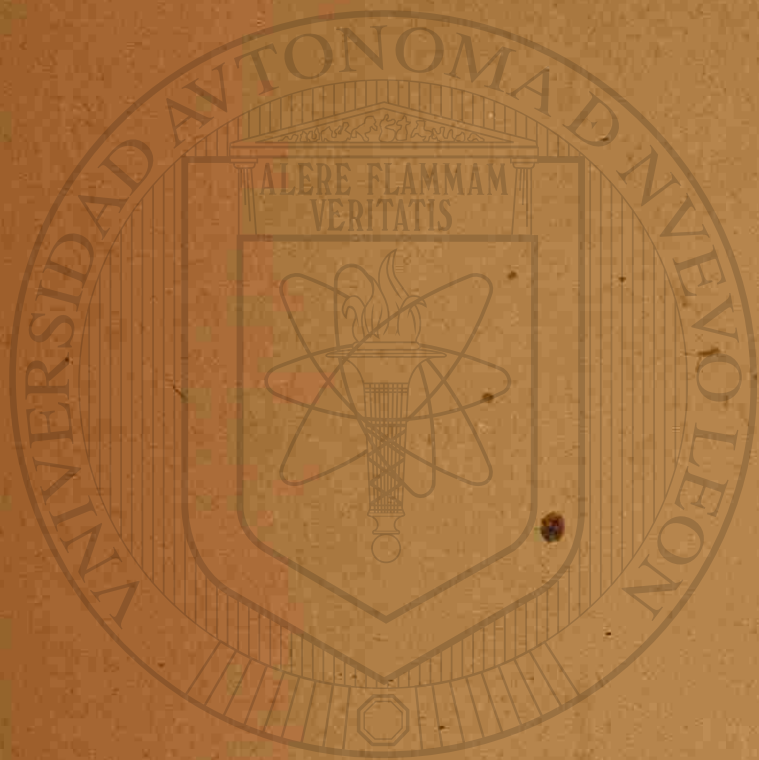
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



RICARDO GONZÁLEZ
FONDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOS PERLAS LITERARIAS

DEL CÉLEBRE



Mr. Adolfo de Tamayo

PUBLICACION DE LA SOCIEDAD LITERARIA.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1000. 1625 MONTERREY, MEXICO

099515

Madrid: 1853.

IMPRESA DE AYUALS DE IZCO HERMANOS, CALLE DE LEGANITOS, NÚM. 47.

30394

843

L

PQ2325

64

56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PUBLICACION DE LA SOCIEDAD LITERARIA

ES PROPIEDAD DE AYUALS DE IZCO HERMANOS.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DIRECCION GENERAL DE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE AYUALS DE IZCO HERMANOS, CALLE DE ESCOBEDO, N.º 47.

00308

GENOVEVA

HISTORIA DE UNA CRIADA

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR D. BLAS MARIA ARAQUE.

PREFACIO.

Antes de empezar, con la historia de Genoveva, una serie de descripciones y de diálogos a propósito para el pueblo, para los habitantes de las ciudades y de los campos, he creído que debía decir cuál ha sido el espíritu que me los ha dictado, en qué ocasión los he escrito, y por qué causa dedico esta historia a madama Reine-Garde, costurera y sirviente en Aix, en Provenza.

II.
III.

Con objeto de pasar parte del verano de 1846, habia ido yo á Marsella, verdadera Smirna de la Francia, y ciudad digna, por su actividad comercial, de servir de principal escala á la navegacion mercantil, y de punto de reunion á esas caravanas de fuego que nosotros llamamos trenes de los ferro-carriles: ciudad tambien, que, como la Smirna del Asia, merece honrarse con los recuerdos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

de los grandes poetas, aun cuando no sea por otra cosa que por su gusto ático hácia todos los ramos del arte. Me habia establecido fuera de la poblacion, demasiado bulliciosa para un enfermo, en una de esas quintas que parecen salidas de la tierra sobre toda la circunferencia de su suelo, para ofrecer, con el descanso del domingo, la vista de sus velas y las brisas de su mar, á aquella poblacion codiciosa de placeres naturales, la poesía á que debe su hermoso clima.

La casita donde yo habitaba tenia un jardín, cuya puerta encontrábase sobre la playa arenosa del mar, al extremo de una larga calle de plátanos, al otro lado de la montaña de la Virgen de la Guardia, y muy cerca del riachuelo, cubierto de lentiscos, que circuye al hermoso parque y á la villa toscana ó genovesa de la familia Borelli. Desde mis ventanas se percibian los menores movimientos de las olas sobre los bordes de su lecho, y sobre su almohada de arena, y siempre que se abria la puerta del jardín, veianse avanzar las franjas de espuma casi hasta la pared, y retirarse inmediatamente como para atraer y abrasar en un fuego eterno la mano que hubiese querido bañarse en la onda. Dejaba yo correr horas y horas, sentado sobre una enorme piedra á la sombra de una higuera, y contiguo á aquella puerta, contemplando esa luz y ese movimiento que se denomina el mar. De rato en rato, una vela de pescador, ó el humo que salia de la chimenea de un vapor, doblado en forma de penacho, se deslizaba sobre la cuerda del arco que formaba el golfo, interrumpiendo la monotonía del horizonte.

III.

La playa estaba casi desierta los dias de trabajo; pero los festivos tomaba nueva animacion con grupos de marinos, de ricos y ociosos vagamundos, y de familias de negociantes de la ciudad, que iban á bañarse ó á sentarse á la sombra de la costa y contiguo á las olas. La algazara de hombres, mujeres y niños, felices con el sol

y el descanso, se mezclaba al rumor de las aguas ligeras y delgadas, á la manera de hojas de acero pulido sobre la arena. Entre tanto, doblaban la punta del cabo de la Virgen de la Guardia, sombreado por pinos marítimos, multitud de barquichuelos. Cruzaban de parte á parte el golfo, tocando casi con la tierra, para ir á abordar la orilla opuesta. Se percibian distintamente las ondulaciones de la vela, la cadencia de los ocho remos, las conversaciones, los cantos, las risas de las bellas ramilleteras, ó de las vendedoras de naranjas de Marsella, hijas de Foceo, enamoradas de los golfos, y que se complacen en jugar con las espumas de su elemento nativo.

IV.

Como no fuese la familia patriarcal de los Rostand, esos grandes armadores que unen Smirna, Atenas, la Siria, y el Egipto á la Francia con sus empresas, y á los que yo era deudor de todos los goces de mi primer viaje á Oriente; si se exceptúa Mr. Miége, agente general de toda la diplomacia marítima francesa en el Mediterráneo; fuera de José Autran, poeta oriental, que prefiriendo su país á la gloria, no quiere salir de su horizonte, conocia yo á pocas personas en Marsella. Tampoco queria conocer mas, pues buscaba el aislamiento para descanso, y el descanso para el estudio; me habia puesto á escribir la historia de una revolucion, sin sospechar que otra revolucion miraba ya por encima de mi hombro, para arrancarme las páginas apenas terminadas, y ponerme otro drama de la Francia, no bajo la pluma, sino en la mano.

V.

Sin embargo, Marsella es hospitalaria como su mar, su puerto y su clima. Los corazones se abren y se ensanchan al frente de una naturaleza bella y encantadora. Allí donde el cielo sonríe, el hombre experimenta el deseo de sonreír de la misma manera. No bien me instalé en aquel arrabal, de que he hecho mencion antes, los

literatos, los políticos, los negociantes avanzados en sus cálculos, los jóvenes que conservaban en sus oídos cierto eco de mis antiguas poesías, los mismos artesanos, muchos de los cuales leen, escriben, estudian, cantan, hacen versos, y trabajan al mismo tiempo con sus manos, acudieron á mi retiro, si bien con esa reserva delicada que es el pudor y la gracia de la hospitalidad. De donde se sigue, que yo recibía los beneficios sin experimentar las molestias de aquel recibimiento y de aquellas amistades; y así mis madrugadas eran para el estudio, mis días para la soledad y para la mar, mis tardes, en fin, para un corto número de amigos desconocidos, que venían desde la ciudad á hablar los unos con los otros, de viajes, de literatura ó de comercio.

VI.

Marsella no reduce las cuestiones de comercio á cuestiones de pequeño tráfico, de ahorros mezquinos y de conservación de capital: Marsella las considera en grande, como un ensanche, como una expansion que recibe el trabajo frances, y que se da á las primeras materias de este mismo trabajo importadas y esportadas de Europa á Asia. El comercio es para los marselleses una diplomacia lucrativa, local y nacional al mismo tiempo. Son patrióticas sus empresas, honran el pabellon nacional, proceden con política en sus cargamentos. El comercio de los marselleses es una batalla continua que están dando á su cuenta y riesgo sobre las olas, para quitar el Africa y el Asia á los rivales de la Francia, y estender la patria y el nombre frances sobre los dos continentes opuestos del Mediterráneo.

VII.

Aquellas discusiones sobre el comercio, que mantenían continuamente los marselleses, recibieron nuevo calor con la llegada de un sugeto á quien de ningún modo esperaban. Cierta gran econo-

mista, cuyo nombre acababa de surgir en Francia, y que prometía entonces lo que ahora cumple, es decir, inteligencia, valor y constancia, Mr. Federico Bastiat, se hallaba á la sazón en Marsella. Habíase decidido á venir, para tratar en reuniones públicas la cuestion del libre cambio, revolucion comercial, insurreccion pacífica del interes general contra los monopolios parciales, libertad de los diez dedos de la mano contra la libertad del trabajo. Mr. Bastiat, cuyo nombre y escritos yo conocia, vino á visitarme y me invitó á concurrir á las antedichas reuniones. No habia cuestion alguna de las que aquí se iban á tratar, que no conociese yo de antemano, estando conforme con las opiniones de los marselleses en una gran parte, y difiriendo únicamente sobre la aplicacion mas ó menos revolucionaria de sus teorías. A mí me parecia que debian ser lentas, graduales y trasformadoras, para dar tambien tiempo al trabajo protegido de trasformarse sin perecer. Concurri á sesiones magnificas, en que Mr. Bastiat, Mr. Reyband, los diputados, los académicos, los grandes comerciantes de Marsella rivalizaron en conocimientos y en dotes oratorias. Instóseme á que hiciera uso de la palabra. Ya se ve, me trataban como á huésped del pais; Marsella me dió carta de ciudadanía con su acogida. Para mí, se convirtió aquella hermosa ciudad en una patria de agradecimiento, del mismo modo que habia sido antes una patria de mis ojos. Luego que se terminaron estas sesiones, volví á mi soledad y á mi trabajo.

VIII.

Sucedió que un domingo, al regresar de un largo paseo que dimos madama de Lamartine y yo, nos digeron que una mujer de humilde y tímido exterior habia llegado á Marsella por la diligencia de Aix, y nos estaba esperando en un pequeño invernadero de naranjos, que formaba la continuacion del salon de la quinta sobre el jardin, hacia cuatro ó cinco horas.

Acompañé á madama Lamartine hasta dejarla en casa, y me di-

rigi inmediatamente á los naranjos para recibir á aquella pobre forastera. Como no tenia relaciones en Aix, no podia adivinar la causa por la cual nos habia estado esperando la viajera con tanta paciencia, durante medio dia.

Luego que entré en el invernadero, ví una mujer, jóven aun, como de unos treinta y seis á cuarenta años. Iba vestida segun uso de las jornaleras pobres, ó con poco lujo; llevaba un traje de indiana, rayado, desteñido y usado, y una pañoleta de algodón blanco al cuello. Sus cabellos negros estaban aseadamente peinados, aunque con algun polvo, lo mismo que los zapatos. Tenia facciones graciosas y bellas, de esa configuracion asiática, blanda y suave, que excluye toda tirantez de los músculos de la cara, que solamente manifiesta candor y no inspira mas que atractivo; sus grandes ojos eran de un azul oscuro, la boca algo hundida á sus dos lados por la languidez; su frente tersa como la de un niño, sin un solo pliegue, las mejillas abultadas hácia la barba, y uniéndose por ondulaciones enteramente femeninas á un cuello largo y un poco grueso por el centro, como el de las estátuas griegas; tenia mirada de rayo de luna, reflejado en una onda, mas bien que del sol de su pais, y una espresion de timidez mezclada de confianza en la indulgencia de los demas, producto del abandono de su propia naturaleza; su todo formaba la imágen de la bondad que la lleva en su actitud como en su corazon, y que espera hallarla en todos los corazones.

No cabia la menor duda de que aquella mujer, agradable todavía, debió ser muy seductora en su juventud. Conservaba, sin embargo, ese prestigio, ese rayo, esa estrella, ese iman, ese no sé cómo llamarle, que atrae, que encanta y que sujeta. La misma timidez y cortedad con que se presentó delante de mí, me permitieron que la contemplase á mi satisfaccion. Entonces la rogué que se sentara sobre uno de los tiestos de los naranjos, cubierto con estera de Egipto, lo que me apresuré á hacer yo en otro de enfrente, para que me imitase sin reparo. Ella se ponía cada vez mas colorada, hablaba con voz balbuciente y pasaba su hermosa

mano por los ojos. De fijo no sabia cómo colocarse ni por dónde empezar. Entonces hice por tranquilizarla y ayudarla con algunas preguntas, para dejarla espedito el camino de la conversacion, que parecia temer y desear al mismo tiempo.

IX.

—Señora...—la dije.

Y su rostro se puso mas encendido.

—No estoy casada—me contestó—soy soltera.

—Dispensad, señorita ¿quereis decirme qué os trae desde tan lejos, y por qué causa habeis esperado tanto tiempo nuestra vuelta para hablarnos? ¿Puedo serviros en alguna cosa? ¿Me traeis alguna carta de parte de alguno de vuestro pais?

—¡Oh! no señor, no tengo nada que pedir, y jamas me hubiera atrevido á buscar una carta de los señores de mi pais para vos, ni hacer siquiera de modo que conociesen que venia á Marsella para veros. Me habrian tomado por una presumida que queria darse una importancia que no tiene, yendo á acercarse á los hombres que meten ruido. ¡Oh! no es eso.

—Pues entonces ¿qué quereis decirme?

—Nada, señor.

—¿Cómo nada? Por nada no hubiérais perdido dos dias para venir de Aix á Marsella, ni me hubiérais esperado aquí hasta el anochecer, ni dariais lugar á tener que volveros mañana al punto de donde venis.

—Pues, sin embargo, así es; yo debo pareceros muy simple. Pero sea lo que vos querais; nada tengo que decir, y por cuanto hay en el mundo no quisiera que se supiese en Aix que he venido aquí.

—Pero últimamente, algo os ha movido á venir á este sitio; vos no sois como esas olas que tenemos á la vista, que van y vienen sin saber por qué. Existe una idea en vuestro cerebro; denotais espiritualismo y sensibilidad; vamos, decid ¿qué os propusis-

teis al tomar un asiento en la diligencia de Aix y haceros conducir hasta mi puerta?

—Pues bien, señor—me dijo pasándose las manos por la cara, como si tratase de quitar de ella la vergüenza y timidez, al propio tiempo que hacia por sujetar sus hermosos bucles de cabellos negros detras del cuello:—es verdad, yo traía una idea que no me dejaba dormir hacia ocho dias. Me he dicho á mi misma: «¡Reine! debes hacer tu gusto; no se lo dirás á nadie; cerrarás tu tienda el sábado, antes de la hora acostumbrada, tomarás la diligencia de noche, pasarás el domingo en Marsella, irás á ver á ese señor, regresarás á Aix el domingo por la tarde, el lunes por la mañana estarás ya en tu faena, y como si tal cosa no hubiera pasado; habrás hecho tu propia voluntad una vez en la vida, y los vecinos no sospecharán siquiera que has salido de la calle.

X.

—Y bien; ¿qué razon teniais para desear con tanto afan verme, y quién os habia dicho que yo estuviese aquí?

—Es que hay un señor en Aix, muy bueno para mí, de cuyas hijas soy ahora costurera, y antes estuve sirviendo en la casa de campo de su madre. Esta familia me ha querido y considerado siempre mucho, pues en Provenza los nobles y la gente del pueblo no se desprecian, antes al contrario, ni que estén mas altos ni mas bajos, todos tienen igualmente buen corazon. Aquel señor y sus señoritas, que saben cuán aficionada soy á leer, y les constan mis pocos recursos para procurarme libros y periódicos, me prestan algunas veces los suyos, sobre todo, cuando traen algo que les parece me puede interesar, como figurines, modelos de sombreros de mujer, novelas interesantes ó versos, como los de Reboul, el panadero de Nimes, ó de Jazmin, el sombrerero de Agen, ó vuestros, señor; sobre todo versos, en cuya lectura tengo el mayor placer, versos que suenan bien al oido ó hacen llorar á los ojos!

—Ahora ya lo comprendo todo—la dije sonriéndome;—sois poeta, como las brisas que cantan en vuestros olivos, ó como rocíos que lloran en vuestras higueras.

—No señor, soy costurera; una infeliz costurera de la calle *** en Aix, y no me causa vergüenza el decíroslo; no me hago mas señora de lo que me hizo mi madre; empecé por ser criada y niñera durante diez y ocho años en casa de Mr. de ***; Oh, qué buenas gentes! Preguntadles, me tratan siempre como de la familia, y yo á ellos lo mismo. El mal estado de mi salud únicamente fué lo que me obligó á salir de su casa y tomar el oficio de costurera, teniendo que vivir sola y sin otra compañía que mi jilguero. Mas ahora recuerdo que no es esto de lo que se trata. Me habeis preguntado por qué y cómo he venido hasta aquí, y quién me habia dicho que os hallábais en Marsella. Vais á oirlo, señor.

XI.

En el periódico de Marsella leí hace ocho dias unos versos excelentes de Mr. José Autran, dirigidos á Mr. de Lamartine. Estos versos escitaron en mí el deseo de ver la persona que habia inspirado tan bellas ideas al poeta de nuestra provincia. Me informé de que os hallábais actualmente en Marsella, y desde este momento estuve inquieta y desasosegada y procurando satisfacer mi deseo. Y fué tal mi decision, al emprender el viaje, que no he pensado siquiera en que carecia de un vestido nuevo, de una gorra decente, de todo cuanto se necesita para presentarse en casa de personas de condicion elevada, sucediéndome ahora que ya estoy aquí, que no sé lo que he de deciros, y me quedo delante de vos como una aventurera que viniese para engañar á gentes honradas. Sin embargo, podeis estar seguro de que yo no lo soy, y en prueba de ello, ahora que ya os he visto, y que me habeis recibido con tanta finura y amabilidad, me retiro contenta, sin querer de vos mas que lo que ya me habeis dado.

—¡Oh! tranquilizaos señorita, ni un solo momento he pensa-

do de vos lo que no sois; llevais la mejor recomendacion en vuestro rostro. Los oídos se engañan algunas veces, es verdad; pero los ojos no se equivocan nunca. La máscara de una intrigante no puede encubrir tanta bondad y candor como se manifiesta en vuestro semblante. La naturaleza no engaña tanto, con respecto á las facciones. Por lo mismo no os dejaré ir así, antes de haber hablado mas amistosamente con vos, y aun sin haberos hecho sentar un momento á mi mesa de campo. Mi esposa, que se está vistiendo para comer, tendrá tanto gusto como yo en recibirlos y en que estéis en su compañía. Podeis quedaros esta tarde con nosotros, y, entre tanto llega la hora de comer, os agradaceré que me conteis cómo se originó en vos esa afición á la lectura, ese sentimiento de la poesía, y ese deseo de conocer á los hombres, cuyas obras habíais leído.

—Voy á hacerlo, señor; mas será breve. Mi vida se explica con dos palabras; trabajar y sentir.

XII.

Reine-Garde es mi nombre; mi nacimiento tuvo lugar en una aldea de las cercanías de Aix, en Provenza. Desde muy joven entré á servir en casa de la señora ^{***}, que tenia señoritas de corta edad. Estuve de niñera en la casa de campo; crecí con las niñas y las vi crecer. El comportamiento de estas para conmigo, era mas bien el de unas hermanas que el de unas señoritas, lo que daba lugar á que los padres me considerasen casi como á una de sus hijas. No me quise casar nunca, por no tenerme que separar de esta familia. La educacion que se les daba á las señoritas, la recibia yo tambien, pues me aprovechaba de sus lecciones. Leía en los libros que les servian á ellas, en una palabra, me sucedia lo que á la pared que lo oye todo y no dice nada. Los resultados fueron, que yo aprendí por mi sola á leer y escribir, á contar, coser, bordar, lavar, cortar vestidos, en fin, todo lo que se enseña á una niña á favor de una costosísima educacion. Yo cortaba los vestidos á mis seño-

ritas, yo les hacia en Aix los adornos de cabeza para los saraos, ó los bailes, y todo esto de modo, que ellas no encontraban nada bien hecho sino lo que les hacia yo; así que, en recompensa, cuando iban muy hermosas y bien adornadas al baile, y yo tenia que esperarlas hasta las dos ó tres de la madrugada (como sucedia á menudo), para desnudarlas al volver, me decian:—Toma, Reine, uno de nuestros libros, que te entretendrá mientras nosotras bailamos.—Yo le cogia, me colocaba al lado de la chimenea, y durante toda la noche me entretenia en leerle hasta que se concluía, en cuyo caso volvía á empezarle para comprenderle bien todo; pero si por efecto de mi ignorancia ó de mi estado, me quedaba sin comprender algo, les suplicaba á mis señoritas que me lo esplicasen, en lo cual tenian ellas una grande satisfaccion. De esta suerte fué como leí la historia de la pobre Laurence, en vuestro poema Jocelyn. ¡Cuántas lágrimas me hizo verter, una noche que las señoritas le dejaron abierto sobre la mesa! Entonces me dije á mi misma: quisiera conocer á su autor.

—Adelante; ¿cómo salisteis de aquella buena casa, y qué hacéis ahora?

XIII.

Reine continuó:—Después del casamiento de las señoritas y de la muerte de su madre me quedé sin colocacion. Desde aquel momento ya no quise volver á servir, pues habiendo estado tan bien en aquella casa, me parecia imposible encontrar otras tan de mi gusto; yo no podia querer de igual modo á ninguna otra familia. El amo me concedió una pensoncita de cincuenta escudos en memoria de su mujer; las señoritas me dijeron:—Pierde cuidado que no te dejaremos pedir limosna.—Yo no me apuraba, y ademas tenia buenos conocimientos y, hasta puedo decir, personas que me querian, en todas las casas principales de Aix; por lo tanto alquilé una habitacion, con una tiendecita debajo, en una calle retirada, y donde los cuartos no es-

do de vos lo que no sois; llevais la mejor recomendacion en vuestro rostro. Los oídos se engañan algunas veces, es verdad; pero los ojos no se equivocan nunca. La máscara de una intrigante no puede encubrir tanta bondad y candor como se manifiesta en vuestro semblante. La naturaleza no engaña tanto, con respecto á las facciones. Por lo mismo no os dejaré ir así, antes de haber hablado mas amistosamente con vos, y aun sin haberos hecho sentar un momento á mi mesa de campo. Mi esposa, que se está vistiendo para comer, tendrá tanto gusto como yo en recibirlos y en que estéis en su compañía. Podeis quedaros esta tarde con nosotros, y, entre tanto llega la hora de comer, os agradaceré que me conteis cómo se originó en vos esa afición á la lectura, ese sentimiento de la poesía, y ese deseo de conocer á los hombres, cuyas obras habíais leído.

—Voy á hacerlo, señor; mas será breve. Mi vida se explica con dos palabras; trabajar y sentir.

XII.

Reine-Garde es mi nombre; mi nacimiento tuvo lugar en una aldea de las cercanías de Aix, en Provenza. Desde muy joven entré á servir en casa de la señora ^{***}, que tenia señoritas de corta edad. Estuve de niñera en la casa de campo; crecí con las niñas y las vi crecer. El comportamiento de estas para conmigo, era mas bien el de unas hermanas que el de unas señoritas, lo que daba lugar á que los padres me considerasen casi como á una de sus hijas. No me quise casar nunca, por no tenerme que separar de esta familia. La educacion que se les daba á las señoritas, la recibia yo tambien, pues me aprovechaba de sus lecciones. Leía en los libros que les servian á ellas, en una palabra, me sucedia lo que á la pared que lo oye todo y no dice nada. Los resultados fueron, que yo aprendí por mi sola á leer y escribir, á contar, coser, bordar, lavar, cortar vestidos, en fin, todo lo que se enseña á una niña á favor de una costosísima educacion. Yo cortaba los vestidos á mis seño-

ritas, yo les hacia en Aix los adornos de cabeza para los saraos, ó los bailes, y todo esto de modo, que ellas no encontraban nada bien hecho sino lo que les hacia yo; así que, en recompensa, cuando iban muy hermosas y bien adornadas al baile, y yo tenia que esperarlas hasta las dos ó tres de la madrugada (como sucedia á menudo), para desnudarlas al volver, me decian:—Toma, Reine, uno de nuestros libros, que te entretendrá mientras nosotras bailamos.—Yo le cogia, me colocaba al lado de la chimenea, y durante toda la noche me entretenia en leerle hasta que se concluía, en cuyo caso volvia á empezarle para comprenderle bien todo; pero si por efecto de mi ignorancia ó de mi estado, me quedaba sin comprender algo, les suplicaba á mis señoritas que me lo esplicasen, en lo cual tenian ellas una grande satisfaccion. De esta suerte fué como leí la historia de la pobre Laurence, en vuestro poema Jocelyn. ¡Cuántas lágrimas me hizo verter, una noche que las señoritas le dejaron abierto sobre la mesa! Entonces me dije á mi misma: quisiera conocer á su autor.

—Adelante; ¿cómo salisteis de aquella buena casa, y qué hacéis ahora?

XIII.

Reine continuó:—Después del casamiento de las señoritas y de la muerte de su madre me quedé sin colocacion. Desde aquel momento ya no quise volver á servir, pues habiendo estado tan bien en aquella casa, me parecia imposible encontrar otras tan de mi gusto; yo no podia querer de igual modo á ninguna otra familia. El amo me concedió una pensoncita de cincuenta escudos en memoria de su mujer; las señoritas me dijeron:—Pierde cuidado que no te dejaremos pedir limosna.—Yo no me apuraba, y ademas tenia buenos conocimientos y, hasta puedo decir, personas que me querian, en todas las casas principales de Aix; por lo tanto alquilé una habitacion, con una tiendecita debajo, en una calle retirada, y donde los cuartos no es-

taban caros, y me hice costurera. Gano la vida cosiendo; me dan todo el trabajo que puedo hacer; no tengo ambicion; mis necesidades á muy poco están satisfechas; con que no me falte el alimento y me queden algunos ahorrillos para cuando mi vista se debilita y no pueda coser tan á prisa, tengo cuanto quiero. En mi compañía tengo un pájaro, es decir, ya no le tengo porque se me ha muerto, pero me han regalado otro, que acaso le querré tambien, mas no tanto como al primero. Los domingos y dias de fiesta los empleo en leer; en fin, señor, se me va el tiempo sin sentir. Y ademas, son muy buenos para mí en Aix. ¿No os admira que señores como vos, señores del barrio alto, hombres ilustrados, hasta individuos de la academia, que saben que me gusta la lectura, y que he llegado al extremo de escribir algunas tonterías, algunos versos, con motivo de las fiestas, para este ó para el otro; no os admira, repito, que no tengan reparo en detenerse de cuando en cuando al pasar por delante de mi puerta, ni de entrar en mi tienda, de traerme, bien un libro prestado, ya un periódico, y de hablar familiarmente conmigo como si yo fuese alguien? ¡Oh! es delicioso nuestro pais de Aix. Es imposible que haya otro semejante.

XIV.

— ¡Cómo es eso! ¿Componéis versos, señorita Reine? — la dije sonriendo: — no lo hubiera imaginado á no decírmelo vuestros hermosos ojos soñolientos. En todo cielo hay nubes; y los sueños y los versos son las nubes de color de esos ojos hermosos. Y bien, veamos; yo no los escribo ya; pero todavía me gustan; los versos son la buena época de la imaginacion; siempre se experimenta placer en recordarla. ¿Teneis presentes por casualidad algunos de los que habeis compuesto, y quereis ser tan amable y condescendiente conmigo, que me los reciteis mientras se hace hora de comer? Advertid que el sitio en que nos hallamos es sumamente á propósito; el sol que declina, la mar que hiere nuestros oidos, trayendo y llevando con cada ola sus conchas, zumbando como una

jóven que canta acompañándose con sus castañuelas, estos naranjos que dejan caer al impulso de la brisa sus gotas de flores blancas sobre vuestros cabellos negros, y un extraño que fué poeta en otro tiempo, á solas con vos, sentado delante de vos misma, dispuesto á escucharos, y que experimenta ya antes de oiros el placer que ha de causarle vuestra voz; ¿no vale esto tanto como todo un auditorio académico en Aix ó en Marsella y aun en Paris?

— Nunca osaré hacer una cosa semejante, — dijo Reine, levantando sus ojos hacia las sombrías hojas del naranjo, como si buscara á su pájaro en aquellas ramas. — ¡Oh, no! ¡Jamás me atreveré! Sin embargo, aquí traigo algunos que he escrito á ratos perdidos, para enseñárselos á Mr. Antran, si me los pide. Quiero mejor que los leais vos mismo que no recitarlos; me será menos penoso, al papel no le ha de causar rubor.

Entonces metió la mano en su bolsillo y sacó un papel ordinario, rozado por el estuche, el dedal y las tijeras, y en donde se veian escritas tres ó cuatro composiciones.

Entre tanto que yo leía en silencio, Reine-Garde se enjugaba la frente con su delantal, y volvía la cabeza mirando al interior del invernadero, como si temiese leer alguna impresion desfavorable en mi semblante.

XV.

Me tenia absorto y conmovido lo que leía. Aquello era cándido, lleno de gracia y de sentimiento, la palpitation sosegada del corazón, convertida en armonía en el oido; la imagen de su semblante modesto, piadoso, tierno y dulce; verdadera poesía de mujer, cuya alma quiso encontrar á tientas, sobre las cuerdas mas delicadas del instrumento cuyo diapason la era desconocido, la expresion de sus sentimientos. Estos versos no eran desgarradores ni metálicos, como los de Reboul, ni épicos, ó de esos que tan pronto brillan con relumbrones como con lágrimas, á ejemplo de los de Jazmin; ni tampoco melindrosos, como las estrofas de algunas

doncellas, prodigios pervertidos en su origen por la imitación, por ese Mefistófeles del genio naciente y abortado.

No se veía allí cosa alguna que no fuese Reine-Garde; era el aire monótono y sentido con que una pobre costurera se canta entre dientes á sí misma, mientras trabaja con sus manos cerca de su ventana, para aplicarse mas á la aguja y al hilo. Algunas de las notas que allí habia llegaban al corazón, otras solamente espresaban sonidos vagos é inarticulados. Faltaba el aliento á lo mejor de la aspiración, mas esta era justa, fuerte y penetrante hasta el fondo del alma y hasta el cielo. Conmovia mas bien que admiraba. Era la poesía en el estado de primer instinto, la poesía popular segun se halla siempre que comienza en el pueblo, cuando carece todavía de la voz del arte. Cierta monotonía triste, un romance de tres notas, siete ú ocho imágenes para representar el infinito.

XVI.

Devolví sus escritos á Reine, manifestándola por toda lisonja la verdad sencilla; es decir, que habia bellezas admirables en sus versos, y que habia recibido seguramente del Ser Supremo dos dones excelentes: el de sentir bien y el de espresar con gracia lo que sentia, y ademas el don por excelencia, el de las lágrimas en la voz: sin embargo, la añadí que estaba muy distante de aconsejarla que imprimiese todavía una colección de sus poesías, pues le sucedia á estas lo que á algunas aguas, que son buenas únicamente para bebidas en su manantial.

—Pero, señor — exclamó — ¿qué decis? No he pensado jamas en eso. ¿Componer yo libros? Hasta el ángel de mi guarda se burlaria de mí. Al escribir yo esto los domingos, en vez de salir á paseo, no he llevado otro fin que el de evitar el fastidio que en esos dias se experimenta. Los señores de Aix no tienen la menor noticia de esto. Cuando se vive sin compañía, como yo en mi cuarto, se suele sentir la necesidad de hablar á gritos, para convencerse de que no se está muerto. Los versos que veis son mi conversa-

cion en alta voz conmigo misma. De esta manera me consuelo un rato cuando estoy muy triste.

XVII.

—¿Pues cómo! ¿Estais triste alguna vez?—la pregunté con un interés verdadero.

—No con frecuencia, gracias á Dios; estoy de buen humor; pero esto no impide que todos sintamos nuestras penas, particularmente si no tenemos padres, ni familia, ni marido, ni hijos, ni sobrinos al rededor de nosotros, y cuando se vé una precisada á subir sola por la noche á su cuarto para despertarse enteramente sola, y no oír mas que las patitas de su pájaro sobre los palos de su jaula. Y aun si no se muriesen, si fueran como los papagayos ó las colorras que se ven en el muelle, en Marsella, y que viven segun cuentan ciento y un años, entonces tendria una la seguridad de que no le faltaria compañía hasta el fin de sus dias. Pero tomadles cariño, para que se mueran luego; una mañana os despertais y no oís cantar á vuestro querido cerca de la ventana; le llamis y ya no responde; saltais de la cama, y con los piés descalzos vais corriendo á donde está la jaula ¿y qué es lo que veis? El pobre animalito con su cabeza echada sobre la tabla, el pico abierto, los ojos cerrados, las patitas tiesas y las alas estendidas. ¡Adios, todo se acabó! Ya no hay alegría, ni canción, ni amistad en el cuarto; ya no hay quien os acaricie cuando entráis. ¡Ah! ¡esto es sensible, creedme!—Y enjugó dos lágrimas que brotaban de sus ojos.

—¿Se os representa vuestro jilguero, señorita Reine?—la dije.
—¡Ay, señor!—me contestó— desde que le perdí no pasa dia en que no me acuerde de él. ¡Cuando uno tiene muchos amigos no agradece que Dios se los deje! ¡Aquel me queria tanto! ¡Y luego dicen que los animales no tienen alma! Pues si fuese así, si mi pájaro no hubiese tenido alma, Dios me lo perdone, ¿con qué me habria querido tanto? ¿Podria suceder que con las plumas ó con las patas? Vaya, vaya, digan lo que quieran los sábios; yo

confío en que habrá árboles y pájaros en el paraiso, y me parece que voy acertada. ¿Había de engañarnos Dios? ¿Nos induciría á amar lo que no fuese mas que muerte ó ilusion?

—¿No se os ha ocurrido escribir alguna cosa, Reine, acerca de esa pena que manifestais sentir en vuestro pecho?

—Sí, señor, precisamente el domingo último, al ver su jaula vacía, y las hojas secas pendientes todavía de ella, y sintiéndome con ganas de llorar, me puse á componer versos á mi pobre jilguero, como si aun pudiera oirme. Pero me sucedió que no pude concluirlos, porque aquello me afectaba demasiado.

—Hacedme el favor de recitar esos versos, los que recordeis al menos; no importa que sean sueltos, pues lo que yo quiero es el sentimiento, la rima no me hace falta.

Recorrió un instante su memoria, y en seguida pronunció con acento conmovido y cariñoso, como si se dirigiese al mismo pájaro, una tierna y triste composicion, que acababa con dos ó tres estrofas mas tristes todavía, y en que manifestaba su esperanza de encontrar otra vez en el cielo á su pájaro, enterrado piadosamente por ella, sobre su ventana, en un tiesto de rosas, flor que inspiraba todos los años al jilguero sus mas alegres y cariñosas canciones. He sentido extraordinariamente perder la copia de aquellos versos cuando salí de Marsella.

XVIII.

Manifesté mi agradecimiento á Reine, por lo condescendiente que conmigo habia estado descubriéndome su corazón, en el que un pájaro ocupaba tan gran lugar. Despues entró madama de Lamartine, y saludó á la forastera con esa cordialidad que quita toda timidez, llevándola á comer con nosotros bajo un lentisco, en que el viento del mar refresca y canta aires tan dulces, como la sombra del jilguero de Reine en sus oídos de poeta. Estando acostumbrada mi mujer á vivir en medio de las campesinas de Saint-Point y de Milly, con solo que cambiase de paisaje, tenía lo suficiente para

creerse aun con sus compañeras habituales de la vida de los campos. Reine se aficionó á ella, desde el punto en que la vió, por la semejanza de sus corazones sencillos, y no ha dejado de escribirla despues, una ó dos veces cada año, para enviarla espresiones y recuerdos, envueltos en trabajitos de aguja hechos por su mano.

XIX.

Luego que concluimos de comer, nos fuimos á sentar los tres en los bancos de una barca, que estaba vacía y encallada en la playa. Entablamos nuestra conversacion, otra vez, con Reine-Garde, al propio tiempo que nos entreteníamos en jugar con la espuma que se estrellaba contra la quilla de la barca.

—Decis que os gusta mucho leer, y efectivamente es preciso que hayais leído mucho, para haber aprendido, del modo que lo habeis hecho, enteramente sola, á hablar tan bien vuestro idioma, y á esplicar en versos tan armoniosos vuestras impresiones.

—¡Oh! sí, señora, —dijo Reine; —la lectura es el placer mayor que tengo, despues del de rezar y trabajar para obedecer la ley de la Providencia. Acontece que, cuando una se ha levantado al amanecer, y ha cosido hasta que la noche hace confundir los hilos negros con los blancos, se ve precisada á dar descanso á los dedos y á ocupar un rato su entendimiento. En Aix carecemos de tertulia; lo único que tenemos los vecinos y las vecinas, son los saludos que nos cambiamos al pasar unos por la puerta de los otros, y en seguida todos vuelven á entrarse en su casa, los unos para preparar la sopa, los otros para acostar á los niños, estos para conversar en familia, aquellos para disponerse al trabajo del otro dia.

Sin embargo, no faltan algunos que concurren á sitios en donde se pierde el tiempo y la juventud, esto es, á las tabernas, á los figones, á los cafes. Entonces ¿qué quereis que hagan del resto de la noche, sobre todo en invierno que los dias son tan cortos, las doncellas honradas como nosotras? No hay mas remedio que leer ó

convertirse en piedra, entreteniéndose en mirar la blancura de las cuatro paredes ó la llama de los tizones en la chimenea.

— Pero ¿ qué podeis leer? — preguntó mi mujer.

— Eso es lo malo, señora, — respondió la forastera; — es preciso leer y carecemos de lo mas indispensable. Los libros se han compuesto para otra gente. Como no sean los evangelistas y el que escribió la imitación de Jesucristo, ningun otro autor nos ha tenido presentes cuando escribia. No es extraño, señora, cada uno piensa en los de su clase únicamente. Los autores, los escritores, los poetas, los hombres que compusieron poemas, tragedias, comedias, novelas, eran todos de una condicion superior á la nuestra, ó á lo menos, habian salido de nuestra esfera oscura y laboriosa para elevarse á la sociedad de los reyes, de las reinas, de las princesas, de las cortes, de los salones, de los poderosos, de los ricos, de los felices, de las clases que no trabajan y gastan lujo.

— Por una razon natural, debian olvidarse de vosotros, — la interrumpí, — no haceros caso, y escribir ó cantar para complacer únicamente á las personas y clases cuyo trato frecuentaban: y esto mismo les obligaria á los autores á tener las ideas de aquellas, á elevarse á la altura de su ciencia y de su gusto, á hablar su idioma, y á pintar estrictamente sus costumbres. Pero aquella inteligencia y aquella ciencia, aquel gusto perfeccionado, delicado y caprichoso de las clases elevadas; aquel idioma, aquellas costumbres no podian ser las vuestras, las de los pobres, especialmente al principio ó antes de que la educacion dada al pueblo os hubiese preparado para las cosas bellas. En la antigüedad se conocian muchos esclavos, como Epitecto, Esopo ó Terencio, que se hacian literatos, filósofos y poetas; mas no habia una literatura para los esclavos. Existió un Sócrates; pero este necesitó ser explicado por Platon; un Platon que mereció ser desembrrollado por discipulos tambien muy sábios, un Cicerón que solamente escribia segun Platon, para los Escipiones y los Aticos, los letrados mas eminentes y mas profundos de Roma; un Virgilio, que recitaba sus pastorales á las princesas de la corte de Augusto; pero al cual no

habian comprendido los verdaderos pastores ni las verdaderas pastoras; un Horacio que no cantaba otra cosa que á la ociosidad, al vino, al amor desenfrenado, mientras el pueblo de su tribu bebia su propio sudor mezclado con el agua de sus cascadas. El murmullo de estas le percibia Homero en sus oidos; pero los trabajadores, los obreros, los picapedreros romanos no hacian mas que refrigerarse con el líquido. Sus versos eran tan limados, tan llenos de doble sentido y de figuras tomadas de Grecia y de la historia, que mal podia cantarle ni comprenderle el pueblo de su tiempo. Otro tanto ha sucedido de entonces acá en casi todas partes.

— Ciertamente, — dijo Reine, — si se exceptua Robinson y la vida de los Santos, ¿ qué otra cosa hay escrita para nosotras?... ¡ Ah! se me olvidaba incluir en aquel número á Telémaco y á Pablo y Virginia, es verdad: son muy tiernos y muy entretenidos, principalmente el segundo. Esto, no obstante, Telémaco trata del modo de gobernar un pueblo, lo cual nada tiene que ver ya con nosotros; ademas que este libro se escribió para la educacion del nieto de un rey. Por lo que respecta á Pablo y Virginia, es libro que hiere el corazon de todo el mundo; explica bien cómo se ama; cómo no es posible vivir el uno sin el otro, cómo se desea casarse para ser feliz, y de qué modo obligan á la separacion de dos amantes unos parientes ambiciosos que quieren mas las riquezas para sus hijos que la felicidad. Pero al fin y á la postre, la señorita Virginia es hija de un general, tiene una tia que la quiere hacer persona de suposicion; se la encierra con este fin en un convento; todas estas aventuras aunque muy bellas no son las nuestras. Son cuadros de cosas que no hemos visto, y que no veremos jamas en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras relaciones, en nuestras clases. Están mas altos que nuestra mano, y no los podemos alcanzar.

¿ Quién se ocupa en escribir libros ó poemas para nosotros? ¡ Nadie! Como no sea los que hacen almanaques, y para eso los llenan de simplezas y de frases barridas del año que pasó al año nuevo; los que componen novelas de esas que las hijas tienen que

leer á escondidas de sus madres; y los que forman canciones que, labios puros y castos no pueden cantar. No me refiero á Mr. de Beranger, sobre cuya conciencia deben pesar algunas, pero el cual hace notar ahora la sabiduría y la bondad de su alma en coplas demasiado bellas para ser cantadas. ¡Ah! ¿cuándo llegará la hora de arreglar una biblioteca para los pobres? ¿Quién nos hará la caridad de un libro?

XX.

Reine se habia espresado con un criterio superior á su educacion, y con un acento de conviccion tan íntima de la pobreza intelectual de las clases á que pertenecía, que me obligó á reflexionar un momento sobre la exactitud y fuerza de sus observaciones.

—Tambien yo habia pensado alguna vez acerca de esto,—dije dirigiéndome á mi mujer y á Reine,—pero nunca habia llamado tanto mi atencion como al escuchar lo que acabais de decir. No cabe duda de que el pueblo que desea instruirse, distraerse, interesarse con la imaginacion, enternecerse con sus sentimientos, elevarse con su inteligencia, va á morir de inanicion, ó á encerrarse con corrupciones, si no se trata de evitarlo. Preciso es que la sociedad piense en esto, ó que Dios haga aparecer un génio popular, un Milton trabajador, un Tasso soldado, un Dante industrial, un Fenelon de la cabaña, un Racine, un Corneille, un Buffon del taller, para que haga por sí solo lo que la sociedad egoista ó perezosa no quiere hacer, un principio de literatura, una poesia, una sensibilidad del pueblo.

Ahora mismo paso revista dentro de mi imaginacion á todos los estantes de una biblioteca perfectamente ordenada. Figúrome poner la mano sobre los principales nombres que la amueblan, y hago por reunir una coleccion de volúmenes que pueda sustentar la vida interior de una familia honrada de trabajadores, de criados, de obreros, hombres, mujeres, niños, doncellas, ancianos; libros que

se puedan dejar sin temor sobre las mesas, y con los cuales puedan hablar todos en silencio, el domingo ó en las veladas, sin necesidad de que se los traduzcan ó se los espliquen para entenderlos. Vamos á ver, ¿qué es lo que encuentro en primer lugar?

XXI.

Es la Biblia: libro hermoso, lleno de relaciones populares como la infancia del género humano, pero lleno de misterios, de escándalos, de costumbres, de crímenes y de ferocidades que pervertirian el espíritu, el corazon y las costumbres, si se la dejase sin comentario ni correccion en manos de los niños y en la inteligencia de las masas.

¡Aqui están Homero, Platon, Sófoles, Eschiles! Son de otras épocas, de otras costumbres, de otro idioma, están en griego. ¡Nada!

¡Virgilio, Horacio, Ciceron, Juvenal, Tácito! Pero están en latin, y el pueblo no lo sabe. ¡Nada!

¡Milton, Shakespeare, Pope, Dryden, lord Byron, y sobre todo, Crablee! Están en ingles. ¡Nada!

¡Tasso, Dante, Petrarca, tres poetas admirables! Pero están en italiano. ¡Nada!

¡Schillen, Goethe, Wieland, Gessner! Hay en ellos buenas páginas para el pueblo, pues la poesia alemana descende hasta el pueblo, porque el pueblo asciende hasta ella. Pero están en alemán. ¡Nada!

¡Cervantes, Calderon, Lope de Vega! Pero estos libros son parodias del génio caballeresco, del cual nuestra época no tiene que corregirse en nada. Ademas están en español. ¡Nada!

¡Hé aqui las grandes y sublimes poesias orientales, indianas, persas, árabes! Hay en ellas tesoros de imaginacion y de conocimientos humanos, con cuyos materiales podria fabricarse moneda para la humanidad que nos ha de suceder! Pero están en persa, en árabe, en sanscrito; se necesitan mineros y monederos de estos

leer á escondidas de sus madres; y los que forman canciones que, labios puros y castos no pueden cantar. No me refiero á Mr. de Beranger, sobre cuya conciencia deben pesar algunas, pero el cual hace notar ahora la sabiduría y la bondad de su alma en coplas demasiado bellas para ser cantadas. ¡Ah! ¿cuándo llegará la hora de arreglar una biblioteca para los pobres? ¿Quién nos hará la caridad de un libro?

XX.

Reine se habia espresado con un criterio superior á su educacion, y con un acento de conviccion tan íntima de la pobreza intelectual de las clases á que pertenecía, que me obligó á reflexionar un momento sobre la exactitud y fuerza de sus observaciones.

—Tambien yo habia pensado alguna vez acerca de esto,—dije dirigiéndome á mi mujer y á Reine,—pero nunca habia llamado tanto mi atencion como al escuchar lo que acabais de decir. No cabe duda de que el pueblo que desea instruirse, distraerse, interesarse con la imaginacion, enternecerse con sus sentimientos, elevarse con su inteligencia, va á morir de inanicion, ó á encerrarse con corrupciones, si no se trata de evitarlo. Preciso es que la sociedad piense en esto, ó que Dios haga aparecer un génio popular, un Milton trabajador, un Tasso soldado, un Dante industrial, un Fenelon de la cabaña, un Racine, un Corneille, un Buffon del taller, para que haga por sí solo lo que la sociedad egoista ó perezosa no quiere hacer, un principio de literatura, una poesia, una sensibilidad del pueblo.

Ahora mismo paso revista dentro de mi imaginacion á todos los estantes de una biblioteca perfectamente ordenada. Figúrome poner la mano sobre los principales nombres que la amueblan, y hago por reunir una coleccion de volúmenes que pueda sustentar la vida interior de una familia honrada de trabajadores, de criados, de obreros, hombres, mujeres, niños, doncellas, ancianos; libros que

se puedan dejar sin temor sobre las mesas, y con los cuales puedan hablar todos en silencio, el domingo ó en las veladas, sin necesidad de que se los traduzcan ó se los espliquen para entenderlos. Vamos á ver, ¿qué es lo que encuentro en primer lugar?

XXI.

Es la Biblia: libro hermoso, lleno de relaciones populares como la infancia del género humano, pero lleno de misterios, de escándalos, de costumbres, de crímenes y de ferocidades que pervertirian el espíritu, el corazon y las costumbres, si se la dejase sin comentario ni correccion en manos de los niños y en la inteligencia de las masas.

¡Aqui están Homero, Platon, Sófocles, Eschiles! Son de otras épocas, de otras costumbres, de otro idioma, están en griego. ¡Nada!

¡Virgilio, Horacio, Ciceron, Juvenal, Tácito! Pero están en latin, y el pueblo no lo sabe. ¡Nada!

¡Milton, Shakespeare, Pope, Dryden, lord Byron, y sobre todo, Crablee! Están en ingles. ¡Nada!

¡Tasso, Dante, Petrarca, tres poetas admirables! Pero están en italiano. ¡Nada!

¡Schillen, Goethe, Wieland, Gessner! Hay en ellos buenas páginas para el pueblo, pues la poesia alemana descende hasta el pueblo, porque el pueblo asciende hasta ella. Pero están en alemán. ¡Nada!

¡Cervantes, Calderon, Lope de Vega! Pero estos libros son parodias del génio caballeresco, del cual nuestra época no tiene que corregirse en nada. Ademas están en español. ¡Nada!

¡Hé aqui las grandes y sublimes poesias orientales, indianas, persas, árabes! Hay en ellas tesoros de imaginacion y de conocimientos humanos, con cuyos materiales podria fabricarse moneda para la humanidad que nos ha de suceder! Pero están en persa, en árabe, en sanscrito; se necesitan mineros y monederos de estos

poemas, y no han venido todavía. ¡Nada!

Tenemos delante á nuestros antiguos poetas franceses: no son mas que novelas de caballería, aventuras cónicas, rimas galantes y vacías á alguna Amarilis de imaginación, ó á hermosuras de la corte. ¡Nada!

¡Pascal! polémicas escolásticas sobre sutilezas de dogmas ininteligibles al simple buen sentido, ó pensamientos sublimes en la expresión, pero sublimes del mismo modo que el abismo es sublime por lo desconocido, por la profundidad. Este libro haría locos, sino hiciera anacoretas. ¡Nada!

¡Bossuet! lengua profética, elocuencia bíblica, historia sistemática, que hace girar los mundos al rededor de un pueblo desierto, orador que truena sobre la cabeza de los reyes, pero que hace lucir con complacencia, á la vez severa y hábil, sus rayos sobre las cortes, y que no los lanza sino sobre el pueblo que entrega en cuerpo y alma al moderno Ciro; fragmentos, muestras del genio, de la palabra y del discurso. ¡Y nada mas!

¡Fenelon! mucho hay que aprender en *Telémaco* y en las *Correspondencias*: el alma religiosa, la filosofía humana, la gracia, la unción, el olor de la virtud; pero páginas y no libro para el pueblo.

¡Corneille! genio político y concreto que brilla demasiado alto para el corazón humano. Algunas escenas, algunas máximas, algunas expansiones en verso. ¡Nada mas! El pueblo vive de detalles de sentimientos y no de resúmenes. Para este el genio está en el alma, y el de Corneille como el de Tácito se encuentran en la palabra.

¡Racine! parecía destinado á ser el poeta del pueblo; pero desgraciadamente no había pueblo en su tiempo. Las cortes se apoderaron de él; consérvénle ellas. Lo único que se puede aprovechar de este autor son las dos tragedias bíblicas *Atalia* y *Ester*, porque la poesía en ellas se ha hecho popular en fuerza de ser religiosa. Todo lo demas pertenece á los salones.

¡Voltaire! inteligencia enciclopédica, pero siempre intelligen-

cia, buen sentido, conceptos luminosos, crítica, sátira, burla, alegría, algunas veces cinismo. Nunca alma, ternura, amor, ni piedad, estos dones del genio para los que sufren. Filósofo de los felices, aristócrata de los inteligentes, poeta de crepúsculo, en donde pueden aprender poco los sencillos de corazón, lustre de las bibliotecas, que desaparece en el campo ante los resplandores del sol, y está fuera de su lugar en la habitación del menesteroso.

Ahora vienen todos nuestros historiadores. Ni uno solo para el pueblo desde los cronistas. Montesquieu demasiado elevado, Bellin excelente; pero traductor escesivamente servil de la antigüedad, y mas largo de lo que conviene á lectores que cuentan el tiempo.

Ya están aquí nuestros novelistas. Todos sacan sus personajes de las clases altas de la sociedad, y dan al sentimiento la jerga de los salones, en vez del idioma de la naturaleza iliterata.

Ved ahora nuestros filósofos, ¡Descartes, Malebranche, Condillac y todos los modernos! Podeis reimprimirlos cuantas veces querais; yo os desafio á que se los hagais leer al pueblo; vereis que la filosofía del pueblo no razona, sino que siente. ¡Su dialéctica es un instinto; su lógica una impresión; su raciocinio una lágrima! En aquellos autores no hay nada para él. De Juan Jacobo Rousseau no conoce otra cosa que las cien primeras páginas del *Vicaire Savoyard*, y algunos capítulos de las *Confesiones*, donde ve al relojero luchando con las miserias y sentimientos que reconoce en si mismo. *René y Atala*, donde la filosofía está desleída en lágrimas, y la piedad fundida en el amor, es lo único que lee de Chateaubriand. ¡Nada!

¡Veamos despues nuestros teatros! Están escritos para las cortes ó para las clases exclusivamente literatas. La prueba de que el pueblo no los cree hechos para él, se encuentra en que los abandona á los escenarios académicos, y en que se han inventado para él los dramas, por no existir todavía su drama verdadero. ¡Nada! ¡Solo quedan nuestros sábios! Están escritos con signos algebraicos y confundidos con una terminología galo-greca que dejan las cien

cias naturales en estado de misterios para todo el que no está iniciado en ellas. Aun no ha nacido el que ha de poner la ciencia usual en un idioma vulgar y comprensible á los ignorantes. Me he equivocado, ya se le vé aparecer en Inglaterra en el hilo de Herschell. ¡Pero aquí todavía nada!

XXII.

De suerte que, entre todo cuanto compone una biblioteca completa para un hombre experimentado ó para una academia, con dificultad podrian sacarse cinco ó seis volúmenes franceses para el uso é inteligencia de las familias no literatas, en la ciudad ó en el campo, y aun estos pocos no están hechos con el saber, ni arreglados á las costumbres de esta parte descuidada de la poblacion. Se la enseña á leer, sin embargo, pero sin darle la posibilidad de leer cosa alguna, como no sean libros hechos para otros autores, ó periódicos rebosando vicios y cinismo que se le echan para su pasto, del mismo modo que se le darian armas á un niño para que se hiriese.

XXIII.

Estas reflexiones me entristecieron profundamente al ver el semblante cándido y dolorido de la pobre Reine, alma agitada que busca en vano los manantiales donde pudiera satisfacer esa sed, natural en todas las personas, de conocer y de amar.

—Con que segun vos, Reine—le dije—¿cuál biblioteca debería formarse para las familias de vuestra esfera? Ahí teneis un catálogo; veamos, formadla vos misma.

Los dos tratamos de hacerlo, y jamas pudimos pasar de las cinco ó seis obras que he citado.

—Seria preciso inventarlas, señor, porque seguramente no se encuentran en nuestro idioma. Existen para vosotros cientos de miles de libros; mas para nosotros únicamente hay algunas páginas.

—Es muy posible,—la respondi,—que haya llegado el momento de escribirlas, pues ahora todos saben leer; en el dia, todos, merced á una moralidad que va aumentándose evidentemente en las masas, se les ha de dar á los pasatiempos de imaginacion el espacio que hacian perder los vicios y los desórdenes de otros tiempos; el bienestar general se aumenta tambien á medida que el trabajo y las industrias; de suerte que, el gobierno se va á ver obligado á estenderse y á llamar á cada cual al ejercicio de una parte de derecho, de libertad, de voluntad, de inteligencia aplicada al servicio del pais. Todo esto supone y hace necesaria, ademas, una parte de tiempo infinitamente mayor, que se consagre á la lectura, á esta enseñanza aislada en el interior de cada familia. La inteligencia y el alma van á verse doblemente ocupadas en todas las clases de la sociedad. Los libros son los útiles de este trabajo moral. Necesitais útiles apropiados á vuestra mano.

—Tambien es verdad,—dijo Reine.

XXIV.

—Hay mas; á medida que se aumenta por todas estas razones la necesidad de leer en el pueblo, aumentanse tambien la necesidad y la facultad de escribir en las clases literatas. Para un escritor que habia antes, hay ciento ó mil ahora.

—¿Pues cómo?—Me preguntó Reine, hasta cierto punto asombrada.

—Como escribisteis vos misma vuestros versos al jilguero y vuestras composiciones; como que hay mas raciocinio ahora, mas sentimiento, mas inspiracion, mas instruccion, mas facilidad y mayor necesidad de producir en la masa literata del pais, que habia un siglo atras. La revolucion ha desmontado muchos terrenos incultos, propios de la humanidad. Donde no habia vejetacion la hay; lo que se mantenía erial se ha vuelto productivo. Se sembraron ideas, han nacido inteligencias.

Por otra parte, como la educacion clásica se ha multiplicado

indefinidamente, han salido de las universidades todos los años una porcion escogida de jóvenes de talento, pensadores, escritores, que no saben para qué quieren estas cualidades, sino para alcanzar con ellas reputacion, fortuna y gloria. El estado eclesiástico, que los consumia en gran cantidad mientras el antiguo régimen, que los enriquecía con sus beneficios y sus empleos lucrativos de todas clases, no los consume ya: el imperio que los arrebatava para sus ejércitos, no los hace desaparecer ya.

Ahora tienen solamente dos carreras; los empleos públicos y la literatura. Escriben periódicos, artículos, novelas, poesías y libros. Y esta inmensa muchedumbre de escritores que se agrupan de tal modo á las puertas de la fama, impide reparar en tantos talentos de todas clases como hay sumidos entre esa muchedumbre, y en lo muy lleno que está este siglo, acusado de esterilidad, como todos los siglos, de nueva sabia, de vigor, de variedad, de originalidad y de genio. Actualmente se gasta cada mañana en Francia y en Europa mas trabajo y mas talento literario, en los trozos impresos que inundan cada tarde el piso de un café, ó de un gabinete literario, que se necesitaria para hacer un escelente libro y para fundar la reputacion de un escritor aventajado. Yo mismo, que os estoy diciendo esto, recibo todas las semanas por el correo mas poesia, mas política, y mas filosofia confidentiales, que las que pudiera contener en sus páginas un grueso volumen. La cabeza y el corazon humanos son dos talleres ahora en que se trabaja mas activamente que se trabajó quizá en ninguna otra época de la humanidad. Ahora bien; todo este trabajo intelectual busca naturalmente su colocacion. No la ha encontrado todavía, y esta es la razon por la cual agita con frecuencia, inquieta, amenaza con su explosion al pais; pero la encontrará porque hay una providencia de los espíritus como hay una providencia de las estaciones, no lo olvideis; Dios no permite que nazcan mas bocas que espigas, ni mas espigas que bocas. Todo se corresponde en el orden intelectual, como en el orden fisico. Allí donde se os presente una gran necesidad, estad segura de que vereis aparecer luego una gran

abundancia para satisfacerla, y al revés, donde veais una gran abundancia que parece estar de sobra, no dudeis que nacerá una gran necesidad para que ella sea colocada.

Los libros populares, desde el instante en que se haya conocido que el pueblo tiene necesidad de leer, van á ser bajo todos los aspectos, el empleo útil, honroso y sano de esa multitud de talentos que tienen necesidad de escribir. Las inteligencias alcanzarán tambien su nivel por medio de la educacion, de la instruccion y de la literatura populares, lo mismo que los derechos políticos lograrán el suyo por medio de las instituciones liberales, electorales, constitucionales, republicanas.

—Teneis mucha razon,—dijo Reine;—jamás se me habia ocurrido eso. Y efectivamente, ¿por qué no se habia de escribir sino para los salones y las academias, ahora ya que todos sabemos leer? ¿Por ventura, no compone un público mayor que el otro el pueblo de las ciudades y de los campos, puesto que, segun dicen, somos millares de trabajadores, de artesanos, de obreros, de criados, de mujeres y de niños en el pais?

XXV.

—Sí, Reine,—proseguí,—la era de la literatura popular está cerca; y, al decir popular, ya comprendereis que quiero significar la mas sana y la mas pura de las literaturas, pues entiendo por pueblo lo que Dios, el Evangelio, la filosofia, y no los demagogos entienden por esta palabra: la parte mas numerosa, y por lo mismo la mas importante de la humanidad. Antes de diez años, si las nuevas instituciones no sufren un paréntesis en su curso que las haga improductivas y las cambie en una tiranía momentánea, podreis disponer de una librería del pueblo, de una filosofia, una poesia, una historia, novelas del pueblo, una biblioteca á propósito para las inteligencias, para los corazones, para los ócios, para todos los grados de fortuna del pueblo.

—¿Y quién nos proporcionará eso?—dijo Reine con cierto aire de alegría unido al de incredulidad.

—¿Quién os lo proporcionará? Los mas grandes entre los que saben, piensan, cantan y escriben. Del mismo modo que se tenia á honra, siglos atras, el instruir á las cortes, dirigirse á los reyes, agradar á las eminencias, únicas ilustradas del mundo entonces, así será un honor y una virtud muy pronto el instruir á los pequeños, hablar á las masas y complacer al pueblo honrado, en el que el gusto de lo bueno y de lo bello se propagará con la instruccion y por medio de la lectura. La gloria cambiará con el auditorio y nada mas. Primero estaba arriba, despues estará abajo. El genio, por su naturaleza, tiende á volverse siempre hácia el lado de la gloria. ¿Llegará á ser la gloria el nombre de un escritor en los lábios de vuestras mujeres, de vuestros niños, de vuestros ancianos, en vuestras chozas, en vuestras aldeas, en vuestros talleres? ¿Qué interes se tiene en ser leído? Ciertamente que el de ser admirado, algunas veces, pero con mayor frecuencia el de ser comprendido, sentido y amado por los que nos leen.

Por ventura, ¿no será mas grato para un poeta tener sus versos en la memoria de treinta ó cuarenta millones de hombres, que en los estantes de cinco ó seis mil bibliotecas? ¿No deberá satisfacer mas á un escritor el ser de la familia de esos cuarenta millones de hombres, el estar sobre su mesa, en su taller, sobre su carro, en su hogar, que tener un asiento en una academia de cuarenta escritores como él, y una pension de una corte ó sobre el presupuesto de un ministro? ¿Qué os parece de esto? Vamos, preguntárola á vos misma. ¿Qué os agradaría mas, saber que andaban vuestros versos en boca de un millon de niños, que recitan vuestras estrofas al fin de sus plegarias, ante las rodillas de sus madres, ó verlos impresos en buen papel y encuadernados con lujo en los estantes de algunos aficionados á la poesia?

—¡Oh! prefiero la memoria de los niños y de los pobres. ¡Es una edicion viviente!

—Añadid; y amante, —la repliqué.

—Sí, y en último resultado no hay mas que eso, ¿no es cierto, señora? —dijo Reine volviéndose hácia mi mujer. —Toda gloria

que no soporta la amistad, es grano que no germina, fuego que no calienta. El señor tiene razon.

XXVI.

Me propuse ir mas adelante y explorar el verdadero gusto y el verdadero sentimiento literario del pueblo, en el corazon mismo de aquella escelente mujer, nacida entre los criados y colocada entre los artesanos.

—¿Cuál creéis que debería ser, señorita Reine, la índole de las obras que convienen á las costumbres, á los sentimientos, al espíritu de las personas de vuestra condicion? ¿Qué libros os parecen los mejores y primeros que se deberían componer para los campesinos, los criados, los artesanos, sus mujeres, sus hijos, para todos aquellos que, en una palabra, tienen poco que leer, y que, sin embargo, hasta ahora han leído poco?

—¡Ah! señor, no lo sé; y me parece muy difícil el decirlo. Para tener gusto es preciso antes haberle ejercitado.

—Bien; pero juzgad por vos misma y respondedme. ¿Cuál obra sería la que arrebatare, ocupara ó hiciese una impresion viva y fuerte en vuestra alma, tal como ahora es ó como sería antes de haber leído los libros que os prestaron?

—Sería una filosofia agradable, religiosa y racional á un tiempo, que demostrase en máximas cortas, sublimes, claras como el rayo del sol, los grandes principios de la sabiduria humana, y de la virtud perfeccionada de siglo en siglo en la inteligencia y en la conciencia del género humano; un catecismo del pensamiento de los hombres?

—Sí, —contestó Reine sin demostrar entusiasmo, — eso no me parece mal. Pero las máximas... son una cosa un poco fria para nosotros: son ideas en trozos que la mano hace mover un momento para verlas brillar; pero no son personas. Y lo que á nosotros mas nos gusta son personas, porque se las puede amar ó aborrecer; pero con las ideas no se puede hacer nada de esto; son una

—¿Quién os lo proporcionará? Los mas grandes entre los que saben, piensan, cantan y escriben. Del mismo modo que se tenia á honra, siglos atras, el instruir á las cortes, dirigirse á los reyes, agradar á las eminencias, únicas ilustradas del mundo entonces, así será un honor y una virtud muy pronto el instruir á los pequeños, hablar á las masas y complacer al pueblo honrado, en el que el gusto de lo bueno y de lo bello se propagará con la instruccion y por medio de la lectura. La gloria cambiará con el auditorio y nada mas. Primero estaba arriba, despues estará abajo. El genio, por su naturaleza, tiende á volverse siempre hácia el lado de la gloria. ¿Llegará á ser la gloria el nombre de un escritor en los lábios de vuestras mujeres, de vuestros niños, de vuestros ancianos, en vuestras chozas, en vuestras aldeas, en vuestros talleres? ¿Qué interes se tiene en ser leído? Ciertamente que el de ser admirado, algunas veces, pero con mayor frecuencia el de ser comprendido, sentido y amado por los que nos leen.

Por ventura, ¿no será mas grato para un poeta tener sus versos en la memoria de treinta ó cuarenta millones de hombres, que en los estantes de cinco ó seis mil bibliotecas? ¿No deberá satisfacer mas á un escritor el ser de la familia de esos cuarenta millones de hombres, el estar sobre su mesa, en su taller, sobre su carro, en su hogar, que tener un asiento en una academia de cuarenta escritores como él, y una pension de una corte ó sobre el presupuesto de un ministro? ¿Qué os parece de esto? Vamos, preguntárola á vos misma. ¿Qué os agradaría mas, saber que andaban vuestros versos en boca de un millon de niños, que recitan vuestras estrofas al fin de sus plegarias, ante las rodillas de sus madres, ó verlos impresos en buen papel y encuadernados con lujo en los estantes de algunos aficionados á la poesia?

—¡Oh! prefiero la memoria de los niños y de los pobres. ¡Es una edicion viviente!

—Añadid; y amante, —la repliqué.

—Sí, y en último resultado no hay mas que eso, ¿no es cierto, señora? —dijo Reine volviéndose hácia mi mujer. —Toda gloria

que no soporta la amistad, es grano que no germina, fuego que no calienta. El señor tiene razon.

XXVI.

Me propuse ir mas adelante y explorar el verdadero gusto y el verdadero sentimiento literario del pueblo, en el corazon mismo de aquella escelente mujer, nacida entre los criados y colocada entre los artesanos.

—¿Cuál creéis que debería ser, señorita Reine, la índole de las obras que convienen á las costumbres, á los sentimientos, al espíritu de las personas de vuestra condicion? ¿Qué libros os parecen los mejores y primeros que se deberían componer para los campesinos, los criados, los artesanos, sus mujeres, sus hijos, para todos aquellos que, en una palabra, tienen poco que leer, y que, sin embargo, hasta ahora han leído poco?

—¡Ah! señor, no lo sé; y me parece muy difícil el decirlo. Para tener gusto es preciso antes haberle ejercitado.

—Bien; pero juzgad por vos misma y respondedme. ¿Cuál obra sería la que arrebatare, ocupara ó hiciese una impresion viva y fuerte en vuestra alma, tal como ahora es ó como sería antes de haber leído los libros que os prestaron?

—Sería una filosofia agradable, religiosa y racional á un tiempo, que demostrase en máximas cortas, sublimes, claras como el rayo del sol, los grandes principios de la sabiduría humana, y de la virtud perfeccionada de siglo en siglo en la inteligencia y en la conciencia del género humano; un catecismo del pensamiento de los hombres?

—Sí, —contestó Reine sin demostrar entusiasmo, — eso no me parece mal. Pero las máximas... son una cosa un poco fria para nosotros: son ideas en trozos que la mano hace mover un momento para verlas brillar; pero no son personas. Y lo que á nosotros mas nos gusta son personas, porque se las puede amar ó aborrecer; pero con las ideas no se puede hacer nada de esto; son una

cosa muerta. Nos agradaría mas otra cualquiera cosa.

—Una buena historia universal,— la dije,— muy clara, muy lógica, bien hecha, coordinada como las hojas de ese plátano que está delante de vos, en el cual las raíces parten de la tierra, el tronco de las raíces, las ramas del tronco; y donde se os convidase á ver unas tras otras todas las grandes familias de la especie humana, desde los primeros tiempos hasta hoy, con los progresos y decadencias, las muertes y las resurrecciones de las razas humanas, de las ideas, de las religiones, de las instituciones, de las artes, de los oficios. ¿Sería de vuestro gusto esto?

—No, en lo general; eso agradaría á los jóvenes algo instruidos y á los viejos curiosos; pero las masas, las mujeres, las doncellas, los niños no leerían mucho semejante libro. Estaría muy distante de nosotros, no nos interesaría, pasaría ante nuestros ojos como un torrente que llegara á aturdir nuestra imaginación; preferiríamos una corta cantidad de agua cogida en un manantial mas pequeño y mas á nuestro alcance. Lo que es grande, en serlo se parece al cielo, pero el cielo es confuso, y como suele decirse, allí únicamente se ven estrellas.

—¿Tal vez un compendio de todas las ciencias y artes, explicado con sencillez y claridad, de modo que os diese á conocer cuanto el hombre ha descubierto, inventado, imaginado, perfeccionado en todos los ramos de las artes y de la industria? Esto os daría una idea de vosotros mismos, un respeto hácia vuestras facultades, un deseo de llegar siempre á algo mejor, una emulación de un siglo á otro siglo, y destruiría muchas ideas falsas que teneis sobre fenómenos naturales ó artificiales, los cuales os parecen sortilegios.

—Decis bien, pero eso únicamente gustaría á los que fuesen estudiosos, y habeis de tener en cuenta, que, á nosotros nos falta el tiempo para estudiar solo por estudiar. Además que, despues de haberlo leído, ¿qué nos quedaria en el alma? Un aluvion de palabras, de líneas, de cosas, de hechos y de máquinas que se confundirían en la imaginación. Bastante tiene cada uno con aprender

su oficio, sin necesidad de estudiar los de los demás.

—¿Poemas escelentes como los de Virgilio, de Homero, de Tasso, que refieren en verso las batallas de los héroes, los asaltos, los incendios de las ciudades, las derrotas de los ejércitos, las conquistas de los pueblos?

—Tampoco leeríamos nada de eso, señor. Lo que decis sería muy bueno para en tiempo de los griegos y de los romanos, cuando las naciones no pensaban mas que en pelear, y cuando los pueblos creían toda clase de fábulas, de dioses, de diosas, de personas bajadas del cielo para luchar los unos contra los otros. Ahora ya el pueblo no cree en estas fantasías de poetas; quiere que los suyos canten lo verdadero y lo bueno, ó no les presta atención.

—¿Acaso buenas novelas, donde aparezcan caballeros y señoras que se aman, que se hablan, que se escriben cartas de amor, que se engañan, que riñen, que se reconcilian, y que concluyen despues de cuatro tomos de intrigas y de aventuras, por casarse y por vivir ricos y dichosos en un magnífico palacio de Paris ó de Londres?

—Lo mismo sería eso para nosotros que oír hablar el idioma de la China ó del Japon, no entendemos absolutamente nada. Novelas de criadas ó de costureras serían las que leeríamos con gusto. Y no hay duda que tenemos muchos escritores que se ocupan en componer libros de esta clase; pero mas valdria que no compusieran ningunos, ó al menos que lo hicieran de otra suerte. Porque aquellos son la peste mas temida de las madres de familia pobres y honradas; continuamente tienen que andar registrando los bolsillos de sus hijos ó de sus hijas, para ver si hay en ellos esos perversos libritos y arrojarlos á las llamas. ¿Es posible que se encuentren escritores de talento, que se ocupen en introducir este veneno en el corazón de los jóvenes, del mismo modo que si se pusiera arsénico en las flores de un ramillete, para que el que quisiera perfumar sus sentidos aspirara sin conocerlo la muerte? Nuestra mayor desgracia consiste, sobre todo, en que tenemos muchos libros, pero libros que nos perjudican. Y despues se estrañan de

que los padres vendan á sus hijos! ¿Mas quién ha reunido con lo que se los compra, sino ellos con sus novelas á dos cuartos?

—¿Por ventura historias sencillas, verdaderas, y al propio tiempo interesantes, tomadas de los hogares, de las costumbres, de los hábitos, de las profesiones de las familias, de las miserias, de las dichas, y escritas casi en el idioma del mismo pueblo; especie de espejo sin marco de su propia existencia, donde se viese en toda su sencillez y en todo su candor; pero el cual, en vez de reflejar sus groserías y sus vicios, reflejase preferentemente sus buenos sentimientos, sus trabajos, sus sacrificios y sus virtudes, para inspirarle mejor la estimacion de sí propio, y el deseo de su perfeccionamiento moral y literario?

—¡Ah señor!—esclamó Reine, —estoy en que esos son verdaderamente los libros que interesarían á los artesanos, especialmente á sus mujeres y á sus hijas. Y como sabéis muy bien, la mujer es el sentimiento de toda la familia; por lo tanto, cuando la mujer ó la hija de la casa leen un libro, es igual que si su padre y sus hermanos lo hubiesen leído. Somos el corazón de la casa, lo que nosotras amamos, hasta las paredes lo aman.

En las escuelas solo se aprende á dirigir el entendimiento; el director del alma está en el hogar. La madre, la mujer, la hija ó la hermana del trabajador honrado, son sus verdaderas musas, segun el nombre que se les da á estas inspiraciones interiores en la academia de Marsella. Lo que inspiran ellas es respirado por todos los parientes y por todos sus amigos, con preferencia á cualquiera otra cosa. Ellas son, como yo lo he visto repetidas veces en las tertulias de las familias de trabajadores, las que eligen el libro, encienden la luz los domingos, y dicen: «Voy á leeros una historia; estadme atentos.»

—¿Y habria que tomar esas historias de personajes de la condicion misma de los que las leen?

—Sí, señor, de lo contrario faltaria la atencion: todos dirán: «Esto se eleva á mayor altura que nosotros, ¿qué nos importa?»

—¿Deberian ser verídicas?

—Sí, señor. Las obras de imaginacion nos gustan poco, porque bien mirado, nosotros no tenemos mucha. Unicamente nos interesamos por la verdad, y ella sola es nuestra poesia; como que vivimos en medio de realidades.

—Tambien deberian ser muy sencillas y muy naturales, para que no contuviesen sucesos ni aventuras de esos que salen de la marcha ordinaria de las cosas.

—Sí, señor, como que apenas hay aventuras ni sucesos extraordinarios en nuestra vida, pues solos dos ó tres sentimientos forman nuestra cabal existencia.

—Deberian ademas estar en prosa.

—Sí, señor, es mas conveniente para nosotros, que queremos que se nos hable del modo que nosotros amamos. Los poetas deberian guardar sus versos para los cánticos, para las plegarias, ó bien á mi ejemplo, para llorar á los muertos, para echar de menos á los ausentes, para recordar las antiguas memorias, para gemir sobre las separaciones eternas, porque en los versos no se habla, no se refiere, sino que se llora, se canta y se ruega como con una voz que solo sale del corazón cuando este se encuentra extraordinariamente herido ó agitado.

—Los tales libros deberian ser sumamente baratos, ¿no es verdad? Con el objeto de que una noche de lectura costase al artesano lo mismo que una noche en la taberna.

—¡Sí, sí!—dijo Reine haciendo con la cabeza señales de aprobacion;—el libro que deseamos no debia ser mas caro que una botella de vino, un juego de naipes, una taza de café, ó una pipa. El padre ó el hermano de la familia dirian entonces: «Hé aquí una botella que voy á beber, ó una pipa que voy á fumar solo, y que cuando las haya concluido no dejarán nada en el vaso ó en la pipa: mientras que al otro lado tengo un volumen de lectura que entretendrá á mi mujer, á mis hijos, á mí, el cual no saldrá de la casa, y dejará en cambio placer en la memoria, dulces lágrimas en los ojos, buenos sentimientos en el corazón. ¿Cuál deberé comprar?» Y preferirá el volumen, señor, como no sea un

egoista, un hombre duro, ó un vicioso. Además, hará un cálculo muy sencillo si piensa bien. Dirá: «Si me marcho á pasar la velada fuera de casa, en los sitios públicos, acaso me gastaré el salario de uno ó de dos días; mientras que si me estoy con mis hijos y mis vecinos en casa, oyendo leer un buen libro, solo gastaré la luz y habré economizado mi dinero, enriqueciendo mi inteligencia y mejorando mis costumbres.» ¿No es cierto?

—Muy cierto; y únicamente vos que conocéis el precio del tiempo del trabajador, podiais hacer una reflexion semejante. Por lo tanto, esos libros deberían ser cortos, ¿es verdad?

—Sí, señor, de modo que su lectura completa no durase mas que la luz de una velada, porque los obreros no tienen mas tiempo que el domingo para consagrarse á los libros, y si la historia no estuviese concluida antes de acostarse, el trascurso de la semana la haria olvidar.

El domingo venidero no se sabria dónde se habia quedado, ni se recordarian ya los nombres ni las cosas. Únicamente las personas desocupadas pueden leer obras de muchos volúmenes; tienen su placer por mayor como el tendero sus provisiones. Pero nosotros no lo podemos tomar sino por menor: una onza de sal, una página de sentimiento, una gota de lágrimas. Cuarto por cuarto; así es el pueblo, y hay que tomarlo como Dios lo ha hecho.

XXVII.

Esta conversacion me hizo concebir la idea de un ensayo, para llevar á efecto, aunque sin perfeccion, el programa de aquella interesante jóven, por medio de algunas historietas en prosa y de algunos cantos populares en verso, consagrados á los domingos del pueblo codicioso de lectura, y el cual carece aun de escritores propios.

He vivido durante mucho tiempo en compañía de los campesinos, de los marineros, de los trabajadores, de los buenos y fieles criados que forman parte de nuestras familias: he pasado muchas

horas en las cabañas, en los cuarteles, sobre el puente de los buques, en la orilla de los caminos, en las montañas con los pastores, detras del arado con el trabajador, en los viñedos con los viñadores, hablando íntimamente con todas estas inteligencias cándidas, sencillas y buenas, cuyo lenguaje, costumbres y sentimientos, me son mas familiares que los de los salones. Ante mí se han deslizado siete ú ocho vidas oscuras, y aun casi he sido su confidente, llenas de interes de dolores ó de felicidades ocultas, que si fuesen referidas como fueron sentidas, serian poemitas verdaderos del corazón humano. Conozco los lugares, los sucesos y los actores. Procuraré describirlos con la misma sencillez con que me han sido contados. Los publicaré uno á uno en volúmenes sueltos y baratos, sin lujo de papel ni de impresion, para que puedan comprarlos las familias de artesanos mas indigentes.

No los escribiré con pretensiones de estilo, ni esfuerzo de talento, ni espíritu de sistema: solamente la naturaleza, nada mas que la naturaleza, y siempre la naturaleza. Dentro de esta se halla todo el genio para una clase semejante de producciones. El pueblo se inspira con ella mas de cerca que nosotros: y cuando se la encuentre en estos cuadros sin arte, le agradarán y querrá otros. Manos mas libres y mas modernas le darán tantos y mas que apetezca. Habráse hecho el boceto de la literatura popular, que no puede empezar ni concluir sino por obras de sentimiento, pues del mismo modo que las clases literatas de la poblacion son inteligencia, las iliteratas son únicamente sentimiento. Por el sentimiento, pues, hay que elevar al pueblo al gusto y al cultivo de las letras. El evangelio del sentimiento es igual al evangelio de la santidad; debe ser predicado primeramente á los sencillos y en un lenguaje tan tierno como el corazón de un niño.

XXVIII.

El plan que yo trazaba delante de la costurera de Aix, me hizo recordar algunas páginas que tenia escritas de años atras, co-

egoista, un hombre duro, ó un vicioso. Además, hará un cálculo muy sencillo si piensa bien. Dirá: «Si me marcho á pasar la velada fuera de casa, en los sitios públicos, acaso me gastaré el salario de uno ó de dos días; mientras que si me estoy con mis hijos y mis vecinos en casa, oyendo leer un buen libro, solo gastaré la luz y habré economizado mi dinero, enriqueciendo mi inteligencia y mejorando mis costumbres.» ¿No es cierto?

—Muy cierto; y únicamente vos que conocéis el precio del tiempo del trabajador, podiais hacer una reflexion semejante. Por lo tanto, esos libros deberían ser cortos, ¿es verdad?

—Sí, señor, de modo que su lectura completa no durase mas que la luz de una velada, porque los obreros no tienen mas tiempo que el domingo para consagrarse á los libros, y si la historia no estuviese concluida antes de acostarse, el trascurso de la semana la haria olvidar.

El domingo venidero no se sabria dónde se habia quedado, ni se recordarian ya los nombres ni las cosas. Únicamente las personas desocupadas pueden leer obras de muchos volúmenes; tienen su placer por mayor como el tendero sus provisiones. Pero nosotros no lo podemos tomar sino por menor: una onza de sal, una página de sentimiento, una gota de lágrimas. Cuarto por cuarto; así es el pueblo, y hay que tomarlo como Dios lo ha hecho.

XXVII.

Esta conversacion me hizo concebir la idea de un ensayo, para llevar á efecto, aunque sin perfeccion, el programa de aquella interesante jóven, por medio de algunas historietas en prosa y de algunos cantos populares en verso, consagrados á los domingos del pueblo codicioso de lectura, y el cual carece aun de escritores propios.

He vivido durante mucho tiempo en compañía de los campesinos, de los marineros, de los trabajadores, de los buenos y fieles criados que forman parte de nuestras familias: he pasado muchas

horas en las cabañas, en los cuarteles, sobre el puente de los buques, en la orilla de los caminos, en las montañas con los pastores, detras del arado con el trabajador, en los viñedos con los viñadores, hablando íntimamente con todas estas inteligencias cándidas, sencillas y buenas, cuyo lenguaje, costumbres y sentimientos, me son mas familiares que los de los salones. Ante mí se han deslizado siete ú ocho vidas oscuras, y aun casi he sido su confidente, llenas de interes de dolores ó de felicidades ocultas, que si fuesen referidas como fueron sentidas, serian poemitas verdaderos del corazón humano. Conozco los lugares, los sucesos y los actores. Procuraré describirlos con la misma sencillez con que me han sido contados. Los publicaré uno á uno en volúmenes sueltos y baratos, sin lujo de papel ni de impresion, para que puedan comprarlos las familias de artesanos mas indigentes.

No los escribiré con pretensiones de estilo, ni esfuerzo de talento, ni espíritu de sistema: solamente la naturaleza, nada mas que la naturaleza, y siempre la naturaleza. Dentro de esta se halla todo el genio para una clase semejante de producciones. El pueblo se inspira con ella mas de cerca que nosotros: y cuando se la encuentre en estos cuadros sin arte, le agradarán y querrá otros. Manos mas libres y mas modernas le darán tantos y mas que apetezca. Habráse hecho el boceto de la literatura popular, que no puede empezar ni concluir sino por obras de sentimiento, pues del mismo modo que las clases literatas de la poblacion son inteligencia, las iliteratas son únicamente sentimiento. Por el sentimiento, pues, hay que elevar al pueblo al gusto y al cultivo de las letras. El evangelio del sentimiento es igual al evangelio de la santidad; debe ser predicado primeramente á los sencillos y en un lenguaje tan tierno como el corazón de un niño.

XXVIII.

El plan que yo trazaba delante de la costurera de Aix, me hizo recordar algunas páginas que tenia escritas de años atras, co-

mo por presentimiento, acerca del modo de concebir y escribir la historia para el pueblo. Busqué aquellas páginas en mi cartera y se las leí. Dicen así:

«Hasta el presente se ha halagado mucho al pueblo, lo cual prueba que no se le estima bastante, pues únicamente se halaga á los que se desea seducir. ¿Por qué se le ha halagado? Porque se ha hecho de él comunmente un instrumento y no un objeto. Se decía: la fuerza está en él: nos es necesario para derribar gobiernos que estorban, ó para absorver nacionalidades que codiciamos; atraigámonos al pueblo, escitando su vanidad y su orgullo; digámosle que el derecho está en el número; que su voluntad equivale á la justicia: que Dios está con las grandes masas de soldados; que la gloria es la amnistía de la historia; que cualquier medio es bueno para hacer triunfar las causas populares, y que hasta los crímenes se borran por la grandeza y la santidad de los resultados; nos creará, nos seguirá, nos prestará su fuerza material; y cuando con el apoyo de sus brazos, de su sangre, y aun de sus crímenes, hayamos derribado la tiranía y trastornado la Europa, despediremos al pueblo, diciéndole por turno: Calla, trabaja y obedece...»

En estos términos se le ha hablado hasta aquí; de esta manera es como se han llevado á la calle los vicios de las cortes, y se ha hecho tomar al pueblo el gusto á la adulacion, y que sienta tanto la necesidad de complacencia y de caricias, que á ejemplo de algunos soberanos del bajo imperio, no permiten ya que se les hable sino de rodillas. Y se debe hablar de pié, de igual á igual, de frente á frente. No vale mas ni menos que los otros elementos de la nacion. El número es lo de menos. Explorad cada uno de por sí á todos los individuos que componen una muchedumbre. ¿Qué encontráis? Las mismas ignorancias, los mismos errores, las mismas pasiones, y á menudo los mismos vicios que en otras partes. ¿Y es este suficiente motivo para arrodillarse? No. Multiplicad cuanto querais todas esas ignorancias, todos esos vicios, todas esas pasiones, todas esas miserias, aunque sea por millones de hombres; no habreis cambiado su naturaleza; no habreis obtenido

mas que una multitud. Prescindamos por lo tanto del número, y respetemos únicamente la verdad.

Al frente de esta, y nada mas, debe uno colocarse cuando quiera escribir la historia para uso del pueblo; sin que haya de temerse por esto el ser menos leído, menos escuchado, y menos popular. Si el pueblo tiene dos gustos depravados, la adulacion y la mentira, tiene de igual suerte dos gustos naturales, la verdad y el valor. Respeta á los que se atreven á arrostrarle; desprecia á los que le temen. Existen fieras que únicamente devoran á los que huyen ó caen delante de ellos. El pueblo se parece al leon, en no permitir que se le acerquen de lado sino de frente, con los ojos fijos en los suyos, puesta la mano en su melena, con esa familiaridad confiada que prueba que uno se entrega, pero que al propio tiempo sabe lo que vale y dice á las mayorias: Multiplicaos cuanto querais; yo me conozco.

Atendido lo cual, ¿qué punto de vista se debe escoger para escribir esta historia popular? Hay tres principales en que uno puede colocarse; el punto de vista de la gloria, el punto de vista del patriotismo, y el punto de vista de la civilizacion ó de la moralidad de los actos que se quieren referir. Si nos colocamos bajo el primero agradamos á una nacion guerrera, que ha sido fascinada mucho antes de ser ilustrada, y á la cual esta fascinacion ha cegado tantas veces sobre el valor de los hombres y de las cosas que brillan en su horizonte. Si nos colocamos bajo el segundo, apasionaremos mucho á un pueblo que tiene para su sublime egoismo, la escusa de su propia salvacion y grandeza, y el cual sintiéndose tan grande y tan fuerte, ha podido creer que él era todo y que la Europa se reasumia en él.

Mas ni uno ni otro de estos puntos de vista ofrecerán la verdad verdadera, quiero decir, la verdad general; no ofrecerán otra cosa que la verdad francesa: y esta no se encuentra mucho mas allá de Paris; en trasponiendo la frontera es mentira. No se halla circunscrita la verdad á los límites de una nacion á la que se ha de consagrar la enseñanza, ó reducir la inteligencia del pueblo. ¿Qué que-

da pues? El punto de vista universal y permanente, es decir, el punto de vista de la moralidad de los actos individuales ó nacionales que se van á describir. Todos los otros están iluminados por una luz falsa y convencional; este solo se halla alumbrado por una luz completa y divina; solo él puede guiar la incertidumbre de los juicios humanos á través del dédalo de las preocupaciones, de las opiniones, de las pasiones, de los egoismos personales y nacionales, y hacer decir al pueblo: esto es bueno, esto es malo, esto es bello. En una palabra, si se quiere formar el juicio de las masas, si se trata de arrancarlas á la inmoral teoría del buen éxito, hágase lo que no se ha hecho hasta ahora: *dése una conciencia á la historia*. Tal es la espresion de la época, tal la obra digna del pueblo, y tal la empresa digna del escritor. Siguiendo esta conducta histórica, quizá se halagará menos inmediatamente á la imaginacion acalorada de las masas; pero se servirá mucho mejor su causa, sus intereses y su razon.

No faltarán en parte alguna estos tres aspectos, el aspecto puramente individual, la gloria; el aspecto exclusivamente nacional, el patriotismo; y por último el aspecto moral, la civilizacion. Mas sujetando el significado de cada uno de los sucesos á la accion de una lógica rigurosa, llegareis siempre y por todas partes á este resultado: que la gloria y aun el patriotismo, separados de la moralidad general del acto, son estériles para la nacion y para el progreso real del género humano; y finalmente, á que no hay gloria contra lo honesto; no hay patriotismo contra la humanidad; no hay victoria contra la justicia.

¡Qué comentario tan hermoso de la Providencia es una historia escrita de esta manera para el uso de las masas! Y al propio tiempo, ¡qué beneficio para el pueblo, y qué garantía de su poder futuro se ponen en su mano con semejante libro! Enseñar al pueblo por los hechos, por los sacrificios, por el sentido oculto de los grandes dramas históricos, en que los hombres solo ven las decoraciones y los actores; pero cuyo plano arregla una mano invisible; enseñándole, digo, á que se conozca, se juzgue, se modere

á sí mismo; hacerle capaz de distinguir á los que le sirven de entre los que le estravian, á los que le fascinan de entre los que le iluminan, hacerle tocar cada hombre, cada gran acontecimiento de su propia historia, y decirle: *Midete á tí mismo*, no con la medida engañosa y falta de tus pasiones del momento, de tus preocupaciones, de tus cóleras, de tu vanidad nacional, de tu patriotismo angosto, sino con la medida verdadera y completa de la conciencia universal del género humano, y de la utilidad del hecho para la civilizacion; persuadirle de que la historia es una marcha á través de los siglos, en que cada nacionalidad tiene su puesto, su papel, su accion divina señalada, en que cada clase social tiene su importancia á los ojos de Dios, de ninguna manera un azar ni una mezcla confusa de hombres y de cosas: enseñar de este modo al pueblo á respetarse á sí mismo, por decirlo así, religiosamente, con conocimiento de causa, para el cumplimiento progresivo de los grandes designios providenciales; en una palabra, crearle un sentido moral y ejercitar este sentido sobre los reinos, sobre todos los grandes hombres, y sobre sí mismo.

No reparo en decir, que esto es dar al pueblo mucho mas que el imperio, mucho mas que el poder, mucho mas que el gobierno; es darle la conciencia, la estimacion y la soberanía de sí mismo; es sobreponerle á todos los gobiernos. El dia en que sea efectivamente digno de reinar, reinará. Los gobiernos no son otra cosa, que el molde en que se vacia la estatua del pueblo, el cual toma la forma que conviene á su naturaleza mas ó menos perfeccionada. Así como sea el pueblo, así será el gobierno indudablemente; por lo tanto, cuando un pueblo se queja del suyo, es que no es digno de tener otro. Ya lo decia Tácito en su tiempo, y sigue siendo verdad en nuestros dias.

Sin embargo, un ensayo para popularizar la historia, ha despertado en mi alma una idea que duerme hace diez años, idea cuya realizacion he propuesto sucesivamente á los grandes partidos y al gobierno de mi pais, y que ellos han mirado con indiferencia, porque no era una arma de guerra para combatirse, sino

trumento de mejora y de paz para servir bien á la nación. Hé aquí la idea: *up sol ortas ob nraiqat el sup sol a*, *universitas el sup sol ob*. A mí se me ha ocurrido; nuestra libertad de imprenta, nuestro gobierno de discusion y de publicidad, nuestro movimiento industrial, nuestra educacion primaria, sobre todo, establecida en nuestras cuarenta mil municipalidades, esparcen con una profusion creciente la enseñanza elemental en las regiones inferiores de la poblacion; es decir, que todo esto da la facultad, la costumbre y la necesidad de leer á masas considerables del pueblo; pero despues de haberles creado esta necesidad, ¿qué es lo que se les da para que la satisfagan? ¿Qué se escribe para ellos? La educacion de nosotros, hijos del rico, privilegiados del ocio, se continúa sin interrupcion toda nuestra juventud y aun toda nuestra vida. Tras de la enseñanza elemental que recibimos sobre las rodillas de nuestras madres, nos esperan los elogios, de aquí pasamos á los grandes cursos de las universidades; oímos á los profesores célebres que paga el Estado para nosotros en las capitales; ciencias, filosofia, humanidades, política, todo se derrama para nosotros en abundancia; y como si todavía no fuera esto suficiente, se abren para nosotros bibliotecas inagotables; revistas, periódicos innumerables, á los cuales nuestra fortuna permite que nos suscribamos, trabajan para nosotros toda la semana ó toda la noche, para venir á alimentar nuestra inteligencia cada mañana con la flor de todos los conocimientos humanos, y escitar nuestra imaginacion para un trabajo insensible y para una reflexion perpétua. Con un método semejante no muere sino lo que no puede vivir; lo incapaz ó lo indiferente. La vida toda es un estudio hasta la muerte. *na no aliót sicob el y ortó ransí ob cngib es on sup es*

Los hijos del pueblo, por el contrario, no tienen cosa alguna de todo esto. Sin embargo, no les faltan tampoco sus ratos de ociosidad. Los dias de fiesta y de descanso, las veladas de invierno, mientras una enfermedad, las horas perdidas; no hay profesion en que no pueda consagrarse á la lectura una parte del dia ó de la vida. ¡Cuántas horas ociosas pasamos nosotros, quinientos

mil soldados en las guarniciones, vosotros, sesenta mil marinós sobre el puente de los buques, cuando la mar está hermosa y el viento tranquilo! ¡Cuántas vosotros, innumerables trabajadores, que descansáis, si os fatigais de ociosidad cuarenta y ocho horas cada semana! ¡Cuántas para las mujeres, los viejos y los niños, en las casas, y para los pastores en los campos! ¡Y en dónde está el alimento intelectual de toda esta multitud? ¿En dónde el pan moral y de cada dia de las masas? En ninguna parte. Un catecismo ó canciones; tal es su sustento: crímenes espantosos contados en versos atroces, trazados en rasgos horribles y colgados de un clavo sobre los muros de la choza; tal es su biblioteca, su arte y su museo. Para los mas instruidos hay algunos periódicos que solamente tratan de política, los cuales se deslizan de vez en cuando en el taller ó en la taberna de la aldea, á donde llevan los efectos de nuestros combates parlamentarios, algunos nombres de sujetos generalmente odiados, y ciertas popularidades que desvanecen: tal es su educacion cívica. ¿Qué pueblo os prometeis despues de todo esto? *no puedo entenderse en los idiomas que se escriben en el libro*

Ahora bien; yo tenia proyectado llenar esta inmensa laguna en la vida moral ó intelectual de las masas, no solo con libros que se toman y se leen una vez para no volverse á acordar de ellos jamas; sino con el único libro que no se acaba nunca, que se empieza de nuevo todos los dias, que cada uno lee á pesar suyo, por decirlo así, son ese instinto insaciable de curiosidad y de novedad, que es uno de los apetitos naturales del hombre; es decir, con el libro cotidiano, con el periodismo popular; porque el periodismo no es un capricho, es la sucesion de un tiempo marcado hora por hora, sobre la esfera del espíritu humano. *el na cibangitui el no zoár*

Crear un periódico de las masas, diario, de un tamaño colossal, de un precio de suscripcion que no escudiera de cinco jornales; invitar á todos los hombres que en Francia ó en Europa están á la altura del pensamiento, de la filosofia, de la ciencia, de la literatura, de las artes, y aun de los oficios; y pedir á cada uno de ellos cierto número de artículos sobre cada una de las especiali-

dades en que sobresalen; á este la filosofía moral, á aquel la historia; al uno la ciencia, al otro la poesía; al de mas allá la política; pero solo la política general y en sus principios mas unánimemente admitidos, sin ninguna polémica contra los hombres y los gobiernos; escitarles á que descendan todas las concepciones elevadas de la inteligencia hasta el alcance de los talentos mas medianos, en términos claros, precisos, elementales; á traducirse á sí mismo, por decirlo así, del idioma sábio al idioma vulgar; unir á esta enseñanza elemental sucesiva y variada la relacion de los principales hechos nacionales ó europeos, el acta completa del dia en todo el universo; hacer penetrar de este modo la claridad general por todas las puertas, por todas las ventanas, por todas las rendijas de los techos del pueblo, y hacer participar á estas masas, en su proporcion y sin coste de la actividad de la vida religiosa, filosófica, científica, literaria y política, como participan de la vida física á favor de alimentos menos caros, pero no menos nutritivos: hé aquí mi idea.

No puedo entretenerme en desarrollarla ahora; pero téngase entendido que para llevarla á cabo bastaria con un millon de francos anual. Si, seria lo suficiente que un millon de ciudadanos bien intencionados se suscribieran á este subsidio de las masas por un franco al año solamente, por uno de esos pedazos de plata que se escurren de las manos sin que se les detenga, ó que la distraccion arroja mil veces al año al menor capricho de cada dia, para que esta idea se realizara y la civilizacion descendiese como la nube sobre los lugares mas profundos para derramar por todas partes su lluvia y su rocío. ¡Qué revolucion moral no produciria en diez años en la inteligencia, en las ideas, en las costumbres, en el bienestar de las masas, esa penetracion diaria y universal de la luz en las tinieblas del pensamiento!

Actualmente, las ideas se encuentran á la sombra, y entonces las bañaria el sol; todo fermentaria, todo germinaria, todo fructificaria. No temo afirmar que en pocos años la faz política del pueblo se habria mudado. Pero, se me dirá, ¿y por qué no lo haceis?

Porque no tengo el millon que se necesita; porque no hay en Francia ninguna idea que pese arriba de un escudo. Reman los buenos ciudadanos un millon y yo me encargo de presentarles los hombres.

Estos últimos serian en el fondo el verdadero poder moral de la nacion, los administradores de la idea pública, el concilio permanente de la civilizacion moderna: ¿no hay aquí algo que escite los sacrificios nobles y ambiciosos? Si, existen hoy en todas partes dos especies de gobiernos, el que administra y el que reina. Este último es el que piensa; superior al primero: pero este gobierno de la idea pública necesita, como el otro, unidad de accion y órganos. El periódico del pueblo, concebido como he espuesto, seria el código del gobierno de la idea; la asociacion constituiria su presupuesto y su ejército; los primeros escritores del siglo serian sus ministros. Cabe en la época actual una cosa mas bella que ser ministro de la Cámara ó de la corona; el ser ministro de la opinion.

XXIX.

—Estas son, Reine, las ideas que yo formaba de la literatura, de la historia, de la poesía, de la filosofía, de la ciencia, del teatro, para uso del pueblo, de mucho tiempo atras. Es necesario ponerla en ejecucion. Nada está demasiado alto, nada es demasiado bello para las masas. Escritores son los que faltan para el pueblo, que no lectores para los escritores. ¡Ah! si yo contara con el talento de algunos escritores de nuestros dias, con su juventud, sus ocios y su pluma, ¡cuánto habia de hacer en este orden de ideas! Existe un mundo nuevo que es preciso descubrir, sin que se vaya como Cristóbal Colon al otro lado de los mares. Este mundo nuevo es la sensibilidad y la razon de las masas! La geografía del universo moral no estará completa hasta que el continente popular sea descubierto, conquistado y poblado de ideas por los navegantes del pensamiento. Ya se le divisa; lo único que falta es abor- darle.

— Es sumamente poético lo que me decís, señor — dijo sonriendo la costurera — y á pesar de esto lo comprendo.

— Dispensad — la repliqué — yo no habria hablado así delante de otra mujer de vuestra clase; pero vos sois tambien poeta; vuestros versos han dado lugar á que me olvide de vuestras tigas. Además, que tampoco es indispensable ser siempre llano para hacerse popular; el pueblo es tambien un gran poeta, porque es el niño aun no destetado de la naturaleza, y esta solamente habla con imágenes, como Dios.

XXX.

Mientras esto acontecia, la brisa del mar se dejaba caer insensiblemente sobre las olas, para ser reemplazada por la brisa de tierra, que empezaba á respirarse á través de los pinos marítimos de la costa; las ondas se tornaban de color de rosa en su parte superior, como las nieves cuando el último rayo del sol las hiere al retirarse. La noche se nos echaba encima sin que lo hubiéramos notado, tan complacidos como nos hallábamos con aquella modesta jóven. La diligencia de Aix iba á partir; mi mujer abrazó á Reine, como si fuera una conocida suya muy antigua. Ella nos agradeció el recibimiento que la habíamos hecho, sin cumplidos, y marchó contenta de su viaje, asegurándonos que no diria nada á sus vecinas al dia siguiente, por miedo de que se la creyera una *intrigante*. ¡Ah! bastaba ver su tímida y cándida fisonomía para convencerse de lo que ella era: una jóven sencilla, dotada de una imaginacion sensible con un fondo inmenso de bondad.

En aquel mismo instante en que cruzaba el dintel de la puerta del jardin para subir á la diligencia, la llamé y la dije:

— «Reine! si en alguna ocasion escribo una ó dos de esas historietas populares, cuya idea me habeis proporcionado, me permitireis que os dedique la primera ¿es verdad? Vuestro nombre la hará afortunada.»

FIN DEL PREFACIO.

GENOVEVA.

Nuestra imaginacion es el espejo de toda la naturaleza, espejo que llevamos en nosotros mismos y en donde esta se representa. La imaginacion mas bella es el espejo mas claro y mas verdadero, el que alteramos menos con el influjo de nuestras propias invenciones, el que no recibe tantas tintas artificiales y por lo comun falsas de nuestra propia fantasía, á la que llamamos nuestro genio. El genio no crea, copia: Dios se ha reservado en todo la creacion. Homero, la imaginacion mas vasta y mas patética que ha descrito jamas á la naturaleza y hecho palpitar el corazon humano, no fué mas que un copiante perfecto. Los colores que deslie con nuestras lágrimas sobre su paleta, solo son los colores que todos vemos y las lágrimas que vertemos todos. Las ha visto y sentido mejor; en esto consiste su genio. Los poetas, á quienes se culpa de coleccionistas de ficciones, y de recitadores de mentiras, son los mas veraces de todos los hombres. Observan, sienten y escriben; mudan los nombres de sus personajes, en lo que estriba toda su invencion; pero si estos personajes no existieran real-

— Es sumamente poético lo que me decís, señor — dijo sonriendo la costurera — y á pesar de esto lo comprendo.

— Dispensad — la repliqué — yo no habria hablado así delante de otra mujer de vuestra clase; pero vos sois tambien poeta; vuestros versos han dado lugar á que me olvide de vuestras tigas. Además, que tampoco es indispensable ser siempre llano para hacerse popular; el pueblo es tambien un gran poeta, porque es el niño aun no destetado de la naturaleza, y esta solamente habla con imágenes, como Dios.

XXX.

Mientras esto acontecia, la brisa del mar se dejaba caer insensiblemente sobre las olas, para ser reemplazada por la brisa de tierra, que empezaba á respirarse á través de los pinos marítimos de la costa; las ondas se tornaban de color de rosa en su parte superior, como las nieves cuando el último rayo del sol las hiere al retirarse. La noche se nos echaba encima sin que lo hubiéramos notado, tan complacidos como nos hallábamos con aquella modesta jóven. La diligencia de Aix iba á partir; mi mujer abrazó á Reine, como si fuera una conocida suya muy antigua. Ella nos agradeció el recibimiento que la habíamos hecho, sin cumplidos, y marchó contenta de su viaje, asegurándonos que no diria nada á sus vecinas al dia siguiente, por miedo de que se la creyera una *intrigante*. ¡Ah! bastaba ver su tímida y cándida fisonomía para convencerse de lo que ella era: una jóven sencilla, dotada de una imaginacion sensible con un fondo inmenso de bondad.

En aquel mismo instante en que cruzaba el dintel de la puerta del jardin para subir á la diligencia, la llamé y la dije:

— «Reine! si en alguna ocasion escribo una ó dos de esas historietas populares, cuya idea me habeis proporcionado, me permitireis que os dedique la primera ¿es verdad? Vuestro nombre la hará afortunada.»

FIN DEL PREFACIO.

GENOVEVA.

Nuestra imaginacion es el espejo de toda la naturaleza, espejo que llevamos en nosotros mismos y en donde esta se representa. La imaginacion mas bella es el espejo mas claro y mas verdadero, el que alteramos menos con el influjo de nuestras propias invenciones, el que no recibe tantas tintas artificiales y por lo comun falsas de nuestra propia fantasía, á la que llamamos nuestro genio. El genio no crea, copia: Dios se ha reservado en todo la creacion. Homero, la imaginacion mas vasta y mas patética que ha descrito jamas á la naturaleza y hecho palpitar el corazon humano, no fué mas que un copiante perfecto. Los colores que deslie con nuestras lágrimas sobre su paleta, solo son los colores que todos vemos y las lágrimas que vertemos todos. Las ha visto y sentido mejor; en esto consiste su genio. Los poetas, á quienes se culpa de coleccionistas de ficciones, y de recitadores de mentiras, son los mas veraces de todos los hombres. Observan, sienten y escriben; mudan los nombres de sus personajes, en lo que estriba toda su invencion; pero si estos personajes no existieran real-

mente en la naturaleza, no los habrían concebido, y si no los hubieran concebido realmente en su imaginación no los darían á luz ó solo producirían monstruos y fantasmas. Todo poema, por lo tanto, es una realidad.

Ya referí en mis *Confidencias* la verdadera aventura que había recitado ó cantado á media voz en el poema doméstico de *Jocelyn*. Los lectores de las *Confidencias* conocen al pobre é interesante cura de aldea, á quien di en mis versos el nombre de *Jocelyn*; conocen también á la bella y tierna niña del castillo de..., á la que llamé Laurence. Casi no hice otra variación, á la verdad, en aquel dramita, cuadro de chimenea que cuelga uno de un clavo de latón en su cuarto ó en su choza, y al que mira distraídamente cuando quiere recordar su juventud, soñar, llorar ó rezar.

Muchos jóvenes ociosos, de ambos sexos, me escribieron desde todos los puntos del globo con motivo de aquel poema, que logró el único éxito que podía esperarse, el de los corazones enfermos, una gloria de intimidad, una inmortalidad de chimenea, ¡musa pedestris! Sucedió que todos los que se afectaron, todas aquellas voces conmovidas, todas aquellas plumas temblorosas preguntaban, si el drama era verdadero, si *Jocelyn* había vivido, si Laurence había amado y muerto de aquel modo, si lo había conocido yo, si había poseído las tristes y santas confidencias de sus amores y de sus desgracias: si debían interesarse por ellos solo como por personificaciones imaginarias nacidas en mis sueños, ó si habían de llorar y de orar verdaderamente sobre sus dos tumbas, y quererlos como á dos seres que habían realmente vivido entre nosotros, y que se podía esperar encontrarlos algún día amantes, amados, y dichosos en la otra vida. ¡Oh candidez santa de los corazones sensibles! No quieren gastar su sensibilidad por una ficción, y hacen bien: son demasiado preciosas las lágrimas para verterlas sobre quimeras, y sin que una sombra, cuando menos, las sienta caer y las recoja desde lo alto. Engañar estos corazones es cometer el pecado contra el Espíritu Santo, el crimen sin perdón de los poetas, porque es el crimen contra la naturaleza; es

tender un lazo á la melancolía para reirse luego delante de ella; cuando se hace llorar así, es como si se hiciera llover lágrimas sobre la arena para regar una ilusión. Está mal hecho, y frecuentemente causa un perjuicio á las imaginaciones tiernas quien las engaña así. Porque las almas jóvenes y sencillas, que son también las más bellas, toman á veces por lo serio los sentimientos de que el poeta se burla de este modo. Conocidos son los siete ú ocho suicidios, que *Werter*, esta ironía de Goethe, ocasionó en Alemania, cuando salió á luz la primera vez aquel hermoso libro.

Todo el mundo sabe, que Bernardino de Saint-Pierre estuvo asediado, mientras vivió, por consultas epistolares acerca de Pablo y Virginia, y que las peregrinaciones dejaron marcada una senda hasta su tumba imaginaria debajo de las palmeras. Yo mismo, cuyos escritos están muy distantes de ejercer este influjo sobre la imaginación de la Europa, he tenido sin embargo mi correspondencia de esta clase con las almas desocupadas y pensadoras de la época. He reconocido por señales ciertas, que algunas veces había conmovido bien y mucho. Así es que, después de haber publicado el año pasado el episodio de *Graziela*, historia verdadera en que me pinto con la imparcial severidad de la distancia y del tiempo, he recibido multitud de cartas firmadas y anónimas, llenas de violentas reprensiones, de maldiciones y de imprecaciones contra la dureza, la sequedad y la ligereza de corazón de que me reprendo á mí mismo para con aquella hermosa y desgraciada niña.

Luego que las *Confidencias* dieron noticias sobre Laurence y sobre *Jocelyn*, se me consultó sobre los pormenores accesorios del drama, sobre los paisajes, sobre las personas secundarias, sobre el tejedor, sobre el obispo, sobre el amigo, sobre la criada, finalmente, sobre el perro y sobre los pájaros; se ha pretendido saber de dónde venía la pobre Marta, y á dónde se había marchado después de la muerte del cura; y si era Marta su verdadero nombre; y si su bondad y su amor á su dueño no eran tampoco invención del poeta, un matiz suave del cuadro, una armonía calculada con aquella naturaleza de los Alpes, y con aquella vida sin

esperanza. En mil conversaciones he respondido de palabra; pero ahora ha llegado la ocasión de contestar mas esplicitamente y á mayor número de curiosos de sentimiento. No, Marta no era el verdadero nombre de la criada de Jocelyn, así como el de Jocelyn no era el del cura de B..., así como Valneige no es el de la aldea. Se llamaba y se llama todavía Genoveva, pues no siguió á la tumba á su joven señor, y la veo aun algunas veces en el patio, bajo los tilos, en los dias del estío, cuando paso por delante de la verja del hospital de C... Ved aquí su historia, uniforme, corta y pálida como un dia de invierno, que no tiene mas que una hora de sol entre dos largos crepúsculos.

Me parece que fué ayer el dia en que me la contó, segun lo bien que me acuerdo de toda la conversacion que tuvimos. He recibido del cielo una memoria de los sitios, de los rostros, de los metales de voz, para la cual no existe el tiempo. Veinte años me representan los objetos á la distancia de una noche. Esta memoria es de las cosas exteriores. Mas para las impresiones, para los cariños, para los sentimientos, para los golpes recibidos una vez en el corazon, no tengo necesidad de memoria. Esto no cesa de influir en mí; no ha existido, existe; no es un tiempo del idioma para mi naturaleza, todo es presente. Una impresion causada á mi facultad de sentir se perpetúa, se repite, y se renueva siempre sin debilitarse jamas. El péndulo de mis recuerdos, sin necesidad de que se le toque, oscila siempre de igual manera. Tengo verdaderamente en mi fibra interior el misterio del movimiento perpetuo, que tan en vano buscan los mecánicos fuera de Dios. Ninguna otra cosa me ha dado desde muy temprano la conviccion y como la sensacion de la inmaterialidad del alma y de lo infinito. Estoy seguro de que no me equivocaré en una sola circunstancia, ni en un detalle, ni en una palabra, ni en un sonido de voz al recordaros hoy mi conversacion con Genoveva.

Pero, antes que todo, hagamos su retrato, lo cual es mas difícil, porque las palabras dicen, pero solo el pincel pinta, y tengo lengua, mas carezco de pincel.

II.

Permanecí algun tiempo en la casa parroquial de B... despues de la muerte y sepultura del cura D..., á quien he llamado Jocelyn en mis versos. Tenia que cumplir los deberes tristísimos y al mismo tiempo fáciles, de ejecutor testamentario, y aun de heredero, pues el moribundo me encargó que pagase sus cortas deudas sobre la tierra, mientras él iba á recibir el interes en el cielo. Todas habrian sido contraidas en el año de epidemia y miseria, para comprar medicinas en las boticas, y arroz y azúcar en las tiendas de la aldea vecina de G... para los enfermos. Pero habia un inventario que formar, libros que examinar, papeles que recorrer, algunos modestos muebles y un poco de ropa que vender ó distribuir, la criada, el perro y el pájaro que recojer, la casa, en fin, y el jardin que poner en orden y en cultivo, para que todo presentase un aire de decencia, de esmero y de pulcritud á los ojos del vicario que viniera á ocupar su puesto, y para que ninguna mala yerba, ningun resto de paja, ninguna pluma olvidada por negligencia, mancharan el lecho de donde se habia volado el cisne de las nieves.

Durante aquellos dias que empleé en estos cuidados piadosos, por la memoria de mi amigo, no tenia mas compañía que á Genoveva, que iba y venia continuamente del patio al jardin, del pozo al horno, de la cueva al granero, de la cocina á la sala, de la perreira al palomar, al gallinero y á la pajarera. Cogia la azada ó el rastrillo en el jardin y se ponía á escardar las berzas ó las lechugas, ó nivelaba un poco los senderos que se habian cubierto de musgo verdoso durante la enfermedad de Jocelyn: en seguida soltaba estos instrumentos, para coger la escoba y limpiar el polvo hasta del menor rincon de la escalera ó corredores; despues dejaba la escoba, para ir á sacudir y limpiar los muebles y las repisas de piedra de las chimeneas, hasta que el nogal de los armarios y la superficie encerada del suelo se convertian en espejos que re-

flejaban su brazo; despues volvia á dejar los muebles y á tomar el hilo y la aguja para componer las albas, las sabanillas del altar, y los purificadores ó pañitos con que el sacerdote enjuga los bordes del cáliz despues que ha bebido el vino místico; luego se levantaba como sobresaltada de su asiento, echaba sobre sus brazos los lienzos de la sacristía, é iba á reanimar el fuego, á espumar los pucheros, á abrir la puerta del patio, y mirar hácia el lado de la iglesia para ver si venia su amo, como de costumbre, á la hora de comer.

El perro, que acompañaba á Genoveva, iba hasta la sepultura recientemente cubierta de tierra, exhalaba dos ó tres aullidos allí cerca, como para despertar á su dueño y se tornaba con lentitud, deteniéndose y volviéndose á cada paso con la cabeza baja, la vista consternada, las orejas tiesas, una hácia adelante y otra hácia atras, como asombrado de que no le siguiese el que continuaba esperando. Entonces Genoveva llamaba al perro, le hacia entrar y subia con los ojos hinchados la escalera interior.

Durante algunos momentos no se oia ruido alguno en la casa, y era que aquella inocente criatura se estaba llorando, sola en la cocina, de donde no salia sino para traer yerba á su cabra. Hubiérase dicho que un espíritu agitado la impelia de una á otra parte, para que buscase á pesar suyo lo que no encontraba en ninguna. ¡Ah! solo Dios sabe el vacío que la desaparicion de un solitario deja en el corazon de una pobre mujer, de un amigo único, de un perro, de una jaula de pájaro, de un jardin, y de la naturaleza misma, que viven ó mueren en el pequeño círculo que hay al rededor de él. Cuando nadie sospecha que falta un aliento en el mundo, falta el aire y la vida á dos ó tres seres que vivian del ser aquel que se ha desvanecido. Todo se mantiene firme en este cimiento de antiguos y queridos hábitos; quitad un grano de arena y la pared al punto se derrumba; y una vez esta por el suelo, ¿qué significa el musgo que la vestía, el musgo marchito? ¿Qué fué del nido del insecto y de la rendija de la lagartija?

Aun el hombre mas aislado tiene en derredor de su corazon un

mundo invisible que vive de él. Cuando este corazon está frio, ¿en qué se convierte? En lo que se convertía la criada, en una alma en pena, en una mirada sin vista, en un paso eterno sin direccion, en una actividad sin descanso, en una vida maquinal, en una muerte que vive. Así estaba Genoveva.

III.

Constantemente he mirado con piadoso respeto, y hasta con una sonrisa de ternura lo que se llamaba el esclavo ó el liberto en la antigüedad, la nodriza en Grecia, ó en la edad media el *criado*, es decir, la parte viva de la casa ó habitacion, *doméstico* de *domus*, en Francia, la *familia* en Italia y en España, verdadero nombre de esta clase de servicio, que no es en el fondo mas que el complemento, la estension de esta querida y tierna unidad de la asociacion humana que se llama la familia; la familia sin la sangre, la familia adoptiva, la familia pasajera, temporal, anual, la familia á sueldo, si se quiere; pero frecuentemente tambien la familia tan espiritual, tan amante, tan desinteresada, tan pagada por un salario de sentimientos, tan adicta á la consideracion, al honor, al interes, á la perpetuidad de la casa como la casa misma, ¿qué digo? Algunas veces mas.

Hace bastante tiempo que me detuve á reflexionar sobre la relacion del historiador de las proscripciones sangrientas del triunvirato romano de Octavio, de Antonio y de Lépido. Él refiere los despojos, las matanzas, las fugas nocturnas, los asilos buscados en las cuevas, en los bosques, en las casas de los amigos; las ingratitudes, las cobardias, las perfidias, las ventas de los proscritos por aquellos de quienes esperaban la hospitalidad, el secreto y la salvacion; las víctimas atraídas á los lazos, comerciadas, vendidas, entregadas por los delatores á los puñales de los verdugos de Octavio, y concluye esta enumeracion de tres ó cuatro mil asesinatos por el siguiente resumen, que no puede leerse con tranquilidad cuando se aprecia la naturaleza humana, no en el corazon, sino en la condicion social.

«Cosa eternamente notable, dice Veleyo Patérculo; durante estas proscripciones, la fidelidad de las madres y de las mujeres, fué completa y sublime; la de los libertos dudosa y mediana; la de los hijos nula: muchos entregaron por codicia á sus amos; la de los esclavos criados admirable y casi general.»

Otro tanto acaeció en la época de las proscripciones francesas de 1793 y 1794; de cada diez proscriptos, nueve fueron ocultados por los criados. La familia fué salvada por sus servidores. La humanidad les debe un monumento eterno. ¿Y el corazón de las familias, de los niños, de los ancianos, qué no les debe? ¿Y la política misma, qué no les debería si supiese considerar al criado en su verdadero puesto, según la civilización?

Por esto, durante los pocos días que he estado en el poder y cuando se trató en los consejos del gobierno, de dar ó de retirar el derecho electoral á los criados, en nada pensé menos que en imitar el rigorismo estúpido de la convención, que excluía del derecho de ciudadanía y de sufragio á los criados; legislación brutal y ciega, que volvía á hacer esclavos allí donde la naturaleza no ha hecho mas que hombres libres; hijos, hermanos, amigos adoptivos. Honrando al criado se da mayor fuerza á la familia, fundamento de toda democracia moral; pues el criado es á la familia lo que el patio interior es á la casa.

¿Se quieren conceder millones de votos á la influencia santa de la familia? ¿Se trata de que las elecciones sean inspiradas por el espíritu de la familia? ¿Se desea que los intereses de conservación prevalezcan contra el espíritu de desorden? ¿Se intenta contrabalancear por una votación reflexiva, religiosa, co-interesada con el suelo y las costumbres, las votaciones irreflexivas, turbulentas, tumultuosas, de esas masas flotantes que fermentan ó vagan sobre la superficie de las poblaciones francesas? ¿Se quiere hacer mas? ¿Se quiere dar corazón á las instituciones electorales, y sentimiento al papel que desempeña en la naturaleza humana, y que debe desempeñar una legislación popular? Concédase voto á los criados: así podrá disponer de diez votos, en vez de uno, el pa-

dre de familia; de esta manera tendrán voto las mujeres, los ancianos, los niños, la propiedad, las costumbres y los hábitos; un voto de familia.

El sufragio electoral concedido á los individuos del hogar, sería el saludable correctivo de los abusos y de los extravíos del sufragio universal excesivo. Si la aristocracia antigua no comprendió esto, fué porque no tenía mas que esclavos; si el feudalismo no lo comprendió fué porque no tenía mas que siervos, y nosotros tenemos servidores libres, hombres y mujeres apegados al tronco de la familia por la cohabitación, por la adhesión mútua, por la fidelidad, una misma por lo comun la de los hijos y de las hijas. Porque si hay vínculos en la sangre, los hay tan fuertes casi en la llama del mismo hogar.

Los sirvientes dieron iguales pruebas de parentesco y de amor á la familia, en la edad media, que el viejo Eumeo da en Homero al hijo de Ulises cuando visita sus hogares usurpados. Tiene la excelente y patética historia de María Stuart, por Mr. Dargand, una relación de una criada, que no he podido menos, siempre que la he leído, de bendecir y glorificar su estado, en mi interior. Es así:

«El duque de Norfolk, pariente y heredero del trono de la reina Isabel, se enamoró de la Cleopatra moderna, de la prisionera de Holyrood, de la hermosa é infortunada María Stuart, reina de Escocia. Aquel conspira con sus vasallos para arrancarla de su encierro y volverle un trono con su corazón. Isabel descubre el misterio de estos amores, rompe la trama, prende á Norfolk y logra que sea condenado á la decapitación en un cadalso levantado en la Torre de Lóndres. El duque, acompañado de sus amigos, á los que se permitía entonces formar el séquito del moribundo, se adelanta soberbio hasta el lugar del suplicio. Ya al pié del cadalso, dice que tiene sed y pide de beber.

Una mujer anciana y cubierta con un velo, que le habia seguido llorando, dice el historiador, le presenta una copa que él reconoce en seguida. Era su propia copa, la de sus antepasados, y aquella mujer, previsora hasta la muerte, era sirviente suya, cria-

da de sus palacios. Llenó de cerveza la copa, y el moribundo la llevó á sus labios. Cuando se la devolvió á la pobre mujer, esta cogió y besó llorando la mano de su señor. Dios te bendiga, la dijo el duque, y nuestros hijos te veneren por lo que has hecho. En seguida, conociendo que se afligia en el momento crítico en que el hombre tiene necesidad de mayor aliento, subió rápidamente los escalones del patíbulo, apoyándose en el brazo del Dean de San Pablo.

La antigüedad no tiene nada mas tierno ni mas interesante, que esta copa reconocida en la hora en que se deja todo sobre la tierra, y esta mano de criada mostrando á su señor el golpe del cadalso.

IV.

Genoveva aparentaba tener entonces de treinta y cinco á cuarenta años. No podia leerse la edad en sus facciones destruidas por la fatiga. Se conocia que la miseria habia ejercido en ellas desde muy temprano su maléfico influjo, como el cierzo que hiela una planta en la primavera, y la permite languidecer mas bien que vivir el resto del año. Era de aventajada estatura, aunque algo encorvada, con el pecho deprimido, consecuencia de la postura habitual de quien se está cosiendo desde que amanece hasta que anochece. Tenia los brazos delgados, los dedos largos y angostos; y aunque sus manos ostentaban una blancura y una limpieza admirable, la uña del tercer dedo de la mano derecha, estaba cubierta en su estremidad de una mancha azulada, huella del dedal de cobre que siempre llevaba puesto, y que habia teñido la piel. Llevaba el mismo traje que usan las campesinas de aquellas montañas; un vestido de lana gorda, azul, galoneado en las costuras con terciopelo: una cofia blanca con adornos de encajes sumamente anchos que caian sobre sus mejillas, dejaba ver con dificultad la raíz de sus cabellos, alzados por encima de las sienes y escondidos debajo de la cofia. Sus facciones delicadas y enfermizas, carecian de espresion. No se veia colorear ni circular la sangre debajo de

su piel fina y transparente; las venitas azules que se cruzaban sobre sus sienes, estaban aplastadas como conductos que la sangre no habia alcanzado á llenar. Sus mejillas estaban apenas cubiertas por una epidermis, imperceptiblemente arrugada á causa del frio habitual de la piel en un pais de tantas nieves. Sus ojos, adornados de luengas pestañas negras, eran rasgados, aunque profundamente hundidos, y estaban cercados por la parte inferior de un pliegue negro, como ojos que han llorado mucho y trabajado mas. El color de estos era de un azul pálido y sin brillo; se les veia sin movimiento como agua á la sombra; podia leerse hasta en su fondo, y no se encontraba en ellos mas que sencillez, sensibilidad y melancolía. Aquellos ojos hermosos y jóvenes de mujer de buena y fina raza, parecian como fuera de su sitio sobre un rostro ya envejecido y marchito. Sus labios, algun tanto gruesos y hundidos hácia los extremos, estaban ligeramente plegados cuando los cerraba. Pero tan pronto como se abrian, ya fuese para hablar á los pájaros, ya para saludar á las pobres mujeres de la aldea, que la llamaban al pasar por debajo de sus ventanas, permitian ver unos dientes blancos como las piedras de la fuente, y una sonrisa en que la melancolía dimanaba de la bondad.

Toda la espresion de aquel semblante se encontraba en aquella boca, pareciendo que el corazon se abria por esta y se derramaba por todas las facciones. El metal de su voz revelaba ese temblor interior de una fibra herida por una emocion perpétua del corazon. Era una queja que parecia cantar siempre que hablaba.

Aquella voz era suave y conmovedora á un tiempo. Solamente en las casas de vacas del Valois, al preguntar en otro tiempo la direccion de mi camino, ó al pedir leche á las viejas de las montañas, he oido otra que se le pareciese. Las pasiones, y ese hablar incesante de las poblaciones, dan algo de duro y de ronco á la voz de las mujeres; por el contrario, la soledad y quietud de las montañas la hacen dulce como un suspiro, acentuada como un sentimiento, sonora y vibrante como una campana que resuena á lo lejos á traves de los bosques. Tal era la voz de Genoveva. Mientras yo leia

en el jardín, sin que ella me viese, la estaba oyendo incesantemente, bien hablar á sus gallinas, ya cantar á media voz haciendo calceta cerca de la ventana, como para distraer á los pájaros que á su vez la contestaban.

V.

Habrian trascurrido ocho ó diez dias, cuando la criada se habia acostumbrado ya de tal modo á mi presencia en la casa, que no la estorbaba para nada. Es verdad que la constaba la amistad íntima que me profesó en vida su amo, y volvía naturalmente hácia mí el cariño respetuoso que le tuvo á aquel. Por otra parte, tenia necesidad de servir á alguien, y de amar al que servia. Todo su servicio no era otra cosa que su inclinacion natural y satisfecha á obligar. Gozaba en su interior, al prevenir los menores deseos de aquellos de quienes dependia, menos por su condicion de sirviente que por su corazon. Mi juventud la interesaba tambien; tenia orgullo en reemplazar en cuanto ella pudiese, á su señor muerto, por lo que hace al recibimiento que este hubiese hecho, cuando vivo, á aquel jóven, por quien ella sentia ternura. Lo debia así al honor de la casa, y á la gracia de la hospitalidad, aun despues de estar la casa vacía y de haber partido el huésped para otra morada. Atendia á todo. La constaba por su señor, la sencillez de mis gustos.

Estos, jamas habian sido prevenidos tan completa y tan graciosamente por las criadas de la casa y del jardín, ni aun en la de mi propia madre. Nunca los libros y los papeles habian sido respetados mas religiosamente en su pliegue ó en su página señalada, sobre mi mesa de madera: nunca los tizones mortecinos durante el día, bajo la ceniza, habian sido agrupados con mas cuidado por la noche, para dar un temple agradable á la velada; nunca mis perros habian tenido una estera de paja mas poblada para acostarse al pié de mi cama, ni agua mas limpia para beber en su cazuela de barro vidriado; nunca habia encontrado con mayor exactitud, al volver

de mis largas cacerías por los bosques, la harina de maiz, hirviendo á fuego lento en la olla bajo su costra dorada, la patata entre la ceniza, la col, el nabo, la calabaza cocidos en el horno, y el pan de centeno mas sabroso y mas tierno, bajo la servilleta de lienzo crudo, en la artesa; nunca la manteca ó la miel habian sido servidas con mayor limpieza. En una palabra, seguia en todo el mismo régimen á que yo me habia acostumbrado en el campo, en mi infancia, en casa de una madre sóbria y cariñosa: el régimen de los cartujos sazonado por la gracia y la ternura de una mujer.

VI.

Del modo que se acostumbra en aquellas montañas, tomábamos nuestra cena en la cocina, sobre la única mesa de nogal macizo, larga y estrecha que habia en la casa. Al extremo de aquella mesa, Genoveva estendia el mantel, colocaba mi servilleta, mi cubierto de estaño, los platos, el pan y el vino, ni mas ni menos que en tiempo de su señor. Yo, entonces, me sentaba sobre uno de los bancos de madera que se estendian á ambos lados de la mesa. En la otra estremidad no habia mantel ni otra cosa que una escudilla y un plato en que la criada tomaba su sopa, y su parte de tocino, de calabaza, de ensalada, ó de berza, al mismo tiempo que yo; solo que, siguiendo la costumbre del pais, comia de pié, con su escudilla en la mano, sin dejar de servirme, yendo y viniendo, como el resto del día, atizando el fuego, batiendo la manteca, abriendo las castañas, echando pedazos de su pan al perro que la espiaba sentado en su delantal, y que no perdía el menor de sus movimientos. No traté de separarla en lo mas mínimo de sus costumbres familiares y respetuosas al mismo tiempo, pues conocia que no hubiera logrado mas que incomodarla y humillarla, obligándola á que tomase asiento en frente de mí. Pero hablaba con ella mientras cenaba, que lo hacia lentamente, con los codos sobre la mesa, como montañeses desocupados.

Despues de la cena, me acercaba al fuego, al que Genoveva

en el jardín, sin que ella me viese, la estaba oyendo incesantemente, bien hablar á sus gallinas, ya cantar á media voz haciendo calceta cerca de la ventana, como para distraer á los pájaros que á su vez la contestaban.

V.

Habrian trascurrido ocho ó diez dias, cuando la criada se habia acostumbrado ya de tal modo á mi presencia en la casa, que no la estorbaba para nada. Es verdad que la constaba la amistad íntima que me profesó en vida su amo, y volvía naturalmente hácia mí el cariño respetuoso que le tuvo á aquel. Por otra parte, tenia necesidad de servir á alguien, y de amar al que servia. Todo su servicio no era otra cosa que su inclinacion natural y satisfecha á obligar. Gozaba en su interior, al prevenir los menores deseos de aquellos de quienes dependia, menos por su condicion de sirviente que por su corazon. Mi juventud la interesaba tambien; tenia orgullo en reemplazar en cuanto ella pudiese, á su señor muerto, por lo que hace al recibimiento que este hubiese hecho, cuando vivo, á aquel jóven, por quien ella sentia ternura. Lo debia así al honor de la casa, y á la gracia de la hospitalidad, aun despues de estar la casa vacía y de haber partido el huésped para otra morada. Atendia á todo. La constaba por su señor, la sencillez de mis gustos.

Estos, jamas habian sido prevenidos tan completa y tan graciosamente por las criadas de la casa y del jardín, ni aun en la de mi propia madre. Nunca los libros y los papeles habian sido respetados mas religiosamente en su pliegue ó en su página señalada, sobre mi mesa de madera: nunca los tizones mortecinos durante el día, bajo la ceniza, habian sido agrupados con mas cuidado por la noche, para dar un temple agradable á la velada; nunca mis perros habian tenido una estera de paja mas poblada para acostarse al pié de mi cama, ni agua mas limpia para beber en su cazuela de barro vidriado; nunca habia encontrado con mayor exactitud, al volver

de mis largas cacerías por los bosques, la harina de maiz, hirviendo á fuego lento en la olla bajo su costra dorada, la patata entre la ceniza, la col, el nabo, la calabaza cocidos en el horno, y el pan de centeno mas sabroso y mas tierno, bajo la servilleta de lienzo crudo, en la artesa; nunca la manteca ó la miel habian sido servidas con mayor limpieza. En una palabra, seguia en todo el mismo régimen á que yo me habia acostumbrado en el campo, en mi infancia, en casa de una madre sóbria y cariñosa: el régimen de los cartujos sazonado por la gracia y la ternura de una mujer.

VI.

Del modo que se acostumbra en aquellas montañas, tomábamos nuestra cena en la cocina, sobre la única mesa de nogal macizo, larga y estrecha que habia en la casa. Al extremo de aquella mesa, Genoveva estendia el mantel, colocaba mi servilleta, mi cubierto de estaño, los platos, el pan y el vino, ni mas ni menos que en tiempo de su señor. Yo, entonces, me sentaba sobre uno de los bancos de madera que se estendian á ambos lados de la mesa. En la otra estremidad no habia mantel ni otra cosa que una escudilla y un plato en que la criada tomaba su sopa, y su parte de tocino, de calabaza, de ensalada, ó de berza, al mismo tiempo que yo; solo que, siguiendo la costumbre del pais, comia de pié, con su escudilla en la mano, sin dejar de servirme, yendo y viniendo, como el resto del día, atizando el fuego, batiendo la manteca, abriendo las castañas, echando pedazos de su pan al perro que la espiaba sentado en su delantal, y que no perdía el menor de sus movimientos. No traté de separarla en lo mas mínimo de sus costumbres familiares y respetuosas al mismo tiempo, pues conocia que no hubiera logrado mas que incomodarla y humillarla, obligándola á que tomase asiento en frente de mí. Pero hablaba con ella mientras cenaba, que lo hacia lentamente, con los codos sobre la mesa, como montañeses desocupados.

Despues de la cena, me acercaba al fuego, al que Genoveva

aplicaba á cada momento astillas de abeto. Secaba al calor de la llama el cañon y la cazoleta, untados de aceite, de mi escopeta que tenia colocada entre mis piernas; me quitaba mis polainas de cuero y las ablandaba al fuego para el dia siguiente. Genoveva cogia el cubierto, repartia los residuos de los platos á sus perros ó á sus gallinas, doblaba el mantel, guardaba el pan despues de envolverlo con cuidado, encendia el candel colgado de un lado de la chimenea, y en seguida se sentaba un poco mas atras que yo, para hacer medias de lana blanca que habia hilado en la otra estacion.

Entonces hablábamos mas larga y mas familiarmente que en el resto del dia, sin mas ruido que el de la cascada fuera, y el del fuego que chisporroteaba dentro; hablábamos del muerto, de sus virtudes, de sus limosnas, de su pobreza, de su resignacion en aquel desierto, al que se le habia confinado como para ocultar su natural brillantez y sus talentos, ignorados de todos menos de Dios y de los pobres, de sus costumbres, de sus meditaciones, de sus rezos, del misterio de su juventud medio revelado por las peregrinaciones que hacia de cuando en cuando á la tumba ó á la gruta de las águilas; de su última enfermedad, de sus postreras palabras, de su alegría cuando habia conocido que Dios accedia por fin á abreviar el tiempo de su penitencia, y á llamarle para sí; despues de la alicion inconsolable de sus feligreses; de las mujeres y de los ancianos que venian desde muy lejos á arrodillarse sobre su sepultura como sobre la de un santo; de lo que iba á ser de las palomas, del perro, de los pájaros, de los árboles que él cuidaba, del agua que él dirigia, de las macetas de flores que él regaba por el verano en el jardin, y que abrigaba por el invierno en su cuarto; de las mismas golondrinas, cuyos nidos bajo las cornisas respetaba; las cuales ya no le encontrarían allí en la primavera inmediata.

Más hay una circunstancia notable en estas conversaciones, y es que, durante ellas, jamas la pobre muchacha me hablaba de sí. Parecia que la inquietaba mas lo que sucederia al perro, á los pájaros, á los muebles, á las plantas, que lo que la habia de suceder á ella misma. Acaso creia que el nuevo párroco la tomaria á su ser-

vicio, del mismo modo que al campanero ó al niño de coro de Jocelyn, ó que alguna de las familias de la aldea la admitiria para que sirviese de *escardadora*, y le daria pan y hospedaje gratuitos en el establo de las vacas ó de las ovejas. Todos los muebles de su propiedad consistian en un cofre, que la vi abrir algunas veces, y en el cual solo habia un poco de ropa blanca, su vestido de los domingos, y una tacita de porcelana rota, llena de moneditas de plata, de cuartos, de un collar de granos de azabache engarzados en un hilo de cobre, de dos ó tres anillos de oro que habian sido de su madre, y un bonito rosario de huesos de cerezas, trabajado por un cartujo y regalado al obispo al estar algunos dias en la parroquia durante su visita pastoral. Todo ello podia valer algunos seis escudos. Esta era su total riqueza. Genoveva la miraba á menudo con una notable complacencia. Pero desde que habia muerto Jocelyn, y la faltaba la bolsa y el pan del sacerdote para darle en su nombre, sacaba con frecuencia de su taza, y el capital disminuia considerablemente.

El porvenir de aquella pobre muchacha me tenia en zozobra, porque yo no era rico entonces, y veia que despues de vendidos los muebles para pagar las deudas, las medicinas y la sepultura, la herencia quedaria reducida á dos cargas, el perro y los pájaros. Pero la criada no pensaba en esto, y estaba, por el contrario, ocupada continuamente en buscar allá en su memoria si el señor cura quedó debiendo una medida de harina á este, un carro de leña á aquel, un puñado de yerba para la cabra á uno, un pan de centeno tomado prestado el invierno último, y devuelto al otro. No queria dejar una paja ni un grano de sal sobre la conciencia ó sobre la memoria de su señor.

Sin embargo, mi imaginacion no se apartaba de esta infeliz. Yo la habia visto siempre desde mi niñez en aquella condicion; jamas me habia preguntado de qué manera se hallaba colocada en ella, y mucho menos cómo saldria; el párroco, la criada y la casa se confundian á mis ojos en un solo ser y en un todo indivisible que me parecia haber existido siempre, y que siempre igualmente

debía existir. La muerte había venido á presentarme un problema en que jamas había pensado: ¿de dónde viene la criada y á qué punto irá á parar?

Por último me ví precisado á decírselo, lo que acaeció una noche despues de cenar, á la luz del candil, al chisporroteo del fuego; me acuerdo que tenia yo el codo apoyado sobre la mesa, la cabeza sobre la mano, y ella acababa de guardar el pan y el mantel, y se había sentado á la sombra del ángulo formado por la chimenea con la pared de la cocina. Hacía calceta y movía una contra las dos puntas de sus agujas. Aquel rumor vivo, continuado y monotonó como el del reloj, me sacó de mis meditaciones y me animó á trabar conversacion formal.

VII.

—¿Con que vos, Genoveva, —le dije, —jamás descansáis?

—¡Ah! señor, —me contestó, —Dios no me crió para que descansase. Empecé á trabajar el día que supe andar, y trabajaré hasta el último de mi vida. Tiempo tenemos de descansar allá abajo, —añadió indicándome con la cabeza el cementerio, para no perder ningún punto de su calceta si hacia la indicacion con la mano.

—¿Tan jóvenes empezásteis á trabajar? ¿Pues qué, no habeis sido nunca niña, nunca habeis jugado con las otras, jamas habeis perdido el tiempo en la calle, en la ventana, en el campo? ¿Acaso era dura vuestra madre, ó poco amiga de que se distrajesen sus hijos? Pero entonces, ¿cómo teneis el aire tan dulce y tan festivo con los niños de la aldea; que dejais que jueguen todo el día en el patio, que arranquen vuestras flores y que tiren vuestras agujas, todo esto sin regañarlos?

—Porque ellos tienen un padre y una madre que les cuecen pan; mas para mí, señor, fué muy distinto. No he tenido en mi vida sino muy poco tiempo bueno, y este fué desde que el señor cura consintió en tomarme á su servicio. Hasta entonces jamas

supe lo que era sentarse y contemplar el sol, el fuego, ó los transeuntes.

—Pues ¿cómo tan jóvenes habeis tenido una vida tan triste?

—¡Ah, señor! no era triste; era penosa y estaba siempre de pié, es cierto; pero era dulce, y si Dios quisiera resucitar á mi madre, yo volvería á aquella vida, y tendría á mucha dicha empezarla de nuevo.

—Contadme eso, puesto que nada teneis que hacer, yo he concluido de leer mi libro y los dos hemos de pasar una larga velada. Quisiera saber la historia de todos los hombres. Para el que sabe comprenderla, hay una enseñanza en la vida de cada cual.

—Pero yo no soy mas que una pobre criada, y nunca he sido otra cosa, ¿qué quereis que os diga? Os aburriría del mismo modo que el ruido de mis agujas de hacer media aburre á los niños.

—Aun cuando fuéseis la hormiga del suelo, el grillo de la chimenea, la araña del techo, sabed que tendría interes, y desearia conocer su historia, saber de dónde salen, á dónde van, qué piensan, qué quieren, qué será de ellos. Hay un principio, un fin, y una significacion para cada cosa viviente. El que lo conociese todo no seria indiferente á nada.

—Si, seria como Dios, —dijo Genoveva, dejando ver en su sonrisa un rayo de clara y tierna inteligencia. —El señor cura decia muy bien, cuando recomendaba que no se maltratase á los animales, y que no se impacientase uno contra las moscas. «No teneis derecho, decia, para despreciar cosa alguna, ni para decir, esto es nada; puesto que Dios lo ha hecho.»

—Precisamente, mi pobre Genoveva, —reliqué satisfecho de conocer en aquellas palabras toda el alma de Jocelyn; — todo es interesante, todo es respetable en los menores destinos del mas oscuro y del mas insignificante de todos los seres. Los orgullosos son necios, el desden no es mas que ignorancia; por esto os agradeceria que quisiérais contarme lo que no sé de vuestra pobre vida, en dónde habeis nacido, lo que habeis hecho, cómo habeis venido aquí, y á dónde pensais ir despues.

—Os obedeceré, señor,—dijo Genoveva ruborizándose,—si esto os divierte. ¡Tal vez os burlareis de mí!

—¡Oh, Genoveva!—respondí con triste acento,—¿se burlaba jamás Jocelyn de la más sencilla confianza de una anciana ó de un niño? ¿Y no soy su amigo?

—Sí, es cierto,—replicó Genoveva arrepentida,—he hecho mal, voy á decirlo todo.

Me aproximé al fuego, y Genoveva, sin levantar los ojos de sus agujas ni dejar que se soltase un solo punto, me dijo, continuando su trabajo, lo que vais á oír:

VIII.

Soy natural de Voiron, en el Delfinado. Es una bonita aldea que está situada al pié de las montañas; sus aguas son dulces y sirven para blanquear los lienzos; su pan es bueno, sus castañas no son caras para los pobres; su vecindario es alegre, bullicioso, entendido en el comercio, y algo burlon como en todo el Delfinado; los jóvenes de ambos sexos tienen hermosos colores en sus mejillas, como si se los ocasionara el frío de las nieves vecinas. Nadie diría que era yo de allí, viéndome tan pálida; pero sabed que jamás me ha dado el aire; siempre he estado dentro de casa, y esto consume los colores; me sucede lo que á esas plantas que el señor cura tenía á la sombra...

—¿Sus hortensias?

—Justamente, lo que á las hortensias, que tienen siempre mi color pálido como la luna sobre la nieve, y jamás llegan á ponerse rojas como el sol, porque no le ven.

—¿Y por qué no veáis el sol como las demás jóvenes de Voiron?

—Voy á deciroslo, señor.

Mi padre era vidriero: y durante el día iba ya á una parte, ya á otra para componer las vidrieras de las ventanas, de los balcones, de las iglesias. No era rico, tenía cinco hijos, uno varón

de doce años, que trabajaba ya á su lado y le acompañaba por la ciudad y los pueblos de la montaña, llevándole las herramientas ligeras, los cristales, la masa para pegarlos y el cuchillito para estenderla. Tenía además cuatro hijas, dos de su primera mujer, de más edad que yo, que no tenía más que ocho años en la época más remota de que me acuerdo, y otra hermanita de tres años que se llamaba Pepita. Mi madre era lavandera de telas ordinarias, blanqueaba lienzos crudos para los tejedores del país antes de llevarlos á las ferias. Para este objeto teníamos destinado detrás de la casa, á lo largo del río, un gran trozo de prado que no se segaba, y el cual siempre estaba cubierto de lienzos para que el sol los secase y el rocío ablandara su hilo. Era tan hermoso ver al medio día desde nuestra ventana á todas las muchachas, con los piés descalzos, estender aquellas largas franjas grises y blancas sobre la yerba húmeda, y echar sobre ellas gotas de agua que relucían al sol, que les saltaban sobre los cabellos y que les caían sobre los piés. ¡Cuánto hubiera deseado correr como ellas sobre las telas!

—¿Y quién os lo impedía?

—Voy á deciroslo, señor, pero dejadme hablar.

Mi pobre madre, sin embargo de que no había cumplido aun treinta y dos años, no salía de la cama desde que nació mi hermana más pequeña. No tenía enfermedad alguna manifiesta, ni tos, ni calentura, ni dolor de estómago ó de cabeza; antes por el contrario, el semblante tan fresco, la mirada tan viva, la piel tan blanca como una muchacha, solo que ya no podía servirse de sus piernas, ni aun para volver á su cama. Decían que se le había retirado la leche de resultas de un susto cuando criaba á Pepita, ó que se había levantado de la cama, después de su parto, más pronto de lo que debía para ir á mojar sus telas, y que la humedad del prado la había hecho daño. Si la hubiérais visto sentada en la cama, al sol, apoyada sobre la almohada, trabajando libremente con sus manos todo el día en estirar, doblar y arreglar sus telas, ó en limpiar la verdura para la cena de mi padre y mis hermanos,

hubiéseis creído que era una jóven parida que iba á levantarse á los dos días, ó una mujer perezosa que se estaba en la cama hasta el medio día. Mas no lo era por cierto: jamas estaba mano sobre mano, pensaba en todo, lo vigilaba todo, trabajaba entre sus colgaduras, á la luz del candil suspendido de la columna de la cama cuando todos dormian ya en la casa; hacia esfuerzos todas las mañanas por levantarse, cuando ninguno habia despertado aun, esperando siempre que tal vez habrian recobrado sus fuerzas las piernas durante la noche, y cuando conocia que estaba como la vispera, lloraba un poco, luego se consolaba otro tanto, y aparentaba por último estar alegre para no entristecer á mi padre y á mi hermano cuando salian para su trabajo.

Mis dos hermanas mayores salian tambien para ir á cuidar las telas por la mañana, y desde allí á la fábrica. No se las veia sino á la hora de ir á comer, y á la hora de cenar. Iban vestidas como señoritas; querian á mi madre, que las habia cuidado como á sus tres hijas; pero poseian algo por parte de la suya, y nos miraban con algun desden porque éramos pequeños, y nuestra madre no tenia mas que su belleza, su bondad y sus manos. Algunos domingos por la mañana las oí decir en el gabinete donde se vestian para ir á misa: «no quiero ponerme mas este adefesio; este vestido está muy viejo; démosle á la niña; para ella está bueno.»

No eran malas, pero sí orgullosas para hijas de un vidriero.

IX.

La pobreza de mi padre era tal, que no podia pagar una criada á mi madre, y yo demasiado pequeña para cuidar sola de la casa. Sin embargo, las vecinas venian con gusto, cuando yo se lo pedia, á sacar para nosotros agua del pozo, á poner los leños grandes en la lumbre, y á alcanzarme los pucheros; mi madre y yo hacíamos lo demas. Desde que pude andar sola por la habitación, habia sido yo la criada de mi casa, los piés de mi madre, que no tenia mas que los de su hija. Necesitaba á cada momento cosas que no podia ir á buscar á la huerta, al patio, al cuarto, á la

mesa, sobre cualquier mueble, y se habia acostumbrado á servirse de mí antes de tiempo, como se hubiera servido de una tercer mano, y yo estaba orgullosa, niña como era, de ser necesaria, útil, una persona formal de la casa. Esto me habia hecho atenta, reflexiva, grave, juiciosa antes de los ocho años. Mi madre me decia:

— Genoveva, hace falta esto, hace falta aquello; tráeme á Pepita sobre la cama, vuévela á su cuna y mécela con la punta del pié hasta que se duerma, ve á buscar mi calceta, arranca una berza de la huerta, ve al gallinero y mira si hay huevos en los nidos de las gallinas, echa leña al fuego, despuma el puchero que hierve, échale sal, estiende el mantel, friega los vasos, baja á la cueva, llena la botella de vino.» Y luego que estaba todo hecho, y se habia comido bien, me llamaba y me decia: «Ven para que te vista y peine tus hermosas trenzas.» Me vestia, me peinaba, me adornaba, me besaba y me decia: ahora ve á jugar á la puerta con los niños de las vecinas, para que vean que estás tan limpia, tan bien vestida y peinada como ellos.» Y yo iba un momento por darle gusto; pero no pasaba del patio, para poder oír si mi madre me llamaba; y no permanecia allí mucho tiempo, pues los niños se burlaban de mí y unos á otros se decian: «mira la seria, no sabe jugar á nada, dejémosla.» Y yo preferia volver á entrar y estar de pié cerca de la cama de mi madre estudiando en sus ojos lo que pudiera querer. Así se pasaban todos los días; me levantaba la primera y me acostaba la última. No respiraba el aire mas que por la ventana, no veia el sol mas que por debajo de la puerta, y hé aquí, señor, la causa de ser tan blanca.

Decian á mi madre: vuestra niña tiene el color pálido. ¡Oh! no, respondia ella; es que tiene la vida pálida. Ni siquiera iba á la enseñanza.

X.

Aquella larga enfermedad de mi madre, reteniéndola tantos años inmóvil y ociosa en la cama, la habia hecho instruida como

hubiéseis creído que era una jóven parida que iba á levantarse á los dos días, ó una mujer perezosa que se estaba en la cama hasta el medio día. Mas no lo era por cierto: jamas estaba mano sobre mano, pensaba en todo, lo vigilaba todo, trabajaba entre sus colgaduras, á la luz del candil suspendido de la columna de la cama cuando todos dormian ya en la casa; hacia esfuerzos todas las mañanas por levantarse, cuando ninguno habia despertado aun, esperando siempre que tal vez habrian recobrado sus fuerzas las piernas durante la noche, y cuando conocia que estaba como la vispera, lloraba un poco, luego se consolaba otro tanto, y aparentaba por último estar alegre para no entristecer á mi padre y á mi hermano cuando salian para su trabajo.

Mis dos hermanas mayores salian tambien para ir á cuidar las telas por la mañana, y desde allí á la fábrica. No se las veia sino á la hora de ir á comer, y á la hora de cenar. Iban vestidas como señoritas; querian á mi madre, que las habia cuidado como á sus tres hijas; pero poseian algo por parte de la suya, y nos miraban con algun desden porque éramos pequeños, y nuestra madre no tenia mas que su belleza, su bondad y sus manos. Algunos domingos por la mañana las oí decir en el gabinete donde se vestian para ir á misa: «no quiero ponerme mas este adefesio; este vestido está muy viejo; démosle á la niña; para ella está bueno.»

No eran malas, pero sí orgullosas para hijas de un vidriero.

IX.

La pobreza de mi padre era tal, que no podia pagar una criada á mi madre, y yo demasiado pequeña para cuidar sola de la casa. Sin embargo, las vecinas venian con gusto, cuando yo se lo pedia, á sacar para nosotros agua del pozo, á poner los leños grandes en la lumbre, y á alcanzarme los pucheros; mi madre y yo hacíamos lo demas. Desde que pude andar sola por la habitación, habia sido yo la criada de mi casa, los piés de mi madre, que no tenia mas que los de su hija. Necesitaba á cada momento cosas que no podia ir á buscar á la huerta, al patio, al cuarto, á la

mesa, sobre cualquier mueble, y se habia acostumbrado á servirse de mí antes de tiempo, como se hubiera servido de una tercer mano, y yo estaba orgullosa, niña como era, de ser necesaria, útil, una persona formal de la casa. Esto me habia hecho atenta, reflexiva, grave, juiciosa antes de los ocho años. Mi madre me decia:

— Genoveva, hace falta esto, hace falta aquello; tráeme á Pepita sobre la cama, vuévela á su cuna y mécela con la punta del pié hasta que se duerma, ve á buscar mi calceta, arranca una berza de la huerta, ve al gallinero y mira si hay huevos en los nidios de las gallinas, echa leña al fuego, despuma el puchero que hierve, échale sal, estiende el mantel, friega los vasos, baja á la cueva, llena la botella de vino.» Y luego que estaba todo hecho, y se habia comido bien, me llamaba y me decia: «Ven para que te vista y peine tus hermosas trenzas.» Me vestia, me peinaba, me adornaba, me besaba y me decia: ahora ve á jugar á la puerta con los niños de las vecinas, para que vean que estás tan limpia, tan bien vestida y peinada como ellos.» Y yo iba un momento por darle gusto; pero no pasaba del patio, para poder oír si mi madre me llamaba; y no permanecia allí mucho tiempo, pues los niños se burlaban de mí y unos á otros se decian: «mira la seria, no sabe jugar á nada, dejémosla.» Y yo preferia volver á entrar y estar de pié cerca de la cama de mi madre estudiando en sus ojos lo que pudiera querer. Así se pasaban todos los días; me levantaba la primera y me acostaba la última. No respiraba el aire mas que por la ventana, no veia el sol mas que por debajo de la puerta, y hé aquí, señor, la causa de ser tan blanca.

Decian á mi madre: vuestra niña tiene el color pálido. ¡Oh! no, respondia ella; es que tiene la vida pálida. Ni siquiera iba á la enseñanza.

X.

Aquella larga enfermedad de mi madre, reteniéndola tantos años inmóvil y ociosa en la cama, la habia hecho instruida como

una señora y devota como una santa; y sucedía que los hijos de nuestras vecinas, que iban á la escuela, ó que volvían á pasar las vacaciones en casa de sus padres, prestaban por caridad sus libros ya usados á la pobre vidriera enferma, por conducto de mi hermano.

Por la noche, cuando mi padre, mi hermano y mis dos hermanas mayores habían vuelto á casa, nos reunía á todos al rededor de su cama, para leernos en alta voz las historias que había leído por lo bajo durante el día y que servían para instruir á mi hermanito, para divertir á mis hermanas y para consolar á mi padre. Eran capítulos de la Biblia en que se hablaba de pobres que ejercían honrosamente oficios penosos como nosotros, y que eran sin embargo amados y visitados por el Señor; parábolas del evangelio con notas de sábios para que los ignorantes comprendieran su belleza; la historia del niño Jesus causando asombro á su madre delante de los doctores, por su ciencia, obedeciéndola en seguida humildemente en la casa, y manejando la sierra y otras herramientas en el taller de carpintero; despues, sus conversaciones y sus amistades con los jardineros y con las pobres mujeres de los arrabales de Jerusalem: otras veces eran libros escritos de un modo tal que hacían ver las cosas como imágenes ó cuadros puestos ante la vista, y que sonaban al oído como una música.

Aquellos libros referían la historia de un hijo, llamado Telémaco, que buscaba á su padre de isla en isla, y al cual le detenía siempre algun naufragio, aventuras, tentaciones y desgracias que hacían llorar, y que al mismo tiempo causaban placer: otras veces, eran la historia de un pobre *Robinson*, que había sido arrojado por la tempestad á un desierto, en medio de la mar solo con un perro y un pájaro, donde encontraba en su imaginación y en la gracia de Dios los medios de construirse una casa, de hacer un jardín, de proveerse de animales y de bendecir á la Providencia en su soledad.

Con semejantes historias nos recreábamos mientras mi padre arreglaba sus trastos para el trabajo y mi hermano cortaba sus

cristales con un punzon de diamante, como podíamos cortar nosotros un lienzo. Cuando la campana de la iglesia tocaba á las oraciones, se cerraba el libro, y nos íbamos á acostar para levantarnos de madrugada, sintiendo siempre que no se hubiera concluido la historia.

De este modo pasábamos las noches de invierno. Pero de día, cuando todos habían salido, y la habitacion y la escalera estaban barridas, y el puchero cocía á fuego lento entre la ceniza, mi madre me leía á mí sola trozos mas graves y mas santos, que le gustaban mas porque no hablaban mas que de Dios y solamente á Dios. Le llamaban *La imitacion de Jesucristo*, meditaciones sobre las enfermedades, sobre las aflicciones, sobre la muerte, sobre el cielo, y libros de rezo, cuyas páginas se veían marcadas por sus lágrimas y por sus dedos. En aquellas páginas aprendía yo á leer y á rezar; pues niña como era prefería aquellos libros á los otros, porque mi madre tenía el semblante mucho mas sereno y mucho mas consolado cuando andaba con ellos entre manos, y porque cuando la veía entristecerse hasta llorar por lo bajo quejándose de su situación, me bastaba abrir uno de aquellos libros para secar sus lágrimas y devolverle su sonrisa. Dispuesta de esta manera hacia mis rezos con mucho mayor fervor y placer al pié de su cama. Me imaginaba siempre que Dios estaba allí, que nos oía, y que al alzar mi frente apoyada sobre las colgaduras iba á ver á mi madre, aliviada y curada pidiéndome su vestido para andar como yo por la casa. Pero la voluntad de Dios no era mi voluntad de niña. Mi madre continuaba desfalleciendo al paso que yo crecía.

Aquella señora rezaba con un fervor que habría dado envidia á los ángeles. Y en nada gozaba tanto como en verme orar en su compañía. Me decía algunas veces: Genoveva, Dios quiere á los niños porque aun no han pecado. No puedo ir á la iglesia, que si pudiese, estoy segura de que conmoviera á este Señor y volvería curada; vé tú por mí; mañana te levantarás muy temprano, irás á oír en mi nombre la primera misa que el anciano cura dice á la hora del alba para los pobres que no pueden emplear mas que me-

dia hora al pié de los altares, la cual se llama la misa de los criados; rezarás mi rosario como si fuese yo. Dios tomará tal vez la presencia y la plegaria de la niña por la presencia y la plegaria de la madre. ¡Anda, hija mia!

Y yo iba, me levantaba sin hacer ruido, cogia mis zapatos en la mano para que no se oyeran mis pisadas, y me los ponía al final de la escalera; por fin entraba en la iglesia, cuando estaba á oscuras todavía. Las criadas y las señoras ancianas, se decían por lo bajo: «mirad, ¡qué buena es esta niña!» «Es la hija de la vi-driera enferma, decían otras; viene por su madre, ¡pobre niña!» ¡Temprano sabe lo que es miseria; bien necesita de la misericordia de Dios!» Yo no me detenía á escucharlas; iba al sitio que mi madre me habia indicado, hacía un pilar en el extremo de la verja del coro, en donde habia una capilla titulada la capilla de las Curaciones; oía misa en la iglesia que estaba fria y oscura, alumbrada solo por los dos cirios del altar, rezaba siete ú ocho veces el rosario, esperando siempre que la última de sus cuentas seria la buena. Despues lloraba de impaciencia y de dolor como una niña. Finalmente, volvia corriendo á mi casa.

— ¡Gracias, Genoveva! — me decía mi madre; — aun no estoy curada, pero me siento mejor; la hora de Dios no es nuestra hora; sin embargo, todas las horas que le consagramos nos son contadas, bien para esto ó bien para lo otro. Aguardemos con paciencia su momento. El que nos dá los dias no nos los cuenta. Tal vez me tiene reservado uno que valdrá por mil, en cambio del que no ha querido concederme hoy.

Y emprendíamos ambas, más contentas, nuestra tarea de cada dia. Creo que esto es lo que me ha dado cuando niña y despues, una gran afición á las iglesias, un gran placer de servir á los ministros de Dios, y lo que me ha inducido á hacer mi voto, como voy á contaros. Pero esto debe seros fastidioso, ¿no es verdad? Decídmelo con franqueza, y concluiré en pocas palabras.

— No, no, — la dije, — no me fastidia ninguna cosa que sale con verdad y con sencillez del corazón; referídmelo todo como lo

vayáis recordando: los detalles, mi pobre Genoveva, no son mas que los trozos con los que Dios forma el conjunto. ¿Qué seria vuestra vida si quitaseis de ella los dias?

— Es cierto, — respondió Genoveva, — el señor cura decía bien. Un millon de yerbecitas forman un prado; millones y millones de granos de arena hacen una montaña. El Océano está formado de gotas de agua; la vida de minutos. Voy á hacer lo posible por acordarme.

Reflexionó un instante suspendiendo el movimiento de sus agujas de hacer calceta y cerrando los ojos. Despues los volvió á abrir y comenzó de nuevo la conversacion y el trabajo; pero su rostro habia tomado de repente una espresion mas grave y mas melancólica. Se adivinaba sin esfuerzo que iba á abrir algun seno cerrado, y tal vez dolorido de su memoria.

XI.

— De esta suerte vivimos, señor, cerca de diez años, sin que ocurriera ningun gran cambio en la casa de mi padre. Mis dos hermanas, á medias, se habian casado con empleados de ella y se habian llevado toda la propiedad, y una parte de los muebles que les pertenecian por su madre. Ya apenas venian á vernos; se avergonzaban de nuestra pobreza; nos despreciaban. Mi hermano habia llegado á la edad conveniente para el servicio militar.

Era el único obrero que tenia mi padre; un buen obrero que trabajaba como dos, que no se cansaba nunca y que servia sin salario. Habíamos reunido todas nuestras economias y vendido nuestras cadenas y nuestras cruces de oro, hacia cinco ó seis años, para comprarle un sustituto, si le tocaba la suerte; habíamos hecho decir muchas misas en Voiron y en la capilla de la gran Cartuja, para que sacase buen número, y para que no nos quitasen á nuestro único sosten; pero sacó un número muy bajo; Dios nos queria alligir; él es el señor, y es mas sábio que la suerte. Los hombres

costaban aquel año mil y seiscientos francos, y nosotros no habíamos podido reunir mas que mil y cuatrocientos; de suerte que por falta de aquellos doscientos francos, partió el muchacho. Fue una desolacion para toda la familia; mi padre perdió el ánimo, mi madre adelgazó y palideció de tristeza; mi pobre hermana Pepita, que no tenía mas que once años y medio, era su único consuelo; pero por esto mismo su mas terrible cuidado.

Aquella niña, á la que mi madre habia mimado un poco mas que á nosotros, cosa que hacen siempre las madres con su último hijo, merecia en verdad esta preferencia.

Era hermosa como un ángel, viva como un pájaro, alegre y caprichosa como una niña. Era la muchacha que mas valia en todo Voiron. Mi madre y yo la vestiamos con complacencia como á una verdadera señorita, á pesar de lo poco que teníamos: còfia, vestido, encajes, zapatos con cintas, medias blancas. Como la llevaba así el domingo á la iglesia, las señoras se detenian y decian: Mirad que hermosa niña, ¿quién diria que es la hija de la pobre vidriera enferma?

La chiquilla lo entendia todo, y con algo de vanidad, se lo repetia todo á mi madre al volver á casa; le gustaba salir y presentarse hermosa para ser admirada; era natural. La sucedia lo que al pavito real que mira arrastrarse y brillar sus plumas sobre la yerba al sol; pero tenia tan buen corazón, que no por eso nos despreciaba, por el contrario, se estaba besándonos durante horas enteras; decia que era muy dichosa, porque las otras niñas vecinas nuestras no tenían mas que una madre, mientras ella tenía dos. ¡Ah, señor, la queria tanto! Era como hija mia; dormia conmigo desde que la destetaron. Yo era como mi padre, se lo disimulaba todo.

Al llegar á este pasaje, Genoveva se enterneció visiblemente, su voz se ahogó en su garganta, sus ojos brillaron con una ligera humedad, en que el rayo de la luz reflejó un brillo pálido como una estrella en el mar. Yo mismo suspiré involuntariamente, porque presentia alguna desgracia.

XII.

— ¡Ah, señor! — prosiguió la criada, — nuestra infeliz madre tenia mucha razon para estar inquieta por la suerte de Pepita, pues se sentia morir continuamente. Su enfermedad no era dolorosa; pero el fastidio la mataba, y ademas veia envejecerse á mi padre, y echarse sobre nosotros la miseria, principalmente desde que mi hermano solo ganaba su prest de soldado. Algunas veces me llamaba por la noche, cuando el padre y la niña estaban durmiendo, bajo pretesto de pedirme de beber, ó de que atizara la luz, ó de que diese vuelta á la almohada que tenia bajo su cabeza, ó de que leyese una oracion en su libro de horas. Pero únicamente era para hablar conmigo y no llorar sola. Me decia: perdona mi Genoveva que interrumpa tu sueño, que la miseria hace ya tan corto; solo contigo puedo abrir mi corazón.... Y á continuacion me hablaba como si tuviese calentura, con los ojos brillantes, las mejillas encendidas, los labios secos, la palabra precipitada; me hablaba de mi hermano, de los temores que tenia de morir antes de que le dieran la licencia, y estuviese en disposicion de atender á nuestra subsistencia; de mi padre, cada vez menos ágil y menos útil para su trabajo, que se le acortaba mucho la vista, que rompía y perdía los cristales, y al que ya no llamaban como antes los parroquianos del campo; pero especialmente de la niña, que ocupaba la mayor parte de su pensamiento. Yo procuraba consolarla diciéndola, que era jóven, que era robusta, aunque no lo parecia, que estaba acostumbrada á trabajar, que me pondria á servir, ó ganaria un jornal como las lavanderas, que tal vez me casaria con un jóven honrado del pais, y entonces llevaríamos la niña á nuestra casa y la cuidaríamos con el esmero que á una hija propia.

— Sí, sí, me decia; Genoveva, prométemelo, júrame por la cruz de tu rosario que la servirás de madre, y que harás por ella todos los sacrificios que una madre haria por su hija.

Yo no encontraba dificultad en jurárselo, pues del mismo modo lo sentía; aquella niña era mi idea y mi corazón. Aquella niña era la locura de nosotras dos.

En seguida mi madre me besaba, y yo me iba á acostar otra vez contenta al lado de mi hermana, la cual no sospechaba seguramente que en aquel momento hablábamos de ella y llorábamos por su suerte.

XIII.

Luego que llegó el otoño, á la caída de la hoja, á las primeras nieves que cubrieron los lienzos en los prados, mi madre me llamó una noche con un acento de voz desconocido, que me hizo estremecer. Corri con los piés desnudos al lado de su cama.

Genoveva, me dijo, vé á buscar al cura en cuanto sea de día; separa de aquí á tu padre y á Pepita con cualquier pretexto; no quiero que presencién mi agonía; siento aquí, añadió cogiéndome mi mano y acercándola á su pecho, una cosa que me anuncia que he de morir hoy. No grites, no llores, hija mia, que los vas á despertar; corre esas colgaduras, y díles á tu padre y á tu hermana cuando se levanten, que voy á dormir.

Bajé al patio y me arrimé á la pared para llorar sin que me oyesen. Despues hice lo que mi madre me habia dicho. Llevé á Pepita á casa de una vecina que la enseñaba á hacer encaje, dije á mi padre que sus parroquianos de un punto algo distante le llamaban, porque la última granizada habia roto muchas vidrieras; colocó su caja de cristales sobre sus espaldas, y se dirigió hácia las montañas. El cura vino, confesó y dió la comunión á mi madre; esta no tuvo agonía, (¡su vida no habia sido otra cosa hacia mucho tiempo!) se estinguió tranquilamente, sola conmigo en el cuarto, sin cesar de encomendarme la asistencia de Pepita.

La hubiese querido ver, me dijo, pero tú la besarás por mí. Despues la puse el crucifijo sobre sus lábios; al besarlo me besó los dedos. Cuando dejé de sentir su aliento en mi mano, caí en

tierra al pié de la cama: ¡habia muerto! La velé y la enterré sin que hubiese nadie en la casa mas que yo.

XIV.

Los vecinos entretuvieron á Pepita y á mi padre hasta despues del entierro. Mientras tanto, yo todo lo puse en orden en la casa del mismo modo que lo estamos haciendo ahora aquí. Despues volvieron. ¡Ah! ¡qué triste fué siempre ver aquella cama con las cortinas corridas, y no oír mas salir aquella dulce voz que á cada momento decia, Genoveva! Mirad, no se lo habia dicho á nadie, pero á vos no quiero ocultarlo; muchas veces, en los primeros meses, cuando estaba sola en el cuarto, iba á entreabrir aquellas cortinas, y á decir en voz baja: Aquí estoy, madre mia, ¿qué quereis?

La pobre Genoveva, al decir estas palabras, la faltó el espíritu y sollozó un momento; despues se enjugó los ojos con la calceta de lana que estaba haciendo. Yo mismo no pude contener en mis párpados una lágrima que fué á caer sobre el cañon de mi escopeta puesto á enjugar al fuego entre mis piernas.

XV.

— Mi padre, continuó la criada, no pudo resistir aquel aislamiento. Verdad es que mi madre era su conciencia, su inteligencia y su voluntad. Por esto, tan pronto como ella faltó, no fué ya mas que un cuerpo sin alma. Ya no se estuvo en casa por la noche para pasarla al lado de aquella cama vacía. Salió de su trabajo para ir á distraerse á otra parte. Entabló malas relaciones, y se dejó arrastrar el pobre á los cafes y á las tabernas; se vició en el juego, se dió á la bebida, venia á casa tarde, no tenia amor al oficio, comió ó malgastó los mil y cuatrocientos francos que habíamos ahorrado para rescatar á mi hermano de la milicia, ó para dotar mas adelante á Pepita y á mi, y no tardó en embrutecerse con el aguar-

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO HERNANDEZ"
MONTEVIDEO, URUGUAY

diente. Cuando yo le reconvenia respetuosamente al despertarse, «¡bah! me decia, tienes razon, pero el vicio puede mas que yo. Desde que no tengo ya conmigo á tu hermano en el trabajo, ni tu madre está en el cuarto, me fastidian el taller y la casa; no estoy alegre sino cuando no siento, tengo el alma en el vaso. ¡Vaya, déjame beber, que ya no será mucho; el tonel va menguando, y mas vale así! ¡La vida es amarga!» Algunas veces nos abrazaba á mi hermana y á mi antes de salir de casa, y luego nos decia: «Sed muy buenas, voy á rezar al cementerio, delante de la cruz de vuestra madre; volveré temprano, y trabajaré mañana:» y se marchaba. Pero acontecia á menudo que no volvia en tres ó cuatro dias. Una vez estuvo ocho dias sin parecer. Supimos que se le habia hallado muerto sobre la nieve, con sus cristales á la espalda, y sus cuartos en el bolsillo. No se sabia si se habria caido dormido sobre el camino, ó si le habria sorprendido la noche y enterrado la nieve. Quedamos solas Pepita y yo. Las vecinas nos llamaban, riéndose, la madre y la hija.

XVI.

Mi madre no me habia puesto á aprender ningun oficio, pero era preciso buscarse la vida y cuidar y educar á Pepita. Puse una tienda y me instalé en ella con mi hermana, que despachaba en el mostrador conmigo, ejercitándose en hacer encajes negros para las paisanas del alto Delfinado y del Valois. Tuve quien me adelantara una corta cantidad de mercancías que vendíamos á los revendedores de las montañas; botones de oro, cintas para los zapatos, ligas, polainas de lana gruesa como las que veis por aquí, que suben hasta mas arriba de las rodillas; papel, tinta, plumas, y algunas piezas de tegidos ordinarios blancos y azules, de que las montañesas se hacen los vestidos. Como yo no era fea, y la niña era bonita, hicimos bastantes parroquianos. Los habitantes de las alturas, que habian conocido á mi padre, iban á proveerse con preferencia á nuestra casa para la estacion de las nieves. Mas luego

que llegaba el invierno apenas vendíamos nada. Teníamos escasamente para vivir; y para ganar algo, cuidaba yo de la casa de las vecinas pobres ausentes, enfermas ó paridas, por la comida y seis ú ocho cuartos diarios, lo que querian darme. En todo cuanto les hacia les daba gusto, porque habia aprendido muy bien al lado de la cama de mi madre el mejor modo de entretener á una enferma, y de darla vuelta en la cama. Iba y venia varias veces al día á casa para ver lo que hacia Pepita, sola en ella, y para hacerla cenar y acostarse; despues me volvia á velar toda la noche á mis enfermas, sentada en una silla.

XVII.

De esta suerte pasaron dos años y todo iba bien; pero empecé á sentirme triste sin saber por qué. Debió consistir en que ya tenia veinte años, señor, y veia á todas las jóvenes de mi edad cortejadas por muchachos del pais, y despues casadas con el que habian preferido entre los otros. Muchas veces me llamaban á las casas para vestir á la desposada, y mientras las muchachas de mi edad iban á la iglesia, hablaban con sus amigos ó bailaban, yo cocia las tortas ó estendia el mantel, sola con las viejas de la casa. Me hacia soñar el ver la felicidad en los rostros de aquellas lindas jóvenes, encendidos por la agitacion del baile, las cuales salian á cuchichear con sus novios al lado del pozo del patio, ó en medio de las flores del jardin. Luego reflexionaba interiormente y decia para mí: tendrán sus penas en la vida, es cierto, pero no estarán solas en su casa, solas en su trabajo, solas en su juventud, solas en su vejez, como yo cuando haya educado y casado á Pepita; tendrán al rededor de sí niñas como mi hermanita, que les calentarán las manos en invierno á la ceniza del hogar, que se prendrán á sus delantales, que las llamarán desde sus cunas por la noche y por la mañana para que las besen!... Pero yo!... no tendré mas, cuando Pepita me deje, que las cuatro paredes blancas del cuarto, el rumor de los tizones que se consuman en la chime-

nea en invierno, y el chocar de las moscas contra los cristales en verano! Estas ideas me hacian respirar algunas veces mas fuerte de lo que necesitaban mis pulmones; entonces la niña que me veía pensativa y me oia suspirar, me decia: pero ¿qué tienes Genoveva? ¿Te he disgustado?—No, hija mia, la contestaba besándola, al contrario, me causas mucho placer, te quiero mucho, sino que pienso en el tiempo en que no estarás ya aquí,—¿Y por qué no estaré? ¿Habrá un tiempo en que tú ya no me quieras?—¡Oh, no! la replicaba, mas vendrá un tiempo en que tú quieras á otros.

No me entendia la pobre inocente, y volvíamos á nuestro trabajo, ella mirando por la ventana y cantando, y yo mirando mi aguja y mi hilo, y ocultando un poco de agua dentro de mis ojos.

XVIII.

Mi melancolía se aumentaba siempre, y se hacia mas duradera hácia el fin del otoño, cuando los revendedores de la montaña que iban á mi casa á proveerse para el invierno de mercancías, de agujas, alfileres, estuches, dedales, volvian á sus pueblos para no bajar hasta la primavera. Acaso me preguntareis por qué. En un principio yo misma lo ignoraba; mas tarde lo he sabido por mi desgracia. Voy á deciroslo con franqueza.

Hizo una pequeña pausa, respiró mas fuerte de lo que tenia por costumbre, segun respiraba al lado de Pepita, y prosiguió:

XIX.

Escuchad, señor, voy á contároslo todo como á mi confesor. Nada tiene de particular, pero siempre causa pena tocar al corazón en el punto donde ha estado herido. Perdonadme, pero si no os confesara esto, no comprenderíais el resto, ni adivinaríais por qué he quedado soltera y me he puesto á servir al señor cura.

Pues bien, señor, continuó Genoveva con cierto esfuerzo, es

que había un jóven revendedor que me agradaba.

—Y á quien vos agradabais,—la dije sonriéndome;—tan grave y tan severa y tan vestida de negro como estais, se conoce claramente en vuestra fisonomía que debeis haber tenido tambien vuestro mes de mayo.

Sea lo que querais, señor, sí, le agradaba. Sabed que desde la muerte de mi madre tenia menos pena que antes, ya no era despertada veinte veces cada dia, ya veía el sol, iba y venia al aire libre, en una palabra, me habia vuelto como las demas, me habian salido los colores, habia engordado algun tanto; daban los rayos del sol en mis ojos que hasta entonces habian permanecido á la sombra. Esto no duró, lo sé; pero hubo dos ó tres años en que no estuve descontenta. Los muchachos de Voiron se detenian para mirarme por el cristal de la ventana, el domingo, y oia que se decian: calla, ahí está Genoveva; parece que florece como su clavel rojo sobre su ventana, y que se atreve al fin á ser bonita. ¿Qué quereis que os diga, señor? Hay un dia de sol de estío para todas las plantas, aun sobre los Alpes, en donde el estío no hace mas que pasar. Aquel dia es el que dora las espigas pálidas en el momento de la mies. A mi me sucedia lo propio que á las espigas, y habia tenido como ellas, mi corto sol de belleza. Sin embargo, no brilló mas que dos ó tres veces sobre mi cabeza; y no me pesa, añadió con prontitud, ¡oh, no! no lo siento; he sufrido demasiado.

XX.

Existia, pues, un jóven revendedor de aquí, de esta misma aldea en que os hago tan mal esta relacion, solo porque os entretiene; existia, digo, un jóven, hijo del maestro del país, y de esa anciana que vive allá abajo, y que veis pararse á hablar conmigo algunas veces en la puerta de la iglesia. Le llamaban Cipriano, y debía sustituir á su padre en el cargo de maestro de leer y escribir de los niños; mas entre tanto, era niño de coro y chantre en la iglesia, y recorría las montañas durante la semana para vender

nea en invierno, y el chocar de las moscas contra los cristales en verano! Estas ideas me hacian respirar algunas veces mas fuerte de lo que necesitaban mis pulmones; entonces la niña que me veía pensativa y me oia suspirar, me decia: pero ¿qué tienes Genoveva? ¿Te he disgustado?—No, hija mia, la contestaba besándola, al contrario, me causas mucho placer, te quiero mucho, sino que pienso en el tiempo en que no estarás ya aquí, —¿Y por qué no estaré? ¿Habrá un tiempo en que tú ya no me quieras? —¡Oh, no! la replicaba, mas vendrá un tiempo en que tú quieras á otros.

No me entendia la pobre inocente, y volvíamos á nuestro trabajo, ella mirando por la ventana y cantando, y yo mirando mi aguja y mi hilo, y ocultando un poco de agua dentro de mis ojos.

XVIII.

Mi melancolía se aumentaba siempre, y se hacia mas duradera hácia el fin del otoño, cuando los revendedores de la montaña que iban á mi casa á proveerse para el invierno de mercancías, de agujas, alfileres, estuches, dedales, volvian á sus pueblos para no bajar hasta la primavera. Acaso me preguntareis por qué. En un principio yo misma lo ignoraba; mas tarde lo he sabido por mi desgracia. Voy á deciroslo con franqueza.

Hizo una pequeña pausa, respiró mas fuerte de lo que tenia por costumbre, segun respiraba al lado de Pepita, y prosiguió:

XIX.

Escuchad, señor, voy á contároslo todo como á mi confesor. Nada tiene de particular, pero siempre causa pena tocar al corazón en el punto donde ha estado herido. Perdonadme, pero si no os confesara esto, no comprenderíais el resto, ni adivinaríais por qué he quedado soltera y me he puesto á servir al señor cura.

Pues bien, señor, continuó Genoveva con cierto esfuerzo, es

que había un jóven revendedor que me agradaba.

—Y á quien vos agradabais, —la dije sonriéndome;—tan grave y tan severa y tan vestida de negro como estais, se conoce claramente en vuestra fisonomía que debeis haber tenido tambien vuestro mes de mayo.

Sea lo que querais, señor, sí, le agradaba. Sabed que desde la muerte de mi madre tenia menos pena que antes, ya no era despertada veinte veces cada dia, ya veía el sol, iba y venia al aire libre, en una palabra, me habia vuelto como las demas, me habian salido los colores, habia engordado algun tanto; daban los rayos del sol en mis ojos que hasta entonces habian permanecido á la sombra. Esto no duró, lo sé; pero hubo dos ó tres años en que no estuve descontenta. Los muchachos de Voiron se detenian para mirarme por el cristal de la ventana, el domingo, y oia que se decian: calla, ahí está Genoveva; parece que florece como su clavel rojo sobre su ventana, y que se atreve al fin á ser bonita. ¿Qué quereis que os diga, señor? Hay un dia de sol de estío para todas las plantas, aun sobre los Alpes, en donde el estío no hace mas que pasar. Aquel dia es el que dora las espigas pálidas en el momento de la mies. A mi me sucedia lo propio que á las espigas, y habia tenido como ellas, mi corto sol de belleza. Sin embargo, no brilló mas que dos ó tres veces sobre mi cabeza; y no me pesa, añadió con prontitud, ¡oh, no! no lo siento; he sufrido demasiado.

XX.

Existia, pues, un jóven revendedor de aquí, de esta misma aldea en que os hago tan mal esta relacion, solo porque os entretiene; existia, digo, un jóven, hijo del maestro del país, y de esa anciana que vive allá abajo, y que veis pararse á hablar conmigo algunas veces en la puerta de la iglesia. Le llamaban Cipriano, y debía sustituir á su padre en el cargo de maestro de leer y escribir de los niños; mas entre tanto, era niño de coro y chantre en la iglesia, y recorría las montañas durante la semana para vender

almanaques, hilo, agujas, espejos y libros de horas á los aldeanos. Mi padre le habia conocido desde muy pequeño, cuando venia á componer las vidrieras de la iglesia de Valneige; hacia provision en nuestra casa de todos los objetos de su comercio, y cuando descendia de la montaña venia á parar siempre á nuestra casa, como si hubiéramos sido parientes suyos. Mis hermanos mayores se burlaban de él, porque era sencillo como un montañés y no vestia traje al uso de Voiron. Pero gustaba á mi madre porque era arreglado y modesto como una muchacha, porque se ruborizaba á la menor palabra, y en vez de ir á corretear en las fiestas, ó malgastar el tiempo en los mesones con sus compañeros, se estaba todo el dia arrimado á nuestra lumbre, oyendo leer á mi madre alguna de sus morales y hermosas historias, ó ayudándome á sacar agua del pozo, ó amasar el pan, ó á echar al fuego los troncos grandes.

Me habia acostumbrado á tratarle como á un hermano mayor que el mio. Tenia dos años mas que yo, era alto, esbelto, algo flaco, parecido á los abetos delgados de estas montañas; sus ojos eran mas negros que los míos, pero en lo dulces parecian de mujer; un rostro mas espacioso y mas delicado que los de los hijos de la llanura, una boca que no reia, colores semejantes al terciopelo encarnado, pelo negro que le bajaba á lo largo de las mejillas y sobre el cuello. Traia por vestido una túnica de lienzo blanco que caia hasta sus ligas de cuero, un ancho cinturon con bolsas en que echaba su dinero, y polainas altas, abotonadas por encima de la rodilla. El calzado consistia en gruesos zapatos, cuyos clavos relucian en frente del fuego como diamantes. Dejaba su baston y su alforja detras de la puerta, como si hubiese estado en su casa. Tenia la voz dulce y fuerte y algo seductora, semejante al órgano de la iglesia de Grenoble.

A proporcion que yo crecia venia mas á menudo á casa el pobre muchacho, sin que yo supiese el por qué ni él tampoco. Nunca me decia ninguna cosa particular, ni yo á él, sin embargo, me agradaba ver su sombra en la pared del cuarto, á la luz de la cli-

menea, cuando atizaba la lumbre para preparar la cena de la familia. Aquel dia habia siempre algun extraordinario en la comida, y cuando al siguiente no veia ya su saco y su baston detras de la puerta, me ponía triste sin saber por qué, y esto era todo.

XXI.

Cipriano no habia interrumpido sus viajes á Voiron ni sus relaciones conmigo, á pesar de la muerte de mi padre y de mi madre. Antes al contrario, solia venir mas á menudo y detenerse un poco mas de tiempo; pero no se hospedaba ya en nuestra casa: iba á pedir albergue por la noche á alguno de sus paisanos que cortaba leña y la llevaba en invierno á las puertas de las casas ricas, el cual tenia consigo muchachos montañeses para desollinar las chimeneas.

Pero los dos ó tres dias que Cipriano pasaba en el pais en cada uno de sus viajes, no hacia mas que pasar y repasar por delante de nuestra tienda con cualquier pretexto, sucediendo que siempre hallaba algun motivo para entrar en ella, para volver y para estarse un rato. Unas veces se habia dejado olvidada su provision de botones de mangas, otras las agujas, y cuando los devanadores de hilo: ya tenia que hacerme encargos de parte de su padre ó de su madre, los cuales le habian dicho que era preciso llevar de Grenoble para la Navidad próxima, ornamentos de iglesia ó almanaques; otras estaba fatigado de tanto como habia corrido por Voiron desde la madrugada, para comprar cáñamo ó estambre, y me pedia licencia para sentarse un momento delante del mostrador, mientras yo hablaba con los niños ó les pesaba dos onzas de sal ó de especias en mi balanza de laton. Aquel momento duraba horas, sin que lo advirtiésemos el uno ni el otro.

Los vecinos que pasaban y le veian sentado apoyando su codo sobre mi labor, tendidos por el mostrador sus cabellos lucentes, su palo grueso puesto entre las piernas y su saco sobre las rodillas, decian: «Aquí teneis un buen montañés que viene á pro-

veerse en casa de las hijas del llano. Mirádle, parece que está hablando siempre, y lo único que hace es mirar la punta de sus zapatos.»

Y efectivamente, no me decía casi nada, ni yo á él, ó cuando mas, me hablaba de cosas que estaban muy distantes de ser sus verdaderos pensamientos, y los míos; por ejemplo, del tiempo que hacia, de la hora que era, de las vacas, de su madre, de la mula de su padre que se habia perdido en el monte, de los quesos que no salian bien aquel año en las casas de vacas, de los trigos que se habian agostado demasiado pronto, y que se hallaban deteriorados por las heladas tempranas, en fin, de todo, menos de él y de mí. Y yo, señor, hacia lo mismo; ó no decía nada, ó respondia si ó no, ó le decía cosas que no nos interesaban al uno ni al otro. Pero él tenia fija la vista en mi mano, que llevaba yo de mis rodillas á mi frente, dando vueltas á un pañuelo; yo miraba sus cabellos que caian á mi lado como una madeja de hilo negro sobre el mostrador; él manifestaba estar contento, y yo me hallaba tan á gusto, que hubiera querido pasar años enteros en aquel silencio, ó en aquellas conversaciones insignificantes. Cuando se ponía en pié para irse á las montañas, metía por los tirantes de cuero de su zurrón sus brazos, y trazaba en el suelo varios círculos con la contera de hierro de su baston, no nos decíamos mas que: «¡Hasta la vista!» Se volvía dos ó tres veces antes de llegar al fin de la calle; yo le seguía con la vista como una hermana sigue á un hermano que va de marcha, y me volvía sola á mi casa. Pero pronto echaba de ver mi soledad, y hasta que Pepita volvía por la tarde de casa de la vecina que la enseñaba á hacer encaje, iba y venía sin cesar, no podia estarme quieta en mi asiento, no paraba en ninguna parte, mas sin saber por qué era este desasosiego.

Estaba ignorante de que él me amaba, no sabia que yo misma le amaba tambien; y sin embargo, comenzaba á envanecerme algo; me vestía de modo que pareciese bien, me peinaba delante de un espejito en que nunca hasta entonces me habia mirado, llevaba medias blancas y zapatos finos, y me miraba con placer los do-

mingos á los cristales grandes de las tiendas que servían de espejos á las jóvenes como yo, y retrataban desde los piés hasta la cabeza, su talle, su paso, y su traje de los dias de fiesta. ¡Ah, señor! todas hemos sido pecadoras, mas ó menos, en nuestra juventud. Despues me he confesado de ello. Sin embargo, no me proponia agradar á nadie. Remedaba, únicamente, al canario de mi amo que se contempla las plumas, que se lava en su agua, que se acaricia el cuello con su pico, y que se mira al espejo, aun cuando esté solo en su jaula. ¿Qué quereis? El pecado se ha introducido por toda la creacion: hasta los mismos animales tienen vanidad. Sí, señor, yo la tenia entonces.

XXII.

Íbase acercando el momento en que acostumbraba á ver á Cipriano en Voiron. Me habia hecho un bonito vestido; me habia comprado un collar con una cruz de oro, que tengo todavía ahí, añadió señalando con su mano izquierda su armario; ignoró por qué deseaba mas que de ordinario estar algo hermosa; me lo ponía todos los dias, temiendo que llegase casualmente Cipriano un dia en que estuviese menos adornada y le agradara menos. Mi hermanita me preguntaba: «Genoveva, ¿son domingos todos los dias de esta semana?» Yo no sabia qué contestarle, y me ruborizaba.

XXIII.

Trascurrió la semana entera; los dias se me hacían mas largos que los de otros meses. Llegó el sábado, llegó su noche y no vino Cipriano. A otro dia era la Pascua florida; nunca se habia pasado aquella semana en los años anteriores, sin que él viniese á Voiron á buscar cirfos y flores artificiales para el altar. Ví á algunos de sus paisanos, que yo conocía, los detuve con cualquier pretexto y les pregunté: «¿está malo Cipriano?—No, me dijeron; le vimos el domingo trabajando en la fuente del prado.—¿Y no ba-

jará este año al valle?—No sabemos, me contestaron.» Me acosté muy triste, no dormí por la noche, sino un momento á la madrugada, y al despertarme toqué sobre mi almohada un sitio mojado; habia vertido lágrimas entre sueños, sin saber por qué.

XXIV.

Volvi pálida y triste de la misa, la niña estaba jugando en la calle con otras de su edad, acababa de guardar mi devocionario, y estaba echada sobre los codos puestos en el mostrador, sin pensar en cosa alguna. Un montañés desconocido entró en la tienda y me pidió espejos pequeños. Se los dí urbanamente, me los pagó en mas de lo que le habia pedido y se marchó. Al tomar los cuartos para contarlos, hallé que sobraban doce piezas; las tomé en la mano y salí detras de él. «Señor, le dije, os habeis equivocado, tan solo llevais dos espejos y me habeis pagado tres; aqui teneis doce piezas de á dos cuartos que os sobran, ó en cambio tomad un espejo mas.» El montañés me miró de arriba á abajo con una sonrisa que yo no comprendí, y que me avergonzó, porque creí que se burlaba de mí. «Bien, niña, me dijo, no se trata de eso; sois una hermosa muchacha, por vida mia, tan honrada como gentil; no me ha mentido mi hijo, sois incapaz de engañar á un niño de tela, así me gusta.—Vuestro hijo, le respondí poniéndome colorada hasta lo blanco de los ojos, en atencion á que la semejanza de la cara y el sonido de la voz me hicieron sospechar alguna cosa, vuestro hijo, ¿quién es? yo no le conozco.—Vaya si le conoceis, y si él os conoce. ¿No conoceis á Cipriano, el buen montañés? Ese es mi hijo.—¡Ah! sois el padre de Cipriano, le repliqué con los ojos en el suelo y temblando; y no pude articular otra palabra, porque me sentia toda azorada, toda fria, toda sin movimiento delante del anciano, y eso que era un anciano muy amable; de rostro grave, de voz dulce, con el sombrero quitado, de pelo blanco, de porte honrado, el lenguaje propio de su edad, que me hablaba como habria hablado á su hija ó á una señora.—Si, soy

su padre, continuó, conduciéndome hasta la puerta, y antiguo amigo de vuestro padre, antiguo y constante parroquiano de la casa: no habitaba en otra que en la mia los veranos, cuando subia á trabajar á las montañas; conversábamos juntos de su pobre mujer enferma, y de tres niños que tenia. El buen hombre se dejó vencer de la melancolía, se entregó á la muerte; pero esto no sirvió de obstáculo para que fuese un buen hombre, cuya memoria no debe avergonzar á sus hijos.

Con esta conversacion entró sin cumplimiento detras de mí, y se sentó en la misma silla que Cipriano lo habia hecho tantas veces á mi lado.

—Oid, niña, me dijo viéndome sentar ruborizada y turbada delante del mostrador,—¿creeis que á mi edad no sé contar hasta treinta y seis piezas de á dos cuartos, ó que doy mi dinero por galantería á una jóven? No lo creais, continuó con bondad y finura; mi hijo me decia siempre: no hay jóven mas honrada en Voinon, no tomaria un cuarto mas de lo justo á sus parroquianos, ni á un forastero, ni á un desconocido.—¡Bah! Cipriano, tú no conoces el mundo; yo no me fiaria.—Pues bien, id á verlo, me dijo. No la avisaré, no haré que la digan nada, y si os engaña... si os engaña, no me volveré á parar delante de su puerta. Todo se acabará, pues, hermosa como es, si no fuese honrada no la querria.

—Luego me ama, dije para mí, sin atreverme á alzar los ojos.

El anciano continuó:

—Entonces le dije: vamos á experimentarlo nosotros mismos; me he puesto las polainas; he dejado á Cipriano para que cante por mí en el coro, he tomado las señas de la tienda de Genoveva, he entrado en vuestra casa, he regateado para tener tiempo de veros, he fingido equivocarme en doce piezas, habeis corrido tras de mí, como si yo hubiese sido el ladron y vos la robada, para devolverme mis cuartos...

—Solamente he hecho lo que debia, señor Cipriano, le dije, por lo tanto no hay de que alabarme.

—Es verdad; pero también lo es, que si queréis escucharme, esas doce piezas de á dos cuartos me habrán comprado una nuera, y á vos, Genoveva, os habrán comprado un buen marido.

Yo estaba á tal extremo conmovida, señor, por las palabras del anciano, que no despegaba los labios ni me atrevía á mover un pié. También él parecia no atreverse á decir lo que se proponia. Movia los labios y la lengua, tartamudeaba un poco, se levantaba, se volvía á sentar y tosia.

Por fin, como si hubiese adquirido valor:
—¡Bah!—dijo,—palabra dicha vale mas que ciento por decir. Voy á manifestároslo todo de una vez, Cipriano os ama hace siete años.

Me pareció que el corazón se me ensanchaba con aquellas palabras, que derramaban en él una cosa dulce como la felicidad eterna que no se pierde jamas.

—Si, hace siete años que os ama, y nunca hemos conseguido que amase á otra en las montañas ni en el valle. Podrá disponer mas adelante de algunos bienes, los abetos, la casa y el prado de la fuente serán suyos despues de míos: es dulce y amable como una jóven; es querido de los muchachos, gusta á las muchachas, y tiene la misma soberbia que un niño. Y con todo esto, nos ha dicho siempre: no me casaría con otra que con Genoveva, si me atreviese á enamorarla. ¡Pues bien! le contestábamos su madre y yo, haz lo que quieras, baja al valle, obsequia á Genoveva, una vez que esa es tu felicidad; ello al fin es preciso que te cases, porque el trabajo es mucho y nosotros nos vamos haciendo viejos.

Entonces él salia muy decidido á tener una esplicacion con vos, mas cuando al volver le preguntábamos: «¿Qué la has dicho, y qué te ha contestado?—Nada, decia; no me he atrevido; es una hija del valle, y yo soy un mozo de las montañas; es una señorita de ciudad, y yo un campesino de aldea. Temo que me desprecie, y ademas, si me hubiese dado un no me hubiese caído de pena en el camino. Ahora no he hablado, pero la vez que viene ya seré mas atrevido, dejadme á mí.» A la vez siguiente sucedia siem-

pre lo propio, y el pobre jóven se empeoraba y le veíamos consumirse desde el estío al otoño. Por último le he dicho: «¿quieres que vaya yo? Tu madre no podría bajar hasta donde está Genoveva y luego volver á subir.

Yo soy viejo, pero soy atrevido; idearé cualquier cosa que comprar en su tienda, procuraré trabar conversacion con ella, me informaré en Voiron acerca de si es buena muchacha, si es bonita, si es caritativa con los pobres, y la diré: Cipriano os ama. Lo cumplí como lo he prometido, Genoveva, y ahora, decidme francamente á vuestra vez: ¿amais á Cipriano?

XXV.

Mi única respuesta fué un gran suspiro, que él comprendió.

—Bien, — me dijo, — está bien; una vez que le amais, ¿queréis casaros con él y ser nuestra hija allá arriba?

Tampoco respondí, y eché á llorar.

—Bien, está bien; — volvió á decir, — se efectuará la boda por San Juan. Voy á regresar á la montaña, y á regocijar el corazón de mi hijo. Cipriano vendrá ya á haceros el amor libremente mientras llega el dia de vuestro casamiento: no se verá cortado para deciros que le gustais, ni para preguntaros si estais contenta. He hablado por él, y todo está dicho. A Dios, Genoveva; no tomaré ni un trago de vino en Voiron, por temor de retardar la felicidad de Cipriano. Tengo por cierto que me está esperando á la mitad del camino, y que cuenta mis pasos dentro de su imaginacion.

Y el viejo se fué tan listo, como si llevara consigo la primera declaracion de su propia novia.

XXVI.

El domingo siguiente volví á ver á Cipriano. Manifestaba en su semblante sentirse muy feliz y muy vergonzoso á la vez, y yo

lo mismo. Me cogió la mano temblando, por encima del mostrador, en donde yo estaba midiendo una pieza de lienzo, y me la apretó indagando en mi rostro si estaba enfadada. No dije cosa alguna, ni me enfadé, lo cual le animó:

—Con que ¿no estais enfadada conmigo, Genoveva?— me dijo.

Solamente le contesté que no, con voz muy suave, sin retirar la mano.

Nos estuvimos así los dos mucho tiempo, mucho tiempo, sin decirnos nada; pero mi corazón palpitaba con tal fuerza y el suyo también, contra el mostrador, que se les oía como la péndola del reloj.

—Genoveva, me dijo por fin, ¿mi padre os ha dicho algo?

—Sí, fué toda mi respuesta.

—Entonces... nos casaremos el mes que viene.

—¿El mes que viene? repliqué.

—Sin duda, añadió levantándose, y retirando su mano para palmotear en señal de alegría.

—Sin duda, repuse con gravedad, como si hiciese un juramento.

—Entonces vamos á pasear por los prados, porque no puedo estar quieto. Las plantas de los piés me duelen de deseo que tengo de ir con vos, Genoveva, y de decir á todos los conocidos que encontremos y que pregunten: ¿con quién va Cipriano? Con su prometida.

Y salimos.

Nos estuvimos paseando toda la tarde, yendo hasta muy lejos, muy lejos, por los prados á orillas del río. Pepita nos acompañaba sin comprender nada y jugando delante y detras con las mariposas que volaban sobre la yerba, y los pececillos que nadaban debajo del agua. No nos hablábamos mucho mas que en casa; llevábamos las manos asidas siempre por las puntas de los dedos como los niños de la escuela. Esto le gustaba á él y á mi también, y suspirábamos tanto, que la niña me decía en secreto: ¿Estas tris-

te, Genoveva? ¿Para qué habrá venido ese pícaro de Cipriano á incomodarte?

Cipriano se reía cuando yo le repetía lo que había dicho Pepita, y cuando esta se alejaba ponía las puntas de mi delantal sobre los ojos como si llorara; pero lo hacía para reír y mirar riendo á Cipriano, que me apretaba los dedos. La niña venía á quitarme el delantal de los ojos, y decía: ¡Ah! os reis; era por engañarme.

XXVII.

No regresamos á casa aquel día hasta muy tarde, cuando ya lo habíamos convenido todo. Cipriano debía volverse aquella misma noche á la montaña, hacer sus preparativos en las dos semanas siguientes, venir á buscarme á Voiron, para que los desposorios se hiciesen en el pueblo y en la casa de su padre por no poder su madre bajar, volverme el mismo día á Voiron, y por último nos casaríamos despues de la siega, en la semana antes de la Asuncion.

Salió contento como si ya fuésemos el uno para el otro. El pobre muchacho creía en mi palabra como si hubiese sido palabra de evangelio. ¡Ah, señor, cuán infiel le he sido! dijo Genoveva golpeándose el pecho con las agujas, como si quisiera hundirlas en su corazón; mas, á pesar de todo, fué con justo motivo, continuó en tono de convicción, pareciendo consolarse á sí misma.

—Cómo, Genoveva, la dije asombrado, ¿vos habeis sido infiel?

—¡Ay, señor! al decir infiel he querido espresar atolondrada; pero muy desgraciadamente atolondrada, vais á verlo. Mas antes de continuar refiriéndoos esto, permitídmeme que eche algunas astillas de abeto en la lumbre que se está apagando, y mirar si las patatas que he prometido llevar antes de ser de día á los hijos de la pobre Margarita, cuecen bien.

Puso astillas en el fuego, destapó la cazuela de estaño, echó un poco de agua á las patatas, que estaban ya algo doradas, y volvió á sentarse debajo del candil. Me prevaleí de este paréntesis

lo mismo. Me cogió la mano temblando, por encima del mostrador, en donde yo estaba midiendo una pieza de lienzo, y me la apretó indagando en mi rostro si estaba enfadada. No dije cosa alguna, ni me enfadé, lo cual le animó:

—Con que ¿no estais enfadada conmigo, Genoveva?— me dijo.

Solamente le contesté que no, con voz muy suave, sin retirar la mano.

Nos estuvimos así los dos mucho tiempo, mucho tiempo, sin decirnos nada; pero mi corazón palpitaba con tal fuerza y el suyo también, contra el mostrador, que se les oía como la péndola del reloj.

—Genoveva, me dijo por fin, ¿mi padre os ha dicho algo?

—Sí, fué toda mi respuesta.

—Entonces... nos casaremos el mes que viene.

—¿El mes que viene? repliqué.

—Sin duda, añadió levantándose, y retirando su mano para palmotear en señal de alegría.

—Sin duda, repuse con gravedad, como si hiciese un juramento.

—Entonces vamos á pasear por los prados, porque no puedo estar quieto. Las plantas de los piés me duelen de deseo que tengo de ir con vos, Genoveva, y de decir á todos los conocidos que encontremos y que pregunten: ¿con quién va Cipriano? Con su prometida.

Y salimos.

Nos estuvimos paseando toda la tarde, yendo hasta muy lejos, muy lejos, por los prados á orillas del río. Pepita nos acompañaba sin comprender nada y jugando delante y detras con las mariposas que volaban sobre la yerba, y los pececillos que nadaban debajo del agua. No nos hablábamos mucho mas que en casa; llevábamos las manos asidas siempre por las puntas de los dedos como los niños de la escuela. Esto le gustaba á él y á mi también, y suspirábamos tanto, que la niña me decía en secreto: ¿Estas tris-

te, Genoveva? ¿Para qué habrá venido ese pícaro de Cipriano á incomodarte?

Cipriano se reía cuando yo le repetía lo que había dicho Pepita, y cuando esta se alejaba ponía las puntas de mi delantal sobre los ojos como si llorara; pero lo hacía para reír y mirar riendo á Cipriano, que me apretaba los dedos. La niña venía á quitarme el delantal de los ojos, y decía: ¡Ah! os reis; era por engañarme.

XXVII.

No regresamos á casa aquel día hasta muy tarde, cuando ya lo habíamos convenido todo. Cipriano debía volverse aquella misma noche á la montaña, hacer sus preparativos en las dos semanas siguientes, venir á buscarme á Voiron, para que los desposorios se hiciesen en el pueblo y en la casa de su padre por no poder su madre bajar, volverme el mismo día á Voiron, y por último nos casaríamos despues de la siega, en la semana antes de la Asuncion.

Salió contento como si ya fuésemos el uno para el otro. El pobre muchacho creía en mi palabra como si hubiese sido palabra de evangelio. ¡Ah, señor, cuán infiel le he sido! dijo Genoveva golpeándose el pecho con las agujas, como si quisiera hundirlas en su corazón; mas, á pesar de todo, fué con justo motivo, continuó en tono de convicción, pareciendo consolarse á sí misma.

—Cómo, Genoveva, la dije asombrado, ¿vos habeis sido infiel?

—¡Ay, señor! al decir infiel he querido espresar atolondrada; pero muy desgraciadamente atolondrada, vais á verlo. Mas antes de continuar refiriéndoos esto, permitídmeme que eche algunas astillas de abeto en la lumbre que se está apagando, y mirar si las patatas que he prometido llevar antes de ser de día á los hijos de la pobre Margarita, cuecen bien.

Puso astillas en el fuego, destapó la cazuela de estaño, echó un poco de agua á las patatas, que estaban ya algo doradas, y volvió á sentarse debajo del candil. Me prevaleí de este paréntesis

para desatar el collar de mi perro, que causaba ruido al coger las moscas, y para estender otra gota de aceite sobre el cañon de mi escopeta. Genoveva continuó:

XXVIII.

El suceso de las doce piezas de á dos cuartos, que el padre de Cipriano habia contado en las posadas y por el camino al regresar á su pueblo, para alabarse de su habilidad, juntamente con el paseo que yo habia dado por los prados en compañía de su hijo al domingo siguiente, habian dado que decir en Voiron. Las vecinas y las jóvenes amigas mías, aparentaban burlarse de que me casara con un joven montañés, que usaba polainas de cuero y el pelo largo, pero en realidad todas me tenian envidia; bien lo conocia yo cuando me contaban, que ellas se decian unas á otras: «puesto que el montañés queria casarse en el llano, fácil le hubiera sido encontrar otras tan hermosas y mas ricas que Genoveva.» Las mas prudentes me felicitaban diciéndome: «Has hecho bien, Genoveva, el exterior es lo de menos; vas á incorporarte á una buena familia; tú merecias esta gracia de Dios por los muchos trabajos que te hizo padecer con tu madre. Esta se regocijará en el cielo al saber que te has unido á un joven tan hermoso, tan rico y tan honrado.» Yo lo escuchaba todo, y proyectaba estar lo mas hermosa que pudiese en nuestros desposorios, para dar honra á Cipriano.

XXIX.

Habia llegado á juntar una corta cantidad en fuerza de mis ahorros, despues de haberme sostenido, y pagado el aprendizaje de la niña á la enajera, cuya cantidad puse en el cajon de la sal, al lado de nuestra cama. Me habia dicho á mi misma: «tienes que comprarte ropa blanca, un vestido nuevo, una cofia, zapatos de piel de cabra, una sortija de oro para Cipriano, y regalos para los parientes y las vecinas.» Lo empleé todo en un traje, pues mi ma-

dre no habia podido comprármelo antes de morir. Pero ya estaba equipada como una joven que hubiese tenido padre y madre. Todo lo tenia colocado sobre el cajon de la sal, á la cabecera de la cama. Iba veinte veces al dia á mirarlo y á decirme: «¿y qué parecerás, Genoveva, cuando te pongas esto?» Lo cierto es que yo no me atrevia siquiera á intentarlo, tal era el miedo que tenia de disfrazarme. Me avergonzaba de componerme así, aun delante de Pepita.

Pero al fin tuve que adornarme, pues era la mañana del dia en que Cipriano debia venir á buscarme para los desposorios. Llevé muy temprano á Pepita á casa de su maestra, y supliqué á esta señora que no la dejase salir en dos dias, y la hiciese acostar en compañía de sus niñas. La encargué que fuese muy buena, la besé y volvíme á vestir.

No bien habia concluido de atar mis zapatos, y de abrochar mi cinturón encarnado, cuando oí las pisadas de una mula que paraba delante de la puerta. Llamaron y fui á abrir: era Cipriano con vestido nuevo, con zapatos correspondientes, con sombrero igual, de alas grandes, que caian sobre sus hombros y casi tan prolongadas y negras como sus cabellos. Todavía no habia amanecido completamente, y eso que nos hallábamos ya á tres semanas despues de Pascua. No se veia aun á nadie por las ventanas ni por la calle.

Cipriano habia salido de la montaña, de noche, para estar en el valle al amanecer, con objeto de que saliendo al punto de mi pueblo, estuviéramos en el suyo á la hora de la misa. La mula estaba comiendo á la puerta en una como cestita de cordeles que le colgaba del cuello, y en virtud de lo cual podia tomar la yerba con la boca. Tenia un penacho encarnado sobre la frente, un collar de cascabeles que sonaban alegremente á cada uno de sus movimientos, un pretal de cuero guarnecido de placas relucientes como oro, una silla ancha, cubierta con una manta de colores, con un pomo de arzon ancho de cuero y cobre en que poderse apoyar por delante, y dos estribos de hierro sostenidos por correas cortas, en

medio de la silla, para que una mujer pudiera poner en ellos los piés.

—Vamos, Genoveva—me dijo Cipriano—no perdamos un momento, hay mucho que andar, el sol se eleva con rapidez en saliendo de los abetos, y la familia está esperándonos.

Eché la llave á la puerta y se la entregué como si fuera ya mi marido; me tomó en brazos lo mismo que si fuese una pajita de trigo; me sentó en la silla, metió mis piés en los estribos y me puso la brida en una mano, diciéndome que me agarrase con la otra al pomo del arzon. No os dé temor, Genoveva, me dijo, voy á ir á vuestro lado, un poco delante, guiando á la mula; y si da un paso en falso ú os asustais, gritad sin cuidado, y arrojáos hácia mí que no os dejaré caer en tierra.

XXX.

Llevaba mucho miedo; pero lo disimulé y aun me tranquilicé al ver los hombros y los cabellos de Cipriano, que casi tocaban mis rodillas y limpiaban el polvo de mis zapatos. Me convení á mí misma de que nada tenia que temer, yendo tan inmediata á él. Aun no habia amanecido cuando atravesamos el puentecito de en medio de los prados, y comenzamos á subir el sendero que guia á las montañas.

Cipriano, sin volver la cabeza ni dirigirme una sola palabra, echó á cantar con toda su fuerza y con voz tan hermosa, que las rocas del camino resonaban con la canción de los desposorios. Los cascabeles y las herraduras de la mula hacian el acompañamiento á la canción de Cipriano, y los ruiseñores que se despertaban, y las alondras que huian, y el ruido de las cascadas, y las jóvenes que se levantaban de su cama y se ponian á las puertas de sus cabañas para vernos pasar, todo aquello era tan alegre, que el placer me extasiaba y me figuraba ir al tercer cielo. Veníase me á la memoria la imágen de la Santísima Virgen que yo habia visto en la Biblia, sobre la cama de mi madre, cuando aquella señora va á ver

á su prima sentada con el niño Jesus sobre una mula que conducia de la brida un ángel. Yo me decia: «vas como una Virgen, ¿pero qué has hecho del niño?» y durante un rato me ponía triste reflexionando en que habia dejado en el pueblo á Pepita; pero esto duraba poco. Cipriano trasponia otra roca, penetraba en otro bosque, cruzaba otro torrente, metiéndose en el agua con las piernas desnudas, ó bien subiéndose á la grupa de la mula detras de mí, y todo se tornaba á lo de antes, sorpresa, alegría y risa.

XXXI.

Era una novedad completa para mí la vista de los paisajes, del cielo, de las montañas, de los bosques, de las aguas, de todas las cosas que existen en la superficie de la tierra; no habia salido nunca de Voiron y poquitas veces de mi morada; todo aquello se presentaba á mis ojos como una fiesta de pólvora. De todo me admiraba, y hacia preguntas á Cipriano sobre todo, y á pesar de esto no tenia ningun miedo hallándome á su lado. Pero no, debo decir con verdad que dos ó tres veces fingí tener miedo al borde del precipicio y del ruido del torrente; di un grito y me arrojé sobre el cuello de mi conductor, para que me sostuviese á medias y me rodeara con su robusto brazo y de este modo no temer nada.

—¿Y él no se valió de la ocasion para daros un solo beso, Genoveva?

—¡Oh, no señor! Os lo juro; era demasiado bueno para eso; no me trató en el camino de otro modo que lo habria hecho si fuese mi propio ángel de la Guarda. Iba mas encarnado de vergüenza que yo; no me tocó con sus lábios hasta que lo hizo delante de todo el mundo, en la mesa, y en la casa de su madre, cuando su padre le dijo: «vamos, Cipriano, ¿besa á tu desposada!»

XXXII.

Nos paramos algunas veces para dar lugar á que descansase la mula á la sombra, al pié de la roca, á la orilla del agua. Cipriano

arrancaba ramas de abetos y me las daba para que me abanicase ó para que espantase las moscas: una vez que tuve sed me trajo agua del torrente en la concavidad de sus dos anchas manos, que redondeó como una copa; las levantó hasta mí y bebí inclinándome. No me saciaba bebiendo de aquel modo; parecíame que aquello me familiarizaba con el que debía ser mi marido, y que bebía verdaderamente su sudor y su vida. No era tanta mi sed cuanto el agua que bebía, y Cipriano riéndose me decía: «bien, señorita Genoveva, no os apresureis; de este modo es como bebemos en la montaña, cuando venimos á segar el heno.»

Después, cuando yo había concluido, bebía él á mi lado, separaba sus manos, y me dejaba caer algunas gotas en la cara para refrescarme la frente. Esto es todo lo que nos sucedió en el camino.

¡Dios mío, qué hermoso me pareció todo aquello! Las angosturas por las cuales se creía que la mula no podría pasar, pues tanto se aproximaban las rocas y los abetos que casi cerraban el camino; las nieves derretidas, que rodaban como corderos al derumbarse, de roca en roca, dando gritos, chillando, silvando como personas; las ramas de los abetos que se estendian sobre el camino y me obligaban á bajar la cabeza sobre el cuello del animal, por temor de dejar en ellos mi cofia y mi peine; los precipicios todos, llenos de flores azules y amarillas que nunca había visto en los jardines de Voiron; la blanca espuma que se divisaba en lo profundo, como esclusas de leche caídas del cielo; los arcos iris que formaban puentes desde uno de los lados del abismo al otro y que se veían debajo en vez de verse encima; nieblas pasajeras que se levantaban de los abetos y se convertían en nubes, que estallaban en relámpagos, en truenos, en ondas de un cuarto de legua y que después se disipaban, como las pompas de agua de jabón de Pepita con un soplo, y dejaban ver un cielo claro, tan azul como el agua del lavadero cuando las lavanderas han desleído en él albayalde; yo no me causaba de contemplarlo todo, y me decía: «Cuán grande es el mundo!»

Habría querido no llegar nunca, y esperar siempre. Cipriano estaba harto de ver aquello, y sin embargo no manifestaba tener mas prisa que yo. Me decía: — Genoveva, no me vais á creer; pero os aseguro que nunca me ha parecido el paisaje tan hermoso como esta vez. No sé por qué; pero es así.

Y á cada paso le parecía que el animal iba demasiado aprisa, porque olfateaba el prado, según decía él, y hallaba continuamente un motivo distinto para detenerle, unas veces para apretarle la cincha, otras para aflojarle una correa de las del cuello y algunas para quitarle una piedra de la herradura. ¡Oh! quería mucho á su mula!

XXXIII.

Luego de llegar á un puente largo, de madera, y pintado de encarnado, en el paraje que separa los bosques de Montagnol del bosque de Valneige, oímos tiros de fusil que resonaban en las rocas á manera de truenos. — No temais, me dijo Cipriano, son los parientes que, en compañía de los muchachos y muchachas del país, se adelantan para festejaros.

Cuando llegamos á ellos se hallaban en medio del fuerte. Eran mas de treinta, entre jóvenes, viejos y niños. El padre de Cipriano venia á su frente. Su hijo le entregó las riendas de la mula. Los niños arrojaban granos de trigo y amapolas á los piés del animal, de suerte que el piso del puente estaba todo alfombrado de grana, pero yo iba mas encendida aun que las amapolas, de vergüenza de verme festejada lo mismo que una reina que entrase triunfante en Jerusalem, ¡yo, pobre criada, que no había cumplido todavía veinte años! ¿No era cosa para anonadarme?

De este modo me llevaron de puerta en puerta hasta llegar á la iglesia, en donde el cura con el monaguillo nos estaban aguardando para bendecir los desposorios, y de aquí fuimos á casa del padre de Cipriano para saludar á su madre y probar el pan. En

frente de las diversas casas que íbamos encontrando, había junto á la puerta una mesita, cubierta con un mantel, que tenía encima rosquillas, pasteles, vino blanco y flores. Las madres y las hijas estaban cada una en su puerta, y era preciso probar de todo aquello al pasar, para no romper con la costumbre. Hecho esto ya se le tenía á uno por hijo del país.

La madre de Cipriano me puso un banco de abeto con tres piés para que me apease. Me tomó de la mano y me llevó, primero al establo, luego al granero, á la lechería, á la fuente, al lavadero, al horno y últimamente á la casa. En una larga mesa había una porción de pan, pasteles cocidos en el horno y vino. Después fuimos á la cocina, en donde se veían muchas cazuelas humeando; la madre de Cipriano me hizo probar dos ó tres cosas, luego me besó y me habló en lengua del país, de modo que no entendí bien lo que me decía.

No me atreví á contestarla. Los hombres se sentaron á la mesa; sus mujeres, la madre y yo les servíamos; aunque de rato en rato el padre me hacía sentar en el banco, comer alguna cosa y beber una taza de vino blanco con él: todo lo demás del tiempo lo empleé en alzar mi vestido de seda y prenderlo en la hebilla del cinturón, en levantarme las mangas, quitarme la cofia, mudar los platos, y llenar las botellas á los convidados.

No tiene orgullo y es trabajadora, decían las viejas á la madre de Cipriano; teneis suerte, pues sabrá manejar la casa.

XXXIV.

Luego que se acabó de comer, y cuando solo quedaron los padres en la mesa hablando de diferentes cosas y bebiendo, Cipriano me llevó á ver las propiedades, los abetos y el prado de su padre: las vacas pacían en la yerba, tan alta que les cubría las patas!

Iba nombrándolas una tras otra, y diciéndome los defectos y cualidades de cada una.

—Esta — me decía — se viene todos los días por sí sola á que

la ordeñen; aquella hace el mismo servicio que un bácy, pero está siempre flaca; por eso la llamamos la criada. Esta otra que tiene rayas negras y de color de castaña es la mas hermosa, pero tan soberbia y caprichosa como una cabra; la de mas allá tiene un cuerno atravesado; hay que no descuidarse con ella, Genoveva, porque hasta que no es conocida os mirará de mala gana.

Me lo avisaba todo y me instruía de lo que había de hacer para contestar á su madre, y para que todos los de la casa me tomaran cariño. Yo le daba gracias, añadiéndole:

— Descuida, Cipriano; ¿no ves que he servido toda mi vida?

Luego veía con admiración los abetos, las mieses, los frutales, las colmenas cubiertas con sus techos que acababan en punta para escurrir la nieve, los patos, las gallinas, en fin, ¡todo! y me decía á mí misma: ¡harto tenía, sin esto, con Cipriano!

Él me volvió muy contenta á la casa, en donde hallamos á los viejos bebiendo aun, y eso que el sol se había elevado ya á la mitad del cielo; y me enseñó la habitación que debíamos ocupar los dos, encima del establo; la escalera por donde se subía á ella era de abeto, y había una galería pequeña, tapizada de maíz, reluciente como si la pared hubiese sido de oro. El cuarto era bajo y pequeño, todo de madera de abeto.

— ¡Caramba! ¡qué bien estamos aquí; esto es suficiente espacio para dos! — decía yo, en atención á que pensaba dejar á la niña en Noiron continuando en su enseñanza, pues Cipriano me había advertido en el camino, que su madre no quería en su compañía á nadie mas que á mí.

Y por otra parte yo me hacía esta reflexión; aquella pobre niña ha estado siempre muy mimada; no sabe lo que es pena, y padecería demasiado viéndose aldeana despues de haberse visto casi señorita en su niñez.

Ya no hablamos mas; bajamos por donde habíamos sabido, y hallamos en la calle á la mula que nos esperaba engalanada. El padre de Cipriano fué el que me ayudó á subir á ella. Luego vino acompañándonos todo el país hasta llegar al puente encarnado.

desde donde Cipriano y yo seguimos desandando, desposados y contentos, lo que habíamos andado por la mañana.

XXXV.

Consistía nuestra alegría, principalmente, en que no podíamos retroceder, y en que habíamos bebido y comido juntos y puesto las del uno en las del otro nuestras manos. La imaginación nos abultaba el tiempo que había de trascurrir hasta el gran día: sin embargo, Cipriano me dió palabra de venir todos los domingos por mí, para llevarme á oír misa á Voiron, y á pasearme por los prados; lo cual hacía resignarnos.

¡Dios mío, qué feliz era yo, y Cipriano también! ¡qué satisfecho estaba! Parecía otro muy diferente que aquel de por la mañana; me miraba, le miraba, nos mirábamos, arrancaba ramas de arbolillos para darme sombra; saludaba con rostro alegre y de buen humor á cuantos encontrábamos al paso, pareciendo que deseaba abrir su corazón henchido de placer, para comunicar este á todo el mundo. Y cuando le preguntaban: «¿Qué conduces tan alegre á la ciudad? Cipriano, ¿quieres vender la carga de tu mula? ¡Oh, no! decía, es mi corazón, no le vendo, pero le dejo tomar.» Y despues se reían todos bebiendo una copa á nuestra salud, y diciendo todos al marcharse: «Abi teneis á Cipriano que lleva á su desposada, la Genoveva, la hija del vidriero. Él es un buen mancebo, y ella una buena muchacha por vida nuestra.» Esto decían, señor. Perdonad que me alabe, ¡pero hace ya tanto tiempo que esto pasó, tanto tiempo!

XXXVI.

Tanto nos detuvimos en el camino, que cuando llegamos á la falda de las montañas, esto es, al puente de los prados de Voiron, ya había cerrado la noche con mas de dos horas; dos horas, sin embargo, que se pasaron como un soplo. Cipriano, que con la

noche se volvía mas atrevido, se detuvo en aquel puente, cerca de la casa del ayuntamiento.

—Ya estamos en el pueblo, Genoveva,—me dijo tristemente;—es forzoso despedirnos antes de penetrar en la calle, donde todo se oye.

—Sí, Cipriano, despedámonos aquí, le repliqué, y cuando me hayais apeado de la mula delante de la puerta, no entrareis siquiera; os volvereis sin pronunciar aun mi nombre, para no dar que decir á malas lenguas.

Entonces, señor, apoyó sus dos brazos sobre el cuello de la mula, á la manera de quien reza apoyándose sobre su banco en la iglesia; inclinó la cabeza hácia mi lado, acerqué mi cara á la suya; él me dijo: «Adios, señorita Genoveva.» Yo le contesté: «Adios, señor Cipriano.» Despues suspiró muy fuerte, yo suspiré muy fuerte tambien; y él repitió: «Adios, señorita Genoveva.» Y yo repetí: «Adios, señor Cipriano.» Y luego repetimos cincuenta veces, por lo menos, cada uno: «¡Adios, Genoveva! ¡Adios Cipriano!» Y otras tantas veces suspiramos sin decir mas ni menos; y al fin levantó el brazo izquierdo para rodeármele á la cintura y atraerme un poco hácia sí, y me besó estrechándome contra su corazón. Cogió otra vez las riendas de su mula, echó á andar sin mas volverse, ni chistar siquiera hasta mi casa, me apeó sobre el banco de piedra que está en la puerta, hizo volver la cabeza á la mula, y partió sin detenerse ni mirar atras. Solo advertí que iba llorando; lo cual hice yo tambien por lo bajo, cuando me quedé un momento sentada sobre el banco de piedra; sola y á la sombra de la puerta.

XXXVII.

Luego que hube dejado de percibir el ruido que hacía la mula con sus herraduras en el suelo, saqué la llave de la casa, del bolsillo de mi delantal, y en habiendo entrado cerré la puerta detras de mí. Encendí luz, y con ella en la mano llegué á la trastienda, en donde estaban mi armario y mi cama, para desnudarme. Iba an-

dando con mucho sigilo, pues creía que la niña, á quien la vecina debería haber traído á acostar, estaria ya dormida; y por otra parte, no queria hablar mas aquella noche, á causa de tener el corazon agitado.

XXXVIII.

Seguí, pues, callandito, procurando que no sonaran mis zapatos, hasta que al adelantarme hácia la cama, me hallé con dos hermosos ojos, muy abiertos, que me miraban abriéndose cada vez mas con el asombro, á medida que la luz me alumbraba mejor. Era Pepita, que sentada en su cama, apoyándose en la cabecera y puesta en camisa, aunque sin dormir, me miraba sin decir nada, asustada la pobrecita como si hubiese visto una fantasma ó una vision. Al fin me reconoció en la voz:

— ¡Calla! ¿eres tú Genoveva? — esclamó tendiéndome sus bracitos y haciendo desaparecer la contraccion de su frente y de sus labios, que pasaron instantáneamente del espanto á la sonrisa.

— Sí, yo soy, la dije; ¿por qué me miras así? ¿No soy la misma que ayer?

Todavía estaba sin desnudarme de las galas que me trasformaban completamente.

— No, no eres la misma, — dijo; — ¿quieres burlarte de mí? Ayer no tenias ese hermoso vestido de seda, que brilla, que reluce, que se cambia de varios colores, como los cuellos de los pichones cuando están sobre el tejado al sol, ni esos zapatos que hacen ruido como los de las señoras en la iglesia, ni esos encajes, ese cinturon, esa cofia, cuyos lados te dan en las mejillas, esos pendientes que parecen dos peras de oro, ni ese hermoso collar con esa cruz sobre el pecho. ¿Ha venido alguna bruja con su varita, como en el libro en que me enseñás á leer, y te ha trasformado en señorita dándote galas tan hermosas como esas que me impiden abrazarte?

— ¡Calla! es cierto, dije interiormente; esta pobre niña no me

ha visto jamas así y debe estrañarse. Se me habia olvidado que tenia puesto mi vestido de novia.

— ¿Y por qué, — continuó, — te has mandado hacer tan hermoso traje?

Yo me hallaba tan aturdida, que no sabia qué decir.

— Es que vengo de desposarme, la dije por último, y que voy á casarme.

Y sin cesar de hablar empecé á desnudarme, á quitarme mis zapatos finos, á desatar los lazos del cinturon y de mi cofia de encaje, á desabrocharme el collar y los pendientes, á quitarme el vestido de seda, y á colocarlo todo bien y guardarlo en el armario. La niña observaba todo lo que yo hacia, y se maravillaba de tantas cosas. Luego que huhe concluido y rezado, y al punto de estar ya en camisa con los piés desnudos para acostarme:

— ¡Oh! así te quiero mas, — me dijo, — y no me asustaré de besarte.

Me hizo lado, apagué la luz, y me acosté junto á la niña.

— ¡Así estás mejor! — decia echando sus dos brazos al rededor de mi cuello, como solia hacerlo siempre que queria dormirse. Pero estaba tan conmovida con la vista de mis vestidos, por mi ausencia de todo el dia, y yo estaba tan despaylada con el recuerdo de todo lo que habia hecho y dicho, y con la imágen de Cipriano, que nos quitábamos el sueño la una á la otra.

— ¡Mira! — me dijo la niña con malicia, — no me dormiré ni te dejaré dormir sin que me lo digas todo. ¿Te vas á casar Genoveva?

— Sí, dije; ¿con quién?

— Con el señor Cipriano, á quien tú ya conoces, y que te tiene sobre sus rodillas siempre que viene á casa.

— ¡Oh, me alegro! pero el señor Cipriano es de la montaña. ¿Va á vivir en nuestra compañía?

Me ruboricé y no supe qué contestar. Al fin me pareció que lo mejor era decírselo todo de una vez.

—No, la dije, se queda en la montaña.

—¿Y tú? ¿No vivirás con él?

—Sí.

—¿Vivirás en la montaña?

—Sí, puesto que allí constaré casada.

—¿Y yo, —dijo soltando sus manos de mi cuello, y golpeando la una con la otra;—iré también á vivir en la montaña? ¡Oh, cuánto me alegro! Quiero tanto al señor Cipriano, al perro y á su mula, y me gusta tanto la leche, la fruta, los pájaros y las mariposas. Dicen que hay muchas allá arriba. ¿Cuándo nos vamos?

—Tú, la contesté con suma dificultad, tú no vendrás hija mía; te quedarás en Voiron, en casa de tu maestra para que te acabe de enseñar á hacer encajes. Estarás con sus niñas, cuidará bien de tí; y yo te vendré á ver muchas veces, muchas veces; serás muy dichosa.

—¿Pícara! —gritó la niña, —¿me abandonarías? ¿tendrías valor para irte sin mí, sin mí que no me he separado nunca de tu lado, y he ido pegada á tí como tu camisa desde que vine al mundo; sin mí, que he vivido, comido, dormido siempre contigo, como si fuese hija tuya; sin mí, que no he podido dormir ni una hora hoy, solo porque no estaba acostada contigo? ¡Pícara! —repitió encolerizada, pegándose en el pecho con su manecita, —si tuvieses corazón para hacer eso conmigo, no necesitarías venir muchas ni pocas veces á Voiron, pues no me encontrarías; pronto iría á parar al cementerio al lado de mi madre, y la diría que me habías abandonado, como una mentirosa, despues de estarme diciendo siempre que la habías prometido, cuando ella se marchó, ocupar su puesto á mi lado.

É inmediatamente empezó á llorar.

XXXIX.

Ya se os ocurrirá, señor, que no podía agradarme el oír hablar así á aquella inocente niña; empecé á preguntarme si había obrado

ligeramente y arrastrada por el amor de Cipriano; porque lo cierto era que la niña tenia razon. La habia servido de madre, no la habia desamparado mas que aquel dia en toda su vida, la habia repetido cien veces lo que habia ofrecido á mi madre, que me moriria antes que abandonarla; y ahora tenia resuelto casarme y confiarla como una huérfana á los cuidados de una persona estraña. El remordimiento comprimia mi garganta, no dejándome hablar, ni respirar, ni sollozar. Empezaba á arrepentirme de lo que habia prometido á Cipriano; aunque le amaba tanto que no podia arrepentirme de amarle. Por esta parte la niña, por la otra mi desposado, las promesas á la iglesia hechas por la mañana delante de todo el pueblo, y la promesa hecha á mi madre en presencia de la muerte y de Dios. Daba vueltas y mas vueltas en la cama, sin poder hallar una postura cómoda, ni prescindir de la niña, ni de la imágen de Cipriano, ni de la sombra de mi madre, ni de mi propio corazón. ¡Ah, señor, qué noche tan terrible! Estoy segura de que no la hay peor en el infierno. Me ponía colorada, descolorida; sentia sudor frio en todos mis miembros, calor, frio, calentura; y la niña se volvia de espaldas para no tocarme, sin cesar de dirigirme acusaciones.

Advierte, la decia yo besándola y cogiendo sus manecitas con las mias, que estarás muy bien en casa de la encajera; bien asistida, bien alimentada, bien vestida, bien educada como sus mismas niñas. Ella está bien, no está como nosotros; tiene muebles, habitaciones y una criada que cuida del servicio de la casa. ¿Qué mas quieres? ¿Podria yo darte pan blanco?

—¿Qué me importa tu pan negro ó blanco, respondió la niña, la ropa vieja ó nueva, la habitacion, los muebles, y la criada? No me des sino pan de paja, si quieres; pero llévame á todas partes contigo. Separada de tí seré tan desgraciada, ¡tan desgraciada! Dices de la encajera, que alimenta bien á sus hijos, sí, ¡pero si tú supieras cómo los pega! ¡Oh! si yo estuviera en su casa tres dias solamente, me pegaria, y yo me escaparia á los prados, y me arrojaria, como la niña de la gitana, al rio, en donde la en-

contraron ayer. ¿Qué dirías cuando lo supieses? Estarías muy contenta allá arriba con tu Cipriano. ¡Oh, ahora ya le detesto! ¿Y qué pensaría de ti mi madre en su cama de tierra? ¡Empecé á llorar cuando oí estas palabras; y la niña siguió hablando de mi madre. Los niños saben más de lo que parece. Conocía la impresión que me hacía aquella acusación en nombre de mi madre, y volvía siempre á ella. Me enternecía, y cuando vió que yo lloraba mucho y que estaba conmovida, se cibió al rededor de mí como una serpiente, los brazos sobre mi cuello, la boca contra mi pecho, besándome con furor, pegándose á mí como mi piel y exclamando por lo bajo: ¡No! ¡No! ¡No! No tendrás corazón para separarme de tí y para desecharme como un vestido andrajoso, por encima del cual se pasa. No, Genoveva, hermana mía, mi segunda madre, dos veces madre mía, pues lo has sido despues de la muerte de la primera, lo mismo que antes. Seré tan buena, tan juiciosa, tan obediente. Te querré tanto, te besaré tanto, de día y de noche. ¡Oh! Dime que no te separarás de mí! Iba ya á decirselo, porque la niña me hería hasta en el fondo del corazón, y me ahogaba entre sus bracitos, cuando se me vino á la imaginación Cipriano, que se había separado de mí hacía poco tan alegre, y que tal vez no llegaba aún al pié de las montañas. ¡Oh, Dios mío! dije en mi interior; me he desposado con él esta mañana, me ha besado hace apenas una hora, conserva aun el olor de la rosa de mi frente sobre sus labios, y ya su querida piensa serle infiel! — ¡No, no, Pepita, la dije apartando sus brazos de mi cuello, y desasiendo mi cuerpo del suyo para volverme del otro lado y reflexionar; no, una muchacha honrada debe cumplir su palabra, y yo he hecho juramento á Cipriano. — Déjame. — ¡Un juramento! exclamó poniéndose en pié sobre la cama. ¿No se lo habías hecho también á mi madre? Pues bien; anda, déjame desde luego, ya no quiero dormir contigo, quiero ir á dormir sobre su losa y á preguntarla si fué á Cipriano ó fué á mí

á quien puso en tus brazos al morir! ¡Veremos lo que contestará!.....

Al pronunciar estas palabras, aquella chiquilla, loca de amor y de cólera dió un paso para saltar por encima de mi cuello y arrojarse al suelo, pero habiéndose enredado en los pliegues de la sábana, que estaba ya toda retorcida por tantos movimientos, lanzó un grito y quedó sin sentidos al pié de la cama.

¡Ah! siempre tendré en mi oído aquel grito y el golpe sordo de su caída sobre el suelo. Acudí al momento, la cogí en mis brazos y la llamé: ¡Pepita! ¡Pepita! La llevé á la ventana para hacerla respirar el aire de la noche: no lo logré; estaba como muerta en mis brazos! La tendí sobre la cama, la puse agua en las sienes, estreché sus manos con las mías, puse mi boca al lado de la suya; ¡no respiraba y se ponía fría, del modo que había visto ponerse á mi madre cuando murió!

¡Desgraciada, me dije á mí misma, has asesinado á tu hermana!

Y caí sin conocimiento en el suelo.

Ignoro todo el tiempo que estuve así; solo sé que cuando recobré el uso de los sentidos, mi hermana se hallaba inmóvil aun, y sin respiración sobre la cama! Me puse de rodillas delante de ella, con la cabeza sobre su cuerpo, pidiendo á sus ángeles y á todos sus santos, y sobre todo á mi madre que la resucitara y que me llevaran en su lugar á mí. Me hallaba como en un sueño, y sin embargo, estaba despierta. Entonces oí, con la claridad que ahora me estoy oyendo, la voz de mi madre, pero mas severa que la había oído nunca en toda su vida, que me dijo: «¡Cain! ¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?» como me había leído estas palabras en su Biblia.

Despues me han asegurado muchas veces, que era ilusión el eco de estas palabras que yo me figuraba haber oído, y que solo resonaba desde lejos en mi cabeza turbada por la desesperación; pero yo oí tan terminantes aquellas palabras, que respondí inmediatamente, como respondo siempre que me llaman.

— ¡Madre mia! ¡Madre mia! dije, ¡no me condeneis! ¡Juro que si volveis el aliento y la palabra á la niña, no me casaré, y me sacrificaré enteramente á vuestra hija!

Y quedó hecho un voto, un voto irrevocable en mi interior.

La prueba de que mi madre me habia hablado y oído mi contestacion, es que al punto de hacer mi voto dentro de mi corazon, empezó la niña á respirar, á estender los brazos, á abrir los ojos tan dulcemente como si saliese de un sueño, y me dijo sin cólera:

— Genoveva, no te casarás ya, no me dejarás, ¿es verdad?

— No, jamas, jamas, jamas, dije, cubriéndola de besos, volviéndome á acostar á su lado y calentándola con mi cuerpo. ¡Pero cómo lo sabes?

— Me lo indica de cierto modo el corazon.

Me besó otra vez, y ambas nos estuvimos besando todo el resto de la noche, ella riendo, yo llorando.

El pobre Cipriano no tocaba aun el puente encarnado, ¡y ya no tenia querida! ¡Tal vez iba cantando, en su mula, sin sospechar nada!...

¡Lo que somos, señor! ¡Oh, no me habléis de esto! El mundo es una caminata con los ojos vendados; se cree ir hacia la derecha y se va hacia la izquierda. ¡Solo Dios ve claro por nosotros!

XL

Pepita se durmió, por último, tan tranquilamente como soñaba en su cuna cuando era pequeña, y yo la mecía con el pie y la arrullaba con la voz; no así yo, que al venir el dia todavía estaba contemplándola tan hermosa, con sus preciosos cabellos, algo untados de sangre, desordenados y enredados por la agitacion de la noche; mas cuando volvia á pensar en Cipriano se me partía el corazon y los ojos se me anegaban en llanto.

Pensaba en que no habia de tener valor para decirle: «¡Cipriano, vuestra Genoveva os es infiel!» Al pronunciar estas palabras creia que habia de ahogarme de pena y de vergüenza. Sia

embargo, me es indispensable avisarle, ¡pobre muchacho! Voy á escribirle, el papel no se ruboriza; ¡ánimo!

Me levanté callandito, para no despertar á Pepita, que necesitaba descanso, y me puse á escribir á Cipriano enfrente de la ventana desde la cual podía verse la montaña. Me acuerdo que rompí muchos pliegos de papel aquel dia; porque era tanto, tanto lo que lloraba, que sin acabar de hacer una linea tenia que empezar otra vez, y si hubiese seguido habria llevado al buzón del correo un escrito hecho con lágrimas en vez de tinta. Esto aconteció diez veces lo menos, mientras tuve lágrimas en los ojos. Ultimamente, después de muchos trabajos, concluí una carta que estaba seca.

— ¿Cómo seca? dije interrumpiéndola, ¿y por qué Genoveva? ¿Tenia la culpa el pobre Cipriano?

Al decir seca, señor, respondió Genoveva, he querido dar á entender que el papel no quedó tan humedecido como los otros. Pero llevaba aun tres ó cuatro gotas de agua.

— Eso es otra cosa, repliqué, ya os comprendo. Mas no acierto qué podiais decirle en aquella carta para justificaros. Desearia saberlo. ¿Lo tenéis presente?

— Ah, si lo tengo! Aquella es la única carta que he escrito en toda mi vida, y la he guardado, añadió dirigiendo la vista hacia el armario, es decir, el borrador, pues la copia en limpio la tiene la madre de Cipriano acompañando los demas efectos de su hijo.

— En ese caso tendria gusto en leerla, si no hallais inconveniente, Genoveva; porque esa carta forma época en vuestra historia, y sin aquella no podria escribirse esta; al menos yo que escribo tantas como decís, me habria visto embarazado en vuestro lugar para escribirla.

Aquí teneis, señor, me dijo, después de haber buscado en su armario y sacado un papel que tenia escondido entre dos camisas de mujer.

Me dió la carta, y volviendo á su silla, continuó haciendo calceta.

XLI.

Estaba escrita en un papel ordinario, algo gris, de ese que suelen emplear los comerciantes para envolver las cajitas de juegos que venden á los niños. Notábase que le habian mojado en siete ú ocho puntos, pues el agua habia disuelto y ensanchado los trazos de la pluma. El carácter de la letra era redondo, de grandes rasgos, de líneas ensanchadas, pero poco rectas. La carta estaba doblada treinta veces, de un modo complicado, extraño, indescifrable, como el que acostumbran los pobres en sus cartas, los cuales no saben cerrarlas sencillamente despues de escritas, y dan tormento á su imaginacion para inventar un pliegue desusado. Estaba sin sellar. Leía toda por lo bajo, con el fin de no apesadumbrar inútilmente á Genoveva. Decía así:

«Señor Cipriano:

«Esta es para deciros, que no os acordeis mas de mí, para que sea mujer vuestra... Sin embargo, si os pasa lo que á mí, siempre pensareis en esto con placer, puesto que no tenemos cosa alguna que reprendernos, á lo menos vos, ni yo tampoco. Todo se ha acabado. Dios no quiere que me case con vos. No me casaré con otro. Voy á deciros la razon. Mirad, os compadezco; pero no tengo yo la culpa...

«Esta noche se cayó la niña desde la cama al suelo. Ha estado muerta no sé cuánto tiempo. La cogí, y yo estuve muerta también. Mi madre resucitó y me dijo: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?»

«La niña me dijo: ¿No es verdad que no te casarás con el señor Cipriano? Yo he dicho: ¡no madre mia! y he hecho el voto; se acabó: no hay que hablar mas de esto.

«¡Ah, Dios mio! señor Cipriano, ¿qué pensareis de mí?... ¡De mí, que queria tanto á vuestras vacas y á vuestra mula! Habladlas de mí. Volvedme el ramillete y la sortija; os envio vuestra presilla del sombrero, que se os quedó olvidada sobre el mostra-

dor. ¡Dios mio, qué pena tengo!... ¡No, no sobreviviré!... En cuanto á vos, no os incomodeis por esto; no vale la pena.

«Tengo la satisfaccion de anunciaros que todo va bien en mi casa. Decidlo en la vuestra. Vuestro padre y vuestra madre han sido muy buenos con una pobre muchacha como yo. Es lástima que no haya habido dos cuartos encima de la cuadra. La niña no habria hecho gran gasto á vuestra madre. Está mantenida con muy poca cosa. Toda la desgracia ha venido de esto. Dadles mis espresiones. Siento los gastos que han hecho. Escusadme.

«Adios, señor Cipriano, no penseis mas en esto, y conservaos bueno. —GENOVEVA.

«Cuando paseis por Voiron, no atraveséis por nuestra calle; me afligiria solo al oír los pasos de vuestra mula.

«Adios, señor Cipriano...»

Despues se advertian los efectos como de una lluvia de lágrimas y de tinta desleidas. Y á traves de aquella niebla se leía aun dos ó tres veces: «Adios, señor Cipriano...»

XLII.

Devolví la carta á Genoveva, sin decirle nada, quien la guardó de nuevo en su armario entre dos camisas.

¡Pobre muchacha! Y, sin embargo, estaba escrito en aquel papel el resumen de un mundo de impresiones de amor, de recuerdos, de esperanzas vivas y aniquiladas en un corazon. El sentimiento existe, pero es sordo y mudo en el alma no literata del pueblo.

XLIII.

Genoveva continuó:

Concluida de escribir la carta de Cipriano, se la di á un muchacho de la montaña que vivia en el pueblo de mi desposado, y le encargué que la llevase á Valneige. Al metérsela en el bolsillo

al pobre niño, conocí que todo se había acabado, pareciéndome que el corazón se me caía de las manos con la carta.

XLIV.

Volvi á casa maquinalmente: cuando llegué, la niña no había despertado aun, fui en derecha al armario. Cogí mis zapatos finos, mis pendientes, mi cinturón con nudos de cinta, mi cofia de encajes, mi collar, mi vestido de seda, y de todo hice un lío bien hecho con una servilleta blanca, sin marca, lo llevé á la iglesia de Voiron cuando no habia nadie, y lo coloqué, sin que me viera el sacristan, sobre el altar de la Santísima Virgen. Habia prendido en la servilleta con un alfiler un pedacito de papel en que se leia: *ex voto!*

Yo me decía: no hay que guardar cosa alguna de estos trajes engañosos de fiesta y de desposorios: te traerían á la memoria tu infidelidad al señor Cipriano y tu desgracia: te inducirían á pensar segunda vez en el matrimonio, quizá en abandonar á tu hermana, y en romper tu voto. No estarias tranquila jamas mientras tuvieras esas galas en tu casa. Démoslas á Dios, de quien no se vuelva á recibir nada, ¡y que todo se acabe!

Cuando volvi, la niña me pidió que se las enseñara; y yo la dije lo que habia hecho. Ella no lloró por la pérdida de tan hermosas prendas; saltó sobre mi cuello y me dijo:

— Bien, has hecho bien, Genoveva; te quiero mas á tí desnuda, que á tu adefesio de seda con el cual casi te desconocia anoche. Mientras hubiese sabido que estaban en el armario tus vestidos de novia, hubiera creido siempre que te ibas á casar un día ú otro. ¿Á que no lo haces ahora? ¿quién se enamoraria de tí con tu vestido de lana y tus zapatos de nogal?

Aquella niña se pegó á mí como mi camisa desde aquel dia. No contaba mas que doce años y medio, pero tenia tanto ingenio como otras á los quince; frecuentemente me hacia llorar y reír á un tiempo. Se hizo tan buena como un ángel, y hermosa como

una virgencita de cera. Pero tenia su vanidad, es cierto; cuando yo no encontraba mi espejo en la ventana, no tenia necesidad de buscarlo, ya sabia donde estaba; y ademas, es preciso ser justo, todo el mundo en la calle y en Voiron lo repetia sin cesar, que era la mas hermosa del pais, y la llamaban ya la bella encajera. Esto es malo para las jóvenes, señor, principalmente cuando son huérfanas de padre y madre.

XLV.

Escuchad lo que ocurrió, señor. La familia de Cipriano me contestó por el mismo muchacho, que estaba bien, y que Cipriano no vendria mas á Voiron.

— ¿Y él, qué estaba haciendo? pregunté al mensajero.

— Oh, señorita, no hacia nada, daba con su palo en la pared del establo y vertia por sus ojos gruesas lágrimas!

No supe mas que esto por entonces.

XLVI.

Pasamos dos años y medio sin oír hablar el uno del otro, como si los dos hubiéramos muerto. A haberme visto otra vez, de seguro no me habria conocido, pues mi hermosura de una primavera, se habia marchitado con mi pena, mis colores habian desaparecido como el colorete despues de pasarle un paño; trabajaba hasta tarde, me levantaba temprano, lloraba por la noche, tomaba un alimento escaso, para reunir el equipo de Pepita y para pagar su aprendizaje; no iba ya á los prados, ni veia el sol mas que en la pared de la habitacion, un momento por la tarde; me habia quedado tan delgada que los vestidos se me caian de los hombros y la sortija de mi dedo; habíame encorvado, como yeis, á fuerza de coser; no dejaba de pensar en Cipriano, mientras cosia, y aun solia decirme contra mi voluntad: ¿qué hará en este momento? ¡Ay! si me encontrase, ¿qué diria? No le pareceria ser un sueño eso de haber estado enamorado de una pobre muchacha, que se

al pobre niño, conocí que todo se había acabado, pareciéndome que el corazón se me caía de las manos con la carta.

XLIV.

Volvi á casa maquinalmente: cuando llegué, la niña no había despertado aun, fui en derecha al armario. Cogi mis zapatos finos, mis pendientes, mi cinturón con nudos de cinta, mi cofia de encajes, mi collar, mi vestido de seda, y de todo hice un lío bien hecho con una servilleta blanca, sin marca, lo llevé á la iglesia de Voiron cuando no habia nadie, y lo coloqué, sin que me viera el sacristan, sobre el altar de la Santísima Virgen. Habia prendido en la servilleta con un alfiler un pedacito de papel en que se leia: *ex voto!*

Yo me decía: no hay que guardar cosa alguna de estos trajes engañosos de fiesta y de desposorios: te traerían á la memoria tu infidelidad al señor Cipriano y tu desgracia: te inducirían á pensar segunda vez en el matrimonio, quizá en abandonar á tu hermana, y en romper tu voto. No estarias tranquila jamas mientras tuvieras esas galas en tu casa. Démoslas á Dios, de quien no se vuelva á recibir nada, ¡y que todo se acabe!

Cuando volvi, la niña me pidió que se las enseñara; y yo la dije lo que habia hecho. Ella no lloró por la pérdida de tan hermosas prendas; saltó sobre mi cuello y me dijo:

— Bien, has hecho bien, Genoveva; te quiero mas á tí desnuda, que á tu adefesio de seda con el cual casi te desconocia anoche. Mientras hubiese sabido que estaban en el armario tus vestidos de novia, hubiera creido siempre que te ibas á casar un día ú otro. ¿Á que no lo haces ahora? ¿quién se enamoraria de tí con tu vestido de lana y tus zapatos de nogal?

Aquella niña se pegó á mí como mi camisa desde aquel dia. No contaba mas que doce años y medio, pero tenia tanto ingenio como otras á los quince; frecuentemente me hacia llorar y reír á un tiempo. Se hizo tan buena como un ángel, y hermosa como

una virgencita de cera. Pero tenia su vanidad, es cierto; cuando yo no encontraba mi espejo en la ventana, no tenia necesidad de buscarlo, ya sabia donde estaba; y ademas, es preciso ser justo, todo el mundo en la calle y en Voiron lo repetia sin cesar, que era la mas hermosa del pais, y la llamaban ya la bella encajera. Esto es malo para las jóvenes, señor, principalmente cuando son huérfanas de padre y madre.

XLV.

Escuchad lo que ocurrió, señor. La familia de Cipriano me contestó por el mismo muchacho, que estaba bien, y que Cipriano no vendria mas á Voiron.

— ¿Y él, qué estaba haciendo? pregunté al mensajero.

— Oh, señorita, no hacia nada, daba con su palo en la pared del establo y vertia por sus ojos gruesas lágrimas!

No supe mas que esto por entonces.

XLVI.

Pasamos dos años y medio sin oír hablar el uno del otro, como si los dos hubiéramos muerto. A haberme visto otra vez, de seguro no me habria conocido, pues mi hermosura de una primavera, se habia marchitado con mi pena, mis colores habian desaparecido como el colorete despues de pasarle un paño; trabajaba hasta tarde, me levantaba temprano, lloraba por la noche, tomaba un alimento escaso, para reunir el equipo de Pepita y para pagar su aprendizaje; no iba ya á los prados, ni veia el sol mas que en la pared de la habitacion, un momento por la tarde; me habia quedado tan delgada que los vestidos se me caian de los hombros y la sortija de mi dedo; habíame encorvado, como yeis, á fuerza de coser; no dejaba de pensar en Cipriano, mientras cosia, y aun solia decirme contra mi voluntad: ¿qué hará en este momento? ¡Ay! si me encontrase, ¿qué diria? No le pareceria ser un sueño eso de haber estado enamorado de una pobre muchacha, que se

acomodaria muy bien dentro de la corteza de un abeto de doce años?

Las vecinas me decían: «Te consumes, Genoveva, como la cera que arde por la noche; ¡no trabajes tanto, hija mía!» Pero no era el trabajo, no, lo que más me dañaba, era que me faltaba la alegría.

A mí me parecía, sin embargo, que no amaba ya al señor Cipriano, verdad es que no oía á nadie pronunciar su nombre. Mi corto tráfico, aumentado con el trabajo de costurera de cosas ordinarias que había emprendido, no iba mal. Los días de feria y de mercado muchas campesinas de la montaña venían á abastecerse á mi casa. Les vendía cintas, encajes para las cofias, les cortaba vestidos á la moda de su país, me compraban collaritos, pendientes de piedras falsas, sortijas de latón, cadenas de acero para atar sus tijeras y otras mil cosas. Ellas decían: «Vamos á casa de Genoveva que vende barato y tiene de todo. Y no da vergüenza entrar en su tienda como en las de esas ricas comerciantas de la calle Mayor; no tiene orgullo, es agradable con los pobres.»

Esto decían, y esto era en efecto.

XLVII.

Un sábado, señor, un sábado por la mañana de la semana última del mes de noviembre, me hallaba sola en casa concluyendo un vestido para Pepita, que había de bailar al día siguiente en la boda de una de sus amigas, cuando ví entrar una muchacha de la montaña, tan hermosa que, á escepcion de Pepita, no había yo visto ninguna otra hasta entonces que lo fuese igual. Dos ancianas y un jóven como de quince años, que aparentaban ser su madre, su tia y su hermano, se habían quedado á la puerta mientras la jóven ajustaba varias cosas. Conducían dos borricos con alforjas, de las cuales el muchacho había sacado pan, vino y castañas, y puéstose á comerlo las montañesas en la calle.

La jóven miraba, tocaba y examinaba cuanto había en la tien-

da: sortijas, pendientes, cadenas de cobre dorado, encajes, sedas, zapatos de piel de cabra, nada había que le pareciese demasiado, y decía: —¿Cuánto vale esto? ¿cuánto aquello?

—Me llevo tantas varas de lo uno, tantas de lo otro; y además estas joyas, y estas cintas y esto y aquello.

Y como tenía un bolsillo sobre el mostrador, lleno de piezas de tres francos y de treinta sous, yo creía que realmente lo compraría todo.

Mientras tanto el hermano entraba, lo cogía y colocaba todo con mucho esmero en las alforjas de uno de los borricos.

—No es esto solo, me dijo con gracia y poniéndose colorada la hermosa compradora —señorita Genoveva; nos han dicho que cortais ropa de mujer, y quiero que me tomeis medida para tres vestidos, seis cuellos, dos cofias de encaje, un delantal y media docena de cinturones, y que veais cómo me están los pendientes y los collares.

—Con mucho gusto, señorita; entrad conmigo en la habitación, para que la gente no os vea desnuda por entre los cristales.

X me siguió al interior de la casa en donde la desalcé para probarla los zapatos y la desnudé para ponerle los cuellos y la ropa nueva. ¡Ah, qué hermosa criatura era! Tenía bonitos piés, lindas manos, hermosos hombros, un cuello blanco como la nieve, cabellos que le caían hasta las rodillas, un aire tan modesto y tan dulce, y un metal de voz que penetraba hasta el corazón. No me cansaba de mirarla, ella bajaba los ojos y yo me decía á mí misma: «Debe haber tenido muchos pretendientes.» Mas ¿quién sabe? Tal vez tenga un viejo rico, ó un viudo que echará de menos su primera mujer; ó acaso un pariente, un primo jóven, pero indiferente, que no la ama. El mundo tiene tantos azares que nunca corresponde el derecho con el rey.

Mientras estaba de rodillas atándola las cintas de los zapatos, la dije:

—Perdonad la curiosidad, señorita, ¿os vais á casar?

— Si — me contestó con aire firme y resuelto como de quien hubiera esperado mi pregunta y estuviese impaciente por responderme: — estoy desposada desde la primavera anterior y me caso la semana que viene.

— Ah! — repliqué mirándola con la voz como la miraba interiormente con mi corazón, pues tan amable me parecía; — ah! ¿y estais contenta porque os casais?

— Ya lo creo que estoy contenta! Preguntad en toda la montaña, si mi desposado no es el mejor muchacho del pais!

Concluí de atar las cintas y me levanté encarnada y sumamente satisfecha, porque servia á aquella hermosa jóven: la hice sentar sobre mi cama, recogí sus largos cabellos dentro de su cofia, la enganché los pendientes, la coloqué sobre el pecho el mas fino de los cuellos, alcancé el espejo de la ventana, se le puse en la mano y la dije:

— Miraos, y vereis si vuestro desposado se pondrá contento.

— Oh! no es por él, ¡me ama tanto! No necesita de estas cosas para contentarse. Es por la gente que vaya á la iglesia; es por hacer honor al pais, y que no se diga que las hijas de Montagnol están menos brillantes el dia de sus bodas que las de Valneige.

— Perdonad la pregunta, ¿sois de Montagnol?

— Sí, y me caso con un mozo de Valneige; es hartó conocido en todo Voiron, y no me cabe duda que vos tambien le conoceis de vista y nombre, puesto que él es quien ha aconsejado que viniéramos á hacer nuestras compras en vuestra casa.

— ¿Acaso el hijo del tio Cipriano? la dije.

A este tiempo temblaban mis dedos, de tal modo que, al tratar de prenderla el cuello con un alfiler, hube de pincharla en su hermoso pecho hasta el extremo de hacerla saltar sangre. En el momento me puse mas encarnada que esta; luego me quedé tan pálida como mi pañuelo.

— ¿Qué os pasa, señorita Genoveva, que temblais tanto? — me dijo limpiando su gota de sangre, pero sin enfadarse.

— Nada, señorita, la respondí; sino que siento tanto haberos pinchado sin querer. — Oh, Dios mio! continué diciéndome á mi misma, al propio tiempo que seguia prendiéndola, bien que con mano torpe y los ojos turbios, ¿quién hubiera dicho que seria yo la que arreglase á la desposada de mi amante el traje que se habia de poner el dia de su boda, y que habiendo de quitarla él los pendientes y el broche del collar despues de la misa, será obra de mi mano lo que él tocará sobre el cuello de su esposa?

Quise volver á hablar por dos ó tres veces; pero no pude decir si, ni no; esto, no obstante, tuve gusto y pena al mismo tiempo en retener mientras pude á aquella hermosa mujer en mi habitacion, ya con un pretesto, ya con otro, y en ponérsela á Cipriano tan bella como supe.

— Tú sufres! me decia por lo bajo. — Bien, tanto mejor! ¿Por qué le has engañado? Es justo que ame ahora á una mas hermosa que tú, y que le ayudes con tus propias manos á que se vengue de tí.

Luego que hubimos concluido, se marchó la jóven, encargando á su hermano que volviera á buscar los vestidos y los delantales el sábado siguiente; y yo emprendí mi trabajo y le continué de dia y de noche, sin apartarse de mi imaginacion, durante una sola puntada, que lo que hacia era para Cipriano.

En aquellos dias no supe mas de él: lo cual era bien penoso. ¿No es verdad, señor?

— No es verdad, señor?

— No es verdad, señor?

— No es verdad, señor?

Pero debo decir en honor de la verdad, que la niña, al ver mi pena, sin que yo la dijese una sola palabra acerca de Cipriano, me consolaba mas cada día con su gracia, el cariño que me tenia y su hermosura. Yo hacia con ella las veces de madre; ella conmigo las de hija; escepto que no me tenia el respeto que la autoridad de madre impone siempre al amor. Yo era para Pepita una madre que

ella habia escogido voluntariamente, y con la cual no habría tenido ninguna reserva, ninguna frialdad respetuosa: era su madre, su hermana, su amiga, todo en una pieza. Imaginaos lo dulce que sería esto para mí, que he educado aquella niña desde la cuna: era mi discípula, mi capricho, mi vanidad, mi ídolo! Y por otra parte, señor, si supieseis qué cariño se toma á aquel por quien uno ha hecho sacrificios. Se le quiere como un avaro al interés de su dinero. Se hace uno esta cuenta: «Aquí he impuesto mi tesoro; es preciso que me valga todo lo que me ha costado.» Tal es el hombre; y tal era yo entonces. Debo decirlo ingenuamente; era avara del corazón de Pepita.

— Cuánta filosofía me decía á mí mismo, oyendo á Geneveva, existe en el corazón sencillo y hasta en las expresiones de esta pobre mujer! La Bruyere ó Pascal no habrían concebido ni se hubieran expresado mejor.

El tiempo que dejó trascurrir entre el final de su relato, y el comienzo del que iba á continuar, fué el que aproveché para hacer la reflexión antecedente, pues Geneveva se detuvo algunos instantes como dudando si continuaría, y respiró dos ó tres veces con mas fuerza que de ordinario, como si necesitara emplear tal esfuerzo para mover un peso que la oprimia continuamente el corazón.

Por último me dijo: ¡Bah! os he prometido contaros todo, todo os lo contaré, aunque me haga verter lágrimas.

Habia trascurrido tiempo; Pepita cumplía diez y seis años por San Martín. Estaba formada para su edad, como una planta que no ha sufrido nunca, y que ha estado colocada siempre sobre una chimenea. No la hubierais echado menos de diez y ocho años. Su

alma se habia desarrollado como su rostro; sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, cantar, bailar, hacer encajes como la primera señorita del país; tenia un aire y se daba una importancia de reinicita. Las señoras estaban celosas y decian: — ¡Mirad esa Pepilla, es atrevida porque ve que es bonita; tiene la audacia de peinarse como nosotras, de llevar peinetá, pendientes con piedras falsas, collar de coral y guantes largos en los brazos, ¿quién no dirá que es hija de un confitero ó de un droguero por lo menos? ¿Y queréis saber quién es? Es la hija de un vidriero, que ni pan de trigo tiene en su casa, y sin embargo, se presenta insolentemente en público, vestida de verde y encarnado, y llevando la cabeza erguida á modo de girasol. ¿Qué pondremos á nuestras hijas para diferenciarlas de las tenderas, si estas llevan cuanto hay en sus tiendas sobre sus hombros? Todas estas cosas las sabia yo, porque las vecinas me las venian á contar; pero no eran justas, pues lo que á Pepita la hacia notable no eran sus vestidos ni sus galas, sino sus gracias. Iba bien vestida, pero sin lujo, y con modestia. Solo que tenia tal resplandor su hermosura que hacia lucir sus ropas; aunque se la hubiese vestido de negro, no se habria conseguido apagar la luz que despedian sus ojos, y su boca, y su cutis, y su ademan, y toda ella. La sucedia lo que al gusano de seda; cuanto mas se la ponía á la sombra, mas se la veia. Ni ella lo podia remediar, ni yo tampoco. Algunas veces volvia de pasear por los prados, á donde habia ido con sus primas, toda confusa, y no queria salir ya más por la tarde. Me decía en broma: — Esto me incomoda. — El qué, Pepita? — Que toda la gente se viene detras de mí como si fuese un animal curioso, y todos se quedan cuchicheando despues que he pasado. — A mí no me sucedia lo mismo, pues en el fondo aquello me causaba vanidad. Dios me ha castigado bien por la complacencia que tenia en aquella hermosa niña.

— Sin embargo, Pepita era muy buena y muy modesta. Verdad es que le gustaba bailar, y que, cuando sus primas venían á buscarla los domingos por la tarde, ó aquellos días en que se celebraba en la vecindad alguna boda, se ponía fuera de sí de alegría. Era inocente; pero el movimiento, la música, el calor, el vals, la algazara, la embriagaban. Cuando volvía á media noche, después de haberla acompañado hasta la puerta sus tías ó sus primas, no podía conseguir que se durmiera, en razón de que seguía walsando en su imaginación á mi lado.

— Esta era su falta; no la conocí jamás otra. Era harto sencilla, ¿no es verdad, señor? Porque lo cierto es que los pies están ligeros cuando el corazón está vacío, y que cuando el aire sopla se levanta el polvo. Y, sin embargo, esto es lo que la ha perdido.

— ¡Cómo! ¿perdido? exclamé.

— ¡Ay! sí, señor, vais á saberlo; y á mí también.

— Seguí escuchando con mayor atención.

— Estábamos en la primavera de 18... un escuadrón de cazadores hallábase acantonado en Voiron para vigilar la frontera. ¡Ah, qué hermoso regimiento era aquel! Todos sus individuos eran jóvenes como vos sois ahora, altos, bien formados, de buen talle, de colores frescos, de bigotes negros, con cinturones de cuero charolado, con casacas verdes galoneadas del negro, cascos que relucían al sol, como el gallo del campanario de Voiron, y de los cuales caían unas crines sobre los cuellos de los soldados, que movidas por el viento cuando corrían, se asemejaban á las colas de sus caballos blancos. Estaban soberbios cuando maniobraban los días de revista en los prados, yendo, viniendo, corriendo, ga-

lopando con el sable en la mano, al ruido de sus trompetas, á la voz de su comandante. Parecían un río de acero fundido, inundando los prados. Toda la gente concurría á verlos. Se les quería en el pueblo, porque los militares son buenos para los habitantes, aun cuando sean terribles para los enemigos; estaban alojados en casa de los artesanos y de los señores, sin que unos ni otros se quejasen de ellos; al revés, todos se decían: «Mi hijo estará acaso como estos en casa de algun pobre en otra frontera. Hay que cuidar bien á un soldado, para que otros cuiden también á mi hijo; es justo. Alojamiento, fuego, luz, vino blanco, y además la amistad, todo se les daba con buena voluntad.

— A nosotros no nos habían echado alojado, haciéndose el cargo de que éramos dos jóvenes y de que solo teníamos un cuarto detrás de la tienda. El ayuntamiento nos tenía consideración.

— Un día volviendo de la revista... razón tienen los que dicen que si le faltase un solo clavo, el mundo no podría andar bien... un día, volviendo de la revista, pasaba un joven sargento al frente de su peloton al gran trote con el sable en la mano. El clavo de una de las herraduras de su caballo se desprendió no sé cómo, la herradura empezó á dar vueltas, el caballo habiendo tropezado en ella cayó al suelo, arrojando al jinete diez pasos mas adelante, contra el banco de piedra de nuestra tienda y pasando por encima de él: nosotras dimos un grito. El peloton, puesto á la carrera no se puede detener, los caballos saltan por encima de su jefe derribado: al levantarle se le encuentra lleno de sangre, no daba señales de vida, se le creyó muerto y hubieron de colocarle sobre el banco de piedra. A Pepita y á mí nos daba lástima, y llorábamos aun cuando no le conocíamos; era tan buen mozo: no aparentaba los veinte años; con los ojos cerrados, la frente partida en dos por una herida, de que chorreaba la sangre sobre sus mejillas blancas, pelo negro como la crin de su casco, aunque mas fino,

facciones finas, como una doncella! En una palabra, era un hijo de familia que servía voluntariamente, y al cual habían graduado de sargento desde luego para ascenderle á oficial á los pocos meses. ¡Ah! tenía que ver el cariño que le profesaban sus soldados! ¡Todos lloraban, le desabrocharon la casaca, le quitaron el corbatín, le abrieron por el pecho la camisa de rico lienzo, le echaron agua sobre su cara pálida, y fueron á llamar al cirujano mayor. Vino este, le tomó el pulso, y dijo:

—No es nada; entradle con mucho cuidado en esa cama, y ponedle sobre una cama, que le voy á hacer la cura.

Entonces no me atreví á decirlo por temor de provocar á los soldados, pero la verdad es que yo me alegré mucho y Pepita también: aun cuando aquel hermoso jóven militar hubiese sido nuestro propio hermano no nos habria causado mayor pena su caída, su desmayo, su palidez y su herida. Abrimos la puerta de nuestra habitacion y dos soldados le llevaron á la cama.

—Todo se reducirá á tener que mudar un par de sábanas —dije á Pepita.

Nos retiramos temblando á la tienda mientras se hacia la cura. Pero nos quedamos escuchando detras de la puerta, y cuando oímos suspirar al enfermo y que preguntaba al cirujano mayor: «¿En dónde estoy?» oímos tambien que este le respondía:

—En casa de unas buenas mujeres, querido *Séptimo*. (Se llamaba *Séptimo* de... No salgais de aquí en algunos dias, tenéis el hombro dislocado y algunas descalabraduras en la cabeza, con cierta alteracion que hay que calmar por medio de una quietud completa. Seria peligroso trasladaros en este momento; pero en el término de quince dias ya podreis montar á caballo. Voy á daros parte. Adios.

El cirujano me rogó que no hiciese ruido, y me prohibió al propio tiempo que le diese ninguna otra cosa que agua con algunas gotas de un licor que me dejó. Tomé el mayor interes en la asistencia de aquel jóven que la Providencia me habia enviado. Entonces dije á Pepita:

—Irás á dormir á casa de tu tia Mariquita, en compañía de tu primo; yo me quedaré para velar con los que hacen la guardia al enfermo.

Se hizo de este modo. Desempeñé por espacio de ocho dias el oficio de asistenta de *Séptimo* que era amable y agradecido.

LIV. Al caso de algunas semanas.

Al amanecer venia Pepita de casa de su tia, para trabajar conmigo y estar en el mostrador. A menudo pedia permiso al herido para pasar por su cuarto, de camino que iba á coger su lienzo, su hilo, sus tijeras y su dedal de su armario. El jóven la miraba y la pedia le perdonase haberla ocupado de tal manera su habitacion: ella no hacia mas que bajar la vista y decirle:

—Nosotros, señor, nos alegramos de que os halleis bien en nuestra casa: podeis continuar vuestra curacion por todo el tiempo que querais, con tranquilidad; solo sentimos que el cuarto no sea mas decente y la cama mejor.

Luego salia ruborizada y temblorosa, y me decia:

—Mr. *Séptimo* está bien; ha vuelto á su color natural.

—¿Le has mirado? —preguntaba yo.

—No; pero le he visto —me respondía.

Y continuamente tenia olvidada alguna cosa que la obligaba á ir de nuevo á andar en el armario.

—Eres una aturdida, Pepita —la decia yo —¿no ves que incomodas al herido por cualquier tontería?

—¡Oh no! —me replicaba —no manifiesta incomodarse por esto; no se ha quejado ninguna vez; parece tan bondadoso! Poco há me dijo: señorita, tengo una hermana parecida á vos; cuando pasais experimento una ilusion; me imagino estar en casa de mi madre. Sin embargo —ha añadido —no es tan hermosa como vos!

Esto empezaba á alarmarme; pero por otra parte, me decia: Pronto concluirá todo; antes de diez dias sanará el enfermo, el regimiento ya á marchar, y Pepita no se acordará ya mas de mon-

sieur Séptimo. Un oficial es demasiado para ella: la aguja es muy pequeña comparada con la espada; existe una desproporcion. Y sin embargo, hubiese preferido que el caballo fuese á caer delante de otra puerta.

Al cabo de algunas semanas, el jóven quedó completamente restablecido, en cuyo tiempo aquel ir y venir, mirarse y hablarse, no habia cesado entre la niña y él. Por fin, este llegó á ponerse en estado de que se le pudiera trasladar al hospital. Nos despedimos de él con pena, le considerábamos ya como un hermano. Nos dió muchas gracias; se le saltaron las lágrimas al decirnos á Dios; prometió venir á vernos de cuándo en cuándo, tan pronto como pudiese andar. Ya lo sospechaba yo, y hubiera preferido que no volviese, pero no me atreví á decirselo, y ademas habria hecho llorar mucho á Pepita.

Tan pronto como se marchó de casa, Pepita se puso desconocida. Era un cuerpo sin alma. Parecia que su rostro estaba allí, y su espíritu en otra parte. No paraba de entrar y salir, ir y venir á casa de su prima, para tener ocasion de pasar veinte veces al dia por delante del jardin del hospital, en donde se veia á los enfermos sentados al sol por encima de la pared. Cuando estaba en la tienda miraba mas á los cristales que á su labor, sucediendo que se ponía encarnada y descolorida cada vez que sonaban las botas y las espuelas de algun militar en la calle. Soñaba la pobre; dejaba caer al suelo los encajes á cada momento; no se acordaba de prenderlos en su almohadilla; se levantaba con intencion de buscar algo en nuestro cuarto; y volvia sin traer nada. Apenas comia, pasaba las noches en vela y suspirando.

— ¿Qué tienes? la decia yo! —
— Nada; — me contestaba.
— Yo sé que sí! Oh! qué tonta eres en pensar en eso! Por

ventura es él para unas pobres muchachas como nosotras? ¿Ignoras que es un hijo de buena familia, que solo se casará con una señorita de su clase? ¿Te ha de llevar de guarnicion en guarnicion, y á la guerra, á la grupa de su caballo, dentro de su maleta? Vamos, convéncete y piensa en tus encajes.

— ¿No hay mas que pensar en lo que una quiere? — me contestó con mal humor.

No se me ocultaba que aquellos jóvenes se habian hablado antes de decirse nada, como Cipriano y yo. Y por eso me hacia esta cuenta: ¡Bah! es una calaverada, es una flor de abril que se helará en seguida, desaparecerá con el regimiento.

Mr. Séptimo se habia puesto bueno, y venia una que otra vez á casa para manifestar su agradecimiento á sus patronas. Entonces tenia que ver el regocijo de Pepita. Ciertamente parecia que el sol le acompañaba al entrar en la tienda. Se sentaba delante del mostrador, jugaba con la empuñadura de su sable, ponía el casco sobre la silla, peinaba sus erines y componia sus carrilleras, tenia á Pepita la caja de los alfileres mientras ella prendia el encaje sobre la almohadilla, y luego, Mr. Séptimo por aquí, señorita Pepita, ó señorita Josefina por allá, pues ella empezaba á preferir que se la llamase Josefina; y las visitas, y las medias palabras, y los suspiros, y los silencios, y las conversaciones por lo bajo. Yo no podia incomodarme, porque el jóven era tan reservado y tan hombre de bien; y Pepita era tan feliz, tan tierna, y ademas ¡tan amante y tan obediente conmigo!

Así es que, me contentaba con decirle á Dios, ¿pero cuándo se marchará el regimiento?

LVIII.

No se marchaba nunca. La gente no sospechaba mal de las visitas frecuentes que nos hacia el sargento, porque, si bien éramos

pobres, esto no obstante, teníamos buena reputacion en el lugar, y por otra parte, se creia que era á mi á quien Séptimo venia á enamorar.

— La pequeña, — decian, — es demasiado jóven, es una niña; no piensa en eso; Genoveva es la que se encuentra en edad; es muchacha que agrada sin ser hermosa. Y á fe que tendrá por marido un buen mozo.

Vais á saber de qué se originaba esta equivocacion; los amantes son muy astutos. El sargento solo hablaba de mí en la calle, únicamente de mí les hablaba á las vecinas y á sus compañeros; cuando daba en la vidriera á la única que nombraba era á la señorita Genoveva; cuando venia por nosotras en sus ratos de libertad, para traernos aquí ó llevarnos allí, á mí sola daba el brazo; tenia mil consideraciones conmigo, me atendia y respetaba, como si intentase halagarme y hacer suyo mi amor propio. Yo bien conocia con qué objeto. Con el de que estuviera mas de su parte y fuese mas indulgente con sus visitas; no me engañaba, pero yo era condescendiente, no veia malas consecuencias, sentia apesadumbrar á aquellos jóvenes y los dejaba en paz, contando siempre con que, «un toque de trompeta me libraria de estos galanteos una mañana ó una tarde.» Las vecinas eran las que no creian que hablaba de veras cuando yo les esplicaba esto así.

LIX.

Una tarde, efectivamente, una tarde del mes de mayo, se dijo por Voiron: «El regimiento marcha mañana.»

¡Ah, pobre Pepita! cayéronsele los brazos sobre su silla, y se quedó mas blanca que su encaje.

Entonces, ya hubiese querido yo que el regimiento no se marchase nunca.

Hizo la fatalidad, que en aquel mismo momento vinieran á buscarme con la mayor prisa, para asistir á una vecina que estaba de parto. Sus hijitos me chillaban y tiraban del delantal para que fue-

se á socorrer á su madre. Fui corriendo despues de haber encargado mucho á Pepita que cerrara la tienda temprano, y se acostase.

— El regimiento no sale hasta las ocho de la mañana, — la dije; — iremos á verle marchar y á despedirnos de Mr. Séptimo. No quiero que le veas esta noche sin que yo me halle presente; te afligirias y no podrías dormir.

— ¡Ah! no tengo ganas de verle, — me dijo; — demasiado le he visto; me se partiria el corazon; mejor quiero que me digas mañana; ha marchado, ¿qué le hemos de hacer?; todo se acabó!; Voy á rezar para que lleve feliz viaje y no me olvide mientras su ausencia!

— Está bien, — la dije, dila un beso y me marché.

LX.

Cuando volví al otro dia, encontré á Pepita durmiendo ó haciendo que dormia, lo cual me pareció extraño. Con objeto de cumplirla mi palabra, la dije:

— Vamos á ver marchar el regimiento.

— No, — me contestó, — quiero mas bien quedarme y dormir; he llorado demasiado; me lo conocerian en los ojos, y me daria vergüenza. No me siento con ánimos para pasear.

— Pues bien, — la dije cerrando la ventana por donde entraba el sol hasta su cabeza abrasada; — quédate en la cama, reza tu rosario, duerme, consuélate, voy á trabajar.

No pasó mas ni menos entre nosotras, con motivo de la marcha del regimiento. Solo que se me hacia extraño, que Mr. Séptimo no hubiese venido á despedirse. Imaginé que querria mas bien escribirnos desde el primer punto donde hiciese alto.

Todo siguió bien por espacio de tres ó cuatro meses. Pepita era juiciosa, razonable y arreglada como una religiosa; no salia mas que para ir á la iglesia ó al correo á recoger una vez cada semana

las cartas del sargento. Se habían dado palabra de casamiento; no porque ella decía nada, sino porque yo lo sospechaba.

Escribía también todos los domingos cartas interminables; pero no lo confesaba. Esto lo conocí en que faltaba papel, del cual había yo contado los pliegos; pero no me daba por entendida.

Contaba con que se le pasaría el amor; se nos había pasado á mí y á Cipriano, también se le pasaría á la pobre niña. Decía yo, cuando ya no piense en Mr. Séptimo, ó Mr. Séptimo se haya olvidado de ella, ¡bah! no faltan buenos muchachos en el país; entrará en relaciones, la casaré, me quedará con ellos, y estaré al cuidado de su casa y de sus hijos.

LXI.

Una tarde me trajeron una carta cerrada con lacre negro, en ocasión que Pepita estaba en casa de su tía. La abrí, y ¿qué fué lo que leí? Aun la conservo aquí, señor, con la otra; tomadla, leed y ved.

Tomé la carta y leí:

«Señorita Genoveva:

«El sargento Séptimo ha muerto en la primera acción que hemos tenido al llegar á... Antes de espirar me ha dicho: «Escribe á la señorita Genoveva, en Voiron, diciéndola que la envío mi despedida así como á su hermana. He sido muy culpable; pero soy mas desgraciado que culpable... La pido que me perdone. Si hubiese vivido, habría reparado mi falta involuntaria. No era perverso, no; pero la noche de la despedida, y la desesperación por tener que separarnos, nos embriagaron... Me desposé con ella en secreto, en presencia de un sacerdote de Saboya... ¡Fatal noche! Será preciso enviar el niño á...»

«La muerte ha ahogado su voz. Va adjunto un rizo de su pelo, que os envío por encargo suyo. Me había dicho: «Si muero, harás que esto llegue á Voiron.»

LXII.

El rizo cayó al suelo con su carta, pues yo solo me había fijado en la muerte de aquel pobre jóven, y en aquella terrible frase que me revelaba todo el secreto de su amor, y toda la vergüenza de nuestra familia: «Será preciso enviar el niño á...»

— ¡Dios mio! — grité, — ¡qué... mi hermana!... ¿Es posible? Ella tan buena y tan religiosa... me han engañado de tal modo. ¡Ah! Demasiado castigada está, dije al momento. Desgraciada niña! ¿Qué la va á suceder cuando sepa la muerte de... diré su seductor, ó su esposo?... El padre; ah! del niño que llevaba en sus entrañas sin saberlo yo... ¿Y qué hacer?... ¿Y cómo confesar?... ¿Y cómo ocultar aquella vergüenza?... ¿A dónde huir?... ¿En dónde sepultarnos en la tierra?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Amparadnos, oiré... Tuve un impulso de cólera contra mi hermana... y... ¡Cómo! decía yo, á mí que he sido su madre... á mí que por cuidarla he renunciado á mi amor, á mi suerte, á mi felicidad, á Cipriano... á mí, que no me he separado de su lado mas que su sombra por el día, y mas que la pared de su cuarto y la almohada de su cama por la noche... ¡ha tenido valor para engañarme así!... ¡ha podido ocultarme todo su amor, lo de haber llamado al sacerdote de Saboya, la noche, el matrimonio secreto, las angustias, los terrores, las consecuencias funestas de su unión misteriosa?... ¿no es traidora?... ¿no ha desconfiado de su hermana? No quiero hablarla mas, no quiero verla, deseo irme...

Pero si no la hablo, si no la vuelvo á ver, si me voy, ¿qué será de ella? No; me precisa el quedarme, y si la denotó mi enfado en el momento en que hay que decirle la muerte de su amante, y en que tiene necesidad de arrojarle en los únicos brazos que la están abiertos sobre la tierra, para ocultar su desesperación y su vergüenza, su hijo morirá por las angustias y las convulsiones de la madre, en su seno... Y por último, ¿deja de ser por eso mi hermana, mi niña, mi Pepita, mi hija, que he educado, y que no

tiene otra madre que yo, así como yo no tengo otra hija que ella aquí abajo?

Lloré, suspiré, me deshice en lágrimas, hasta tal punto, que mi cabeza se trastornó, mis sentidos se extraviaron, y caí de la silla sin conocimiento al suelo!

LXIII.

Permaneci en este estado no sé cuánto tiempo; pero debió ser mucho, porque cuando me recobré, ya era de noche. Me despertó un grito terrible que parecía salir de un corazón herido de muerte, un grito que resonará eternamente en mi oído. ¡Dios mío, qué grito!

Abrí los ojos; vi á Pepita que tenía en la mano izquierda el rizo de pelo y la carta, mientras que con la derecha se arrancaba los cabellos y los esparcía á mechones por la habitación, lo mismo que una loca que destroza su gorra y arroja los mejores encajes á la cara de sus guardianes. Afortunadamente se hallaba cerrada la puerta, y ni una sola luz iluminaba nuestra habitación; Pepita no había reparado en mí según estaba caída de la silla, detras del mostrador y acurrucada á la sombra en un rincón del cuarto. En su mirada, en su grito, en su gesto extraviado y furioso, comprendí que lo sabía todo. Corrí hácia ella, la cogí en mis brazos y la eché sobre su cama. No tuve valor para reconvenirla en lo mas mínimo. ¡Ah! ¡Pobre niña! Harto desgraciada era. Ni siquiera me conocia; creía que yo era Mr. Séptimo. Me besaba, me dirigia la palabra como si hubiese sido él.

—¡Oh! no has muerto, — me decia riendo con una risa estrañna; — ¡oh! ¡dime que no has muerto! ¡Es verdad, es tu mano la que pasa por mi frente con tanta ternura!... En fin, ¿qué se yo?... otra porción de cosas dulces, mimos y caricias que el delirio puso en sus lábios. Luego me reconocia á intervalos; ponía el dedo en la boca y me decia: — ¡Chist! no dirás nada de lo que sabes; es un secreto. Atien-

de, estamos casados; pero él no quiere que se sepa hasta despues de la campaña; entonces se lo manifestará á su madre, y me llevará á su casa.

LXIV.

¡Pobre niña! ¡Se lo creía todo! ¡Era tan jóven, tan sencilla, tan inocente!

De pronto, se ponía en pié sobre la cama, toda despeluznada, con los ojos mas brillantes que la luz, y me rechazaba lejos de sí.

—Vete, vete, gritaba; no quiero ver á nadie, ha perecido, ha quedado yerto sobre la tierra, quiero que me sepulten con él, quiero que me amortajen en mi sábana, y que fijen mañana tres cruces sobre mi tumba en el cementerio.

Y efectivamente, se liaba la sábana á la cabeza y quedaba inmóvil como la muerte. Yo la llamaba y no me respondia; ó contestaba solo:

—No, estoy muerta.

Mi hermana tenía una fiebre terrible; y sin embargo, no me atrevia á llamar al médico ni á los vecinos por temor de que todo se supiese. La daba de beber por entre sus dientes que rechinaban, la hablaba, lloraba á su lado y encima de ella. Rezaba al pié de su cama, cogía sus piés desnudos con mis manos, y les calentaba con mi aliento. ¡Ah, qué noche! Desde aquella en que lloré por Cipriano, no había pasado otra semejante.

Las convulsiones, los gritos y el delirio, cesaron al amanecer, y Pepita se quedó entre sueños con los párpados llenos de lágrimas. Di gracias á Dios. Cuando despertó era ya tarde, muy tarde, y había recobrado el juicio; pero no era la misma niña; en una noche había envejecido tanto como en cinco años; apenas se percibia su voz, su cara había quedado como la mia. Estaba sobre la cama con la vista fija en el rizo de pelo que tenía en sus manos juntas sobre las mantas. Por lo que hace á mí, me había secado los

ojos y vestido decentemente para despachar á los parroquianos, como de ordinario en la tienda, á fin de que nadie sospechase cosa alguna.

—¿En dónde está Pepita? me decian.

Ahi está durmiendo; se levanta mas tarde que yo; estas jóvenes, decia á las vecinas, son mas delicadas que nosotras.

Otras veces decia:

—Ha ido á trabajar á casa de su maestra.

Otras:

—Está en la iglesia oyendo misa por el alma de su madre.

En fin mil excusas.

De esta suerte trascurrieron muchos días, durante los cuales la pobre niña, unas veces sobre la cama, otras de pie en el cuartito, ó sentada en la silla, apoyando su cabeza en el brazo, derramó todas las lágrimas de su corazón, y las bebió hasta que su corazón se volvía á anegar en ellas.

Yo iba y venia, entraba veinte veces al día y sin cesar toda la noche.

Entonces me decia: ¡Oh, qué buena eres! te he engañado, te he deshonrado, y tú eres la que me consuelas.

Había cometido una imprudencia, es verdad; ¡pero tenia un corazón tan bueno! Me parece que después de su desgracia la quería mas que antes.

Luego que hubieron trascurrido ocho ó diez días, emprendió de nuevo su vida ordinaria acompañándome en la tienda, y volvió á sus trabajos sobre sus rodillas. Pero ya no gastaba bromas, ya no se reía con este ó con el otro como otras veces. Cuando no estaba en la tienda, me decian las vecinas:

—Vuestra hermana se vuelve seria; señorita Genoveva; se va haciendo reflexiva; será preciso pensar en la boda; el fruto cae en cuanto ha madurado; el vino cesa de hervir cuando ya está hecho.

Suponed si me heriría el oír las; pero nadie sospechaba nada. La casa no se diferenciaba en cosa alguna de su estado anterior. Solo que decian en el barrio:

—Genoveva debiera ocuparse de casar á su hermana; se encuentra en la edad mas á propósito.

Y los mozos de Voiron pasaban por delante de la vidriera el domingo y decian á sus padres:

—Todo lo daría por casarme con ella.

LXV.

Imaginaos cuán tristes estaríamos las dos. Corria el tiempo y habian pasado cerca de siete meses desde que el regimiento se marchó. Pepita no salia de casa, y como estaba cosiendo siempre á mi lado, detras del mostrador, únicamente veian su hermosa cara y nadie sospechaba su desgracia. Desde mucho tiempo atras, yo habia principiado á decir á las vecinas, que tenia hecho un voto y que proyectaba ir dentro de dos meses en peregrinacion á la capilla de San Bruno, en la Gran Cartuja, acompañada de mi hermana; y como es costumbre en el pais, nadie halló motivo de murmurar; por el contrario, decian:

—Estas dos jóvenes son muy juiciosas, no les asusta el camino ni las nieves, con tal de ir á rezar al santo.

De este modo les fui acostumbrando á la idea de nuestra ausencia, y por último les solia decir:

—¿Estareis al cuidado de la tienda durante algunos días que tardaremos en volver?

—Sí, sí! — me respondian.

Pero yo lo que queria era coger algun dinero que estaba reuniendo con este objeto, vendiendo una parte de mis géneros, y llevar una noche á mi hermana á Lyon ó á Grenoble, á un hospital donde pariera en secreto, depositar al niño, señalándole bien, para reclamarle despues de destetado, y volverme con Pepita á casa, sin que nuestro nombre hubiese recibido la menor mancha.

—Si no se consuela nunca — me decia yo — permanecerá soltera, y educará su hijo como si fuera un huérfano espuesto por la noche á nuestra puerta; y si se consuela alguna vez, y el niño lle-

ga á morir, no habrá perdido lo mas mínimo su reputacion á causa de una falta que jamas se perdona á las solteras; y luego ¿quién sabe? Luego si se presenta algun buen muchacho á quien agrade, que la perdone un matrimonio que ella tuvo por legitimo, y con quien quiera casarse, se casará, y todo caerá en el olvido.

Esta cuenta era la que yo me hacia: pero Pepita no queria ocultarse; hubiera preferido decir á todo el mundo:

— ¡Si, he sido su mujer, y seré la madre de su hijo!

Las jóvenes, cuando están muy enamoradas se honran con su amor en vez de avergonzarse de él. Pero yo la decia:

— El nombre y el honor de tu familia no te pertenecen; ¿quieres deshonorarme y perderme contigo? ¿Quieres envilecer la memoria de nuestra pobre madre, y la reputacion de que goza nuestro buen hermano en su regimiento? Quieres que digan: ¡Mira la educacion que la dió su madre! ¡Qué cuidado tuvo de ella su hermana! ¡Ahí va el hermano de las dos muchachas malas de Voiron!

Pepita lo veia todo del mismo modo que yo y hablaba en igual sentido, así es que prometia cuanto yo queria.

LXVI.

Pero el hombre propone y Dios dispone; se ha dicho desde mucho tiempo atras.

Una noche, una noche terrible; ¡ah, mas terrible que todas las otras! Siete meses despues del matrimonio secreto de mi hermana, ocurre la desgracia! Solo tuve tiempo para correr con los piés descalzos á llamar en silencio á una comadre, tan secreta y segura como un candado; la obligué á jurar que callaria. Entonces se deslizó á la sombra de las paredes y recibió al niño en sus brazos; un varón. ¡Dios mio! ¿Qué hacer? Nada teníamos dispuesto, todos mis proyectos quedaron frustrados! ¡Un niño que ocultar, que mantener, que vestir, la publicidad, la vergüenza, la deshonra, la muerte ó la pérdida de Pepita!

Imaginaos mi confusion, mi desesperacion. No tenia tiempo

para pensar lo mejor que deberia hacer. Pero afortunadamente la comadre era discreta como la tumba.

— ¿Y qué hacemos?— la dije.

— Señorita Genoveva— me contestó— es una desgracia; pero me he hallado en otros casos semejantes y siempre he visto que, callando y teniendo calma se adelanta mas que alborotando y corriendo. Se necesita tiempo para combinar los medios de salvar el honor de la niña, de advertir al padre, de prevenir á la familia, de reconocer la criatura y de legitimar el nacimiento. Para todo esto se necesitan dias: confiad en mí, entregadme el recién nacido, le pondremos una marca, por la cual se le pueda reconocer siempre; le llevaré envuelto en mi delantal esta noche al torno del hospital en que se depositan; tiraré de la campanilla, acudirá una beata, ó hermana de la caridad, y aguardaré escondida hasta ver que aquella coge el niño desconocido y lo lleva á una de las amas de leche montañesas, que pasan la noche en aquella casa esperando crias. Solo Dios y las estrellas nos verán. San Vicente Paul es el que ha inventado esto, señorita, para hacer ciega la caridad, para cubrir la vergüenza de las pobres madres, y para salvar la vida á millares de niños.

LXVII.

Era preciso resolverse; pronuncié con dificultad una oracion á aquel gran santo: envolvi un poco de pelo de su padre en un papel, y con una S. y una J. encima, lo puse en el brazo de la criatura que todavía no lloraba; la comadre se le llevó en su delantal, y yo volví á cuidar de mi hermana, que no sospechaba cosa alguna. Poco á poco le fui diciendo lo que acababa de hacer, dando lugar á que la razon, mezclada con la dulzura, se hiciese lugar en su cerebro. Lloró mucho la pobre niña; pero, al fin, se convenció de la necesidad de separarse momentáneamente de su hijo, despues que la demostré cuán fácil seria reconocerle y lo bien cuidado que estaria por la caridad de Dios; esto último casi tanto como en nuestra casa.

ga á morir, no habrá perdido lo mas mínimo su reputacion á causa de una falta que jamas se perdona á las solteras; y luego ¿quién sabe? Luego si se presenta algun buen muchacho á quien agrade, que la perdone un matrimonio que ella tuvo por legitimo, y con quien quiera casarse, se casará, y todo caerá en el olvido.

Esta cuenta era la que yo me hacia: pero Pepita no queria ocultarse; hubiera preferido decir á todo el mundo:

— ¡Si, he sido su mujer, y seré la madre de su hijo!

Las jóvenes, cuando están muy enamoradas se honran con su amor en vez de avergonzarse de él. Pero yo la decia:

— El nombre y el honor de tu familia no te pertenecen; ¿quieres deshonorarme y perderme contigo? ¿Quieres envilecer la memoria de nuestra pobre madre, y la reputacion de que goza nuestro buen hermano en su regimiento? Quieres que digan: ¡Mira la educacion que la dió su madre! ¡Qué cuidado tuvo de ella su hermana! ¡Ahí va el hermano de las dos muchachas malas de Voiron!

Pepita lo veia todo del mismo modo que yo y hablaba en igual sentido, así es que prometia cuanto yo queria.

LXVI.

Pero el hombre propone y Dios dispone; se ha dicho desde mucho tiempo atras.

Una noche, una noche terrible; ¡ah, mas terrible que todas las otras! Siete meses despues del matrimonio secreto de mi hermana, ocurre la desgracia! Solo tuve tiempo para correr con los piés descalzos á llamar en silencio á una comadre, tan secreta y segura como un candado; la obligué á jurar que callaria. Entonces se deslizó á la sombra de las paredes y recibió al niño en sus brazos; un varon. ¡Dios mio! ¿Qué hacer? Nada teníamos dispuesto, todos mis proyectos quedaron frustrados! ¡Un niño que ocultar, que mantener, que vestir, la publicidad, la vergüenza, la deshonra, la muerte ó la pérdida de Pepita!

Imaginaos mi confusion, mi desesperacion. No tenia tiempo

para pensar lo mejor que deberia hacer. Pero afortunadamente la comadre era discreta como la tumba.

— ¿Y qué hacemos?— la dije.

— Señorita Genoveva— me contestó— es una desgracia; pero me he hallado en otros casos semejantes y siempre he visto que, callando y teniendo calma se adelanta mas que alborotando y corriendo. Se necesita tiempo para combinar los medios de salvar el honor de la niña, de advertir al padre, de prevenir á la familia, de reconocer la criatura y de legitimar el nacimiento. Para todo esto se necesitan dias: confiad en mí, entregadme el recién nacido, le pondremos una marca, por la cual se le pueda reconocer siempre; le llevaré envuelto en mi delantal esta noche al torno del hospital en que se depositan; tiraré de la campanilla, acudirá una beata, ó hermana de la caridad, y aguardaré escondida hasta ver que aquella coge el niño desconocido y lo lleva á una de las amas de leche montañesas, que pasan la noche en aquella casa esperando crias. Solo Dios y las estrellas nos verán. San Vicente Paul es el que ha inventado esto, señorita, para hacer ciega la caridad, para cubrir la vergüenza de las pobres madres, y para salvar la vida á millares de niños.

LXVII.

Era preciso resolverse; pronuncié con dificultad una oracion á aquel gran santo: envolvi un poco de pelo de su padre en un papel, y con una S. y una J. encima, lo puse en el brazo de la criatura que todavía no lloraba; la comadre se le llevó en su delantal, y yo volví á cuidar de mi hermana, que no sospechaba cosa alguna. Poco á poco le fui diciendo lo que acababa de hacer, dando lugar á que la razon, mezclada con la dulzura, se hiciese lugar en su cerebro. Lloró mucho la pobre niña; pero, al fin, se convenció de la necesidad de separarse momentáneamente de su hijo, despues que la demostré cuán fácil seria reconocerle y lo bien cuidado que estaria por la caridad de Dios; esto último casi tanto como en nuestra casa.

Pasados tres dias se levantó; y entonces la vieron sentada á mi lado, como de costumbre, trabajando en la tienda. Con lo que, y con haberla encargado que cantase y riese cuando la oyeran las vecinas, nadie sospechó que hubiese tenido un solo dolor de cabeza. Di gracias á Dios, en mi interior, y á la comadre.

LXVIII.

¡Ah! ¡señor! el hombre no tiene razon nunca para llorar ni para reir! Cuando me regocijaba así interiormente por la protección que la Providencia nos habia dispensado, en medio de nuestra desgracia, no adivinariais otra mas terrible que todas las anteriores que caia sobre nosotras.

¡No, no adivinariais esta nueva desgracia jamas! ¡Pues bien! ¡Oid!

Esforcé doblemente mi atencion. — ¡Pues bien! ¡Oid! — repitió bajando la voz, como si procurase impedir que lo oyese alguien mas, y eso que estábamos solos los dos; — ya habian pasado cinco largos dias, y cinco largas noches, sin que la buena comadre volviese á darme cuenta de lo que habia hecho del niño. Pepita estaba atormentada. Yo decia: temerá comprometernos viniendo á nuestra casa; ¿pero por qué no viene de noche? la calle está desierta, ni una alma pasa por ella despues que se acuesta la gente pobre. ¿Qué ha sucedido, entonces? Es preciso que yo vaya.

Me eché el velo temblando, como si hubiera cometido un crimen, luego que se hizo enteramente de noche, y fui, dudando si me atreveria á llegar hasta la puerta de la casa vieja donde vivia la comadre.

Pero en el momento de volver la esquina para entrar en el callejon que conducia á su casa, oí un murmullo de gentes al rededor de su puerta y ví dos gendarmes que traian en medio á la pobre mujer como si fuese una ladrona!

LXIX.

Ignoro lo que me pasó al ver aquello; parecióme que me quitaban la piel de la cara, y que en tal estado me esponian á los rayos de un sol abrasador. Era la vergüenza que me venia al rostro y me decia: acaso te interesa esto; vas á ser descubierta y tu pobre hermana quedará deshonrada. ¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio! mi sentimiento era demasiado cierto. Estaba perdida.

Entre los que componian aquella muchedumbre que iba detras de la comadre presa, habia algunos que decian á los demas: —

— ¿Qué ha hecho la buena Belan?

— Dicen que ha dado muerte á un niño!

— ¡Mónstruo! — esclamaban las viejas.

— No — decian otros — lo que ha hecho ha sido venderlos á gitanos al precio de tres francos cada niño.

— ¡Bah! — decia un tercero — no sabeis lo que decis, es incapaz de eso la buena mujer. La conducen presa por haberla sorprendido un espia del comisario, cuando volvia de llevar un niño al torno de la inclusa; ha recibido dinero de la madre para obrar así, y ahora no quiere decir quién se lo ha dado.

— ¡Bien hecho! — decian las vecinas; — ¿os parecia mejor, acaso, que fuese contando por todas partes los secretos y las desgracias de las familias?

Podeis imaginar lo que yo sufriria oyendo todo aquello, escondida á la sombra de una puerta, y cuál seria la agonía en que volvi á casa.

LXX.

Llegué tan descolorida, tan descolorida, que Pepita se apercibió de ello.

— Tú traes algo — dijo. — ¡Alguna desgracia ha ocurrido! ¡Pobre hijo mio! ¡Quiero verle, quiero llenarle de besos, quiero levantarme! Voy á casa de la tia Belan, para que me diga lo que ha hecho de él:

Diciendo esto se levantó como una loca; se puso su vestido y su gorro, é iba á salir á pesar de mi resistencia. Iba, pues, á encontrarse con la gente que estaba aun á las puertas en el callejon de la comadre, y, con su desesperacion y sus gritos á descubrirlo todo; ¡ estaba perdida!

Así que, me vi precisada á ponerme delante de ella, á sostener con todas mis fuerzas una lucha con mi hermana, bien que temblando de hacerla daño, hasta conseguir volverla á acostar en su cama y contarla todo lo que yo habia sabido poco antes.

— ¡ Y mi hijo! ¡ y mi hijo! ¿ y el hijo de mi Séptimo, dónde está? Quiero volverle á ver; quiero arrancársele á esos mónstruos.

Y para decir esto alborotaba tanto que tuve que tapparla la boca con mi mano, á fin de evitar que la oyeran en la calle.

— ¿ El niño? — la dije, — ya no está aquí, se le han mandado á una nodriza de un pueblo distante. Pero, no te apures, le hemos puesto una señal con una cifra, á favor de la cual será reconocido siempre.

LXXI.

Pero por mas que la repetia que el niño se hallaba bien, que estaba marcado, que tenia un rizo del pelo de su madre y otro del de su padre, todo era en vano; Pepita se hacia sorda á todo, se echaba sobre la almohada; la besaba como si fuera su hijo, la acercaba á su pecho como para darle de mamar! ¡ Lloraba, reia, estaba loca! Como consecuencia de aquel golpe, se la retiró repentinamente la leche, que no habíamos conseguido aun que le faltase del todo, la fiebre se apoderó de ella y el delirio aumentó; antes de amanecer habia muerto... Sí, señor, estaba muerta en mis brazos, sola, fria, muerta! ¡ Muy muerta!

Luego que vino el médico y la tomó el pulso, torció la cabeza. Dijo que era una fiebre que habia atacado al cerebro y se fué. « Hay enfermedades, dijo á los que se habian reunido en la tienda, que no dejan tiempo al arte; cuando el médico llega, ha dejado de existir el enfermo. »

Yo guardaba el mayor silencio. Me encontraba allí como una madre que habia perdido á su única hija, pero me contenia para salvar al menos su honor, ya que no habia podido salvar su vida; no permití que nadie más que yo velara de dia y de noche, á la luz de los blandones, cerca de la cama; yo misma la amortajé, y la eché, despues de haberla besado la frente, en el ataud que la hizo uno de sus primos. Cuando la estaba envolviendo en su mortaja, lo mismo que un niño en sus pañales, se me ocurrió: « Hé aquí para lo que he renunciado á casarme con Cipriano! ¡ Para casarme con la muerte! »

Tenia, sin embargo, el consuelo, si alguno podia tener, de que los parientes, los vecinos y las vecinas me manifestaban en su afliccion el interes que se tomaban por mí. En todo Voiron no se hablaba de otra cosa... venian en grupos á la puerta de la tienda, y decian: ¡ Qué desgracia! ¡ Qué infortunio! Una muchacha tan hermosa, tan trabajadora y tan buena! ¡ No se volverá á ver nunca en la calle otra igual! ¡ Era la rosa del país! ¡ Dios la ha recibido en su seno! ¡ Pobre Genoveva!

A la mañana siguiente doblaron las campanas, como si la que habia muerto hubiese sido una gran señora; las muchachas del pueblo, ricas ó pobres, vestidas de blanco, colocaron ramilletes blancos tambien, sobre el paño de su féretro, y fueron acompañando éste á la iglesia y al cementerio; y en su sepulcro colocaron una bonita cruz de hierro adornada con cintas blancas y coronas de siemprevivas, blancas tambien, emblema y honra de las jóvenes que mueren en la inocencia del bautismo. La cruz se asemejaba á una vid cargada de racimos, ó á un manzano enano cuyas ramas todas estuviesen cubiertas de flores. Esto es lo que se acostumbra en el país, y basta que á una joven le falte alguno de estos adornos sobre su tumba, para que no gane nada ella ni su familia en la opinion de las gentes.

Yo misma fui, cuando se hizo bien de noche, y vi aquellas flores y aquellas cintas, las cuales me hicieron llorar mas que si no hubiese visto nada. Decia entre mí: « ¡ Esto engañará á los hom- »

bres, pero de ningun modo á los ángeles! ¡Pobre niña! ¡No descubra la tumba tu secreto! ¡Ella acredite, aunque mienta, la honradez de tu familia en Voiron!

¡Ah, cuánto lloré! ¡Cuánto lloré, sola sobre aquella tierra fresca, sola en mi cama, sola en la tienda en aquellos tres días!

LXXII.

Pero no era este solo el peso que me agobiaba; tenia un remordimiento continuo que me roía el corazon, y no me dejaba un momento de descanso, ni aun cuando en fuerza de haber llorado parecia quererme rendir el sueño.

—¿Qué haces tú aquí, en casa, me decia, mientras la pobre tía Belan se encuentra presa por tu culpa? ¿Cómo tienes valor para dejar sufrir á una buena mujer, y que ande en lenguas su reputacion, siendo así que te consta su inocencia, y que no está en la cárcel sino por librar de ella á otros?

Solo tres dias pude continuar en este estado; al cabo de los cuales me puse mis mejores vestidos, sin decir nada á nadie; fui á rezar á la iglesia y á la tumba de mi hermana; y por último subí á una tartana en que eran conducidos los pobres á Lyon, mediante el abono de dos pesetas. Esta era la misma en que los gendarmes llevaron la comadre á la cárcel. El tartanero me informó de todo, y al llegar á Lyon, di dos cuartos á un chiquillo para que me guiase hasta la puerta de la cárcel de las mujeres. Rogué al conserje que me permitiera hablar á la comadre de Voiron, suponiendo que la llevaba noticias de sus hijos, ropa y dinero. El conserje y su mujer no hicieron caso de mi en un principio, y desecharon mi solicitud; pero, despues, viendo que no me separaba de la puerta, ni dejaba de llorar copiosamente, puesto el pañuelo sobre los ojos, y allí delante de los soldados, se compadecieron de mí; me llamaron, y entrándome en un cuarto inmediato al suyo, en donde habia una reja de hierro y bancos de madera, trajeron á la comadre, y me dejaron sola con ella todo el tiempo que quise.

Mucha vergüenza me causó el volverla á ver, y principalmente al considerar que estaba allí por culpa nuestra.

LXXIII.

Me manifestó, sin hacerme el menor cargo, que en el momento de ir á poner el niño en el torno de la Inclusa, la habian espiado unos vigilantes ocultos en las cercanias del establecimiento, los cuales la habian delatado al comisario de policia; que este, en cumplimiento de órdenes superiores que habia recibido, la habia acusado de llevar, por interes ó por condescendencia, niños espósitos á la Inclusa, con perjuicio de la provincia que tenia obligacion de alimentarlos; que los gendarmes habian ido á prenderla, que primero habia sido conducida á Grenoble, en donde se la interrogó para que justificara de quién habia recibido el niño, y declarase quién era su madre, á lo cual ella se habia negado, por no perjudicarnos, manifestando que preferiria morir en un calabozo, á faltar á la confianza que habia inspirado su probidad á unas jóvenes puestas en un conflicto; que entonces la habia dicho el juez: «Pues bien, permaneceréis en la prision hasta despues de haber manifestado en dónde cogisteis aquel niño.» Habiéndosela enviado á Lyon á aquella casa correccional, para no salir de ella hasta cuando Dios quisiera, acusada de haber espuesto niños legítimos ó ilegítimos, con el fin de dejar á cargo del Estado su manutencion, y luego, por medio de señales que les imprimia en el cuello ó en el brazo, poderlos devolver á sus madres.

—Pero no temais, añadió, señorita Genoveva; aunque estoy segura de que me harán padecer, yo nunca he sabido ser traidora. Antes consentiré que mis hijitos vayan á pedir un pedazo de pan de puerta en puerta, y envejecer como estas paredes, y secarme como estos maderos, que delatar á vuestra hermana. ¡Pobre niña! ¡Decidla que no se apure!

Entonces la comuniqué llorando la muerte de mi hermana.

—Pues bien, dijo, ¿qué teme ahora allá arriba? Está en el cielo, en donde Dios perdona á muchas otras como la Magdalena.

—Sí, contesté, pero las malas lenguas no perdonan aquí, ni durante su vida, ni después de su muerte el nombre y la memoria de las pobres inocentes que han sido engañadas por un matrimonio falso, y han cometido una falta involuntaria. La memoria y el nombre de mi hermana, me son tan queridos y aun más sagrados que cuando vivía; ¡juradme por vuestra salvación que no lo manifestareis jamás á persona viviente, excepto á vuestro confesor, que Pepita había pecado!

Me lo juró.

Entonces me despedí de ella, besándola, y la prometí que al otro día se la pondría en libertad, y yo iría á ocupar su puesto en la cárcel.

Entendió lo que yo la quería decir, é hizo porque desistiese.

—¿Por ventura, señorita Genoveva, —me dijo, — os atreveríais á obrar en ese sentido, dando á entender que vos sois la culpable, solo por libertar á una pobre mujer como yo, y para impedir las habladurías que se estrellan contra la tumba de una muerta? ¡Ignorais que el mundo no se apiada jamás, y que os va á tomar toda vuestra vida por lo que queráis decirle que sois? ¡Ah, señorita; no hagais tal, atended á vuestra honra, nadie tiene dos! Si lo hacéis como decís, quedais perdida irremisiblemente.

—Me faltan fuerzas, tía Belan, la dije, me faltan fuerzas para sobrellevar el peso que me abruma. No es para mí el manifestarme indiferente, cuando sé que os hallais aquí entre cuatro paredes por habernos querido hacer un favor. No tengo la serenidad necesaria para ver, sin encenderme, el nombre de la pobre Pepita, de mi hija, de mi ángel, que ahora está en el cielo, puesto en boca de todo Voiron, y mezclado con una sonrisa de desprecio; ni para oír por toda mi vida cuando se hable de ella, cuchichear medias palabras, que avergüencen aun á su pobre madre en los cielos; y por último, para presenciar que los hombres y las mujeres de la parroquia, el domingo próximo, ó cuando sepan la verdad, arrancan al paso las cintas blancas, las coronas virginales, las ramas de su cruz en el cementerio, y que arrastran con el pie los ramos de flo-

res blancas, renovados todos los días de fiesta sobre su tumba, por las muchachas de su edad. ¡Oh, no, no! no podría sufrirlo, eso de ver despreciada á mi hermana en su sepulcro, á mi presencia, y que la tierra que la cubre se convertía en un sitio solitario, y era objeto de mofa entre las jóvenes, en ese mismo cementerio por donde pasamos todos los días cuando vamos á la iglesia. Se me figura que su alma estaría penando continuamente, sin servirle de cosa alguna todas las misas que hiciese la aplicasen, y que su fantasma vendría todas las noches á mi alcoba á tirarme de los pies, y á darme en rostro con la humillación por qué la había dejado pasar. ¡No, no, jamás! prefiero echar sobre mí la responsabilidad de todo. No tengo inconveniente en sufrir por ella las sospechas y el desprecio, porque mi conciencia está pura y no me remuerde de nada.

Después de esto fué ya inútil cuanto hizo y dijo la comadre: una vez tomada mi resolución, soy demasiado terca; tengo este defecto, que en algunas ocasiones me reprendía riendo el señor cura; me hice sorda á todo, y salí de la cárcel con más ánimos que llevaba cuando entré.

LXXIV.

Al otro día fui á casa del juez; me mandaron entrar en su gabinete. Era un señor que cuando miraba ponía el ceño adusto, y parecía querer indagar lo que tenía nno en su interior. Así es que me quedé un momento sin saber qué hacer ni qué decir; y eso que el juez seguía escribiendo.

—¿Qué me quereis? —me dijo por último con una voz bastante desagradable y levantando la cabeza.

—Señor juez, —le contesté tantamudeando y temblorosa á pesar mio, como si realmente hubiese cometido un crimen, — teneis encerrada en la cárcel una mujer de Voiron, bajo el nombre de tía Belan. Es la comadre del pueblo, y tanto en el interior como en los arrabales, la quiere todo el mundo. Está acusada de haber pue-

to un niño, hijo de legítimo matrimonio, en el torno de la Inclusa, con intencion de ahorrar por este medio los gastos de la lactancia á un padre y una madre desposados, que querian constituirse asi en ladrones de la caridad pública. Se la ha condenado á permanecer en la cárcel, mientras no confiese quién la dió la criatura en cuestion.

—¿Y bien?— me dijo, levantándose y poniendo el ceño aun mas adusto que antes.

—Una vez que es preciso confesarlo, el niño no tiene, como se dice, padre ni madre legítimos; la tia Belan está inocente y se la castiga por culpa de otro. El niño es...

—¿De quién?

—De una servidora vuestra,—le contesté inclinando la cabeza, y poniéndome colorada hasta en lo blanco de los ojos.

—¡Tan jóven,—prosiguió despues de un momento de silencio,—y ya madre desnaturalizada! ¿Es posible que hayais tenido el necesario valor para abandonar á vuestro hijo, solo por no sufrir la justa vergüenza de vuestro desliz, y para romper los vínculos de la naturaleza, por razon del respeto humano?

Y luego continuó diciéndome otras muchas cosas. Me echó un sermón tan largo y tan terrible, como lo hace un cura en su púlpito, cuando se dirige á los pecadores y les habla de la justicia de Dios.

Yo no alzaba la vista de la punta de mis zapatos, y mucho menos me atrevia á contestar ni á decir una sola sílaba. Sentia mi humillacion hasta el extremo que debia sentirla, y sin embargo, existia en mí cierto regocijo interior, viendo que el juez me creía culpable, y que no se enfadaba contra nadie mas.

Entonces me hizo varias preguntas acerca de mi condicion, de mi estado, de mis medios de subsistencia; á las cuales le contesté sin hacerme mas rica ni mas pobre de lo que en realidad soy.

—¿Quereis que se os devuelva,—añadió,—si se encuentra, vuestro hijo?

—¡Ah! señor juez,—dige poniéndome de rodillas delante de

él,—no quiero otra cosa. En nombre del cielo, mandad que me lo entreguen. Es fácil reconocerle por un rizo de pelo que le he puesto en el brazo. Ahora que todo se sabe y que he sufrido cuanta vergüenza tenia que sufrir, le haré criar á costa de mi trabajo, y le educaré como si fuera mi hijo...

En cuyo instante noté mi descuido, y traté de ocultarle de este modo:

—Como si fuera mi hijo legítimo.

—¡Está bien!—me dijo ablandándose,—dais muestras de no estar pervertida aun; voy á oficiar á Grenoble para que busquen á vuestro hijo; si parece, se os devolverá y pagareis la multa. Entretanto, es preciso que os conduzcan á la cárcel, y permanezcais en ella algunos dias, en lugar de la comadre, á la que voy á mandar ahora mismo que pongan en libertad. Vuestra confesion y vuestro arrepentimiento merecen la consideracion que pienso tener con vos.

Concluyó de escribir, tocó una campanilla que habia sobre sus papeles, semejante á las que hay en las iglesias en un esquinazo de las gradas del altar, y se apareció un hombre vestido de negro y con una cadena de plata colgando sobre su chaleco.

—Ujier—dijo,—llevad esta mujer á la cárcel; ahí teneis el auto de prision. Esperad,—añadió,—esta otra es la orden para poner en libertad á la comadre de Voiron.

El señor de lo negro tomó entonces los dos documentos, me hizo subir á un carruaje que estaba preparado, y me condujo cortesmente á la cárcel.

La pobre comadre manifestó mas sentimiento al salir de aquel sitio, que yo al entrar en él. Se compadecia de mí, aun mas que de ella misma.

LXXV.

Como unas seis semanas pasarian antes de que saliera de la cárcel. Al entrar en ella, me destinaron al mismo dormitorio y al mismo corredor en que se hallaban una porcion de malas mujeres

to un niño, hijo de legítimo matrimonio, en el torno de la Inclusa, con intencion de ahorrar por este medio los gastos de la lactancia á un padre y una madre desposados, que querian constituirse asi en ladrones de la caridad pública. Se la ha condenado á permanecer en la cárcel, mientras no confiese quién la dió la criatura en cuestion.

—¿Y bien?— me dijo, levantándose y poniendo el ceño aun mas adusto que antes.

—Una vez que es preciso confesarlo, el niño no tiene, como se dice, padre ni madre legítimos; la tia Belan está inocente y se la castiga por culpa de otro. El niño es...

—¿De quién?

—De una servidora vuestra,—le contesté inclinando la cabeza, y poniéndome colorada hasta en lo blanco de los ojos.

—¡Tan jóven,—prosiguió despues de un momento de silencio,—y ya madre desnaturalizada! ¿Es posible que hayais tenido el necesario valor para abandonar á vuestro hijo, solo por no sufrir la justa vergüenza de vuestro desliz, y para romper los vínculos de la naturaleza, por razon del respeto humano?

Y luego continuó diciéndome otras muchas cosas. Me echó un sermón tan largo y tan terrible, como lo hace un cura en su púlpito, cuando se dirige á los pecadores y les habla de la justicia de Dios.

Yo no alzaba la vista de la punta de mis zapatos, y mucho menos me atrevia á contestar ni á decir una sola sílaba. Sentia mi humillacion hasta el extremo que debia sentirla, y sin embargo, existia en mí cierto regocijo interior, viendo que el juez me creía culpable, y que no se enfadaba contra nadie mas.

Entonces me hizo varias preguntas acerca de mi condicion, de mi estado, de mis medios de subsistencia; á las cuales le contesté sin hacerme mas rica ni mas pobre de lo que en realidad soy.

—¿Quereis que se os devuelva,—añadió,—si se encuentra, vuestro hijo?

—¡Ah! señor juez,—dige poniéndome de rodillas delante de

él,—no quiero otra cosa. En nombre del cielo, mandad que me lo entreguen. Es fácil reconocerle por un rizo de pelo que le he puesto en el brazo. Ahora que todo se sabe y que he sufrido cuanta vergüenza tenia que sufrir, le haré criar á costa de mi trabajo, y le educaré como si fuera mi hijo...

En cuyo instante noté mi descuido, y traté de ocultarle de este modo:

—Como si fuera mi hijo legítimo.

—¡Está bien!—me dijo ablandándose,—dais muestras de no estar pervertida aun; voy á oficiar á Grenoble para que busquen á vuestro hijo; si parece, se os devolverá y pagareis la multa. Entretanto, es preciso que os conduzcan á la cárcel, y permanezcais en ella algunos dias, en lugar de la comadre, á la que voy á mandar ahora mismo que pongan en libertad. Vuestra confesion y vuestro arrepentimiento merecen la consideracion que pienso tener con vos.

Concluyó de escribir, tocó una campanilla que habia sobre sus papeles, semejante á las que hay en las iglesias en un esquinazo de las gradas del altar, y se apareció un hombre vestido de negro y con una cadena de plata colgando sobre su chaleco.

—Ujier—dijo,—llevad esta mujer á la cárcel; ahí teneis el auto de prision. Esperad,—añadió,—esta otra es la orden para poner en libertad á la comadre de Voiron.

El señor de lo negro tomó entonces los dos documentos, me hizo subir á un carruaje que estaba preparado, y me condujo cortesmente á la cárcel.

La pobre comadre manifestó mas sentimiento al salir de aquel sitio, que yo al entrar en él. Se compadecia de mí, aun mas que de ella misma.

LXXV.

Como unas seis semanas pasarian antes de que saliera de la cárcel. Al entrar en ella, me destinaron al mismo dormitorio y al mismo corredor en que se hallaban una porcion de malas mujeres

y de muchachas perdidas, á las cuales no se podia ver ni oír sin horrorizarse. ¡Ah señor! El sitio del corral donde se arrojan las inmundicias, está mas aseado que los corredores de la cárcel. Todavía me estremezco al pensar en ello.

—¿Qué fué lo que tú hiciste?—se preguntaban las unas á las otras.

—Yo me apoderaba de los niños perdidos, les hacia ponerse pálidos á fuerza de pasar hambre y de transirse de frio, y los pellizcaba por debajo de los vestidos para que gritasen, y de este modo escitaba la compasion de los transeuntes, y obtenia sus limosnas.

—Yo hice tal cosa.

—Yo tal otra.

—Yo haria cosas peores si me encontrase libre.

Todas, á cual mas, se jactaban de sus crímenes. Luego se reian estrepitosamente de lo que habria causado el llanto de los ángeles en el paraiso.

—Y tú, ¿qué motivo has dado, para que te traigan con nosotras?—me decian.

—Yo, ninguno, gracias á Dios.

—¡Oh! la inocente, la hipócrita,—decian apuntándome con el dedo,—pues vete, no permanezcas mas en nuestra compañía, como una santa en su nicho, porque si eres tan inocente como dices, muy pronto te pervertiremos.

Yo, entonces, las obedecia puntualmente; consumida de vergüenza y anegada en llanto, iba á sentarme en los escalones del corredor, por donde se bajaba al patio; y allí, pegada á las paredes de la capilla, rezaba en mi corazon delante de Dios, pero sin menear los labios, temiendo que me injuriasen. ¡Ah, señor! ¡cuánta inmundicia se encuentra en esas grandes ciudades! ¡No está, no, todo el cieno en los pueblos pequeños!

Cuando trascurridos dos ó tres dias, el conserje y su mujer, notaron lo que pasaba, la última, que tenia necesidad de quien la ayudase á sacar agua, á barrer y á hacer las camas, me llevó á su

habitacion, donde permanecí durante el dia, y por la noche me disponia la cama en un camaranchon encima de su cuarto. ¡Cuánto se lo agradecí, y con qué gusto la servia! Verdad es que estaba acostumbrada á hacerlo y no me servia de incomodidad. Cuidaba tambien de sus hijos, que eran pequeños y me traian á la memoria el de mi hermana. Aquella buena mujer se pagaba tanto de mis servicios, que me dijo un dia:

—Si quereis quedaros en mi casa, cuando os pongan en libertad recibireis vuestro salario.

—Aunque no acepto desde ahora, tampoco lo rehusó enteramente,—la respondí;—pues nadie sabe en lo que se puede hallar.

LXXVI.

Luego que pasé dos meses de esta manera en la cárcel, bien que cárcel poco estrecha, gracias á la humanidad del carcelero, el juez me mandó ir á su despacho, al que me condujo el mismo hombre negro que me habia traído á la prision.

—Estais en libertad,—me dijo severamente el juez,—marchaos á donde os parezca bien, y cuidado con incurrir otra vez en extravíos como este. La ley se cumplirá rigurosamente, siempre que se trate de castigar semejantes delitos.

Mas á pesar de esto yo no me iba.

—¿Qué aguardais?—dijo en tono de impaciencia y de enfado.

—¿Y el niño? señor;—le pregunté con timidez,—creo que se me habrá de entregar.

—¡Vuestro hijo, desgraciada!—gritó enfurecido—¿presumisteis que se os llegaria á devolver si se encontraba? ¿Pues no conocéis que esto aumentaria el número de las madres culpables y desnaturalizadas como vos, que verian con gusto al pais criar el fruto de sus vicios, y vendrian luego á recogerle cuando estuviera rollizo y enteramente criado? ¡No! ¡no! la ley debe impedir á toda costa estos abusos que llegarían á causar la ruina de la provincia.

Ademas, es inútil hablar de esto, pues vuestro hijo no ha podido encontrarse. Las religiosas de las casas de Misericordia de Grenoble, tienen orden de quitarles, al recibirlos, cualquier señal que haya podido ponérseles en el cuello, en el brazo ú otra parte, con objeto de reconocerlos despues.

—¡ Ah, si lo creo! — exclamé levantando las manos hácia el juez, en ademan de suplicarle. — ¡ Le habrán quitado el rizo! ¡ Está perdido el niño! ¡ Oh, Dios mio! ¡ qué he hecho?

Y comencé á llorar.

Mis gestos, mi desesperacion, mis lágrimas y mis gritos, sirvieron únicamente para confirmar al juez en la opinion de que yo era verdaderamente la madre del niño.

— Sí, — dijo; — ¡ se ha perdido! ¡ perdido para siempre! Este es vuestro castigo. Las que abandonan de ese modo á sus hijos, no merecen que se les entregue el fruto de su crimen. Salid de aquí, os repito, y procurad ser honrada; no ovideis que la policia seguirá vuestros pasos.

Sali, en efecto, como una desdichada, puesta en libertad por la policia despues de cumplir su condena, como una culpable á quien los transeuntes ven con disgusto salir del tribunal, como una delincuente á quien su vergüenza no abandona ni aun en la calle.

LXXVII.

Tomé, sin intencion deliberada, el camino que conduce al sitio en que me habia apeado de la tartana de Voiron. Dí mis dos pesetas al tartanero, y subí, con mi lio debajo del brazo, en el carruaje que casualmente iba á marchar. Pero el conductor, que se habia manifestado muy complaciente al traerme, estuvo hasta grosero al llevarme. Todo el camino fué hablando por lo bajo con las personas del pais y de las cercanias que iban junto á él. Me miraban todos con cierto aire de burla; ninguno me hablaba. Por dos ó tres veces pude percibir mi nombre, á lo que seguian risotadas y palabras despreciativas.

— Viene de una posada en que dan habitacion y comida gratis, — decia el conductor; — preguntadle si la mesa es tan buena como la cama.

— Allí no se admiten niños de dos meses, — decia otro.

— ¡ Qué hipócrita es! — añadía una vieja; — cualquiera la daría la comunión aun antes de que confesase.

Y luego empezaban á reir unos con otros, aparentando que hablaban de alguna persona ausente. Yo, sin embargo, conocia bien su intencion; así es que bajaba la vista y procuraba hacer calceta. Pero sucedia entonces que se me enredaban las agujas, la vergüenza me cegaba los ojos y me entorpecía los dedos. En aquel momento me hubiera obligado á pasar el resto de mi vida en un encierro, á veinte piés debajo de tierra. Las paredes no son tan frias, ni tan duras y dañinas como los hombres.

— ¡ Qué va á ser de tí — me decia — en las calles y en la plaza de Voiron? ¡ Los muchachos irán tras de tí, como tras de una loca! ¡ Te faltará el valor hasta para ir de día á rezar á Dios sobre el sepulcro de tu hermana, y á pedirle que interceda desde la altura por su hijo!

— ¡ Ah, Dios mio! ¡ qué largo se me hizo el día! No me atrevia á escuchar ni aun mi propia respiracion.

LXXVIII.

Pero afortunadamente hay una Providencia; la tartana se rompió á algunas millas de Voiron, y cada uno continuó solo á pié el resto del camino. Se hizo de noche, y yo me fui deslizando por detras de la poblacion con el lio en la mano hasta llegar á mi casa. Entré sin que nadie me viese. Tenia un pedazo de pan en el bolsillo. ¡ Oh, habria deseado que no amaneciese nunca!

— Pero Genoveva, — la interrumpí, — eso era una niñada; pues en verdad vos podiais levantar la frente delante de los hombres, delante de las mujeres, y hasta ¡ delante de los ángeles!

— Ciertamente, señor; pero habia echado sobre mí de tal ma-

nera la desgracia y la vergüenza, que se me figuraba ser realmente la culpable de todo lo que los otros tenían derecho á esperar de mi.

—Y ¿qué hicisteis al otro día? sepamos.

LXXIX.

Al otro día no me atreví á abrir las puertas de mi tienda, por temor de que las vecinas y los pasajeros fuesen á mirarme á través de los cristales. Permaneci todo el día á oscuras, rezando y pensando en Pepita. Luego que anocheció, abrí la puerta temblando, y salí para hacer provisiones.

—Hola, ¿estais ya fuera de la cárcel?— me dijo la vendedora.

—Sí,—le contesté.

Entonces llegué á persuadirme de que todos estaban enterados del punto de donde venia, y de que habian creido mi falta. Me veian con repugnancia, pero no me ofendian; su compasion hácia mí se manifestaba en la vista. Entonces, me dirigí, comiendo mi pan, al cementerio; sentéme sobre la tumba de mi hermana, cerca de la cruz, adornada todavía con flores, que habian sido renovadas el domingo último; dije mis oraciones y concluí el pan con llanto.

LXXX.

En seguida me vine á casa, y al otro día, no encontrando en el cajón mas que algunos cuartos, me hice esta cuenta:

—Es indispensable que ganes tu pan; no te está bien el mendigar siendo tan jóven. ¡Ea, cueste lo que cueste, hay que volver á abrir la tienda, buscar tarea, trabajar y vender para vivir!

Me decidí, en efecto; abrí la tienda, arreglé mis mercancías, y me puse al mostrador como de ordinario, dispuesta á soportar las miradas, las sonrisas y los cuchicheos de los transeuntes, como si nada hubiese sucedido en la casa. Sin embargo, nadie entró, á

escepcion de uno ó dos pobres que me pidieron limosna, oí que decian las malas lenguas de la calle:

—¡Se necesita descaro! ¡Ah! ¡Si la pobre Pepita hubiese vivido, cuánta vergüenza la habria costado el ver la deshonra de su hermana mayor! ¡Aquella sí que era buena! ¡Dios ha hecho bien en llevársela para sí!

Por otra parte, tambien vivia en la calle, enfrente de mi tienda, una mala mujer; la cual, como vió que me habia marchado, y se la figuró que estaria fuera del pais, ó en la cárcel por mucho tiempo, no se descuidó en reemplazarme, abrió una tienda en que vendia las mismas cosas que yo en la mia, me quitó los parroquianos, y ahora no cesaba de señalarme con el dedo, diciendo á unas y á otras:

—¿Quién se atreveria á comprar ya dos cuartos de jabon si quiera, en semejante tienda? Se emporcaria los dedos con él en vez de lavárselos.

¡Dios mio, cuánto sufrí en aquella semana fatal! Mi hermana de padre y mis primas, renegaban como el que mas de mí, y no parecian por las puertas de mi casa.

LXXXI.

En una palabra, señor, nadie venia ya. Lo primero que decian las madres á sus hijas, cuando les daban dos cuartos para comprar manzanas, era:

—¡No vayais á casa de Genoveva!

Tampoco me traian qué hacer, ni yo me atrevia á irlo á buscar; pues lo probable era que me dijesen: «¡No lo tenemos para vos!»

¡Ah! nos horroriza la peste, pero no hay peste peor que la deshonra para una pobre muchacha. Si mi madre no me hubiese inspirado el santo temor de Dios, no sé lo que habria hecho; pero os aseguro que no pensé siquiera en hacer nada malo; antes me habria dejado morir de hambre.

LXXXII.

Pero no era esto todo. Desgraciadamente habia tomado en la primavera última, el valor de cincuenta escudos de mercaderías, á crédito, á los comerciantes en grande del pueblo, ofreciendo pagarles en otoño: lo cual no pude cumplir por lo mismo que nadie entraba á comprar en mi casa. Tampoco podia devolver á mis acreedores sus mercancías; en razon de que durante los dos meses que permanecí en la cárcel, y en los cuales mi tienda habia estado cerrada con la llave que tenia yo en mi bolsillo, no encontrando el gato cosa que comer en el mostrador, se habia escapado por la ventana, dejando, en consecuencia, dueños libres á los ratones, para hacer un buen destrozo en el almacén. Daba una lástima ver la luz á través de una pieza de lienzo ordinario; la sal estaba derretida, el jabon se habia enmohecido, los encajes parecian hilas, los espejos estaban hechos pedazos y esparcidos por los suelos. Ninguno hubiera querido volver á tomar sus géneros. Decian: «Un dia ú otro se marcha Genoveva, con que antes vamos á sacarla lo que podamos.» El alquiler no estaba pagado; el dueño de la casa no queria renovarlo, porque, segun decia, mi tienda desacreditaba su finca. Por último, él y los comerciantes se concertaron para venderme cuanto tenia.

Yo misma hube de presenciar aquella venta á pública subasta, delante de mi puerta, en que todos los objetos andaban por el suelo! Un hombre, subido sobre el banco en que Cipriano me habia tenido tan alegre en sus brazos para colocarme sobre la mula, gritaba desdoblado piezas de lienzo, pañuelos, encajes, y hasta mis vestidos, y hasta los vestidos y los cuellos de la pobre Pepita:

— ¡A dos cuartos! ¡A tres cuartos! ¡A seis cuartos! ¿Quién lo quiere? ¡El delantal de seda de la señorita Pepita! ¡El vestido de la señorita Genoveva! ¡Adjudicado por lo que vale!

Y tras de esto daban grandes risotadas, que se percibian hasta

en la trastienda, en donde yo me habia ocultado y sentado sobre el jergon, en el borde de la cama, mientras vendian los colchones á la puerta!

Y entre tanto, nadie se compadecia de mí, ni el comisionado del embargo, que se apoderaba brutalmente á mi vista, ya de un objeto, ya de otro de los que habia en el armario, para pregonarlo y venderlo, siendo tal su enagenacion, que, ¡faltó poco para que me pregonase y vendiese á mí misma, segun lo alborotado que por el tumulto y el vino se encontraba! Lo cual creo que tampoco yo le hubiera impedido hacer, considerando mi agitacion y el temblor de piernas que tenia.

Sin embargo, la comadre vino al anochecer, y fijando en mí la vista, me dijo con aire de reconvencion:

— ¿Es posible, señorita Genoveva, que sufrais injustamente tantas afrentas que no merecis, y que no me permitais faltar al juramento que os he hecho?

— No, — la dije, — tia Belan, jamas os permitiré faltar á él, jamas, por cuanto hay en el mundo.

— ¿Y por qué esa terquedad?

— Porque los vivos todo lo pueden sufrir, pero las almas de los muertos no pueden vindicarse.

— ¿Y qué pensais hacer ahora? — me dijo la pobre mujer, cruzando sus manos sobre el delantal.

En seguida meneó la cabeza y se fué. Luego, volviéndola, me dijo:

— El dia que os falte qué comer, señorita Genoveva, tened presente que en mi casa lo hay siempre para vos.

LXXXIII.

Luego que se marchó toda la gente que habia en la calle, quedando esta tan vacía como la tienda, y la noche cerró del todo, fui á llamar á la puerta de mi hermana por parte de padre, única que me quedaba, pues la otra se habia marchado de Voiron. No

era muy mala; pero como ya os he dicho, aquellas dos hermanas mayores nos habian tratado siempre con algun desden, prevalidas de la fortuna que habian heredado de su madre. Les disgustaba tener parientes pobres en Voiron.

Me hizo un buen recibimiento, ofreciome de comer y de beber y hasta dió orden de que me hicieran la cama en el granero para que durmiese con la criada.

—El caso es que tenemos hijas—me dijo en conversacion amistosa—hijas que estarán pronto en estado de casarse; tú sabes lo que dicen de tí en el pais: á mí nada me importa, te creo honrada. Pero, con todo, si viesen á mis hijas con una mujer mala ¿qué no dirian? Por otra parte, tus negocios están en mal estado, la justicia te lo ha vendido todo en pública subasta; lo cual perjudica al crédito, y mi marido está en el comercio ¿comprendes? No puedes quedarte para siempre aquí, y si te hemos de tener algunos dias, ha de ser á condicion de que no se sepa por el pueblo. En cuanto acabé la semana será preciso buscarte colocacion lejos de aquí; entonces te daremos para que hagas el viaje.

Entendi á mi hermana y no la condené; cada uno mira por sus hijos. Me era sensible lo que hacia, pero era justo. La dí gracias, cené con la familia al extremo de la mesa, y fui á acostarme con la criada, despues de haberla ayudado á limpiar la casa y á guardar las servilletas.

LXXXIV.

Ya no tenia inconveniente en ponerme á servir á uno ú otro; por el contrario, estaba acostumbrada á ello y hasta me gustaba servir, aunque fuese de balde. Carecia de orgullo y no me asustaba el trabajo. La dificultad consistia en que, ¿quién me habia de recibir en Voiron, donde mi fama era tan mala? ¿Y no teniendo certificaciones, quién, tampoco en ninguna otra parte, á una pobre muchacha, que la habia ocurrido una desgracia, que habia espuesto un hijo en el torno de la inclusa, que habia estado durante dos meses en las cárceles de Lyon?

Era el caso, que solamente una persona, en todo Voiron, podia darme en conciencia un certificado de buena conducta, mientras que, aquella persona necesitaba para sí el certificado en mi asunto, y solamente yo se le podia dar: hablo de la comadre, ¡de la tia Belan! Para que se vea lo que es el mundo! De las dos se tenian sospechas, y solo nosotras podiamos certificar la una de la inocencia de la otra. ¡Dios mio, hasta qué extremo es esta vida una madeja enredada!

Esta reflexion escitó mi risa, á pesar de lo muy enternecido que me tenia la posicion dificultosa de aquella pobre muchacha.

LXXXV.

De cualquier modo que sea, me digo á mí misma al despertar, iré á casa de la comadre.

Y lo cumplí antes de que por la calle anduviera gente.

La tia Belan me dió una certificacion de que yo era buena y honrada, de que no habia hecho nunca daño á nadie, y, por fin, de que merecia la confianza de todos y de cada uno, ya para desempeñar los trabajos de la cocina, ya para el arreglo de la casa, ya para cuidar de los niños; y firmó. No estaba bien escrita ni en papel fino, pero lo hizo con buena intencion, y no contenta con esto, luego que hubo concluido, fué á su armario y me obligó á aceptar quince francos en dinero que tenia, y uno de sus mejores pañuelos del cuello, para que cuando fuese á presentarme á las casas lo hiciera mas decente.

—Me lo volveréis,—me dijo,—cuando lo hayais ahorrado de vuestros salarios.

—¡Aun se lo debo, señor! Verdad es que tambien añadió:

—Si no podeis pagármelo ¡no importa! me lo pagareis en el paraiso.

LXXXVI.

Mi hermana por parte de padre me dió tambien alguna ropa y dinero para mi viaje y ya entonces me dirigí en busca de coloca-

era muy mala; pero como ya os he dicho, aquellas dos hermanas mayores nos habian tratado siempre con algun desden, prevalidas de la fortuna que habian heredado de su madre. Les disgustaba tener parientes pobres en Voiron.

Me hizo un buen recibimiento, ofreciome de comer y de beber y hasta dió orden de que me hicieran la cama en el granero para que durmiese con la criada.

—El caso es que tenemos hijas—me dijo en conversacion amistosa—hijas que estarán pronto en estado de casarse; tú sabes lo que dicen de tí en el pais: á mí nada me importa, te creo honrada. Pero, con todo, si viesen á mis hijas con una mujer mala ¿qué no dirian? Por otra parte, tus negocios están en mal estado, la justicia te lo ha vendido todo en pública subasta; lo cual perjudica al crédito, y mi marido está en el comercio ¿comprendes? No puedes quedarte para siempre aquí, y si te hemos de tener algunos dias, ha de ser á condicion de que no se sepa por el pueblo. En cuanto acabé la semana será preciso buscarte colocacion lejos de aquí; entonces te daremos para que hagas el viaje.

Entendi á mi hermana y no la condené; cada uno mira por sus hijos. Me era sensible lo que hacia, pero era justo. La dí gracias, cené con la familia al extremo de la mesa, y fui á acostarme con la criada, despues de haberla ayudado á limpiar la casa y á guardar las servilletas.

LXXXIV.

Ya no tenia inconveniente en ponerme á servir á uno ú otro; por el contrario, estaba acostumbrada á ello y hasta me gustaba servir, aunque fuese de balde. Carecia de orgullo y no me asustaba el trabajo. La dificultad consistia en que, ¿quién me habia de recibir en Voiron, donde mi fama era tan mala? ¿Y no teniendo certificaciones, quién, tampoco en ninguna otra parte, á una pobre muchacha, que la habia ocurrido una desgracia, que habia espuesto un hijo en el torno de la inclusa, que habia estado durante dos meses en las cárceles de Lyon?

Era el caso, que solamente una persona, en todo Voiron, podia darme en conciencia un certificado de buena conducta; mientras que, aquella persona necesitaba para sí el certificado en mi asunto, y solamente yo se le podia dar: hablo de la comadre, ¡de la tia Belan! Para que se vea lo que es el mundo! De las dos se tenian sospechas, y solo nosotras podiamos certificar la una de la inocencia de la otra. ¡Dios mio, hasta qué extremo es esta vida una madeja enredada!

Esta reflexion escitó mi risa, á pesar de lo muy enternecido que me tenia la posicion dificultosa de aquella pobre muchacha.

LXXXV.

De cualquier modo que sea, me digo á mí misma al despertar, iré á casa de la comadre.

Y lo cumplí antes de que por la calle anduviera gente.

La tia Belan me dió una certificacion de que yo era buena y honrada, de que no habia hecho nunca daño á nadie, y, por fin, de que merecia la confianza de todos y de cada uno, ya para desempeñar los trabajos de la cocina, ya para el arreglo de la casa, ya para cuidar de los niños; y firmó. No estaba bien escrita ni en papel fino, pero lo hizo con buena intencion, y no contenta con esto, luego que hubo concluido, fué á su armario y me obligó á aceptar quince francos en dinero que tenia, y uno de sus mejores pañuelos del cuello, para que cuando fuese á presentarme á las casas lo hiciera mas decente.

—Me lo volveréis,—me dijo,—cuando lo hayais ahorrado de vuestros salarios.

—¡Aun se lo debo, señor! Verdad es que tambien añadió:

—Si no podeis pagármelo ¡no importa! me lo pagareis en el paraiso.

LXXXVI.

Mi hermana por parte de padre me dió tambien alguna ropa y dinero para mi viaje y ya entonces me dirigí en busca de coloca-

cion á Grenoble. La comadre me habia dado recomendacion para una de sus amigas que ejercia allí el mismo oficio que ella en Voiron; en su casa, durante algunas semanas, estuve sirviendo por solo la comida. Pero luego la profesion de aquella mujer, la vista de las que parían y los llantos de los recién nacidos en la casa, me recordaban de tal modo y tan continuamente á mi pobre hermana y el origen de nuestra desgracia, que no podia acostumbrarme á ello. Tuve, pues, que despedirme de buena ó de mala gana, al ver que no hacia mas que llorar y estaba á punto de caer enferma. Una pobre señora, viuda de un tendero, que tenia una linda señorita de diez y seis años, me recibió para la cocina y para hacer las camas y enseñar á hacer encaje á su hija: me daba diez escudos de salario al año, doce varas de lienzo, y dos delantales el día de año nuevo. La madre era honrada, pero desconfiaba de los demas; venia conmigo al mercado á ver si regateaba bien, y para asegurarse de que no me quedaba con cosa alguna de lo comprado. Esto me ofendia.

En cambio, la señorita era tan bella, tan graciosa, tan afable, tan complaciente, que me consolaba de todo. Apenas concluía mi tarea en la cocina, que no era larga, cuando me ponía á trabajar con ella en la sala, y allí estábamos todo el día, mientras su madre andaba charlando de casa en casa con sus antiguas conocidas. Al cabo de tres meses parecíamos hermanas. Me representaba á Pepita, y esto hacia mi felicidad, tanto que hubiese permanecido en aquella casa por toda mi vida!

Pero cuando mas nos queríamos, cuando habia llegado la niña á prometerme que me llevaria consigo el día que se casase, para no separarnos nunca, sucedió que un mercader ambulante de mi pueblo, al que yo no conocia ni de vista, por mas que él me conociese á mí, entró con su saco de lienzo á la espalda á vender géneros á la señora.

Me hicieron ir á la bodega en busca de un vaso de vino, para dar de refrescar á aquel hombre despues que le pagaron, porque habia pedido como parte del precio, un trago que beber y algo

que comer. ¡Ah, infame! no le quiero mal; pero mejor hubiera hecho en refrenar su lengua, y no ir á causar la perdicion de una paisana por solo el gusto de murmurar.

Cuando volví con la botella en la mano, advertí que aquel hombre hablaba en secreto con las dos señoras; se callaron al verme entrar, pero observé no se qué de extraordinario y de sospechoso en el semblante de la madre y de la señorita. La madre estaba irritada y la hija alligida. No me hablaron con el mismo acento de voz, ni me miraron con los mismos ojos, ni me llamaron, como de costumbre, á la sala para trabajar con ellas. Pasé una noche zozobrosa examinando en mi conciencia lo que podia haberlas disgustado. Por la mañana vino la señora á la cocina, y me dijo:

—Aqui teneis vuestra cuenta. Sois harto descarada cuando asi os atreveis á entrar en una casa de honor, despues de haber hecho lo que nos ha contado de vos el mercader de lienzo. Disponed vuestro lio en mi presencia, para que me cerciore de que no os llevais nada que no sea vuestro, y salid al punto!

¡Ah! mi lio abultaba bien poco, cabia en una de mis medias. No tuve ánimos para responder, y entré á mi cuarto en busca de los zapatos. La señorita vino en secreto á despedirse de mí, lloró al separarse, pero no sin haber dejado caer antes en el bolsillo de mi delantal un escudito.

Fui de puerta en puerta, buscando acomodo por toda la ciudad; pero todos me decian:

—¿En dónde habeis estado antes de ahora?

—¿Teneis quién os abone?

—¿Traeis algun certificado de vuestras señoras?

—Nos informaremos.

Y si volvía por la tarde ó al día siguiente, me decian:

—No necesitamos criada.

Yo entonces me iba enjugando las lágrimas con la punta del delantal.

Por último, la mujer del zapatero de aquellas señoras consintió

en tomarme á su servicio, para que cuidase de sus hijos y ribetease los zapatos en la tienda. Me daba en pago la cama y la comida, y cuatro cuartos por par de zapatos. Pero yo tenia hartos con que el zapatero y su mujer no me despreciasen y me dijese algunas veces:

— Todos cometemos faltas; y sin embargo, no hay una razon para que ninguno desprecie á otro. Por otra parte, los niños están bien cuidados, los zapatos bien ribeteados, y nunca se oye en la tienda sobresalir el metal de vuestra voz; con que permaneced aquí todo el tiempo que querais; á nosotros no nos importa teneros en nuestra compañía.

— Si; es cierto, no les causaba algun reparo el tenerme consigo; pero quereis creer que la demas gente les criticaba este acto de caridad? Mi antigua señora principi6 por dejar de ir á calzarse ella y su hija á casa de mis amos, y despues hizo que imitaran su ejemplo todas las amigas, á las que decia:

— No he visto insolencia ni desprecupacion como la de esa gente; admitir en su casa á una vagabunda que ha engañado la confianza de una familia honrada como la nuestra, al salir de la cárcel por tales y cuales cosas!

Por mil cosas horribles de que me creian capaz, como, por ejemplo, de haber querido abandonar y tal vez hasta de hacer un asesinato con un niño!

En fin, cuando ví lo que pasaba, y que la caridad de la zapatera lo ocasionaba todo, y que el trabajo y el pan se iban amenorando por culpa mia en la tienda, creí ya que no debía perjudicar á nadie, me despedí de la zapatera y de su marido, besé á los niños, y me marché de noche á fin de que nadie me viese salir de la ciudad. La zapatera me habia entregado una carta para la mujer de un vecino de Lyon, á quien habia servido siendo jóven. En ella le decia que yo era juiciosa, discreta, de buenas costumbres, y en cuanto á trabajadora no habia que hablar; por lo que la suplicaba encarecidamente, que, si alguna de sus amigas necesitaba criada, hablase en mi favor.

LXXXVII.

Esto produjo el resultado que se apetecia; puesto que al dia siguiente de haber llegado á Lyon, la hija de aquella señora, que acababa de casarse con un fabricante de Tararé, me recibió y llevó consigo á una casa de campo que habitaba cerca de aquel arrabal. Esperimenté un placer indecible viendo montañas, bosques, prados, talleres de tejedor, y lienzo puestos á secar sobre la yerba, exactamente lo mismo que los veia en Voiron desde las ventanas de la casa de mi madre.

Durante tres años permanecí tranquila y bastante contenta en aquella casa. Los señores, por su parte, no me trataban mal, solo tenia que sufrirles los efectos de un poco de avaricia, que es lo que sucede en casa de la mayor parte de los mercaderes. Sin embargo, estaban bastante bien; pero no parece sino que la bolsa es hidr6pica, que cuanto mas hinchada está, mas quiere tragar. La razon de que me quisiesen mis amos, era que apenas les pedia salario, que comia poco, y, despues de esto, que hacia cuanto habia que hacer en la casa, á tal extremo, que atendia á la cocina, cuidaba de la señora y de sus dos hijos, regaba la huerta, lavaba la ropa, y echaba el pienso al caballo del señor; pues habia un caballo para tirar de la tartana en que llevaba á vender sus lienzo. ¡Pobre animal! ¡Tambien le escaseaban el alimento! ¡Si no le hubiese llevado muchas veces á escondidas, los desperdicios de la cocina y los tronchos de la ensalada, habria llegado el caso de comerse su pesebre. Pero yo queria aquel pobre animal! Apenas me oia hablar ó andar por el patio, principiaba á relinchar en la cuadra, y cuando le abria la puerta fijaba en mí sus ojos, manifestando tanto cariño como una persona. Consecuencia de aquella miseria de los amos para con los animales, y del cariño que yo les tenia, fué mi última desgracia, y luego mi felicidad. Voy á contaroslo: os vais á reir... pero, sin embargo, es cierto; ¿qué quereis? El corazón es causa de que se cometan muchas faltas!

LXXXVIII.

Existían en el establo, además del caballo á que echaba pienso, dos ó tres ovejas que pacían durante el día, mientras los lienzos estaban recogidos. Porque habeis de saber, que el señor y la señora no querían que se quedase sin aprovechar la poca yerba medio podrida, que nacia bajo las húmedas telas. Cuando llegaba el invierno, se vendían aquellas con sus hijitos al carnicero, después de haberlas trasquilado para utilizarse de la lana, evitando de este modo el gasto de alimentarlos en la mala estación.

Una de estas ovejas parió por San Martín, que es á 11 de noviembre, y como no tenía mas que ocho días la cria, cuando se vendió la madre, hubo de quedarse sin vender en casa. La di leche de vaca en la palma de mi mano, y la crié como se cria á un niño sin nodriza. Aquel pobre animal me tomó el mismo cariño que una persona. Ya se sabía, no estando á mi lado, bien fuese en la cuadra, en el patio ó en el jardín, no cesaba de balar; de tal modo, que para que callase, tenía que permitirle la entrada conmigo en la cocina, en donde se acostaba al lado del perro ó entre sus patas, aproximado al fuego; no estaba quieto sino cuando yo ó el perro le teníamos á nuestro lado. Este, particularmente, le tomó tanto cariño, que no dejaba de dar aullidos en su covacha hasta que le llevaba el cordero. Le hacia un lado en la paja, y los dos animales se ponían á jugar y se dormían juntos, espectáculo que me causaba placer y lástima al mismo tiempo.

Acaso os parezca exageración; pero cuando había envuelto ya la lumbre con la ceniza, y los señores habían salido, iba yo misma á sentarme en la covacha del perro, con los piés al sol, y me estaba haciendo calceta entre los dos animales. Somos tan tontos, que en cuanto á mí, puede decirse que me creía dichosa en medio de dos animales cariñosos. Percibía su aliento y el calor de sus cabezas sobre mi cuello. En fin, pido perdón á Dios, pues dicen que se debe creer que los animales no tienen alma (y yo creo que esto

no se le ha ocurrido á nadie mas que á los carniceros y carreteros); pero la verdad es que cuando me fijaba bien en sus ojos, parecía-me que veía detras un pensamiento asomado á la ventana, lo mismo, precisamente, que notaba en los míos cuando me miraba al espejo. De todas maneras lo mismo da, Dios sabe la verdad; á mí no me importa eso.

Lo cierto es, que aquel perro y aquel cordero hacían mi sociedad, mi familia y mi consuelo. ¿Qué quereis? Cada uno toma sus placeres donde los encuentra.

LXXXIX.

—Pero...—dijo Genoveva interrumpiéndose,—no os he dicho cómo era el perro.

—Seguramente,—la contesté,—manifestádmelo; pues ya sabeis que los quiero mucho.

—Mirad, no era un perro señorito, como el vuestro, que bien habreis observado que en los perros hay tambien distintas categorías como en los hombres; perros mendigos, perros trabajadores, perros ciudadanos y perros señores; se dan á conocer por su piel como nosotros por el vestido; la razón la ignoro, es un misterio, pero sucede así.

—Eso denota, Genoveva, que habeis parado mucho vuestra atención en los animales. Dios los ha formado para todas las profesiones. El alimento y la habitación en nada los cambian: son lo que son. Ved un perro noble en casa de un plebeyo, y un perro plebeyo en casa de algun noble. No se engañan el uno al otro cuando se miran, se reconocen por lo que son, tanto mejor cuanto que carecen de vestidos que les disfracen. Son soberbios ó humildes, según su categoría; se causan envidia ó respeto lo mismo que nosotros. Toda la naturaleza se compone de la misma pasta. Pero ¿no me decís á qué clase pertenecía vuestro perro?

—No era grande ni chico, gordo ni flaco y se llamaba *Lulú*; venía á ser una especie de perro-lobo; tenía el hocico algo puntia-

gudo, los ojos grises y vivos, los dientes cortos y blancos, los labios encogidos como si quisiera reirse, voz agradable y algo sentida cuando estaba atado á la cadena, dos orejitas tiesas, agudas, siempre levantadas, y que movia á un lado y á otro como las aspas de un molino de viento, para oirlo todo.

Su cola poblada de lana como la de una zorra, era recta por su estremidad, pero por el medio se torcia con el peso de un pelo muy largo y abundante. En lo demas del cuerpo su pelo tambien era largo y fino al tacto, como las estopas bien peinadas por el cardador, y en tal abundancia, que cuando le hacia fiestas se hundia en él toda mi mano, dejando marcados todos los dedos al retirarla, como se señalan los piés en los prados de yerba alta. Y aunque os he dicho que era un perro campesino, habeis de saber que queria parecerse á los ciudadanos, era, con corta diferencia, como el del señor cura que veis allí tendido en su cama.

XC.

Si por una parte la casa era triste, melindrosa la señora, el señor brutal, el salario escaso, y el trabajo penoso, por otra el perro y el cordero, me acompañaban por el día en el establo ó en el corral, y por la noche en la cocina, resultando que su sociedad me hacia tener apego á aquel sitio. Se me figuraba que éramos parientes, y que si un día llegaba á despedirme de mis amos, aquellos animales quedarian sin tener quién los comprendiese, y á mí me faltaria toda conversacion y amistad en la tierra. Casi estaba persuadida de que eran míos por derecho de costumbre y de cariño, mucho mas que de los amos, pero, esto no obstante, me habria librado bien de robarlos, en razon de que no los daba yo el pan; sino la casa. Por todo esto, si bien es verdad que no estaba contenta allí, tampoco pensaba en salirme. La idea de separarme para siempre del perro y del cordero, no llegó á pasarme nunca por la imaginacion. El mundo, entonces, se habria convertido para mí en un desierto.

El perro y el cordero dormian juntos al pié de mi cama; lo cual me proporcionaba el inmenso placer de encontrarme todas las mañanas, al despertar, con aquellos cuatro ojos que me miraban cariñosamente. Pero en cuanto me habia levantado, el perro iba á ocupar su puesto en la puerta del corral ó en su covacha, y el cordero, siguiéndome de la cocina al establo, del establo al horno, del horno al granero, subia y bajaba tantas veces como yo las escaleras, y no se separaba de mi lado mas que mis zapatos.

Sobre el perro no habia recaído sentencia de muerte, porque guardaba las telas y no comia mas que los huesos y los desperdicios; pero el cordero disgustaba á los amos, porque se alimentaba de heno, pan y yerbas. Me regañaban frecuentemente por culpa suya; unas veces se habia comido una ensalada, otras vertido la sal, otras comenzado á roer un pedazo de pan. Y la señora siempre estaba diciendo:

— Hay que esquilarse y venderle por San Martin; no podemos mantener sin mas ni mas un animal, que engorda sin dejar ningun producto.

¡ Ah! la economía se sobreponia en aquella casa á la compasion, á cualesquiera otras consideraciones, no tenia ojos ni oidos; todo debia producir algo. Y el pobre cordero, despues de su lana, no tenia otra cosa que dar mas que su cariño hácia mí; lo cual no habia entrado en las condiciones de mi ajuste.

XCI.

— ¡ Está bien! — dije un día á la señora, — supuesto que vuestra enemistad con el cordero proviene del pan que come, yo le mantendré si quereis, á costa de mi salario. Descontad doce francos de los treinta y seis que me dais al año, y no hay mas que hablar. Vos os aprovechareis de su lana y yo de su amistad, quedando todos satisfechos.

Los señores echaron sus cuentas con los dedos, empezaron á reir y dijeron:

— Estamos conformes.

Desde aquel día quedó reducido mi salario á veinticuatro francos; pero el cordero comió conmigo al pié del banco y en compañía del perro. Ya no hubo en qué tropezar hasta que llegó San Martín.

Sin embargo, una tarde en que yo había ido á ordeñar la vaca y me dejé un momento la jarra de la leche á la puerta del establo, aquel maldito de cordero ve la leche, mete la cabeza en la jarra y empieza á beberla. Con dificultad se bebería valor de un ochavo; pero en aquel momento abre la señora la ventana, que caía enfrente, y empieza á gritar con tanto ahinco, como si la hubieran bebido oro en su faltriquera. Corro, sacudo al cordero, pido perdón á los señores por lo que había hecho el animal, espongo que la culpa la tengo yo en haber dejado la leche en tierra; mas todo es en vano. Desde aquel instante empezaron á mirarnos de sobre ojo al cordero y á mí. Nos acechaban como á dos ladrones, nos daban el pan con tasa, pedían cuentas de los desperdicios; suponían que los tronchos de la verdura destinados á la vaca se los daba al cordero; en fin, ya no tuve sosiego ni paz en la casa. Algunas veces lloraba acariciando al pobre animal; y este parecía comprenderme, y aun mirar con tristeza, poniendo su cabeza sobre mi delantal y fijando en los míos sus tiernos ojitos.

XCII.

San Martín se acercaba. La señora y el señor estaban refunfuñando continuamente sobre que yo descuidaba los intereses de los amos por atender á los animales; decían que tenía el corazón demasiado bueno; que solo trataba de dar gusto al perro y al cordero; que era preciso sujetar al uno en la cadena todo el día, y vender al otro antes que pasasen ferias, pues luego ya no se vendería tan bien. Hice la proposición de quedarme con él, dejando todo el salario que me correspondía de aquel año para rescate de mi pobre amigo. Pero me contestaron que también sería este un mal negocio, porque le permitía hacer destrozos en la huerta y en la co-

na. Entonces trataron una conspiración, que me hace estremecer todavía al haber de referiroslo.

XCIII.

Un sábado por la tarde, cuando ya había concluido mi faena, estaba entretenida en componer mis caletas en mi cuarto, sin acordarme del cordero ni del perro, á quienes había dejado tendidos juntos en la covacha de este último, de repente oigo un gran ruido debajo de mi ventana, pasos precipitados, el cordero que bala, el perro que aulla y rechina los dientes. Arrojo la labor; me asomo á la ventana y veo á un hombre, con las mangas de la camisa remangadas, con un delantal atado á su cintura y un gran cuchillo en su mano derecha, teniendo asido por la izquierda por el cuello al cordero, y esforzándose en sacarle del cuarto del perro, que hacia lo posible por defender á su amigo con la voz y con los dientes. Doy un grito para detener al carnicero, el que no me escucha, antes al contrario, furioso porque el perro le había mordido, clava el cuchillo en el pescuezo del cordero, á mi vista y sin hacer caso de mis gestos ni de mis chillidos. ¡ Ah! aquello me hizo la misma sensación que si hubiera presenciado un crimen, y me pareció ver que inmolaban á un cristiano.

Pero en medio de aquella terrible lucha cayó derribado por el suelo el hombre, y habiendo soltado el cuchillo que acababa de clavar en el cuello del animal, no pudo impedir que el perro y el cordero saltaran por encima de su cuerpo, y se precipitaran instintivamente en la cocina, cuya gran puerta estaba abierta para venir á refugiarse á mi lado. Los dos treparon por la escalera y se echaron debajo de la cama, junto á mis piés, como para salvarse de su asesino. ¡ Pobres animales! ¡ Tenía que ver cómo me miraban y hasta qué punto parecían implorar mi protección! También yo me metí debajo de la cama, á fin de sacar el cuchillo del pescuezo del cordero, el cual me alargó la cabeza y se estuvo quieto durante la operación, como si conociese que quería salvarle y no hierirle. Pero no bien hubé sacado la hoja de acero cuando brotó á chor-

— Estamos conformes.

Desde aquel día quedó reducido mi salario á veinticuatro francos; pero el cordero comió conmigo al pié del banco y en compañía del perro. Ya no hubo en qué tropezar hasta que llegó San Martín.

Sin embargo, una tarde en que yo había ido á ordeñar la vaca y me dejé un momento la jarra de la leche á la puerta del establo, aquel maldito de cordero ve la leche, mete la cabeza en la jarra y empieza á beberla. Con dificultad se bebería valor de un ochavo; pero en aquel momento abre la señora la ventana, que caía enfrente, y empieza á gritar con tanto ahinco, como si la hubieran bebido oro en su faltriquera. Corro, sacudo al cordero, pido perdón á los señores por lo que había hecho el animal, espongo que la culpa la tengo yo en haber dejado la leche en tierra; mas todo es en vano. Desde aquel instante empezaron á mirarnos de sobre ojo al cordero y á mí. Nos acechaban como á dos ladrones, nos daban el pan con tasa, pedían cuentas de los desperdicios; suponían que los tronchos de la verdura destinados á la vaca se los daba al cordero; en fin, ya no tuve sosiego ni paz en la casa. Algunas veces lloraba acariciando al pobre animal; y este parecía comprenderme, y aun mirar con tristeza, poniendo su cabeza sobre mi delantal y fijando en los míos sus tiernos ojitos.

XCII.

San Martín se acercaba. La señora y el señor estaban refunfuñando continuamente sobre que yo descuidaba los intereses de los amos por atender á los animales; decían que tenía el corazón demasiado bueno; que solo trataba de dar gusto al perro y al cordero; que era preciso sujetar al uno en la cadena todo el día, y vender al otro antes que pasasen ferias, pues luego ya no se vendería tan bien. Hice la proposición de quedarme con él, dejando todo el salario que me correspondía de aquel año para rescate de mi pobre amigo. Pero me contestaron que también sería este un mal negocio, porque le permitía hacer destrozos en la huerta y en la co-

na. Entonces trataron una conspiración, que me hace estremecer todavía al haber de referiroslo.

XCIII.

Un sábado por la tarde, cuando ya había concluido mi faena, estaba entretenida en componer mis caletas en mi cuarto, sin acordarme del cordero ni del perro, á quienes había dejado tendidos juntos en la covacha de este último, de repente oigo un gran ruido debajo de mi ventana, pasos precipitados, el cordero que bala, el perro que aulla y rechina los dientes. Arrojo la labor; me asomo á la ventana y veo á un hombre, con las mangas de la camisa remangadas, con un delantal atado á su cintura y un gran cuchillo en su mano derecha, teniendo asido por la izquierda por el cuello al cordero, y esforzándose en sacarle del cuarto del perro, que hacia lo posible por defender á su amigo con la voz y con los dientes. Doy un grito para detener al carnicero, el que no me escucha, antes al contrario, furioso porque el perro le había mordido, clava el cuchillo en el pescuezo del cordero, á mi vista y sin hacer caso de mis gestos ni de mis chillidos. ¡Ah! aquello me hizo la misma sensación que si hubiera presenciado un crimen, y me pareció ver que inmolaban á un cristiano.

Pero en medio de aquella terrible lucha cayó derribado por el suelo el hombre, y habiendo soltado el cuchillo que acababa de clavar en el cuello del animal, no pudo impedir que el perro y el cordero saltaran por encima de su cuerpo, y se precipitaran instintivamente en la cocina, cuya gran puerta estaba abierta para venir á refugiarse á mi lado. Los dos treparon por la escalera y se echaron debajo de la cama, junto á mis piés, como para salvarse de su asesino. ¡Pobres animales! ¡Tenía que ver cómo me miraban y hasta qué punto parecían implorar mi protección! También yo me metí debajo de la cama, á fin de sacar el cuchillo del pescuezo del cordero, el cual me alargó la cabeza y se estuvo quieto durante la operación, como si conociese que quería salvarle y no hierirle. Pero no bien hubé sacado la hoja de acero cuando brotó á chor-

ros la sangre sobre mis manos, y espiró en mis brazos! El perro entre tanto no cesaba de temblar, espantado de ver que degollasen á su compañero, y horrorizado tanto como yo de aquel espectáculo sangriento y cruel! Yo lloraba como él, viendo al pobre animal muerto sobre mis rodillas, el perro aullaba á mis piés, y mis alaridos se confundían con los suyos, y mis lágrimas se mezclaban con la sangre del cordero. ¡Ah! no habia presenciado nunca un crimen; pero aquel me dió cabal idea de los demas, y hasta ahora no se ha borrado de mi memoria.

No acusé al señor. «Son, me dije á mí misma, dueños de lo que les pertenece; el cadáver del animal es suyo, pero al fin su amistad era mia. ¿Por qué me han privado de ella tan á traicion? Vámonos de aquí.»

Besé al perro; le compadecí de quedar en condicion tan dura, pero yo no podia quedarme por dos razones; primera, porque continuamente se me habria estado representando aquella escena horrible, aquella muerte y aquella sangre, y segunda porque el asesinato de mi pobre compañero de cama y de huerta, me habia impresionado de tal modo que en mucho tiempo no hubiera sido mujer para desempeñar la cocina, ni tocar un trozo de carne cruda sin desmayarme. Guardé mis salarios, tomé mi lio debajo del brazo y salí de Tarare sin saber dónde iria á reclinar mi cabeza. No podia ya comprometerme en ninguna casa á desempeñar cualquier clase de servicio, pues la cocina particularmente me repugnaba de un modo invencible.

—Voy á volver al Delfinado, —dige para mí, —y á hacer por ganarme la vida en clase de jornalera, trabajando siempre que pueda en las cercanías de Voiron. Tal vez no se acordará nadie de mi falta, y las gentes honradas me tomarán para cuidar de los niños, ó de los gusanos de seda, ó tambien para lavar y estirar los lienzos.

XCIV.

Una bolsa de doce escudos metida dentro de una calceta, y alguna ropa, era cuanto me quedaba de los salarios de tres años, des-

pues de satisfechos mis gastos. En el camino encontré á un carretero, conocido mio, que traia castañas para venderlas en Lyon, el cual, mediante una peseta que le dí, me permitió subir sobre sus sacos. Me mojé con la nieve, y el frio me penetró en los huesos tanto que al llegar á Lyon tuvieron que bajarme á la puerta del hospital. Allí me recibieron y cuidaron las hermanas de la caridad; con dos de las cuales, que servian en la sala de mujeres, entablé amistad estrecha. Formé tan buena y aventajada opinion de aquel modo de servir á cuantos se presentaban, conocidos ó desconocidos, limpios ó asquerosos, sin exigirles nada, antes por el contrario condescendiendo con ellos, y sin percibir otro salario que el que dará el Señor de todos en el paraíso! ¡Dios mio, qué envidia tenia de ellas!

Quise saber si podia yo ser como ellas, puesto que tambien habia estado sirviendo: á lo que me contestaron que no habia inconveniente, con tal que tuviese buenos informes, un dotecito, y entrase en un convento, del que me enviarían luego, como á ellas, á un hospital.

¿Informes? Si algunos hubiese obtenido no serian favorables seguramente.

¿Un convento? Me hubieran preguntado: ¿de dónde venís y qué traéis?

¿Un dote? Solamente podia disponer de mis treinta y tres francos y mi delantal en que llevaba envueltas mis camisas.

Digo mal; creia tenerlas, pues realmente no las tenia ya. Una mala mujer, convaleciente de su enfermedad y cuya cama estaba próxima á la mia, advirtiéndome que yo miraba muchas veces el lio que tenia puesto sobre mi silla, me habia dicho:

—Vivid alerta, porque en estos asilos de Dios, no se sabe quién es el que se acuesta al lado de una. Por mi parte, ignoro si teneis bolsillo, mas en el caso de que así sea, haced lo que os digo, guardadlo bien.

Entonces me pareció que se interesaba por mí, pero era al revés, no se interesaba sino por ella: su deseo era averiguar si yo

tenia dinero. Saqué de mi lio la calceta en que había puesto mis treinta y tres francos, y la escondí en presencia suya debajo de mi almohada. A poco me acometió una fuerte calentura y ya no volví á pensar en mi tesoro. Aquella mujer salió del hospital mientras yo estuve mala, y cuando, despues de convalecer, fui á buscar mi calceta, no la encontré! Me había robado la infame, durante mi calentura. Qué situación tan horrible haber de regresar así á mi país, despues de una ausencia de algunos años, y causar esta afrenta á mi familia! No pude resignarme á ella, y compré pan, pedí noticias á los viajeros que iba encontrando, acerca del camino, y me dirigí poco á poco por las aldeas á Grémiera, Bourgoing y la Tour-du-pin. Ofrecí mis servicios en todas partes, y en ninguna me los admitieron. Por espacio de quince dias no tuve otra vivienda que los caminos reales, en donde vendí todos mis efectos, unos tras otros, para pagar mi cama y mi pan en las posadas de los arrabales; porque siendo invierno, no había gusanos de seda que cuidar, ni heno que recoger, ni trigo que escardar, ni ningún otro trabajo en que ocuparse una pobre muchacha como yo. Anduve inútilmente de puerta en puerta recorriendo el país de mi padre; en todas partes me decían:

— No necesitamos criada.

— Esta muchacha no tiene documentos que la abonen.

— Su aspecto es enfermizo; si la admitimos nos esponemos á que se nos quedé entre los brazos; quita allá, harto tenemos que hacer con nuestros niños y nuestros viejos.

Y mientras esto pasaba, la nieve y los hielos iban cubriendo los caminos.

XCV.

Ultimamente no me quedaron ya mas vestidos que los que tenía sobre mí, y que, á fuerza de no quitármelos, se les hicieron tantos girones que se me caían á pedazos. Los piés iban tan libres y sueltos dentro de los zapatos como fuera, y los talones se me salían

por los agujeros de las medias; parecia una de esas desastradas, que habiendo entrado en el hospital ó en la cárcel con los vestidos propios de la estacion, salen en el mes de diciembre con un traje de percal, un sombrero de paja para resguardarse del sol y zapatos finos para andar sobre la yerba ó sobre el polvo. Siempre que, al pasar delante de ellos, me veia retratada en los cristales de las ventanas bajas de las casas, me asustaba y me compadecia de mi misma, ocurriéndoseme al punto: «¿Quién querrá dar albergue en su casa á semejante mendiga?»

¡Ah! y por último vine á parar en serlo; ¡mendiga! Si señor, no me avergüenzo de decirlo, he pedido limosna; es verdad que no fué por mucho tiempo; pero he pedido limosna. — ¡Pobre Genoveva! esclamé; ¿os habeis visto precisada á ir de puerta en puerta llamando y pidiendo pan y abrigo para la noche por caridad? ¡Oh! ¡bien lo habeis pagado despues!

XCVI.

Si, señor, — me dijo alzando la cabeza con mas orgullo del que había manifestado hasta entonces, — antes que volver á Voiron, y avergonzar á mi hermana mayor, á mis sobrinas y á mis sobrinos ricos, quise implorar la caridad. Preferí pasar yo por esta vergüenza á causar la otra á toda mi familia. Y cuando ya me quedé sin nada, ni esperanza de encontrar acomodo, me abstuve de entrar en las ciudades y en las poblaciones grandes, me separé de los caminos reales, y me hice esta cuenta:

Mejor es ir por caminos de travesía, así no me verá nadie; y en otro caso, mas vale pedir el sustento á los pobres del campo, por las puertas de los caseríos, que no á los ricos ó á los comerciantes de las grandes ciudades. En donde hay mas miseria, hay mas compasion y menós afrenta.

Es chocante; pero así sucede. No parece sino que los ricos dicen:

— ¡Bah! nunca descenderemos hasta ese estremo.

Y que á los pobres se les ocurre : — Ah ! ¡ mañana, tal vez, nos encontraremos en el mismo estado !

Así es que, comprenden perfectamente la palabra de Dios, que dice :

— Haced por los otros lo que quisiérais que los otros os hicieran.

Además, he visto generalmente que los pobres tienen el corazón ensanchado, mientras el de los ricos está encogido. Verdad es que no siempre sucede así ; porque algunos ricos se complacen tanto en dar cuanto los pobres en recibir. Pero tampoco se llama siempre á la puerta del samaritano. Ofende menos, cuando se baja la cabeza, tener que pasar por las puertas pequeñas que por las grandes. Y por otra parte, los miserables no se escandalizan de la miseria. En sus propias casas falta algunas veces el pan, y sin embargo, lo único que sienten es el hambre que esto les produce.

Me dije, pues : no andes sino es por los campos, y no te detengas mas que á las puertas de las cabañas.

Y de este modo lo pasé mejor.

XCVII.

— Vos direis : ¿ Pero á dónde vais á parar, Genoveva ? — Ah, señor ! no me admira la pregunta. Precisamente esto era lo que me preguntaba yo á mí misma, sin que acertase á contestarme de un modo satisfactorio. Pero como quiera que sea, cada vez me venia aproximando mas á estas montañas entre Voiron y San Lorenzo ; ya porque un instinto parecido al que guía á la liebre al mismo punto de donde partió, fuese el que me hacia volver, sin notarlo yo, al país de mi juventud y de mi amor, ya porque tuviera el confuso presentimiento de que hallaria mas caridad cuanto mas subiese á las montañas, que al fin están mas cerca del cielo ; ya en fin, porque mi ángel tutelar me condujera por la mano sin que yo lo advirtiese, hácia el sitio donde habia de hallar mi salvacion.

entre el día de Navidad y el día de Año Nuevo. Pero no halláramos — **XCVIII.** — Causaba pena y horror el verme ! mi vestido, mis medias, mi pañoleta, mis zapatos atados con cuerdas á los piés, estaban manchados con el lodo de los caminos, mojados con la lluvia y la nieve, hechos pedazos por las piedras y los zarzales de los senderos y de los campos. Pues, sin embargo, hallé buena acogida en todas las cabañas de donde veia salir humo despues de anochecer, y á las que me acercaba á pedir las sobras del pan de maiz, ó un poco de paja ó heno en un rincón para pasar allí la noche. Me hacian aproximarse al fuego, y muchas veces ademas del pan, me daban un poco de leche, de cerveza ó de miel. Lo mas general era que me echasen al establo con las vacas, en donde encontraba todo el calor que me hacia falta, y estaba entretenida viendo rumiar pacíficamente á los animales. Cuando veian que me disponia á salir y continuar mi camino, sin haber descansado ni enjugado mi ropa completamente, me decian :

— Estad aqui todo el tiempo que querais, pobre mujer ; nunca hemos cerrado la puerta á la desgracia. No sabe uno si es su providencia ó su fortuna á la que negaria la entrada en su casa.

— Mas, á pesar de esto, yo no abusaba, y como mis pobres piernas pudieran sostenerme, daba al punto gracias á mis huéspedes, enseñaba alguna oracion á los niños, y me iba á otra parte por no ser gravosa mucho tiempo á unos mismos.

— Es una peregrina — decian algunos — que ha hecho un voto á San Bruno, y que lo cumple en la peor estacion del año.

— Pero se propasaban á mas. Los pobres no son curiosos. Cada uno tiene su idea, dicen para sí, y los secretos de otro no son los míos.

XCIX.

En una palabra, aquella vida no se me habria hecho tan penosa, á no haber tenido que andar conociendo caras nuevas todos los

días, y esto en la estación mas cruda del año. Pero nos hallábamos entre el día de Navidad y el de los Reyes; cuanto mas me encumbraba sobre la montaña, iba viendo deslizarse tanto mas el hielo, la nieve y la niebla como un aceite blanco sobre las ramas de los abetos. Cubrían la tierra con un lienzo que hacia parecerse unos á otros todos los valles, todas las montañas, todos los campos, y todos los caminos. No hubiera distinguido los campos á no ser por las huellas que los pajaritos, los corzos y las liebres dejaban impresas con sus patas sobre el manto de los trigos verdes; no volvía á encontrar las veredas como no me hiciese cargo de las señales desiguales y profundas que el pié firme de las mulas deja en la nieve, hasta que el viento que se levanta por la noche las ha borrado. Algunas veces me equivocaba, hundiéndome en aquel polvo blanco que cubria los hoyos; solo que las ramas de los arbustos me detenían entonces, y gracias á Dios, la única desgracia que tuve fué la de quedarme sin zapatos.

— ¡Bien! — me dije á mí misma al levantarme, — naciste con los piés descalzos, ¿no es verdad? Lo mismo puedes vivir.

Y me reanimaba con estas reflexiones:

— Al fin se derretirá la nieve; y despues de haber andado sin zapatos ni medias sobre el hielo, andarás del mismo modo sobre la yerba tierna y sobre las flores de primavera. Esta es la vida; hay que tomarla como Dios la ha establecido: lo que se saca de no avenirse con ella, es incomodarse mas y mas, y al fin mejor es mirar á lo alto que no á nuestros piés; allí por lo menos se descubre algunas veces el sol ó una estrella. Sigamos adelante.

Y continuaba mi camino.

— Buena Genoveva — la dije — ¡cuánta resignacion y cuánto valor teneis! — Y suspendí mi discurso para admirarla mejor, conmovido segun me encontraba por las palabras de aquella santa mujer.

Entonces ella bajó los ojos y guardó un profundo silencio dejando para el día siguiente, á la hora del *Angelus*, el dar fin á su interesante relacion.

Sin embargo, un día me ocurrió una desgracia. Es decir, faltó poco para que me ocurriese. Con todo, si hubiese muerto allí, no habria dejado de tener una hermosa mortaja.

Habia salido de una quinta, situada á muy grande elevacion en las montañas, con un hermoso sol de invierno, y continuaba subiendo, sin saber á dónde, entre dos gargantas separadas por torrentes que iba atravesando sin verlos, porque los habia cubierto, primero una capa de hielo, y luego con los aludes que al caer se habian detenido sobre aquella corteza. Yo tenia noticias de que se encontraban muchas cabañas dispersas por el lado de la Saboya, así como de que sus habitantes eran afables y humanos. Por esto creí que podria ganarme el pan en aquel sitio, hilando lana negra ó limpiando cáñamo durante el invierno. Proseguia mi marcha con los piés desnudos, confiando en Dios, y abrigando la esperanza de que tal vez iba á dejar de ser mendiga allí; pues siempre me habia avergonzado de comer, como los perros sin dueño, el pan de cualquiera sin ganarlo.

Eran ya las tres ó las cuatro de la tarde: lo conocia por el sol que veia y dejaba de ver por intervalos, á traves de las nubes bajas, pesadas y blanquizas que corrian como rebaños dispersos, á impulso del vendabal. Las montañas crujian como un pan caliente cuando se le rompe la corteza; los abetos silbaban, se doblaban, se rompian por momentos y rodaban con las raices descubiertas y vueltas lo de arriba abajo, con los aludes de nieve y de piedras á las profundidades de los abismos, cuyo fondo no me atrevia á mirar siquiera. Seguí subiendo por el borde del precipicio, guareciéndome del viento á favor de los helados troncos de los árboles, el que me habia llevado ya el sombrero y la peineta, habia ensangrentado mi rostro azotándome con mis cabellos, y parecia querer arrancarme el vestido y arrojarme enteramente desnuda en aquel mar de espumosa nieve. Gritaba, pero inútilmente, porque

yo misma no me oía: conforme iba saliendo el sonido de mis labios, la ráfaga se le iba llevando; tenía tal fuerza que me doblaba los párpados hácia dentro de los ojos.

Por otra parte, aquel viento levantaba tales torbellinos de nieve, dejándolos caer en seguida, que el cielo, la tierra, el aire, la luz, la nieve, estaban confundidos, y no formaban más que un solo elemento, medio trasparente, medio tenebroso, medio sofocante, medio respirable, por entre el cual me adelantaba con los brazos extendidos hácia adelante, como cuando voy al granero, ó á la cueva, sin luz y á tientas.

Por instantes se iba cerrando la noche y yo no me atrevia á dar un paso por temor de caer en los precipicios; en aquel trance me senté sobre la nieve que el viento amontonaba cada vez mas al rededor de mí, subiendo del modo que dicen que la marea sube insensiblemente sobre la arena del mar, para cubrir á los hombres que no se han vuelto á tiempo á tierra. Yo aguardaba mi hora postrera rezando en silencio. No me atemorizaba la muerte; pero la idea de ser desenterrada de allí al dia siguiente por los lobos, y de que éstos destrozaran mi ropa y esparciesen por las veredas mis pobres miembros para que los viese todo el que pasase, me horro- rizaba. Pues á pesar de todo me entró sueño, y de cuando en cuando no podia evitar que mi cabeza cayese sobre la nieve como sobre una almohada. Pero en aquel momento el frio de la lluvia, mezclada con la nieve que me caía sobre la frente, me despavila- ba y me obligaba á ponerme en pié, diciéndome:

¿En dónde estás?

CI.

¡Ah! muy cerca de donde me darian socorro; pero, el viento, el ruido, eran tan fuertes, y la noche tan oscura, que no permitian se me viese ni oyese. Ademas hacia ya tiempo que no gritaba. El viento del Sur se habia calmado un poco, la nieve parecia sentirse tibia, como que se derretia sobre mí, las nubes no

corrian ya tan bajas ni tan de prisa, por entre ellas se principia- ban á ver grandes espacios azules y negros en el cielo, manifes- tándose tambien estrellas que parecian correr llamadas por Dios, así como cuando yo llamé á mis gallinas, y ellas corren á ver si les echo el grano. Pero cuando ocurría esto, la noche se hallaba ya muy avanzada; pareceme que serian entre dos y tres de la madrugada. Habia tiritado, rezado ó soñado sin advertirlo, casi la mitad de aquella noche. ¡Ah, qué noche! Pero tranquilizaos, voy á conta- ros cómo acabó todo.

CII.

Al irme á levantar tuve que hacerlo sobre las piernas, que se me habian hinchado, y sobre los piés que no sentía de puro hela- dos. No veia nada, todo estaba oscuro; cuando de repente oigo cerca de mí el mugido de una vaca, y en seguida el canto de un gallo dormido, que debía estar soñando, ó que habia confundido la luz de alguna estrella con el primer rayo de la aurora.

Me es imposible manifestar lo que sentí al oír á la vaca y al gallo. Mi pensamiento fué: «¡Allí hay hombres!» Creí que me sacaban de lo profundo de un río á donde me hubiera sumergido, y que me colocaban en el palacio y en la cama de una reina. La alegría me hizo caer en tierra, luego me volví á levantar para hincarme de rodillas y dar gracias á Dios, y otra vez apliqué el oído. El gallo cantó otra vez como si quisiera llamarme, y la vaca dió otro mugido, aunque mas débil que el primero. Fui adel- tantándome con cuidado, hasta que muy pronto percibí una man- cha negra de abetos en la falda de una colina, y la sombra de una casa y de una alquería sobre el blanco lienzo de nieve que cubria todo lo demas de la tierra. Pocos minutos habrian pasado, cuando me encontraba ya dentro de un patio alumbrado por las estrellas, y en el que se veia un pozo, un basurero, carros, yugos de bue- yes, y una escalera de madera de abeto para subir á la habita- cion. Pero no se distinguia fuego mirando los cristales, ni se per- cibia voz ni aliento dentro de la casa; y yo no me atrevi á llamar

yo misma no me oía: conforme iba saliendo el sonido de mis labios, la ráfaga se le iba llevando; tenía tal fuerza que me doblaba los párpados hacia dentro de los ojos.

Por otra parte, aquel viento levantaba tales torbellinos de nieve, dejándolos caer en seguida, que el cielo, la tierra, el aire, la luz, la nieve, estaban confundidos, y no formaban más que un solo elemento, medio trasparente, medio tenebroso, medio sofocante, medio respirable, por entre el cual me adelantaba con los brazos extendidos hacia adelante, como cuando voy al granero, ó á la cueva, sin luz y á tientas.

Por instantes se iba cerrando la noche y yo no me atrevía á dar un paso por temor de caer en los precipicios; en aquel trance me senté sobre la nieve que el viento amontonaba cada vez mas al rededor de mí, subiendo del modo que dicen que la marea sube insensiblemente sobre la arena del mar, para cubrir á los hombres que no se han vuelto á tiempo á tierra. Yo aguardaba mi hora postrera rezando en silencio. No me atemorizaba la muerte; pero la idea de ser desenterrada de allí al día siguiente por los lobos, y de que éstos destrozaran mi ropa y esparciesen por las veredas mis pobres miembros para que los viese todo el que pasase, me horro- rizaba. Pues á pesar de todo me entró sueño, y de cuando en cuando no podía evitar que mi cabeza cayese sobre la nieve como sobre una almohada. Pero en aquel momento el frio de la lluvia, mezclada con la nieve que me caía sobre la frente, me despavila- ba y me obligaba á ponerme en pié, diciéndome:

¿En dónde estás?

CI.

¡Ah! muy cerca de donde me darian socorro; pero, el viento, el ruido, eran tan fuertes, y la noche tan oscura, que no permitian se me viese ni oyese. Además hacia ya tiempo que no gritaba. El viento del Sur se habia calmado un poco, la nieve parecia sentirse tibia, como que se derretia sobre mí, las nubes no

corrian ya tan bajas ni tan de prisa, por entre ellas se principia- ban á ver grandes espacios azules y negros en el cielo, manifes- tándose tambien estrellas que parecian correr llamadas por Dios, así como cuando yo llamé á mis gallinas, y ellas corren á ver si les echo el grano. Pero cuando ocurría esto, la noche se hallaba ya muy avanzada; pareceme que serian entre dos y tres de la madrugada. Habia tiritado, rezado ó soñado sin advertirlo, casi la mitad de aquella noche. ¡Ah, qué noche! Pero tranquilizaos, voy á conta- ros cómo acabó todo.

CII.

Al irme á levantar tuve que hacerlo sobre las piernas, que se me habian hinchado, y sobre los piés que no sentía de puro helados. No veía nada, todo estaba oscuro; cuando de repente oigo cerca de mí el mugido de una vaca, y en seguida el canto de un gallo dormido, que debía estar soñando, ó que habia confundido la luz de alguna estrella con el primer rayo de la aurora.

Me es imposible manifestar lo que sentí al oír á la vaca y al gallo. Mi pensamiento fué: «¡Allí hay hombres!» Creí que me sacaban de lo profundo de un río á donde me hubiera sumergido, y que me colocaban en el palacio y en la cama de una reina. La alegría me hizo caer en tierra, luego me volví á levantar para hincarme de rodillas y dar gracias á Dios, y otra vez apliqué el oído. El gallo cantó otra vez como si quisiera llamarme, y la vaca dió otro mugido, aunque mas débil que el primero. Fui adelantándome con cuidado, hasta que muy pronto percibí una man- cha negra de abetos en la falda de una colina, y la sombra de una casa y de una alquería sobre el blanco lienzo de nieve que cubria todo lo demas de la tierra. Pocos minutos habrian pasado, cuando me encontraba ya dentro de un patio alumbrado por las estrellas, y en el que se veía un pozo, un basurero, carros, yugos de bue- yes, y una escalera de madera de abeto para subir á la habita- cion. Pero no se distinguia fuego mirando los cristales, ni se per- cibía voz ni aliento dentro de la casa; y yo no me atreví á llamar

temiendo que me tomasen por una aventurera ó una ladrona. Tampoco podia permanecer en la calle sin esponerme á morir de frio y de miedo en lo que faltaba de noche. La verdad es que tuve hartó atrevimiento; se me ocurrió que debia haber establo, por lo mismo que habia sentido una vaca, y en seguida eché á andar á tientas por la pared de la casa adelante, hasta que encontré una puerta; vi que estaba cerrada del modo que se acostumbra en la montaña, esto es, por una clavija de madera, sujeta con un cordel, la cual se mete en otro pedazo de madera agujereado, lo mismo que un tapon de corcho en el cuello de una botella. Alcé la clavija, empujé la puerta, la volví á cerrar, sin hacer ruido, despues de haber entrado, y me encontré en un establo, en el que conocí por el ruido que habia varios animales, y en donde se estaba tan abrigado como en la sala del señor cura, cuando encendia su estufa para que rezara pacíficamente su breviario.

Las vacas no se movieron; tan solo advertí el sonido de dos ó tres campanillas que tenian colgadas del cuello, y que menearon al levantar la cabeza, para ver quién entraba tan de madrugada en el establo.

CIII.

El abrigo, el calor y el buen olor del establo de las vacas, echadas sobre un tablado de madera bien lavado y bien barrido todos los días, como en la Suiza y en el monte Jura, me reanimaron en pocos momentos, mejor que lo habria hecho un fuego parecido al que tenemos delante, devolviéndome el sentido y el conocimiento. Entonces comencé á andar á tientas, alumbrada solo por la escasa luz que entraba por una ventana, y por los ojos de las vacas espantadas que brillaban como estrellas en aquel fondo oscuro. Seguí luego hasta el interior del establo, en donde se sentia aun mas calor que junto á la puerta, y allí tomé una brazada de heno de un pesebre, y me acosté encima tiritando y empapada en agua de la nieve derretida, junto á una excelente becerria negra que se apartó para hacerme lado y que me calentaba con su aliento, mirando

con temor á la desconocida con quien iba á compartir su cama. La acaricié de palabra y con la mano; habiendo conseguido á los pocos momentos que se familiarizase tanto conmigo y rumiase tan pacíficamente, como si yo fuese la lechera ó la criada del establo. El heno, entre el cual metí mis piés, mis manos y mi cabeza, y la atmósfera templada y el aliento de las vacas, me enjugaron pronto la humedad de la tormenta. Mis miembros entraron en calor al lado de la becerria, como habrian entrado si se les hubiese puesto junto á una buena estufa, sintiendo yo no solo el ardor del hálito de la primera, mas tambien el ruido. Imaginéme estar en un pesebre construido para mí por Dios en lo alto de las montañas, parecido á aquel en donde se refugió la Santísima Virgen, por aquel tiempo en que fué á Belen. Aquel suceso que se me vino entonces á la memoria, me hizo que no tomara como una humillacion esto de tener que mendigar á una bestia la mitad de su cama. Si la elegida por Dios no se avergonzó de ocupar un establo, ¿con qué motivo pudiera yo avergonzarme?

En fin, me quedé dormida tranquilamente al compas de las últimas ráfagas de viento que azotaban las ventanas de la cuadra, y del granizo que se estrellaba contra los cristales.

CIV.

Cuando desperté me sentí tan templada, tan ágil y desembarazada en todos los miembros, como si hubiese dormido toda la noche. Un rayo de luz de la madrugada, apenas perceptible, iba penetrando por entre las rendijas de las ventanas, así como por entre el suelo y la puerta, y á favor de él conocí que me hallaba en un buen establo, cuyas paredes eran tan blancas como el agua de cal, y cuyo techo estaba construido de grandes troncos de abetos sin labrar, por entre los cuales pasaban y colgaban como arañas la yerba y la paja del surtido pajar. Veíanse sobre lucientes estantes clavados en la pared, cucharas de abeto, tan amarillas como el oro, jarras y filas de vasos de barro cocidos y barnizados, hondos

los unos, anchos y con grandes bordes los otros, para que se es- tendiera y reposara la leche en ellos y se pudiera espumar con mas facilidad la nata. Eran nueve las vacas entre chicas y gran- des, á cual mas hermosas y de todos colores, castañas, negras, blancas, listadas, todas gordas con el pelo reluciente y la cola pei- nada. Tenian puestos los collares de cuero con su campanilla, á fin de que el sonido de esta les distragera en invierno recordándo- les los prados.

CV. Pero la admiracion con que yo estaba mirando las vacas, los vasos, la paja, el heno y las cucharas, no impedía que me sintie- se devorada por el hambre y por la sed. Y aunque habia nata en un plato grande inmediato á mí, no me atrevía á tocarle con los labios ni aun con la punta de mi dedo, sin pedir permiso á los amos.

—Ya basta—dije para mí—con haber ocupado un sitio al lado de sus vacas y aprovechádome del calor de sus paredes, sin que les quite tambien la nata.

Creo que me habria dejado morir antes que tocarla.

—Cuando se levanten—decia yo—me darán un pedazo de pan y agua de su pozo, antes de enseñarme por dónde se va á al- guna aldea ó á otra alquería.

Pero ocurriéndome de pronto, que no tenia pañoleta al cue- llo, ni cofia en la cabeza, ni zapatos en los piés, y viendo mi ves- tido manchado y destrozado hasta el estremo de parecer con sus girones una escoba de camino, me entró tanta vergüenza y miedo al considerar el juicio que formarían de mí, viéndome en aquel desastroso estado, que me hallaba dispuesta á marchar sin comer ni beber, con tal de que no me viesen.

Ya lo habia resuelto en mi interior y aun me levantaba para huir, cuando oi pasos hácia la escalera interior de la casa, como de dos personas que bajaban la una de prisa, despacio la otra. A poco se abrió la puerta del establo, y entraron hablando dos mujeres. La

una, que aparentaba ser campesina, tendria diez y seis años lo mas; la otra, que parecia ser el ama de aquella, era una mujer hermosa, y representaba de veinte y tres á veinte y cuatro años. Aunque no se dejaba inclinar hácia atras, y andaba todavía con agilidad, se conocía que estaba en cinta; pues el vestido le subia por delante mas arriba del tobillo, como sucede á las que están ya en el noveno mes de su embarazo.

Quando se me aparecieron aquellos dos semblantes en la puer- ta, á la claridad de la luz, en el instante mismo en que me acaba- ba de resolver á huir, no tuve tiempo para mas que para bajar un poco la cabeza y esconderme detras de la becerra negra. Pensaba que seria esta la última que vendrian á ordeñar las mujeres, y que entretanto podria, antes de presentarme á ellas, componerme el pelo y ocultar mis piés desnudos.

—Claudia—dijo el ama con voz clara, dulce y algo cansada, como suele ser la voz de las embarazadas—¿ayer no pusiste la clavija al salir del establo? Porque estaba quitada cuando hemos bajado.

—Sí, la puse, señora—contestó la jóven;—pero el venda- bal de esta noche habrá meneado la puerta y dejado caer la cla- vija.

Imaginaos ahora lo que yo sufriria, viéndome tan á punto de ser descubierta y acusada con razon, de haber forzado la puerta. No respiraba siquiera.

Hubo un momento en que hablaron de varias cosas. Luego la criada empezó á ordeñar en una vasija de madera blanca, mien- tras la hermosa señora, que no podía inclinarse á causa de su es- tado, permanecía apoyada contra una hoja de la puerta, cruza- das las dos manos sobre su delantal, hablando y riendo con la mu- chacha.

La mitad de mi existencia habria dado en aquel momento por hundirme debajo de la tierra. Al pronto se me ocurrió esconderme entre la paja, debajo del pesebre; pero, reflexionando luego que haria ruido y seria descubierta mas pronto, no lo hice.

Sudaba con frio, yo que tanto habia tiritado la víspera.
Y sin embargo, todo aquello aun no era nada. Estadme atento, señor, que os voy á contar una cosa peor que cuantas os he dicho, y que acaso no ha sucedido jamas.

Mi curiosidad se aumentó viendo la importancia que aquella mujer daba á lo que ella misma iba á contar.

CVI.

Prosiguió así.

Mientras la criada iba ordeñando la segunda vaca, luego la tercera, despues la cuarta, mas allá la quinta, aproximándose cada vez mas al sitio en que yo me encontraba como un reo, sin menearme, dirigí una ojeada á la jóven embarazada, procurando informarme por su fisonomía de su dureza ó compasion. Precisamente entonces uno de los rayos del sol saliente, que dando sobre la puerta iba á reflejar sobre su cabeza, iluminaba su semblante encantador un poco lánguido. Yo abria cada vez mas los ojos hasta ponerlos tan grandes como los pensamientos dobles de mi tiesto. Y era que, cuanto mas miraba, mas me parecia que ya habia visto en otra parte aquellas hermosas facciones, aquel pelo castaño, aquel cuello largo y flexible, aquella boca risueña, aquellos ojos vivos y tiernos, fuego detras de una gasa húmeda.

— Pero es imposible— me decia; — nunca he estado en este pais hasta esta noche espantosa, en que he sido arrojada á él como una paja por la tempestad.

Y á pesar de todo, mis ojos sabian mas que mi reflexion, y me seguian diciendo:

— Tú la has visto. Repasa bien tu memoria; no es esta la primera vez que has visto esa cara. ¡Vamos, piénsalo bien!

CVII.

— ¡Santos cielos!— exclamé de repente en silencio, cayendo hácia atras como si hubiese recibido un golpe en el pecho, y sin-

tiendo un estremecimiento entre los hombros, como pudiera causármele una gotera que me cayese sobre el cuerpo; ¡santos cielos! mis ojos tenian demasiada razon. ¡Desgraciada! ¿En dónde te ocultarás? Ese es el rostro de la jóven que fué una vez á tu tienda de Voiron á mandarse hacer su traje de boda para casarse con... ¡con Cipriano!

Si, ese mismo vestido que trae puesto es el que yo la he hecho... le conozco aun cuando está algo usado... ¡Misericordia!... ¡A dónde me ha arrojado la cólera del Señor! ¡Oh ángel de mi guarda, cúbreme con tus alas, hazme invisible y no permitas mi miseria y mi humillacion ante la que goza justamente de la riqueza, de la buena opinion y de la felicidad que yo tuve en mi mano, y que dejé escapar cuando hice traicion á Cipriano!...

CVIII.

Estas y otras mil cosas se agolpaban á mi imaginacion, mas de prisa de lo que pudieran espresarlas los lábios. Las ideas se asaltaban y se destruian unas á otras dentro de mi cabeza, y me desvanecia como cuando estaba al borde del precipicio que hay al subir aquí. Un color se me iba y otro se me venia, me mordía los lábios, me daba pinchazos para advertirme que no debía gritar. Me hallaba petrificada como la estatua de sal de mi Biblia, ó mas bien, no sabia cómo me hallaba; sentia palpitarme el corazón, y no lo sentia; estaba muerta pareciendo aun viva.

— ¡Pobre Genoveva! ¡Qué situacion tan horrible!— la dije pasándome la mano por los ojos.

CIX.

— ¡Situacion horrible, señor! Haceos bien cargo de ella. Vedme á mí, Genoveva, jóven aun, bastante bella segun decian, buena y honrada trabajadora, tenida como una costurera perfecta, y como una comercianta acomodada, que habia recibido en mi casa

de Voiron á aquella jóven, que la habia vendido como á una niña todo cuanto quiso, que la habia desnudado y vestido en mi propio cuarto y puesto sus pendientes y sus collares, y dejado mas hermosa que una reina, para que fuese á casarse con mi mismo desposado, y á hacer que me olvidase agradándole mas.... Ved á aquella jóven que habia reido y puéstose orgullosa, solo por haber entrado en mi tienda, porque yo la habia vestido y adornado, que me habia creído una muchacha rica y acomodada, casi una señora... que se habia casado con el amor de mi juventud, con mi esposo, que vivia contenta y rica y feliz con él en la casa, que era ya de ellos dos, en aquella misma casa donde se habian celebrado mis desposorios, pues ya reconocí las vacas que Cipriano me habia nombrado en el prado...

Y en seguida vedme á mí, convertida en vil mendiga, deshonorada, salida de la cárcel, corriendo por los campos, despues de haber vendido cuanto tenia, sin techo y sin pan, sin ropa y sin calzado, descubierta por aquella misma jóven que era ya su mujer... ¿Y en dónde? En el establo de las vacas de su marido... ¡Oh! era demasiado. Nunca, nunca ha llegado á tal extremo la desgracia humana...

Esto era lo que á mi se me ocurría, y hubiera preferido que Dios con su poder me trasformase en uno de aquellos animales despreciados, que comen en el pesebre, y que labran la tierra bajo el yugo del arado, á esponerme en el sitio y con el traje que tenia á las miradas de la que habia sido mi rival:

CX.

Pero ¡ah! el tiempo corria, y la pared, contra la cual yo estaba apoyada, no se hacia atras. Mientras estuve confusa é indecisa en mis ideas, la muchacha iba pasando poco á poco de una vaca á otra, y se aproximaba á la última. Digo poco á poco; pero no es esto lo que á mi se me figuraba, pues me parecía que iba ligera como el viento, y sin embargo, confiaba en que habria muchas va-

cas todavia entre la última ordeñada y la negra, con lo cual tendria tiempo para pensar y resolver. ¿Quién sabe, me decia á mí misma, si se irá la señora ó se olvidará la criada de ordeñar la vaca negra, ó esta no dará leche? ¡Todos los recursos de imaginacion emplea una en semejantes casos!

CXI.

Pero todas las ramas caen unas despues de otras cuando está seca la leña. En el momento de dirigirse á la última vaca, cuando concluia de ordeñar la octava, la criada me descubrió, dió un chillido, dejó caer en el suelo la jarra llena de leche, que se derramó toda, y echó á correr á donde estaba su señora, diciendo:

— ¡Una jóven mendiga, allí!

Y señalándome con semblante azorado, siguió corriendo hasta el patio para llamar gente.

Entonces, aprovechando como por instinto aquel momento en que la muchacha asustada se habia precipitado fuera del establo, salí de mi escondrijo, con la cabeza baja y las manos juntas, y me adelanté con serenidad hácia la jóven, que se habia quedado al lado de la puerta. Dió un grito de ternura y manifestó compadecerse viendo mi desnudez, mi actitud humilde y mis vestidos. Me puse de rodillas ante ella, con el rostro casi á sus piés, creyendo que de este modo no me conoceria.

— Perdonadme, la digo; puesto que si me he atrevido á penetrar en vuestro establo, sin pedir permiso, la causa ha sido la tempestad y el frio, que me han arrojado aquí contra mi voluntad: pero ya me voy; y bien veis que no he tomado nada, nada mas que el calor, añadí enseñándole mis manos y mis bolsillos vacios.

Dicho esto me levanté, pero siempre con la cabeza baja; y habiendo hecho un movimiento para pasar por entre ella y la puerta, y evitar, huyendo de aquella casa, el ser vista por los demas que la habitaban; aquella mujer que era humanitaria, me dijo con dulzura y openiéndose á mi salida:

—No, pobre jóven, no os marchareis en ese estado; no se dirá que os hemos dejado salir de esta casa sin haberos hecho probar el pan y calentaros á nuestro fuego. Nos castigaria Dios, permitiendo que se deshiciera nuestra sal y se adelgazaran nuestras vacas. Venid allá arriba y comereis con nosotros.

Mientras hablaba de esta suerte, me miraba atentamente á la cara, la cual no podia yo bajar ni separar de la luz todo lo necesario para impedir que me viese. Así que, dió un grito de repente, diciendo:

—¿Qué es lo que veo?... señorita Genoveva, ¿vos aquí... en ese estado... pidiendo limosna?

Conoci que todo estaba perdido, sin quedarme otra esperanza que su misma compasion para que me dejara marchar; por lo que la contesté bajando la voz:

—Sí, Catalina, yo soy; la costurera de Voiron que os cosió ese vestido con sus manos, y que os puso hermosa para vuestra boda, cuando tambien ella era honrada de todos y rica en su estado. Pero ahora la miseria ha caído sobre mí.

Y cogiendo el bajo de su vestido con mis manos, añadió:

—Por ese vestido de novia que os hice en otro tiempo, en nombre del hijo que llevais en vuestras entrañas, dejadme salir sin beber ni comer; ¡no hagais que me vea Cipriano, vuestro marido, en un estado tal de vergüenza y de miseria!

CXII.

La buena mujer pasó su mano por los ojos, como si mis palabras la hubiesen penetrado en el corazón, pareciendo ser muy compasiva. Mas, de pronto un gran rumor de gentes que bajaban por la escalera de madera se hizo oír, acompañado de la voz de la muchacha que seguía gritando. Cipriano, su anciana madre, el padre y la muchacha, todos á la vez entraron en el establo. En aquel momento me pareció haber sido herida por un rayo; así es que, permanecí de rodillas, con la cabeza inclinada, y teniendo

aun entre las manos el borde del vestido de la mujer de Cipriano. Por desgracia, tambien, un gran rayo de sol estaba dando de lleno sobre mi cabeza; de suerte que parecia que Dios habia querido avergonzarme hasta delante de la luz del cielo.

CXIII.

—Es Genoveva, la tendera y costurera de Voiron, —dijo la jóven á los que iban entrando. —¿Hubiérais imaginado nunca ver como la veis á una señorita tan rica y tan estimada? —añadió señalando mi vestido hecho girones, mis hombros descubiertos, mis cabellos llenos de yerba seca, y mis piés desnudos. —¡Mirad lo que somos!

Cuando se oyó decir Genoveva, todos los semblantes tomaron una espresion severa y adusta, nadie pronunció una sola palabra ni hizo movimiento alguno, á no ser Cipriano que volvió repentinamente como si le hubiesen tirado del vestido, y se puso cara á la pared, con las dos manos sobre las mejillas, para no manifestar el dolor que sentia viéndome en aquel estado.

—Sí, esto es lo que somos, —dijo la anciana contestando mucho tiempo despues á la exclamacion de su nuera; —eso somos cuando Dios nos abandona, y cuando despues de haber estado engañando por mucho tiempo al prójimo, se descubre por fin que somos unos hipócritas, y se nos arroja con desprecio como una flor que huele mal, al basurero.

No respondí nada.

—¡Mejor diriais —esclamó el viejo— que una muchacha que era bastante honrada para no querer robar veinte y cuatro cuartos á un pobre, no tuvo escrúpulo en dar de balde su honor á militares, y el nombre y la vida de su hijo! Pues ya lo sabemos todo. La fama tiene pasos de mula para subir á las montañas.

—Y tambien diriais, —replicó la vieja interrumpiéndole, —que ha faltado muy poco para que semejante criatura no haya sido la mujer de nuestro Cipriano, y que la hemos tenido á nuestro lado

—No, pobre jóven, no os marchareis en ese estado; no se dirá que os hemos dejado salir de esta casa sin haberos hecho probar el pan y calentaros á nuestro fuego. Nos castigaria Dios, permitiendo que se deshiciera nuestra sal y se adelgazaran nuestras vacas. Venid allá arriba y comereis con nosotros.

Mientras hablaba de esta suerte, me miraba atentamente á la cara, la cual no podia yo bajar ni separar de la luz todo lo necesario para impedir que me viese. Así que, dió un grito de repente, diciendo:

—¿Qué es lo que veo?... señorita Genoveva, ¿vos aquí... en ese estado... pidiendo limosna?

Conoci que todo estaba perdido, sin quedarme otra esperanza que su misma compasion para que me dejara marchar; por lo que la contesté bajando la voz:

—Sí, Catalina, yo soy; la costurera de Voiron que os cosió ese vestido con sus manos, y que os puso hermosa para vuestra boda, cuando tambien ella era honrada de todos y rica en su estado. Pero ahora la miseria ha caído sobre mí.

Y cogiendo el bajo de su vestido con mis manos, añadió:

—Por ese vestido de novia que os hice en otro tiempo, en nombre del hijo que llevais en vuestras entrañas, dejadme salir sin beber ni comer; ¡no hagais que me vea Cipriano, vuestro marido, en un estado tal de vergüenza y de miseria!

CXII.

La buena mujer pasó su mano por los ojos, como si mis palabras la hubiesen penetrado en el corazón, pareciendo ser muy compasiva. Mas, de pronto un gran rumor de gentes que bajaban por la escalera de madera se hizo oír, acompañado de la voz de la muchacha que seguía gritando. Cipriano, su anciana madre, el padre y la muchacha, todos á la vez entraron en el establo. En aquel momento me pareció haber sido herida por un rayo; así es que, permanecí de rodillas, con la cabeza inclinada, y teniendo

aun entre las manos el borde del vestido de la mujer de Cipriano. Por desgracia, tambien, un gran rayo de sol estaba dando de lleno sobre mi cabeza; de suerte que parecia que Dios habia querido avergonzarme hasta delante de la luz del cielo.

CXIII.

—Es Genoveva, la tendera y costurera de Voiron, —dijo la jóven á los que iban entrando. —¿Hubiérais imaginado nunca ver como la veis á una señorita tan rica y tan estimada? —añadió señalando mi vestido hecho girones, mis hombros descubiertos, mis cabellos llenos de yerba seca, y mis piés desnudos. —¡Mirad lo que somos!

Cuando se oyó decir Genoveva, todos los semblantes tomaron una espresion severa y adusta, nadie pronunció una sola palabra ni hizo movimiento alguno, á no ser Cipriano que volvió repentinamente como si le hubiesen tirado del vestido, y se puso cara á la pared, con las dos manos sobre las mejillas, para no manifestar el dolor que sentia viéndome en aquel estado.

—Sí, esto es lo que somos, —dijo la anciana contestando mucho tiempo despues á la exclamacion de su nuera; —eso somos cuando Dios nos abandona, y cuando despues de haber estado engañando por mucho tiempo al prójimo, se descubre por fin que somos unos hipócritas, y se nos arroja con desprecio como una flor que huele mal, al basurero.

No respondí nada.

—¡Mejor diriais —esclamó el viejo— que una muchacha que era bastante honrada para no querer robar veinte y cuatro cuartos á un pobre, no tuvo escrúpulo en dar de balde su honor á militares, y el nombre y la vida de su hijo! Pues ya lo sabemos todo. La fama tiene pasos de mula para subir á las montañas.

—Y tambien diriais, —replicó la vieja interrumpiéndole, —que ha faltado muy poco para que semejante criatura no haya sido la mujer de nuestro Cipriano, y que la hemos tenido á nuestro lado

allá arriba, vestida de sedas y encajes, en la mesa de los desposorios.

— ¡Ah! padres míos, — exclamó Cipriano, dejando caer sus brazos y volviéndose hácia nosotros con los ojos encendidos y húmedos, — no la hagais cargos; es verdad que me ha sido infiel, — continuó sollozando, — pero soy tan dichoso con Catalina, y es tan desgraciada Genoveva, que no se la debe injuriar.

— ¡Oh! sí, señor Cipriano, — dije volviéndome, bien que siempre de rodillas hácia donde oía su voz, pero sin atreverme á levantar los ojos; — ¡oh! sí, he sido muy infiel con vos; deberíais aborrecerme, pero veo que seguís siendo bueno, y una vez que sois muy feliz con esa otra mujer que es mucho mas buena y hermosa que yo, perdonadme lo pasado y permitidme que vaya á buscar la vida á otra parte. Ignoraba que estuviere en vuestra casa. ¡Antes habria querido entrar por la puerta del purgatorio que por aquella! Pero la noche y Dios me han hecho ir á parar á la única alquería á donde yo no quisiera nunca!

CXIV.

Durante esta conversacion con Cipriano, aunque con la vista en el suelo y llorando amargamente, oí las pisadas de otros zapatos que bajaban precipitadamente por la escalera del granero, en donde se hallaba el cuarto que me habia dicho Cipriano en otro tiempo seria para mí; viendo en seguida dibujarse la sombra de una cuarta mujer en el sitio alumbrado por el sol en que yo estaba de rodillas, y aumentar el grupo de las tres mujeres que tenian fija su mirada en mí desde el lado de la puerta.

— ¡Oh! no, no nos da pena, — dijo otra vez el viejo, — que no hayais querido ser nuestra nuera; muy de otro modo, damos gracias á Dios todos los dias por ello. ¡Qué fama hubiérais proporcionado á un país de buenas gentes como es el nuestro!

— ¡Oh, no, ni Cipriano ni nosotros lo sentimos! — repitió la vieja. — ¡Dios nos ha hecho mil favores, permitiendo que os per-

dais, como lo ha permitido, antes de que nuestro nombre se hubiese unido al vuestro, como el agua de la roca con el agua del arroyo! Andad, señorita Genoveva, andad mala hija y mala madre, á comer el pedazo de pan que se os arrojará, y aprended bien el camino para no volver nunca á esta casa. Cierta clase de personas no deben ir nunca á donde las conozcan.

— ¡Genoveva! — pronunció una voz que resonó en mi oído como si fuera la campana de mi bautismo ó de mi primera comunión. — ¡Genoveva! ¡Cómo! ¿esa jóven desnuda y mendiga, á quien estais insultando hace una hora, y que solloza á vuestros piés, es Genoveva?... ¡Ah, vosotros si que deberíais estar á sus plantas!

Dicho esto, echó á correr precipitadamente por entre el grupo de las tres mujeres, del viejo y de Cipriano, para tomarme en sus brazos.

— ¡Ya lo veis! ¡yo no me desdeño de abrazarla! — añadió.

Levanté la cabeza, abrí los ojos cuando oí aquella voz y observé aquel movimiento, y á través de mis lágrimas, que casi me cegaban, reconocí... ¡sin duda lo habreis adivinado! A la tia Belan, la comadre de Voiron, á la que habia hecho salir de la cárcel, entrando yo en su puesto.

CXV.

La comadre Belan me hizo levantar, y me dió veinte besos, lo menos, á presencia de toda aquella gente asombrada, como si fuera alguna pariente suya. ¡La hice señas para que callase y me dejara pasar por lo que era!

— ¡Pues bien! ¡ya es demasiado! — gritó dando con el pié sobre el entarimado de las vacas, y poniéndose en jarras para mirar al padre y á la madre, que hacian con los labios gestos de disgusto.

— ¡No, no puedo consentir en ello mas! quiero mejor faltar á mi palabra para salvar á una buena muchacha, que cumplirla per-

mitiendo que se condene y envilezca á una inocente.

La tapé la boca con mi mano, y la hice un gesto suplicante con los ojos. Apartó la mano de sus labios, y volviéndose hácia el padre, la madre, la criada, Cipriano y su mujer:

— Lo diré todo, una vez en mi vida, — dijo con exaltacion.

¡Y bien! ¿sabeis vosotros á quién injuriais, á quién despreciáis, á quién tratáis del mismo modo que á una barrendera pública?

Nadie contestó.

— ¡No!... pues yo os lo diré, y esto os enseñará á no hablar, sino cuando sepais lo que vais á decir.

— Vamos á ver, ¿á quién? — preguntó el anciano, mas atrevido que los otros.

— ¡A la jóven mas honrada de todo Voiron, y á la victima voluntaria que se ofrece á sufrir por el mal que otro ha hecho!

Y al decir esto, daba tales golpes con el pié, miraba á todos con un aire tan seguro, levantaba tanto la voz y se recalcaba de tal suerte en las palabras, como si intentase desafiar al mismo Dios á que la desmintiese, que todo el establo se conmovió, el padre, la madre, Cipriano, su mujer y la criada, mudaron de semblante, y acercaron sus rostros al de la tia Belan, para oirla mejor.

Entonces, á pesar de todo cuanto hice para evitarlo, lo contó todo, ¡todo, señor! Mi cariño extraordinario hácia Pepita, mi promesa de hacer con ella las veces de madre, el disgusto que me causó haber tenido que renunciar á Cipriano por no dejarla, el matrimonio secreto de aquella imprudente niña con el sargento, su hijo, su muerte, la acusacion contra la comadre, mi resolucion de cargar con la falta de mi hermana para salvar su memoria, y su cruz de virgen, mi generosidad (así la llamó, señor) de ir á sacarla de la prision, y de quedarme yo en su lugar, permitiendo que me creyeran culpable de lo que no era; en fin, todo.

— Y sin embargo — dijo haciéndome callar á la fuerza cuando iba á detenerla ó contradecirla — ¡ahí la teneis! Todavía quisiera ser envilecida y despreciada delante de vosotros, y prefiere sufrir

la miseria, la vergüenza, el hambre y el frio, á reclamar lo que le pertenece: su reputacion y su virtud.

— Lo que he dicho, lo sostengo — añadió al concluir; en seguida me besó otra vez llorando, y me dijo:

— Señorita Genoveva, perdonadme; estoy segura de que vuestra pobre hermana me perdonará tambien en el paraíso. ¡Si esta gente no os hace justicia, venid á mi casa, os trataré como á una hija, y me gloriaré delante de todo Voiron de partir mi cama y mi pan, con la mas honrada y la mas pura de las jóvenes del país!

CXVI.

Todos guardaban el mayor silencio, contentándose con llorar únicamente. Cipriano se puso de rodillas con su mujer á mi lado.

— Perdonad — me dijo, — que no hayamos acertado á comprenderos. Pero reparad que ha sido vuestra la culpa. Siempre dije yo, que en todo esto debia haber algun misterio, y que al despediros de mí en el puente, no teniais intencion de burlaros de mi amistad y de hacerme traicion. Mas ¿qué quereis? Toda la falta de mis padres está en haber sido engañados; hay que perdonársela. Las nieblas del valle son nubes en la montaña. No hemos visto claro hasta hoy. Pero escuchad, mi mujer os amará mucho, y mis padres se conducirán con vos, como con una hija perdida cuando se la vuelve á encontrar; yo desempeñaré para con vos el puesto que nuestro hermano el soldado desempeñaría si hubiese vuelto al país. Tengo ya dos hijos, y acaso esta noche nacerá el tercero, por lo cual se encuentra aquí la comadre; ¡ha parecido cosa de milagro! ¡Dios es Dios; lo que las gentes llaman encuentros casuales, nosotros lo atribuimos á la Providencia! Mi madre es anciana, mi padre está cansado, Catalina tiene hartó con cuidar de sus tres hijos, sin pensar en los que podrán venir; por lo tanto nos hace falta una criada para la casa.

— Si, — dijo Catalina interrumpiéndole, — lo mismo iba á proponerla yo.

— Sí, — dijo el viejo, — eso me traerá á la memoria el suceso de los veinte y cuatro cuartos; ¡no tendré miedo de que esta nos robe!

— Sí, — dijo la madre, — eso me hará pensar en el festin de los desposorios. ¡Servia tan bien la mesa!

— Sí, sí, sí, — dijo la comadre, haciendo que Catalina y yo nos besásemos; — venid, Genoveva, os prestaré ropa blanca, una gorra, un vestido y zapatos, para éyitar que entreis con esos harapos de mendiga en la casa donde entrasteis en otra ocasion con los vestidos de novia. En seguida irémos á comer la sopa.

CXVII.

De este modo llegué á ser criada, y con gran placer, de la casa en que debiera haber sido ama; pero sin guardar el menor rencor, recordando con gusto que habia amado á Cipriano y amando mas á su mujer por razon de él.

CXVIII.

En aquel estado permanecí tres años y dos meses. Llegué á tomar cariño á la casa, á mi situacion, á los niños, á las vacas, al establo en que me acostaba, no como la primera noche, sino en una buena cama, y hasta me habia aficionado al ruido de las campanillas de los animales. Durante los meses de verano, mi principal ocupacion era guardar las terneras en los prados de la montaña, y hacer calceta ó rezar al lado de los abetos. Cuando los torbellinos de nieve azotaban las cimas de los árboles y empolvaban los prados, me decia á mí misma:

— ¡Hé ahí lo que debia ser tu sepulcro, y lo que te ha conducido á una buena casa, en donde no te persigue la vergüenza, ni el frio, ni el hambre!

¡Ah, señor, la gracia de Dios no se sabe nunca por dónde pasa! ¡Jamás se cree en ella lo suficiente! Pensando en esto no me inquietaba ya por cosa alguna.

CXIX.

Y sin embargo, hacia mal! Nunca se debe provocar á Dios, ni por demasiada desconfianza, ni por un exceso de presuncion. Sucede frecuentemente que la felicidad está muy cerca de donde se la cree muy lejos, y la desgracia se halla detras de la puerta.

¡La desgracia!... ¡oh, y qué desgracia!... Ninguno la hubiera esperado tal como aconteció.

Sabeis lo que voy á contaros, señor, pues aun cuando sois jóven, no hace todavía mas que diez años de lo que voy á decir. Habeis oido hablar de la enfermedad que se llama la peste y que mató á tanta gente mientras estuvo, primero en el llano y despues en estas montañas, diciéndose que aquí la tomaron las águilas para pegársela á los pájaros, estos á las gallinas, las gallinas á los insectos, y los insectos á los hombres. Pues llegó hasta nosotros; primero atacó al cura, como si quisiera deshacerse del pastor para destrozár mas á sus anchas el rebaño; despues fué llamando casa por casa á la mayor parte de las puertas. El carpintero y sus dos hijos no tenian manos para hacer ataúdes. Pero bien pronto murió uno de los dos hijos, luego el otro, y por fin el padre; al cual fué preciso enterrar ya sin ataúd, y solamente envuelto en su mortaja.

Tan pronto como se manifestó la enfermedad, abandoné las vacas y solo me cuidé de la asistencia á los pobres enfermos. Como era de la ciudad y estaba mas enterada de las medicinas, Cipriano y su mujer habian consentido en que fuese á ayudar á las dos hermanas de la Caridad, que subieron desde Grenoble para asistir á los moribundos, principalmente en lo que tuviese por objeto cuidar de las enfermas de la aldea. Les ayudaba en sus tareas por amor de Dios; y ellas me enseñaron todos los remedios que para esta enfermedad se usan en los hospitales. Así que, cuando una y otra encontraron la muerte en aquella obra de misericordia, yo sola tuve que reemplazarlas en todo el país.

Pero ¡ah! la muerte acertó tambien con la puerta de la casa de

Cipriano, sin que bastase á impedirselo el hallarse esta apartada y en la mejor situacion para recibir el aire sano y refrescante que baja de las nieves. Arrancó de mis brazos al padre, despues á la mujer de Cipriano con sus tres niños pequeños, en tres dias, y por último al mismo Cipriano que murió, parte de enfermedad y parte de sentimiento. Yo me quedé á velarle la noche de su muerte y le quité su anillo nupcial para llevarle, al menos despues de su muerte, en memoria de nuestros desposorios. ¡Dios me lo perdone! ¡Ah! creia que no pensaba ya en lo pasado, entonces conocí que le amaba sin saberlo. Los ojos son como aquellas naranjas que yo exprimía para hacer su medicina; una vez exprimidos se cree que ya no les queda dentro mas agua amarga; pero si se les vuelve á exprimir, todavía se les encuentra algo; solo que entonces ya no corre.

La anciana fué la única que se resistió.

—Genoveva— me decia, —la muerte no quiere llevarme por la ofensa que os hice; fui muy inflexible cuando vuestro desposorio. Por eso Dios me castiga ahora. Quiero marcharme á casa de unos parientes.

CXX.

En aquellos dias fué cuando vino á la parroquia el nuevo cura, amigo vuestro, á reemplazar al cura ya difunto, del mismo modo que un soldado va á la brecha para cegar el foso con su cuerpo, ó para mantener izada la bandera un momento mas. Ninguna criada de allá abajo habia querido servirle; verdad es que el único salario que podia darles, era el trabajo de socorrer á los que estaban agonizando, y el tener que dar la leche de su cabra á los huérfanos, á quienes la peste habia dejado sin madres. Pero aquel pobre jóven, á pesar de lo humano y misericordioso que era, no podia hacerlo todo; le faltaban las manos hábiles y cariñosas para aquellas criaturas, de una mujer acostumbrada á tratar con los enfermos y los niños. Por esto le pregunté si queria admitirme á su servicio, puesto que conocia el lugar y sabia hacer un poco de todo.

—En cuanto á salario, señor cura, nada tenemos que hablar. Con tal que me deis de comer y de vestir, y me dejéis las noches libres para hilar lana ó hacer calceta, no necesito mas. No era tan rica cuando subí aquí; bien podré bajar pobre si me despedis alguna vez.

Bajo estas bases formalizamos mi ajuste, y comenzó mi última colocacion.

CXXI.

¡Ah, señor, qué feliz he sido, y cómo Dios me tenia preparada despues de tantos trabajos la compensacion de mis sufrimientos! ¡Un hombre tan bueno, tan caritativo, tan limosnero, que no reservaba para sí una onza de sal, ni una verdura de la huerta; siendo preciso que lo hiciese yo por él! Jamas hablaba en un sentido ambiguo. Triste siempre, pero siempre reservado. La cocina no me daba qué hacer mas que si hubiese sido para una mosca. En cambio nunca faltaba pan en la mesa para cuantos llamaban á la puerta. Una vaca, una cabra, un perro y pájaros, era de lo que tenia que cuidar, en la galería tiestos de flores. Aquí estaba sentada todo el dia con la mayor tranquilidad, y con los piés puestos al sol que entraba por debajo de la puerta. Las mujeres pobres venian á hacerme compañía por el invierno, bajo la caliente bóveda del hogar. Mi única ocupacion era encender las luces para los bautizos, y tomar los dulces que me daban los padrinos y madrinas al salir de la iglesia. Por las mañanas rezaba cuanto queria en el coro, y lo mismo al anoecer. En una palabra, ¡era feliz, señor, y por lo tanto, aquel estado no podia durar!

CXXII.

—Y ahora,—la digo,—¿qué vais á hacer, buena Genoveva?

—¡Ah, señor! estoy tranquila sobre ese punto;—me respondió.—El que me trasladó como por la mano desde mi sepulcro bajo la nieve, al caliente establo de la madre de Cipriano, sabrá condu-

irme otra vez á donde me convenga. Por ventura, ¿se han acabado ya los establos en la montaña? ¿Y no me conocen aquí todos y aun me aman? Puedo alabarme de ello. Hay muchas buenas gentes que me tendrán en su casa y me alimentarán por mi trabajo de escardar en la primavera, de espigar en verano y de hilar en invierno. Lo único que yo pido es lo necesario para vivir; que no me parece mucho, mayormente si se atiende á que la gente en este país es generosa. No os cuideis de mí. Y por otra parte, si caigo enferma, conozco á las hermanas de Grenoble, que no me dejarían sin una buena cama en el hospital. ¿Qué otra cosa se necesita para morir?

— ¡Oh! — la dije, — confío en que después de pagar las deudas de mi pobre amigo, quedará para vos un pequeño peculio procedente del importe de los muebles, lo cual os rogaré que aceptéis como legado del cura y un recuerdo mio.

— ¡Ah, señor! No os cuideis de mí. Pues qué, ¿no se cuida Dios y seguirá cuidándose hasta que me coloquen debajo de la yerba de Cipriano y de su mujer, á los piés de mi pobre señor, en el cementerio? Para todos hay camas preparadas en el último albergue de Dios. La dificultad está en llegar á él con la conciencia limpia y libre de remordimientos.

— Y por último, mirad, — añadió levantándose con precipitación de su silla, y sacando del armario un libro de misa, rozado y ennegrecido por el humo, el cual abrió por una página, señalada con un pedazo de papel hecho cuatro dobleces; — mirad, voy á decir os otra cosa por la que no he querido salir nunca de mi situación de criada.

CXXIII.

Una tarde del invierno pasado, llegó aquí un anciano vestido de ermitaño, pidiendo que se le permitiese pasar la noche en la casa parroquial. Y aunque el señor cura había bajado á Grenoble, esto no obstante, hice buen recibimiento al pobre peregrino. Le dispuse de cenar huevos cocidos, le preparé cama y fuego, y pasa-

mos hablando juntos, como nosotros lo hacemos ahora, hasta cerca de media noche. ¡Ah, señor, no he oído jamás hablar á ningún hombre como aquel, si se exceptúa al señor cura cuando hablaba de Dios en el púlpito! De rato en rato le miraba al soslayo para asegurarme de que no era un ángel disfrazado. En fin llegué á pedirle que me enseñase alguna oración correspondiente á mi clase y á mi estado.

Cuando se despidió, al día siguiente, me entregó este pedazo de papel que había escrito con la pluma del señor cura, y me dijo que le leyera á menudo acordándome de él. Aquí le teneis; leedle.

Lei:

ORACION DE UNA CRIADA.

« ¡Dios mio! concededme la gracia de que se me haga dulce la servidumbre, y la acepte sin murmurar como estado que nos habéis impuesto á todos al enviarnos á este mundo. Si no nos servimos unos á otros, no servimos á Dios, puesto que la vida humana solo es un servicio recíproco. Los mas felices son los que sirven á su prójimo sin esperanza de retribucion y solo por amor vuestro. Pero nosotras, pobres criadas, tenemos la precision de ganar el sustento que vos no nos asegurásteis al nacer. Acaso por esto mismo seamos mas agradables todavía á vuestros ojos, si logramos comprender nuestro estado; pues no cabe duda que además del trabajo, pasamos por la humillacion del salario, viéndonos obligadas muchas veces á aceptar este en pago de servicios que hacemos á los que amamos.

« ¡Pertenece á todas las casas, y las casas pueden cerrar-nos sus puertas; pertenece á todas las familias, y en todas las familias está la facultad de rechazarnos; educamos los niños como si fuesen nuestros propios, y cuando ya están educados no nos reconocen por madres suyas; ahorramos su dinero á nuestros amos, y una vez ahorrado es para otros la utilidad, para nosotras nada! ¡Tomamos cariño al hogar, al árbol, al pozo, al perro del

irme otra vez á donde me convenga. Por ventura, ¿se han acabado ya los establos en la montaña? ¿Y no me conocen aquí todos y aun me aman? Puedo alabarme de ello. Hay muchas buenas gentes que me tendrán en su casa y me alimentarán por mi trabajo de escardar en la primavera, de espigar en verano y de hilar en invierno. Lo único que yo pido es lo necesario para vivir; que no me parece mucho, mayormente si se atiende á que la gente en este país es generosa. No os cuideis de mí. Y por otra parte, si caigo enferma, conozco á las hermanas de Grenoble, que no me dejarían sin una buena cama en el hospital. ¿Qué otra cosa se necesita para morir?

— ¡Oh! — la dije, — confío en que después de pagar las deudas de mi pobre amigo, quedará para vos un pequeño peculio procedente del importe de los muebles, lo cual os rogaré que aceptéis como legado del cura y un recuerdo mio.

— ¡Ah, señor! No os cuideis de mí. Pues qué, ¿no se cuida Dios y seguirá cuidándose hasta que me coloquen debajo de la yerba de Cipriano y de su mujer, á los piés de mi pobre señor, en el cementerio? Para todos hay camas preparadas en el último albergue de Dios. La dificultad está en llegar á él con la conciencia limpia y libre de remordimientos.

— Y por último, mirad, — añadió levantándose con precipitación de su silla, y sacando del armario un libro de misa, rozado y ennegrecido por el humo, el cual abrió por una página, señalada con un pedazo de papel hecho cuatro dobleces; — mirad, voy á decir os otra cosa por la que no he querido salir nunca de mi situación de criada.

CXXIII.

Una tarde del invierno pasado, llegó aquí un anciano vestido de ermitaño, pidiendo que se le permitiese pasar la noche en la casa parroquial. Y aunque el señor cura habia bajado á Grenoble, esto no obstante, hice buen recibimiento al pobre peregrino. Le dispuse de cenar huevos cocidos, le preparé cama y fuego, y pasa-

mos hablando juntos, como nosotros lo hacemos ahora, hasta cerca de media noche. ¡Ah, señor, no he oído jamás hablar á ningún hombre como aquel, si se exceptúa al señor cura cuando hablaba de Dios en el púlpito! De rato en rato le miraba al soslayo para asegurarme de que no era un ángel disfrazado. En fin llegué á pedirle que me enseñase alguna oración correspondiente á mi clase y á mi estado.

Cuando se despidió, al día siguiente, me entregó este pedazo de papel que habia escrito con la pluma del señor cura, y me dijo que le leyera á menudo acordándome de él. Aquí le teneis; leedle.

Lei:

ORACION DE UNA CRIADA.

« ¡Dios mio! concededme la gracia de que se me haga dulce la servidumbre, y la acepte sin murmurar como estado que nos habéis impuesto á todos al enviarnos á este mundo. Si no nos servimos unos á otros, no servimos á Dios, puesto que la vida humana solo es un servicio recíproco. Los mas felices son los que sirven á su prójimo sin esperanza de retribucion y solo por amor vuestro. Pero nosotras, pobres criadas, tenemos la precision de ganar el sustento que vos no nos asegurásteis al nacer. Acaso por esto mismo seamos mas agradables todavía á vuestros ojos, si logramos comprender nuestro estado; pues no cabe duda que además del trabajo, pasamos por la humillacion del salario, viéndonos obligadas muchas veces á aceptar este en pago de servicios que hacemos á los que amamos.

« ¡Pertenece á todas las casas, y las casas pueden cerrar nos sus puertas; pertenece á todas las familias, y en todas las familias está la facultad de rechazarnos; educamos los niños como si fuesen nuestros propios, y cuando ya están educados no nos reconocen por madres suyas; ahorramos su dinero á nuestros amos, y una vez ahorrado es para otros la utilidad, para nosotras nada! ¡Tomamos cariño al hogar, al árbol, al pozo, al perro del

patio, y nuestros amos nos dejan cuando quieren; sin hogar, sin árbol, sin pozo y sin perro: y hasta cuando el amo muere no tenemos derecho para ponernos de luto; Parientes sin parentesco, hijas sin madres, madres sin hijas, corazones que se dan y nadie los toma; tal es la suerte de las criadas ante vos! Concededme que comprenda los deberes, las penas y los consuelos de mi clase, y que despues de haber sido acá abajo una buena sirvienta de los hombres, sea allá arriba una criada feliz del Señor perfecto!

CXXXIV.

Aquí dió fin la relacion de Genoveva.

Luego que concluyó de hablar, siguió haciendo calceta con la mayor tranquilidad, lo mismo que si yo no hubiese interrumpido su trabajo, ni el curso ordinario de sus pensamientos, escepto para pedirle alguno de aquellos pequeños favores que le pedía continuamente. Se la figuraba que una relacion tan sencilla no debía obligarla á descansar despues de haberla concluido, y menos aun creía que pudiera causarme la menor admiracion. Y no es extraño, porque no se acordaba nunca de sí misma, ni se atribuía en el pensamiento ageno, ni en el suyo propio, mas importancia que si fuera una de aquellas pajas que pisaba con sus zapatos y que acercaba al fuego con la escoba. En mi vida había visto un desinterés tan completo como el que manifestaba aquella buena mujer.

Durante largo rato, despues que ella dejó de hablar, estuve contemplando el fuego de la chimenea sin decir una sola palabra, pues no me atrevia á avivar mas aun en aquel corazon sencillo los recuerdos de Cipriano, de Pepita y de Jócelyn. Poco faltó para reprehenderme aquella curiosidad que le había costado algunas lágrimas. ¿A qué agitar el agua que está serena, solo por el gusto de coger la arena que hay en el fondo, y mirarla al sol? Aquella arena se formó para permanecer debajo del agua. Pues otro tanto sucede con el barro puro ó impuro de una vida oculta. Se le debe dejar en el fondo de su cauce.

Llamé á mi perro y fui á acostarme sin despedirme de Genoveva, andando de puntillas por la cocina y el corredor para no distraerla con el ruido de mis pisadas. Así que, continuó haciendo calceta.

CXXXV.

Al otro dia, advertí desde muy temprano que Genoveva iba y venia, llamaba á las gallinas, acariciaba al perro, echaba de comer á los pájaros, regaba los fiestos, fregaba los suelos, encerraba las maderas, abria la puerta á los que llamaban, y hablaba con los transeuntes como siempre. Esto no obstante, como era el dia de la venta en pública subasta de todos los objetos de aquel pobre ajuar, que venia á ser, como quien dice, parte de su existencia, estaba algo afectada viendo que se los iban llevando unos tras otros. Por fortuna la operacion no duró mucho tiempo. Antes de las diez de la mañana ya no habían dejado cosa alguna los vecinos, queriendo todos tener á cualquier precio alguna cosa que hubiese pertenecido á su difunto amigo: el uno el tablado de la cama, el otro la mesa, este la escribanía, aquel el crucifijo de latón, las mujeres una gallina, las muchachas un rosario. La madre de Cipriano compró la cabra; cosa que Genoveva la había recomendado con la mayor eficacia. Yo compré el perro para mí, y los pájaros para la criada. A esta la costaba un llanto cada cosa que se vendia y sacaban del patio. Luego que desaparecieron todos los trastos nos retiramos tristemente los dos, sin tener silla en que sentarnos. Las tapias parecían mirarnos y decirnos: ¡Hé aquí lo que es una casa en donde se encierra tanto amor, felicidad y dichas para el hombre cuando está llena; cuatro piedras unidas por un poco de cal, y cubiertas con cuatro tejas!

— ¡Lo que somos! — exclamaba Genoveva tocando aquellas paredes desmanteladas y cubiertas, solo en la parte que correspondia al sitio que habían ocupado los muebles ausentes, de polvo negro y de telarañas. — ¿Merece esto que se le tome cariño? Por ventura, ¿vale mas que cuatro puñados de tierra sobre el

cuerpo? En cuanto á mí no tengo casa; pero me consuelo con la esperanza de que nunca me faltará un rincón cualquiera bajo las piedras y el techo de los demás.

En seguida nos pusimos á comer al lado de la fuente un pedazo de pan que habíamos guardado; desmenuzando, empero, y arrojando algunas migajas para las golondrinas de Jocelyn, y para los pajaritos que acudieran cuando nosotros nos marchásemos.

CXXXVI.

—Os vendreis conmigo á casa de mi madre,—dige á Genoveva;—dormireis en compañía de una de las criadas de la casa, y comereis nuestro pan por todo el tiempo que necesiteis para encontrar una buena colocacion en el país. Mi madre es muy parecida á vos en el corazón, tiene tambien una alma sensible y tierna como la vuestra, y ademas se ha constituido en criada voluntaria de todo el país: de día no cesan de importunarla, y de noche rara es la que no la hacen despertar para alguna cosa; es pobre de dinero, pero rica de corazón como vos; que viene á ser lo mismo, Genoveva; pues dígase lo que se quiera hay mas amistad y ventaja en un corazón que en un escudo.

—Ciertamente,—dijo ella sonriendo;—nunca habia pensado en eso; ¿y por qué así?

—¿Por qué? Es muy sencillo; porque un escudo nunca pasa de ser un escudo, mientras que un corazón es una infinidad de cosas. Ademas, el uno vive, y el otro está muerto.

—Y ademas, el uno tiene calor, y el otro es frío,—añadió Genoveva.

Esto nos hizo parar en reir, aunque llorando.

CXXXVII.

—Con que, marchemos cuando querais,—vino á decirme un momento despues, trayendo debajo del brazo en un delantal, toda

su fortuna, que consistia en un poco de ropa blanca, y en unos cuantos objetos que habia en el armario.

—¡Vamos!—contesté.

Y echamos á andar, volviendo muchas veces la cabeza para mirar las paredes de color gris, y el tejado negruzco de la casa parroquial, que se dibujaban detras de nosotros en lo azul del cielo, en medio de los abetos. Las golondrinas pasaban rozándose con el techo, debajo del cual ya no les quedaban amigos. ¡Andad, andad, pobrecitas,—decia Genoveva llorando,—ya no estoy ahí para recoger vuestros hijitos cuando se caigan del pido, y volvéroslos!

—Vamos, Genoveva, no os dejéis dominar de vuestra afliccion,—le dije,—Dios estará siempre con ellas.

—Es verdad, señor,—me contestó enjugándose los ojos,—mas ¿qué quereis? No puedo ver que padezcan los animales.

—¡Me alegro—añadió—de que no haya gente en las puertas de las casas que me vea pasar; como hace buen tiempo, cada uno está en su trabajo!

CXXXVIII.

En esta conversacion íbamos bajando por las rampas pedregosas de la aldea, cuyos guijaros destrozaban las patas de los perros; habiendo llegado ya á una revuelta del sendero que desemboca en el torrente de la cascada, y en donde una gran piedra, que sostenia una cruz, no nos permitia ver el puente encarnado.

—Ved allí, donde está el término de la parroquia,—me dijo con pesar Genoveva;—me tiemblan las piernas al haber de atravesarlo. Y luego pensar,—añadió ruborizándose como por efecto de un orgullo que ella no pudiese impedir;—pensar en qué voy de este modo, á pié, con mi lio debajo del brazo, á recibir por caridad asilo de vuestra madre, siendo así que me han visto en el mismo puente, sobre una mula engalanada, en medio de la gente que me acataba como á una verdadera señora, y que echaba flores á los piés del animal. ¡Ah!; Fué un triunfo, señor, cual nunca se vol-

verá á ver! Y no era este solo el que había entonces en mi corazón; puesto que Cipriano vivía y yo podía aún ser su desposada!

CXXIX.

—Vamos, vamos, Genoveva, no hay que pensar en eso. Ya estoy pesaroso de haberos dado motivo para que lo recordeis. El sol toca á su ocaso, y es preciso salir del desfiladero antes que anochezca. Por otra parte, si nuestros pensamientos se vuelven hácia atrás, á cada paso que nuestros piés den hácia adelante, ¿cuándo llegaremos?

Y la invité á que apresurase el paso.

Pero en el momento de doblar el ángulo de la roca para entrar ya en el camino del puente, Genoveva se detuvo dando un grito de sorpresa, y dejando caer su lió que rodó por el polvo.

—¡Calla! ¿qué es lo que veo, Dios mio?—gritó.
Entonces me adelanté, y vi como unos cuarenta hombres, mujeres, viejos, muchachas y niños, agrupados en medio del puente, con alguna cosa en la mano cada uno, y mirando todos hácia el sitio por donde bajábamos, como si tratasen de impedir el paso á alguien.

CXXX.

Tan pronto como descubrieron á Genoveva, todos se pusieron en movimiento, primero los niños, en seguida las jóvenes, luego los hombres, despues las mujeres y por último los viejos, como una procesion religiosa, por aquellos caminos cubiertos de ramas de abeto.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!—gritaban los niños palmeando con sus manecitas.

—Sí, ella es,—decian las jóvenes,—que viene con el señor.

—Cree que se va á marchar,—añadían las mujeres;—pero no tendrá corazon para dejar así el país.

—Nosotros no lo permitiremos,—decían los hombres, alar-

gando los brazos hácia las barándillas encarnadas del puente, como si se propusiesen cerrarlo;—el río es de Dios,—añadían,—pero el puente es nuestro.

Los perros, espantados, habían venido á refugiarse entre nuestras piernas; y Genoveva se había quedado hecha una estatua sin tener valor para entrar en el puente.

—¡Vamos! ¡Genoveva!—la dije en secreto, sonriéndome y antes de que el grupo nos hubiese rodeado del todo,—¿no deciais que no se volveria á ver jamás otro triunfo como el que tuvisteis el día en que os detuvieron aquí mismo sobre la mula? Pues ¿ahí tenéis otro! Sí, ¡otro triunfo! que solo se diferencia del primero en que en vez de hallarse el puente cubierto de flores, lo está ahora de corazones que os aman.

—¡Ah! es cierto,—repliqué suspirando;—pero había un corazon entonces que él solo me amaba tanto como todos estos!

Y rompió á llorar.

CXXXI.

El grupo se detuvo, se abrió, é hizo lugar á un buen anciano que desdobló una banda y se adornó gravemente con ella, como si fuera á tener lugar alguna ceremonia pública, en seguida se adelantó hácia Genoveva, sacó un pápel del bolsillo, y leyó el discurso siguiente:

«Señorita Genoveva, teneis en vuestra presencia á los magistrados, á los habitantes, á las mujeres y á los niños de la parroquia de Valneige, á quienes habeis salvado de la peste y socorrido en todas sus enfermedades, miserias ó aflicciones, en el año en que los había abandonado todo el mundo, y durante los siete años siguientes. Esto basta para que no permitamos, ingratos ó mal educados, que vayais á ganar el sustento á otra parte, en vuestra vejez. Dirian en la comarca: esos son los habitantes de Valneige, que carecen hasta de la memoria de los animales, puesto que estos conocen á las personas que les han hecho bien, y les toman un cariño que no les falta jamás. Igualmente nosotros, se-

«ñorita Genoveva, los queremos todos, mujeres, niños, muchachas y ancianos, pobres ó ricos, hasta la muerte, y hemos resuelto no dejaros marchar nunca, ni pasar este puente, con licencia nuestra; antes por el contrario, que cada uno de nosotros, con arreglo á sus facultades, os tenga, quién seis meses, quién tres, quién uno, quién ocho días, en su casa, en su establo, á su mesa, hasta vuestra vejez; llegada la cual la parroquia reunirá voluntariamente y sin intervención de la autoridad, ni necesidad de recaudador, lo suficiente para costearos una cama y un cuarto en el hospital de las hermanas de la Caridad de Grenoble, que vinieron á asistirnos con vos y que os conocen. En prueba de lo cual, yo, agregado del *maire* del pueblo, y *mairé* interino, por muerte del propietario, me opongo á que paseis este puente, y os mando que vengais á mi casa, en donde mi mujer y mis hijas os tienen preparada la cama.»

Concluido este discurso, el agregado metió otra vez el papel en su bolsillo, y dió el ejemplo de abrazar á Genoveva, que todos imitaron al punto precipitándose á su cuello. Los niños, entonces, cogieron el lío de ropa, y echando á andar con ella principiaron á dar gritos de alegría, y á tirar de Genoveva para que volviese á la poblacion.

De este modo hube de despedirme de ella, abrazándola á mi vez con los ojos húmedos y el corazón enternecido. Genoveva, por su parte, lloraba con tal fuerza, que apenas podía hablar.

— ¡Oh, sí, decíais bien, esto es un triunfo, y por cierto que no lo esperaba! —
— Tampoco yo — la contesté; — pero esto prueba que no se debe dudar de los buenos sentimientos. La ingratitud tiene su día, es verdad; pero tampoco al agradecimiento le falta el suyo. Adios, Genoveva, y sed feliz con esta familia; seguramente no valé menos que la que Dios os ha negado.

El perro de Jocelyn iba con ella.

EPÍLOGO.

CXXXII.

Cuando dos años después fui á parar á los bosques cercanos á Valneige, con motivo de una larga cacería de osos, que duró algunas semanas, quise saber lo que habia sido de la pobre Genoveva. Entonces dejé á mis compañeros de caza en la posada de los Abismos, y subí solo á la aldea por el puente encarnado.

— ¡Oh! Genoveva — me dijo el primer chicuelo que encontré — no anda ya de casa en casa para que la mantengan como antes. Se la ha construido una casita para ella sola al lado de la iglesia, en donde está al frente de una enfermería, con dos camas para los pobres de la parroquia que no tienen quien los cuide.

Al punto hice que me guiasen allá. Estaba sola. No habia entonces ningun enfermo en la aldea. Me reconoció y me abrazó como sobre el puente.

— ¡Oh, qué feliz soy, señor! — me dijo; — ya no soy criada de nadie, sino que sirvo á los que no la tienen. De cuando en cuando, como sucede hoy, solo tengo que servir á Dios, y á vos si gustais, — añadió con gracia, — pues no hay nadie en el cuarto de los pobres y la cama que se les pone es muy limpia; conque aceptad y quedaos aquí esta noche. No nos faltarán huevos, ni miel, ni pan de avena, en cuanto corra la noticia por el lugar de que estais

«ñorita Genoveva, los queremos todos, mujeres, niños, muchachas y ancianos, pobres ó ricos, hasta la muerte, y hemos resuelto no dejaros marchar nunca, ni pasar este puente, con licencia nuestra; antes por el contrario, que cada uno de nosotros, con arreglo á sus facultades, os tenga, quién seis meses, quién tres, quién uno, quién ocho días, en su casa, en su establo, á su mesa, hasta vuestra vejez; llegada la cual la parroquia reunirá voluntariamente y sin intervención de la autoridad, ni necesidad de recaudador, lo suficiente para costearos una cama y un cuarto en el hospital de las hermanas de la Caridad de Grenoble, que vinieron á asistirnos con vos y que os conocen. En prueba de lo cual, yo, agregado del *maire* del pueblo, y *mairé* interino, por muerte del propietario, me opongo á que paseis este puente, y os mando que vengais á mi casa, en donde mi mujer y mis hijas os tienen preparada la cama.»

Concluido este discurso, el agregado metió otra vez el papel en su bolsillo, y dió el ejemplo de abrazar á Genoveva, que todos imitaron al punto precipitándose á su cuello. Los niños, entonces, cogieron el lío de ropa, y echando á andar con ella principiaron á dar gritos de alegría, y á tirar de Genoveva para que volviese á la poblacion.

De este modo hube de despedirme de ella, abrazándola á mi vez con los ojos húmedos y el corazón enternecido. Genoveva, por su parte, lloraba con tal fuerza, que apenas podía hablar.

— ¡Oh, sí, decíais bien, esto es un triunfo, y por cierto que no lo esperaba! —
— Tampoco yo — la contesté; — pero esto prueba que no se debe dudar de los buenos sentimientos. La ingratitud tiene su día, es verdad; pero tampoco al agradecimiento le falta el suyo. Adios, Genoveva, y sed feliz con esta familia; seguramente no valé menos que la que Dios os ha negado.

El perro de Jocelyn iba con ella.

EPÍLOGO.

CXXXII.

Cuando dos años después fui á parar á los bosques cercanos á Valneige, con motivo de una larga cacería de osos, que duró algunas semanas, quise saber lo que habia sido de la pobre Genoveva. Entonces dejé á mis compañeros de caza en la posada de los Abismos, y subí solo á la aldea por el puente encarnado.

— ¡Oh! Genoveva — me dijo el primer chicuelo que encontré — no anda ya de casa en casa para que la mantengan como antes. Se la ha construido una casita para ella sola al lado de la iglesia, en donde está al frente de una enfermería, con dos camas para los pobres de la parroquia que no tienen quien los cuide.

Al punto hice que me guiasen allá. Estaba sola. No habia entonces ningun enfermo en la aldea. Me reconoció y me abrazó como sobre el puente.

— ¡Oh, qué feliz soy, señor! — me dijo; — ya no soy criada de nadie, sino que sirvo á los que no la tienen. De cuando en cuando, como sucede hoy, solo tengo que servir á Dios, y á vos si gustais, — añadió con gracia, — pues no hay nadie en el cuarto de los pobres y la cama que se les pone es muy limpia; conque aceptad y quedaos aquí esta noche. No nos faltarán huevos, ni miel, ni pan de avena, en cuanto corra la noticia por el lugar de que estais

aquí. ¡Oh! ¿y el perro? ¡Cuánto se va á alegrar de veros! Como que os conocía por el amigo de su amo, y cuando os nombro por diversion, menea su cola lo mismo que si os viese en su imaginacion.

CXXXIII.

Acepté gustoso la hospitalidad de Genoveva, lo que llegando á noticia de todas las vecinas, fué causa de que trageran mas cena de la que podia consumir un cazador.

Cenamos en compañía como en la mesa del cura, hablando de los asuntos de dos años atras. Concluida la refeccion, echó una brazada de leña de abeto al fuego, y seguimos hablando hasta las once de la noche al ruido de los truenos que sonaban con fuerza y de la lluvia que caía á torrentes y se estrellaba contra la vidriera del cuarto.

CXXXIV.

Me disponia ya á hacerle algunas reflexiones sobre su sencilla relacion, y á dirigirle algunas preguntas, cuando en el mismo momento fui interrumpido por tres aldabonazos dados en la puerta del patio por mano evidentemente tímida. Pues, sin embargo de ser tarde y de estar oscura la noche, Genoveva corrió á abrir sin vacilar un instante, ni mostrar el menor miedo. Asomé entonces, maquinalmente, la cabeza á la ventana que daba al camino, con el fin de ver quién podia llamar á una puerta aislada á semejante hora, y pude enterarme del siguiente diálogo:

—Abrid por el amor de Dios, y permitidme pasar la noche en un rincon del granero ó del pajar.

—¿Quién sois?

—Un muchacho que va á su pueblo en busca de la esposa de su señor, y se ha perdido en el camino.

La voz indicaba ser, efectivamente, de un muchacho de corta edad; pues era clara, dulce y sonora, como la de una doncella.

—Y ¿dónde está vuestro señor?

—En el hospital de Voiron se ha quedado enfermo.

—Entrad, pobrecito, —dijo Genoveva.

Y oí luego que descorria el cerrojo, y hacia girar la puerta de encima sobre sus goznes.

En seguida subió por la escalera de la galeria, y entró en la cocina acompañada de un niño de diez á doce años, que se apoyaba sobre un palo blanco mas alto que él, en forma de baston, y que caminaba encorvado por el peso de un saco de tela ordinaria, sujeto á su espalda por dos tirantes de cuero.

La tempestad habia sido muy grande, así es que el saco, los vestidos, el sombrero, y los cabellos lacios del niño, chorreaban agua como si se les sacase de alguna fuente.

Genoveva entonces echó al fuego moribundo, una brazada de ramas de pino, haciendo levantar en seguida una gran llama roja; partió un pedazo de pan sobre la punta de la mesa, sacó del cajon la ensalada que habia sobrado de la cena, y echó como un dedo de vino en un vaso. El muchacho al mismo tiempo desbrochó sus hebillas, sacudió su vestido y su sombrero, y puso su saco en una silla de madera, cerca de la lumbre para secarle.

CXXXV.

Yo me entretenia en mirar sonriendo aquel viajero, que caminaba ya solo por aquellas montañas incultas. Era una de las figuras femeninas de niño, mas interesantes y encantadoras que yo habia visto jamas. Ojos grandes y negros, con cejas que marcaban en el párpado inferior, como esa sombra artificial con que las mujeres de Oriente cercan el óvalo de su cara para darle mayor realce; una boca entreabierta como la de todos los niños, que parecen no tener que aspirar toda una larga vida, y que les falta cosa alguna que retener en su corazon; dientes pequeños y colocados como granos de granada en sus alvéolos de carne de color de rosa; una nariz pequeña, cuyas ventanas transparentes se agitaban como las alas de un pajarito, cuando este se esfuerza en entreabrir las aun antes de ha-

berse cubierto de pluma; una frente contorneada, blanca hacia los ojos, y con un tinte de color de rosa cerca del pelo, formando la señal del pesado sombrero que habia oprimido la piel escesivamente fina; cabellos de castaño oscuro, casi negros, largos y formando rizos lustrosos, separados en mechones por el agua que chorreaban, y húmedos como los de una mujer por la mañana cuando se está peinando sus trenzas. Sobre todo esto dejaba entrever en la mirada, en la fisonomía, en la actitud, en los movimientos algo de formal, de reflexivo, de atento á lo que hacia, que no guardaba correspondencia con su edad. Yo me entretenía en verle cómo se sacudia el vestido, vaciaba sus bolsillos, daba vuelta á su saco sobre la silla, dejaba el baston detras de la puerta, andaba por un lado y otro de la cocina, cuidando de no echar á perder cosa alguna, y sobre todo de no pisar con sus zapatones las patas del perro ó del gato. Genoveva, por su parte, no estaba menos atenta á aquellos movimientos, ni asombrada de todo que yo; antes por el contrario, lo observaba con ojos mas fijos y enternecidos que los míos, pareciendo que en aquel semblante y en aquel carácter encontraba ella alguna semejanza ó algun recuerdo, que llevaba su pensamiento mas lejos de donde él quisiera ir.

CXXXVI.

Luego que el chico concluyó de cenar, sobre la punta del banco en que se habia puesto, y persuadido de que no le observariamos, ocupados como estábamos en hablar junto á la lumbre, se levantó con disimulo para coger su saco, el que puso sobre la mesa, y fué sacando uno á uno sobre el mantel todos los objetos que contenia. Los tocaba, los examinaba, los ponía á secar, y los arreglaba de nuevo, despues de haberse asegurado que la lluvia no habia echado á perder nada de lo que él conducía para la mujer ó las hijas de su señor. Dichos objetos consistían en estuches de madera, pintados con flores grandes, encarnadas y amarillas, alfileres y agujas colocadas en pedacitos cuadrados de papel azul, juguetes de

niño, collares, sortijas de cobre, y finalmente, una carta envuelta en un papel de estraza, semejante al que usan los confiteros para envolver los azucarillos.

Miraba, tocaba, daba vueltas, enjugaba y limpiaba todo aquello, con el mismo esmero que hubiera podido hacerlo una persona razonable y cuidadosa, denotando hasta cierto punto que conocía por un presentimiento precoz, la importancia del depósito que su señor le habia confiado; pero sin sospechar siquiera que Genoveva y yo le estábamos mirando al soslayo.

Tan pronto como lo hubo revisado todo, empezó á guardarlo otra vez en diferentes papeles, y lo fué metiendo en el saco que ató con cuidado. Despues, habiéndose vuelto á quitar la chaqueta, entreabrió su camisa de tela ordinaria, é hizo resaltar la delicadeza y blancura de su cútis de niño con la poca finura y mal color de la última prenda. Cogió con las dos manos y quitó de su cuello un largo collar de pelo negro, á cuyo extremo pendía sobre su pecho un objeto aparentemente mas precioso y mas personal, que puso sobre la mesa, y al cual dió vueltas entre sus dedos con mayor cuidado, y se puso á examinar con mas fija atencion. Consistía este en una cajita ancha, redonda y aplastada, de estaño ó zinc, parecida á aquellas en que llevan sus reliquias los peregrinos ó guardan los marineros sus papeles.

El niño la echó primero su aliento, y luego se puso á limpiarla con su manecita, dando fin por abrirla, seguramente con objeto de asegurarse de que la lluvia no habia penetrado en ella. En seguida sacó una cosa que estaba enroscada dentro de la caja, formando siete ú ocho círculos, y envuelta en un papel, á semejanza de los anillos de una serpiente domesticada, que duerme en la mano de un domador árabe. Deshizo los anillos, desdobló el papel y vimos que iba sacando poco á poco, una larga trenza de pelo castaño oscuro, tan laso, tan hecho ondas, con un tinte y un color tan natural, como si hiciera poco que habia sido cortado por su hermana ó su madre, de sobre la frente de una jóven de diez y seis años. En el momento de ver aquel rizo de pelo, Genoveva, que se habia le-

vantado de su silla para ir á colocarse detras del niño, le arrebató la trenza de sus manecitas, la cogió en las suyas temblando, la acercó á la luz, la miró, la tocó, palideciendo cada vez mas, y por último gritó, fijándose en el muchacho:

—¿Quién te ha dado este pelo?

—La religiosa,—contestó el niño.

—¿Qué religiosa?—volvió á preguntar Genoveva.

—La religiosa de la Inclusa de Grenoble.

—¿Con que eres un niño de la Inclusa?

—Sí,—dijo el niño bajando la cabeza y ruborizándose, como si comprendiese que habia vergüenza en su deshonra.

—¿Y de quien te dijo que era este pelo?—añadió Genoveva con tal atropellamiento de palabras, y tal palpitation de pecho, que parecian tropezarle las primeras en los labios, y que la boca le temblaba como la hoja impulsada por el viento.

—¿De mi madre!—contestó el niño.

—¿De tu madre!—gritó Genoveva, y cayó desmayada despues de haber echado los brazos al rededor del cuello del niño.

Entonces conocí que se iba á presentar un gran enigma, indiscifrable tal vez, al corazon de la pobre mujer; pero me contenté con repetir lo que ella decia: Dios es Dios, y lo que los hombres llaman casualidad, los ángeles lo llaman Providencia.

CXXXVII.

Como cosa de un segundo duraria el desmayo de Genoveva; al cabo del cual se volvió á levantar del banco sobre que se habia sentado, cuando advirtió que la flaqueaban sus rodillas, y se arrojó sobre el niño estrechándole entre sus dos brazos y gritando: ¡Pepita! ¡Pepita!

El muchacho asustado con el gesto y los gritos, y no pudiendo adivinar en qué consistia la extraordinaria emocion de Genoveva, se le figuró que iba á quitarle las cartas, la caja y el pelo que estaban sobre la mesa; así que los tapaba con sus dos manos, como

para-retenerlos con todas sus fuerzas, y gritaba y me miraba afligido, pidiéndome socorro con la voz y con los ojos. Genoveva por su parte, sin reparar en el susto del niño, le cogia la cabeza con las manos, se la acercaba á sí, la separaba, la volvia á acercar, unas veces á su pecho, y otras á la luz para convencerse de que no era una ilusion lo que la decian sus sentidos, y de que las facciones del niño, que examinaba y comparaba en su imaginacion con otras facciones de que se acordaba, eran en efecto las de su pobre hermana. Lo único que articulaba eran exclamaciones rápidas y entrecortadas, que se dirigia á sí misma.

—¿Es esta su frente algo redonda, y dividida así por este plieguecito que mi madre llamaba el nido de sus labios?

—¡Sí!—se respondia ella misma, y besaba la frente blanca y tersa del niño en el mismo sitio en donde habia besado tantas veces la de Pepita.

—¿Es esta su nariz, un poco elevada hácia su punta, con dos ventanas finas, por las cuales se trasparentaba de noche la claridad de nuestra lámpara dándolas un tinte de color de rosa?

—¡Oh, sí! esta es aquella forma y aquella transparencia.

Y oprimia contra su pecho la cara del muchacho.

—¿Es esta aquella boca, cuyos dos extremos, hundidos en sus mejillas, se levantaban cuando estaba alegre, y volvian á bajar cuando se ponía alligida?

—¡Oh! ¡Sí, sí! Se me figura que Pepita va á hablar y á llamarme.

Y juntaba sus manos sobre los labios temblorosos y á punto de llorar del niño.

—¿Son estos sus ojos de un azul tan hermoso como el del cielo en invierno? ¿Es esta su barba partida, y con un hoyito en el centro? ¿Es este su cuello contorneado, blanco, un poco inclinado, por donde bajaban serpenteando sus trenzas hasta su espalda? ¡Oh! ¡Sí, sí!

Y al mismo tiempo que decia esto, quitaba la corbata al niño, y examinaba atentamente su cuello por delante, por detras, por la

derecha, por la izquierda, besándolo en todas partes.

Luego dió un grito mas fuerte, y volviéndose hácia mi y señalándome una cosa con el dedo, dijo:

— ¡Oh! mirad, mirad, ¡ señor! ¡ todo! ¡ todo! ¡ hasta la misma señal que tenia Pepita en el sitio de la union del cuello con el pecho, parecida á un hermoso grano de azabache, que los ángeles la hubiesen puesto al venir al mundo en el nacimiento del seno! ¡ Mirad! ¡ Ahí lo teneis! ¡ ahí lo teneis, señor! ¡ Oh, no me digan que no es ella!

En medio de estos gritos de alegría y de sorpresa, entreabrió un poco la camisa ordinaria del niño, y me mostró en efecto una ancha señal, cubierta ya con bello rubio, que besó con mayor entusiasmo que habia besado la frente, el pelo, la barba y las mejillas.

Aquella señal, colocada en el mismo sitio que sobre el pecho de Pepita, la tomaba Genoveva por la fe de bautismo del niño á quien la casualidad traia de aquel modo á sus brazos; cuya fe habia sido rubricada por el mismo Dios. Así es que vaciló un momento, y luego cayó otra vez sobre el banco sin apartar la vista del semblante encantador, bien que algo espantado del muchacho, enjugándose al mismo tiempo los ojos, de donde corrieron por fin dos lágrimas.

CXXXVIII.

— Pero ¿ qué motivo tiene esta señora para desnudarme y llorar de este modo? — dijo temblando y dirigiéndose á mi el pobre muchacho por lo mismo que veia que Genoveva, sollozando demasiado fuerte, no podia contestarle.

— Es que ha conocido á vuestra madre, — le contesté, — y como vos os parecis tanto á ella, le parece que la está viendo después de su muerte y besándola, cuando ve y besa á vos.

— ¿ Mi madre? — replicó el niño. — No ha muerto, gracias á Dios. Antes por el contrario, está buena; es mucho mas jóven y tiene mejor color que esta; y por otra parte todos convienen en

que me parezco á ella lo mismo que un cordero blanco se parece á una oveja negra. Su pelo es negro como la pared de la chimenea, y el mio como los racimos de nuestra parra. Pero, no obstante, — añadió, — tambien eso es posible; puesto que he tenido (é iba contando por sus dedos) una, dos, tres, quizá cuatro madres; mientras que los demas, segun dicen en el pais, no tienen mas que una. Tal vez será esto lo que quiere decir la señora.

CXXXIX.

— ¿ Dices que has tenido dos, tres, cuatro madres? — preguntó Genoveva, que todo lo habia oido, levantándose de nuevo con un movimiento convulsivo, y mirándome con cierto aire de triunfo que parecia querer decir: Ya lo veis cómo no me han engañado el corazon ni mis ojos.

— ¡ Está bien! — dijo en seguida al niño volviéndole á preguntar con mayor calma y la misma suavidad de voz, — ¿ cómo te llamas?

— Joaquin — contestó el adolescente.

— Y ¿ quién era tu primera madre? Vamos á ver, dinoslo.

— ¡ Oh! esa no la he visto nunca. Me han dicho que vive en un pais muy distante, allá arriba, por encima de las nieves y de las estrellas; á donde no vamos hasta despues de morir.

— ¡ Ya lo ois! — murmuró Genoveva, que bebia sus palabras; — yo no le he obligado á que lo diga; ¡ su primera madre ha muerto!

— ¡ No! ¡ no ha muerto! — dijo el niño interrumpiéndola; — ¡ vive en otro pais que no es el nuestro!

— ¡ Bien! lo que tú quieras, hijo mio. ¿ Y la segunda, la conociste?

— ¡ Oh! de aquella me acuerdo algo, pero no mucho; era muy mala, y me hacia pasar mucha sed y mucho frio, solo que no sé su nombre.

— ¿ Y la tercera?

— ¡Ah! la tercera, — dijo el chico palmoteando con alegría, — es la mejor de mis madres, la verdadera madre. Se llama Lucía, y está casada con mi padre. ¡Nos queremos mucho! Me cuida con el mayor esmero. ¡Cuánto ha llorado al separarse de mí por San Juan, después de la feria, cuando fui á acompañar por primera vez á mi padre por los caminos, y á ayudarle en su oficio!

— ¿Y en dónde está tu tercera madre?

— Allá abajo, muy lejos, al otro lado de estos montes, en un país que se llama el *Gros-Soyer*, en donde hay cinco casas, separadas las unas de las otras, que tienen cada una un jardín y un prado con nogales y hayas, sobresaliendo entre todos estos por lo hermosos, los nuestros.

— Pero el pueblo, ¿qué nombre tiene?

— ¡Ah! el pueblo se llama la parroquia, — dijo con seguridad el niño.

— ¿No sabes si se llama de otro modo?

— No, pero sé el camino: mirad, cuando ya se han atravesado esos montes, se tuerce á la izquierda, se sigue por el torrente durante una hora, y en seguida se cambia á la derecha y se sube, se sube; se sube por el camino de las cabras, llegando al ponerse el sol, á la casa de mi padre. Si Dios quiere y vos me dáis mañana antes de amanecer un pedazo de pan, estaré allí para la noche, tan pequeño como soy. Pero ¡Dios mio! qué pena voy á causar á mi madre, cuando le diga el motivo de volver yo solo, y que mi padre la envía á llamar para despedirse de ella antes de partir á un país del que no se vuelve nunca: nunca, nunca, — repitió el niño, dos ó tres veces con la mayor aflicción.

— ¡Oh! no irás solo, — dijo Genoveva besándole otra vez; — yo iré contigo, hijo mio, yo, ó sino, tú te quedarás en esta casa, y yo iré en lugar tuyo; voy á ponerme en camino al momento mientras tú duermes; preguntaré por dónde se va á *Gros-Soyer*, y mañana por la tarde tendrás aquí á tu madre Lucía, que conducirá á Voiron; y tal vez esa despedida que dices de tu padre, no se verificará, al menos para tanto tiempo como crees.

Esto dijo Genoveva, y en seguida comenzó á quitarse sus chanclas y á ponerse sus zapatos, con tal decisión, que me obligó á detenerla por un brazo.

CXL.

— No, Genoveva — le dije — vos no iréis, ni tampoco el niño. Voy á despertar á uno de vuestros vecinos, que conozca el país, le pagaré su jornal y el de su mula, para que vaya á buscar esa mujer á *Gros-Soyer*. La hará montar en su mula y estará aquí con ella mañana al anoecer. Entré tanto cuidado vos de que duerma el niño algunas horas, pues le tienen rendido el sueño y la fatiga. Al amanecer montareis los dos en mi caballo, que es muy manso, y al cual llevaré yo mismo de la brida. Bajaremos juntos á Voiron, el niño nos guiará á la casa en donde dejó enfermo á su padre, mandaré llamar á un médico, amigo mio; vos cuidareis al marido de Lucía con el mismo celo que lo haceis con tantos otros, después irá su mujer á proporcionarle un consuelo con la despedida, en el caso de que la muerte no tenga remedio, ó á recobrarle, si no ha llegado aún su última hora, y entonces podreis aclarar las dos ese misterio que el aspecto del niño ha dejado entrever á vuestro corazón. ¿Quién sabe, como decía Jocelyn, si el pájaro que cae del nido sobre el dintel de la puerta es muchas veces el mas afortunado de todos?

— Decis bien, señor — repuso Genoveva, dando á su fisonomía cierta expresión triste, como si la pesara de la exactitud de mi observación, es decir, de tener que reprimir por veinte y cuatro horas mas el impaciente deseo que tenia de hablar con Lucía acerca de aquel niño que adoraba ya, y que temia perder de nuevo; — decis bien; voy á despertar al tío *Campanilla*. Le dan ese nombre por el collar de campanillas que pone al cuello de su mula y hace sonar desde lejos por encima de las nieves. Por casualidad llegó anteayer de *Gresivandan* y tendrá su mula descansada.

— ¡Ah! la tercera, — dijo el chico palmoteando con alegría, — es la mejor de mis madres, la verdadera madre. Se llama Lucía, y está casada con mi padre. ¡Nos queremos mucho! Me cuida con el mayor esmero. ¡Cuánto ha llorado al separarse de mí por San Juan, después de la feria, cuando fui á acompañar por primera vez á mi padre por los caminos, y á ayudarle en su oficio!

— ¿Y en dónde está tu tercera madre?

— Allá abajo, muy lejos, al otro lado de estos montes, en un país que se llama el *Gros-Soyer*, en donde hay cinco casas, separadas las unas de las otras, que tienen cada una un jardín y un prado con nogales y hayas, sobresaliendo entre todos estos por lo hermosos, los nuestros.

— Pero el pueblo, ¿qué nombre tiene?

— ¡Ah! el pueblo se llama la parroquia, — dijo con seguridad el niño.

— ¿No sabes si se llama de otro modo?

— No, pero sé el camino: mirad, cuando ya se han atravesado esos montes, se tuerce á la izquierda, se sigue por el torrente durante una hora, y en seguida se cambia á la derecha y se sube, se sube; se sube por el camino de las cabras, llegando al ponerse el sol, á la casa de mi padre. Si Dios quiere y vos me dáis mañana antes de amanecer un pedazo de pan, estaré allí para la noche, tan pequeño como soy. Pero ¡Dios mio! qué pena voy á causar á mi madre, cuando le diga el motivo de volver yo solo, y que mi padre la envía á llamar para despedirse de ella antes de partir á un país del que no se vuelve nunca: nunca, nunca, — repitió el niño, dos ó tres veces con la mayor aflicción.

— ¡Oh! no irás solo, — dijo Genoveva besándole otra vez; — yo iré contigo, hijo mio, yo, ó sino, tú te quedarás en esta casa, y yo iré en lugar tuyo; voy á ponerme en camino al momento mientras tú duermes; preguntaré por dónde se va á *Gros-Soyer*, y mañana por la tarde tendrás aquí á tu madre Lucía, que conducirá á Voiron; y tal vez esa despedida que dices de tu padre, no se verificará, al menos para tanto tiempo como crees.

Esto dijo Genoveva, y en seguida comenzó á quitarse sus chanclas y á ponerse sus zapatos, con tal decisión, que me obligó á detenerla por un brazo.

CXL.

— No, Genoveva — le dije — vos no iréis, ni tampoco el niño. Voy á despertar á uno de vuestros vecinos, que conozca el país, le pagaré su jornal y el de su mula, para que vaya á buscar esa mujer á *Gros-Soyer*. La hará montar en su mula y estará aquí con ella mañana al anoecer. Entré tanto cuidado vos de que duerma el niño algunas horas, pues le tienen rendido el sueño y la fatiga. Al amanecer montareis los dos en mi caballo, que es muy manso, y al cual llevaré yo mismo de la brida. Bajaremos juntos á Voiron, el niño nos guiará á la casa en donde dejó enfermo á su padre, mandaré llamar á un médico, amigo mio; vos cuidareis al marido de Lucía con el mismo celo que lo haceis con tantos otros, después irá su mujer á proporcionarle un consuelo con la despedida, en el caso de que la muerte no tenga remedio, ó á recobrarle, si no ha llegado aún su última hora, y entonces podreis aclarar las dos ese misterio que el aspecto del niño ha dejado entrever á vuestro corazón. ¿Quién sabe, como decía Jocelyn, si el pájaro que cae del nido sobre el dintel de la puerta es muchas veces el mas afortunado de todos?

— Decis bien, señor — repuso Genoveva, dando á su fisonomía cierta expresión triste, como si la pesara de la exactitud de mi observación, es decir, de tener que reprimir por veinte y cuatro horas mas el impaciente deseo que tenia de hablar con Lucía acerca de aquel niño que adoraba ya, y que temia perder de nuevo; — decis bien; voy á despertar al tío *Campanilla*. Le dan ese nombre por el collar de campanillas que pone al cuello de su mula y hace sonar desde lejos por encima de las nieves. Por casualidad llegó anteayer de *Gresivandan* y tendrá su mula descansada.

CXXI.

De allí á un rato, el niño estaba acostado y dormido, el tío *Campanilla* despierto, concluido el trato que yo hice con él para que fuese á *Gros-Soyer* en busca de *Lucía*, y aparejada la mula y con un almohadon de lana para que se sentase sobre él, á la vuelta la pobre mujer. No tardé en oír el sonido lejano de las campanillas de la mala por el lado de *Saboya*.

Me retiré á descansar por algunas horas. Por lo que hace á *Genoveva*, luchaba en su corazón tal conjunto de emociones, incertidumbre y esperanzas que no quiso salir de la cocina en donde dormía el niño, y se contentó con recostarse en el respaldo de su silla, con los ojos fijos en la cama en que aquel dormía, del mismo modo que si quisiera protegerle con la mirada é impedir que se realizaran sus temores de que desapareciese mientras descansaba. Estoy por decir, que contó todas las horas de aquella corta noche.

Cuando la luz del alba no permitía ver aun con claridad dibujadas las ramas de los abetos en el azul del cielo, *Genoveva*, que no se atrevía á despertarme, pero que lo estaba deseando, anduvo tanto, arriba y abajo por la casa, é hizo tal ruido, que llegué á comprender aquel llamamiento indirecto, y me levanté de la cama en que habia dormido sin desnudarme. Fui á la cuadra y ensillé mi caballo; tomé una manta ordinaria y la estendí sobre la silla; hice montar á *Genoveva*, que colocó delante de sí al niño estrechándolo con sus brazos; cogí las bridas con la mano derecha, la escopeta con la izquierda y emprendimos la marcha así, hablando á ratos, y á ratos sin decir nada, hasta la puerta de *Voiron*, por donde entramos antes de mediodía.

CXXII.

El niño, que parecia haber conservado en la memoria todas las piedras del camino y de todas las puertas, nos guió hasta una

miserable posada del arrabal de *Lyon*. Entramos en un patio lleno de equipajes, de perros atados á los carros, de caballos que sacaban á dar agua, y de todo el tumulto de un patio de meson; desde donde se oían chocar los vasos en los cuartos del piso bajo y los cínicos juramentos de los carreteros. Por supuesto que el niño no se separaba de nosotros; pero al llegar á un rincón del patio, del que partía una especie de escalera de madera sucia y carcomida, que conducía á las habitaciones interiores, se detuvo. Y aunque parecia estar muy impaciente por volver á ver á su padre, no pasó del primer escalon, hasta que acercándose con aire de misterio, que contrastaba con la graciosa candidez de su rostro, le dijo por lo bajo á *Genoveva*:

— Señorita, no digais una palabra delante de mi padre de lo que os he contado de mi primera, segunda y tercera madre; *Lucía* me lo prohíbe. Me ha asegurado que me pondría en la calle si alguna vez dijese algo de esto á su marido, quien debe ignorar que tengo varias madres. Dice que si lo supiera se incomodaria hasta ponerse hecho una furia.

Genoveva y yo cambiamos una mirada de inteligencia y de asombro, cuando nos apereibimos de la precaucion de *Lucía* y de la prudencia de *Joaquin*, al que prometimos guardar los secretos sorprendidos á su inocencia el dia antes, subiendo en seguida la escalera.

CXXIII.

Cuando estuvimos arriba nos encontramos con una especie de pajar construido de tablas de abeto mal unidas y con una habitación grande, en la que habia cinco ó seis tablados de cama, con sus correspondientes jergones y algunas sillas. Aquel cuarto no tenía otra ventilacion que la que le proporcionaba su puerta, lo cual unido á los vapores de la cuadra, que estaba debajo, le ponian á una temperatura sumamente elevada. Un farolillo colgado del techo por una cuerda, y dentro del cual ardía un pedazo de vela de sebo, prestaba luz á las camas, entre las cuales solo estaba ocupa-

da la última. Debajo de la manta de esta se notaban, á favor de dicha luz, las formas de un cuerpo, y sobre la almohada la cabeza pálida del pobre enfermo.

— ¡Soy yo, padre! — gritó el niño corriendo hácia la cama, y echando sus bracitos al cuello del moribundo.

— ¡Ah! eres tú, — respondió este con voz apagada, que parecía salir de lo profundo de un letargo, — ¿y en dónde está Lucía? ¿No acertaste otra vez con el camino?

— Lucía vendrá mañana montada en una mula, y acompañada de un hombre de Valneige que ha ido á buscarla, enviado por un señor y una señorita, que son muy buenos para los pobres, y que me han traído en un buen caballo á Voiron para cuidarte.

Entonces refirió el niño en pocas palabras, lo que le había ocurrido en el hospital de Valneige el día y la noche anteriores; pero callándose lo del descubrimiento de su pelo y efecto que produjo su semejanza con la hermana de la criada. Luego hizo señas á Genoveva y á mí para que nos acercásemos á la cama, y dijo á su padre:

— Estos son la señorita y el señor.

El enfermo procuró incorporarse apoyándose en su débil codo, y se deshizo en cumplimientos y agasajos, por las bondades de que usaban con su hijo, con su mujer, y con un pobre como él, unas personas que no le conocían. En cuanto á nosotros, le prohibimos que hablase de gratitud hasta que estuviese curado; y Genoveva, despues de lavar y refrescar al niño, se puso á barrer y fregar el suelo, á encender lumbre en un hornillo para calentar las medicinas, á mudar los paños impregnados de sudor del enfermo, con mano tan ligera y ejercitada, que casi no advirtió este que le habian tocado; ayudándola en todo el niño, con un celo y una inteligencia superiores á su edad. Por mi parte, bajé al piso inferior del meson, pagué al posadero el alquiler de todas las camas que tenia en el pajar, con objeto de que no admitiese á nadie mas en él hasta la curacion ó la muerte del enfermo; é hice creer que aquel hombre pertenecía á mi familia, como uno de sus criados,

en razon de lo que me tomaba por él un interes particular. Mas, persuadido de que esto no bastaba, di una gratificacion al mozo de la cuadra, para que evitase todo lo posible las riñas y los alborotos junto á la escalera, y fui á buscar en persona, al jóven médico, compañero mio de colegio, hombre excelente, que empleaba su corazon, todavia mas que su ciencia, en el desempeño de su profesion. Por esto precisamente confiaba mas en él; pues la medicina, á mi juicio, supone mas bien una intencion que un arte de curar. La ciencia del médico no consta mas que de axiomas, mientras su corazon tiene adivinaciones. El deseo de curar, es por sí solo un poder que cura. El médico debe ser bondadoso; esto constituye la mitad de su génio.

Encontré á mi amigo cuando salia del hospital de hacer su visita: quien informado de todo me siguió á la posada y examinó el pulso del enfermo. Al pronto y delante de este, dió cierto aire de satisfaccion y confianza á sus palabras y á su fisonomia, pues le constaba que la esperanza es una gran fuerza vital, y que importa mucho dar alientos á la vida, principalmente cuando lucha con la muerte. Mandó tambien á Genoveva, á quien conocia, que dispusiera medicinas simples, dulces y cordiales, segun convienen á esas naturalezas, en las cuales las enfermedades tienen un carácter tan sencillo como las profesiones.

Peró tranquilizado ya el paciente sobre su estado, y despues de consolar al niño, que miraba el rostro del médico como mirarian los ángeles el de un profeta, nos llamó mi amigo á la escalera, y nos dijo con cierta duda é inquietud á Genoveva y á mí:

— Tiene una pleuresía en su quinto dia; el noveno será la crisis. El caso es de gravedad, pero no desesperado. Que beba mucho, que sude, y la tranquilidad de espíritu es cuanto principalmente le conviene. Vendré todos los dias diferentes veces para dirigir á Genoveva, que puede hacer mas que yo. Soy únicamente el ojo que ve el mal, mientras ella es la mano que le toca y le combate á cada momento.

Genoveva fué á ocupar otra vez su sitio al lado de la cama, y

el muchacho se puso á limpiar las herramientas de su padre, y á colocarlas en órden al pié de la escalera, yendo y viniendo sin cesar de donde tenia su tarea á donde estaba Genoveva, y de donde estaba Genoveva á donde tenia su tarea, con los piés descalzos para no hacer ruido. Por lo que toca á mí, alquilé un cuarto en frente de la escalera; desde cuya ventana veia todo lo que Genoveva y el niño hacian en la escalera de la cuadra. Todas las veces que la pobre mujer salia para respirar el aire, ó para ir á buscar cualquier cosa á la cocina de la posada, ponía su mano sobre la rubia cabellera de aquel hermoso niño, la entrelazaba como si fuera de seda entre sus dedos, se entretenia en mirarlos cómo relucian al sol, y le daba besos en la frente á hurtadillas, creyendo que nadie se apercebía de ello.

CXLIV.

De esta suerte trascurrieron treinta y seis horas sin que el estado del enfermo cambiase en algo. Pero al tercer día de nuestro arribo, que correspondia al noveno de la enfermedad, hizo el médico al marcharse un gesto de disgusto.

— Nuestra única esperanza estriba en un milagro, — me dijo al bajar por la escalera, — y estos no los repite frecuentemente la naturaleza; si no le encuentro mas aliviado esta tarde, será forzoso advertir á este pobre hombre, que es tiempo de que se disponga para el último trance.

Seguí algunos pasos con mi amigo por la calle, despues de los cuales volví afligido con el pronóstico del médico, pensando en Genoveva y en el niño.

Mas en el momento de volver á entrar en el patio de la posada, oí detras de mí los cascabeles de una mula de las montañas. Volví la cabeza y me encontré con un viejo, firme todavía, que llevaba un grueso palo en la mano, y que conducia por la brida una mula, sobre cuyo albardon venia sentada una jóven montañesa como de veinte y seis años. Genoveva habia conocido antes que yo el sonido de los cascabeles y al tío *Campanilla*; así es que, bajaba ya por la

escalera con el niño. Este, que venia delante y habia visto á su madre, se arrojó en los brazos de la jóven montañesa, llorando amargamente, mientras Genoveva se quedó saludando al viejo.

CXLV.

Aquella jóven podia tomarse por una encantadora cabeza de Greuze, del pintor que nacido bajo la cabaña ha llegado á comprender mejor, despues de Rafael, la Venus rústica, la belleza campestre, la sencillez, la gracia y el candor de las jóvenes y de los niños de la choza. El hermano de Greuze era párroco de una de las tierras de mi abuelo; cuando el Rafael de los campesinos iba á pasar los dias de verano en compañía de su familia, el párroco conducia al pintor al palacio. Jamas se volvia á marchar sin dejar algun boceto de su pincel á mi abuelo; una figura, una cabeza, una escena de costumbres trazada sobre un pedazo de lienzo. Cuando ya se habia ido Greuze, se ponian marcos á aquellos caprichos, productos de su genio. Pues estos lienzos fueron los primeros cuadros sobre los que se fijaron mis miradas de niño; en ellos creo que adquirí el sentimiento de la belleza campesina, belleza grata á la vista, que no deslumbra, pero enternece, y cuya espresion uniforme y pacífica, recuerda la penetrante melancolía de esas notas sencillas, que las flautas de los pastores hacen resonar siempre de un mismo modo en lo interior de nuestros bosques.

CXLVI.

Esta era la belleza de Lucia. Sus facciones denotaban la tranquilidad de su alma, viéndose claramente que la pasion no habia alterado nunca sus líneas; su boca, aun en medio de la inquietud y del disgusto que hacian palidecer y temblar sus labios, no perdía ese pliegue de ternura, y esa sonrisa vaga de bondad que está, por decirlo así, esculpida en las bocas siempre entreabiertas de las jóvenes del campo. Hermosos dientes, pequeños é iguales como los de

una oveja, relucían detras de sus labios. Un sombrero redondo, de forma aplastada y con anchas alas, ribeteadas de una cinta de hilo negro, cubria su cofia blanca, debajo de la cual se veian aparecer algunos rizos de pelo negro. Finalmente, una pañoleta de lana encarnada, doblada sobre su pecho, un vestido de lana verde, muy corto, medias grises y grandes zapatos, componian todo su traje.

CXLVII.

En seguida que besó al niño, levantándolo con sus dos robustos brazos hasta la altura de su cara, con la misma agilidad que si hubiese sido una criatura de diez y ocho meses, subió la escalera, llevándole colgado al cuello. Aquel le señaló la puerta y después la cama, á la que se acercó Lucía de puntillas, cayendo de rodillas al lado, rodeando el cuerpo del enfermo con su brazo derecho, é imprimiendo multitud de besos en su frente, sin dejar por eso de estrechar al pobre muchacho con su brazo izquierdo. Genoveva y yo, que la habíamos seguido sin que reparase en nosotros, presenciábamos conmovidos y en silencio aquella desgarradora escena.

— ¡Oh! Juan mio, — dijo ella, — ¿me conoces?

Por toda respuesta apretó el enfermo la mano de Lucía, con las fuerzas que le quedaban, y volvió hácia ella los ojos. En seguida dejó correr dos gruesas lágrimas, que su mujer enjugó con sus dedos, besando luego aquella espresiva manifestacion de la ternura del moribundo.

— ¡Ah, me conoces! Pues no hay cuidado, no te dejaré morir, una vez que tu corazon habla todavía en tí por mí; porque ¿qué seria de mí sin tí, de mí que no tengo padre, ni madre, ni hermano en el mundo? ¿Y quién partiria la leña? ¿Y quién regaria la yerba? ¿Y quién trabajaria en invierno para traer pan por el verano y dinero á casa? ¿Y quién educaria al niño y le enseñaria el oficio? ¿Y quién querria tanto á la pobre Lucía?

En una palabra, esta le fue manifestando una por una todas las razones, en virtud de las cuales no se debía morir, como si

creyese que esto era un acto voluntario por parte del enfermo, ó efecto de su amilanamiento, ó tambien que su enfermedad era un capricho, del que se le podia hacer desistir con buenas razones.

Mas el pobre enfermo, que habia vuelto un instante de su letargo, impresionado, sin duda, por el metal de voz y los abrazos de su mujer, no la oia ya. Sus ojos se habian cerrado, su pecho respiraba con dificultad, sus palabras inarticuladas anunciaban sus últimos delirios. Y entre tanto Lucía ocultaba la cara debajo de la manta, no levantándola para mirarle sino de cuando en cuando. El niño hacia por consolar á su madre hablándola de Genoveva, cuyos cuidados habian hecho vivir al enfermo hasta entonces, del médico que iba á visitarle dos y tres veces cada dia, como si fuese algun señor, y hasta de mí que los habia llevado á Genoveva y á él en mi caballo, conduciendo este de la brida, y que les proveia de cuanto era necesario en la casa.

CXLVIII.

Lo que la contó el niño fue causa de que renacieran, al menos momentáneamente, la esperanza y el valor en el corazon de aquella pobre mujer. Entonces advirtió que no eran su hijo y el enfermo los únicos que estaban con ella en la habitacion, acercándose en seguida con timidez á Genoveva, de cuyo nombre y carácter la habia informado perfectamente el tio Campanilla, con la relacion que la hizo en el camino de los servicios y la bondad de la criada enfermera.

— Os lo agradezco extraordinariamente, — la dijo, cogiéndola de la mano. — Dicen que habeis ocupado mi puesto al lado de mi pobre Juan con tanto celo, que si se pone bueno en esta ocasion, á nadie mas que á vos debere su salud en este mundo. ¿Cómo podré espresaros yo nunca, mi gratitud, señorita? ¡Ah! no tengo cosa alguna que daros.

— ¿Quién sabe? pobre mujer, — contestó Genoveva. — ¡Acaso si Dios saca con bien de este mal á vuestro marido, tendreis que

darme alguna cosa que vale tanto como lo que yo os doy!

Se referia al niño, cuando decia esto; pero Lucía no entendia una palabra.

— Y vos, señor, — añadió esta dirigiéndose á mí, — con qué podré pagaros nunca la gran bondad de que habeis usado para con unos pobres como nosotros?

— El corazon es la moneda de los que carecen de otra, — le dije con una sonrisa de ternura, que me sirvió para disimular mi zozobra por el estado de su marido, — y es la mejor, segun dice el Evangelio. Mi mayor recompensa, por lo que he hecho, bajando de la montaña y perdiendo algunos dias en Voiron, estriba en que Dios os vuelva vuestro marido.

CXLIX.

Pero ¡ah! La Providencia parecia hacerse sorda á los ruegos de los que la pedíamos el restablecimiento de Juan. Este se hallaba ya agonizando el dia noveno; por lo que se llamó á un sacerdote que bendijera su despedida de la tierra. En cuanto al médico, habia apurado ya los recursos de la ciencia, y viendo que todo era inútil, se acercó á Genoveva y á Lucía, que lloraban lo mismo una que otra á los piés de la cama, esta por su marido y aquella por Lucía, á la que iba cobrando el mismo afecto que á una hermana.

— Es preciso que este hombre envíe á llamar al escribano, — dijo en voz baja á las mujeres; — si no sabe escribir no es probable que se haya ocupado nunca de su testamento, pero ahora no puede prescindir de hacer su última disposicion.

Los bienes de Juan consistian, ademas de su oficio y de sus herramientas, en esos otros que poseen la mayor parte de los montañeses, y son: su cabaña, su huerta y uno ó dos praditos; solo que como era tan jóven, no habia pensado en testar de ellos nunca; ademas, pensaba que aquel pequeño patrimonio pasaria naturalmente á su mujer. Así es que, tan pronto como el médico le hi-

zo comprender que su pobre Lucía quedaria quizá á merced de una nuera, dentro de su misma casa, consintió en que se llamase á un escribano y á los testigos, para hacer la distribucion de bienes entre su mujer y su hijo. Yo fui uno de los que se buscaron para dar fe de aquel acto supremo que establece una relacion íntima entre el muerto y los que le sobreviven, en virtud de la herencia.

La casa del escribano distaba dos pasos del meson. Juan habia recobrado toda la lucidez de su inteligencia, que es lo que sucede por lo comun, á la hora de la muerte.

CL.

El moribundo dictó en voz alta, y el escribano estampó en un papel el testamento que sigue:

«Lego el usufructo de mis bienes en Gros-Soyer, á mi mujer Lucía, y la propiedad despues de su muerte á mi hijo.»

— Nada mas? — preguntó el escribano al testador.

— Nada mas. Por lo mismo que mi mujer es tan buena madre, cuidará mientras viva de mi hijo y de todo lo que le pertenece, encontrando este todo lo que dejo cuando muera aquella. ¿No te parece bien, Lucía?

La jóven no respondió, antes por el contrario, volviéndose repentinamente á la pared, hizo un gesto de desesperacion, tan opuesto á la dulzura habitual de su carácter, y á la tranquilidad melancólica de su actitud, que no supe cómo esplicármelo. Verdad es que, desde el punto en que se nombró al escribano y al testamento, y sobre todo cuando entraron el funcionario público y los testigos en el cuarto, Lucía no pudo ocultar cierta agitacion que no solo revelaba el dolor, mas tambien la angustia y la convulsion del alma.

— Pues entonces, solo falta firmar, señores, — dijo el escribano, que habia revestido ya aquel corto testamento de las formalidades de costumbre.

Yo fui el que se adelantó á los demas; todos los cuales guarda-

darme alguna cosa que vale tanto como lo que yo os doy!

Se referia al niño, cuando decia esto; pero Lucía no entendia una palabra.

— Y vos, señor, — añadió esta dirigiéndose á mí, — con qué podré pagaros nunca la gran bondad de que habeis usado para con unos pobres como nosotros?

— El corazon es la moneda de los que carecen de otra, — le dije con una sonrisa de ternura, que me sirvió para disimular mi zozobra por el estado de su marido, — y es la mejor, segun dice el Evangelio. Mi mayor recompensa, por lo que he hecho, bajando de la montaña y perdiendo algunos dias en Voiron, estriba en que Dios os vuelva vuestro marido.

CXLIX.

Pero ¡ah! La Providencia parecia hacerse sorda á los ruegos de los que la pedíamos el restablecimiento de Juan. Este se hallaba ya agonizando el dia noveno; por lo que se llamó á un sacerdote que bendijera su despedida de la tierra. En cuanto al médico, habia apurado ya los recursos de la ciencia, y viendo que todo era inútil, se acercó á Genoveva y á Lucía, que lloraban lo mismo una que otra á los piés de la cama, esta por su marido y aquella por Lucía, á la que iba cobrando el mismo afecto que á una hermana.

— Es preciso que este hombre envíe á llamar al escribano, — dijo en voz baja á las mujeres; — si no sabe escribir no es probable que se haya ocupado nunca de su testamento, pero ahora no puede prescindir de hacer su última disposicion.

Los bienes de Juan consistian, ademas de su oficio y de sus herramientas, en esos otros que poseen la mayor parte de los montañeses, y son: su cabaña, su huerta y uno ó dos praditos; solo que como era tan jóven, no habia pensado en testar de ellos nunca; ademas, pensaba que aquel pequeño patrimonio pasaria naturalmente á su mujer. Así es que, tan pronto como el médico le hi-

zo comprender que su pobre Lucía quedaria quizá á merced de una nuera, dentro de su misma casa, consintió en que se llamase á un escribano y á los testigos, para hacer la distribucion de bienes entre su mujer y su hijo. Yo fui uno de los que se buscaron para dar fe de aquel acto supremo que establece una relacion íntima entre el muerto y los que le sobreviven, en virtud de la herencia.

La casa del escribano distaba dos pasos del meson. Juan habia recobrado toda la lucidez de su inteligencia, que es lo que sucede por lo comun, á la hora de la muerte.

CL.

El moribundo dictó en voz alta, y el escribano estampó en un papel el testamento que sigue:

«Lego el usufructo de mis bienes en Gros-Soyer, á mi mujer Lucía, y la propiedad despues de su muerte á mi hijo.»

— Nada mas? — preguntó el escribano al testador.

— Nada mas. Por lo mismo que mi mujer es tan buena madre, cuidará mientras viva de mi hijo y de todo lo que le pertenece, encontrando este todo lo que dejo cuando muera aquella. ¿No te parece bien, Lucía?

La jóven no respondió, antes por el contrario, volviéndose repentinamente á la pared, hizo un gesto de desesperacion, tan opuesto á la dulzura habitual de su carácter, y á la tranquilidad melancólica de su actitud, que no supe cómo esplicármelo. Verdad es que, desde el punto en que se nombró al escribano y al testamento, y sobre todo cuando entraron el funcionario público y los testigos en el cuarto, Lucía no pudo ocultar cierta agitacion que no solo revelaba el dolor, mas tambien la angustia y la convulsion del alma.

— Pues entonces, solo falta firmar, señores, — dijo el escribano, que habia revestido ya aquel corto testamento de las formalidades de costumbre.

Yo fui el que se adelantó á los demas; todos los cuales guarda-

ban el silencio que sigue á un acto supremo consumado. Tenia la pluma entre los dedos y habia trazado ya las primeras letras de mi nombre bautismal, cuando un grito espantoso me la dejó caer de la mano.

— ¡Deteneos, señor, deteneos! ¡no firméis! —gritó Lucía, volviéndose de repente, con el rostro encendido y tendiendo las manos hácia su marido en ademán suplicante, poniéndose luego de rodillas delante de la cama y golpeándose, por fin, el pecho con el puño, semejante al que se confiesa y se impone la penitencia á sí mismo por un delito. — ¡Deteneos, señores, soy una miserable! ¡no merezco el marido tan bueno que Dios me ha dado! ¡Le he engañado! ¡He mentido por espacio de ocho años, con el fin de evitarle un disgusto, y ahora iba á hacer mentir, sin que él lo supiera, á la misma muerte, por su boca, con objeto de evitar que quedase desheredado un niño á quien quiero con exceso!

— ¡A un niño que quieres con exceso, Lucía? —preguntó el marido, asombrado del gesto y del grito de su mujer; — ¿y en qué te fundas para decir que quieres con exceso á nuestro hijo? ¿Pues no es tuyo tanto como mio?

— ¡Oh! ¡Perdon, perdon, mi querido Juan! —dijo Lucía, cogiendo entre las suyas las dos manos frias de su marido, y hundiendo su frente en ellas como si quisiera hundirla en la sombra de la muerte. — ¡No, no es mio! ¡No, no es tuyo! ¡El nuestro murió á los dos meses de nacer! ¡No quise afligirte con la noticia cuando volviste, he mentido, primero por amor tuyo, luego por amor del niño. Pero esto no es lo mismo que mentir á Dios hasta la muerte, ni que grabar mi conciencia con el peso del robo que tú harías, inducido por mí, á tus parientes, si lo dejabas todo á un niño que no es nuestro! ¡Un testamento semejante equivaldría á una infamia, Juan! Escribid, escribano, lo que mi marido os diga ahora.

Lucía, despues de esta confesion que le habia arrancado su propia conciencia, aguardó, como herida de un rayo, la contestacion del moribundo.

— ¡Está bien! —dijo este despues de un gran rato de silencio, durante el cual parecía haber estado examinando en su memoria, los hilos enredados de su pensamiento; — no me has engañado sino por mi tranquilidad; te perdono, Lucía, y te bendigo por tu mentira en el artículo de la muerte; queria al muchacho como si fuese hijo nuestro, pero conozco como tú que no debo quitar á mis parientes lo que les pertenece. Escribid, señor escribano, que lego mis bienes en usufructo á mi mujer, y la propiedad, cuando muera, á mis parientes.

El escribano escribió, los testigos firmaron, y terminado el acto retiróse cada cual. Rendido por la emocion el enfermo, volvió á caer en el sopor y en el delirio de que le habia sacado momentáneamente la llegada del funcionario. Lucía, por su parte, fué acometida de una calentura leve, consiguiente á la agitacion en que tenia su alma, y se acostó en una de las camas de la misma habitacion en que Juan luchaba con la muerte. Respecto de Genoveva, solo podemos decir, que tenia dos enfermos de quien cuidar, en vez de uno: sin que por eso dejase de atender á todo, pasando alternativamente del lecho de Juan al de Lucía, seguida del niño que la ayudaba y que iba tomándola por momentos el mismo cariño que tenia á Lucía y á Juan. Aquel inocente no habia comprendido cosa alguna de lo ocurrido con el escribano al estender el testamento. Tantas veces como se le hubiera dicho que Lucía no era su madre ni Juan su padre, otras tantas su corazon le habria repetido con mayor fuerza que él era su hijo.

CLF.

De esta suerte pasaron tres dias sin que cambiase en algo el estado del pobre enfermo. Aliviada su mujer del peso de su conciencia, no tardó en restablecerse; por otra parte, la lentitud del mal de su marido empezaba á devolverle la esperanza de que Dios no se le arrebataría á su amor. El mismo médico encontraba los sintomas menos alarmantes. En el cuarto habitado por los cuatro po-

bres, había horas de silencio y de descanso, durante las cuales se oía solo la respiración del soñoliento Juan, algo más fácil y acompañada; pues entonces precisamente era cuando las dos mujeres que no sabían separarse, hablaban al lado de la ventana. El niño jugaba ó trabajaba con las herramientas de Juan. Genoveva iba conquistándose cada vez más el corazón y la confianza de Lucía. Y esta misma joven desde que había lanzado el grito de su conciencia delante del escribano, parecía ser más querida de Genoveva, quien no la perdía de vista ni un momento, de la misma manera que se sigue con los ojos un tesoro ó un misterio que se teme ver desaparecer con la persona que es su depositaria, y que se lo llevaría todo si desapareciese. Lucía volvía corazón por corazón á Genoveva. En esos corazones sencillos la amistad no tiene las reservas y las cautelas que la hacen detenida y sospechosa en las clases en que los sentimientos son más complicados. Hacerse favores es conocerse; agradarse es quererse. La naturaleza no reflexiona, siente; y aquellas dos mujeres se amaban.

CLII.

Estando ya Juan casi convaleciente, se quedó dormido una tarde con un sueño pacífico sobre la almohada, alumbrando su cabeza un rayo de sol que iba á ponerse. Yo me ocupaba en dar la enhorabuena á Genoveva y á Lucía, por el milagro alcanzado de Dios y de la naturaleza, en virtud de sus oraciones y de sus cuidados, cuando la criada que no pensaba en otra cosa que en aclarar el misterio, ya medio descubierto del niño, se sentó sobre una de las camas más separadas del enfermo al lado de Lucía.

Yo hice otro tanto sobre la cama inmediata enfrente de las dos mujeres; y al punto los ojos de Genoveva comenzaron á suplicarme que hablase á Lucía. La comprendí en seguida y conduje la conversación á ese tono grave y tierno de intimidad producido por una felicidad que á todos interesa. La dicha abre el alma y todo se escapa del corazón con las lágrimas dulces de la alegría.

—El día pasado solo proferísteis una palabra, delante de los testigos—dije á Lucía—palabra que, según las señas, os fué muy costosa, al ir á confesar á vuestro marido que le habíais tenido engañado por espacio de ocho años, haciéndole creer que este niño que aparentábais amar tanto era vuestro hijo; pero hoy que Juan se halla fuera de peligro y que habreis de darle con franqueza y uno por uno todos los pormenores, contadnos á Genoveva y á mí, por qué reunión de circunstancias y de sentimientos, vos que pareceis tan franca y tan sincera, os habeis propuesto mentir y engañar de semejante modo al que amais tanto.

—Voy á complaceros; con esto purgaré la falta que he cometido, sufriendo ahora la vergüenza de confesarla delante de Genoveva.

Esta, que había dado ya el alerta á todos sus sentidos, á lo que iban á percibir, escuchaba de antemano con el mayor interés, confiando hallar en la relación de Lucía, la confirmación de sus presentimientos acerca del niño, y otras pruebas evidentes de su verdadero origen.

CLIII.

—Tendría unos diez y seis años cuando me casé con Juan,—dijo Lucía,—sin que él ni yo sepamos qué día nos empezamos á querer; nos habían criado juntos en la cabaña de su madre. Parecíamos dos corderos del mismo establo. Su padre había ganado cuarto por cuarto su pequeña posesión en la montaña; mientras su madre se procuraba el sustento sacando criaturas de la Inclusa, que daba de mamar por cuatro francos al mes; después de lo cual y en la época en que principiaban ya á salir al campo, los ponía á oficio y estipulaba un pequeño salario por su trabajo. Yo misma pertencí al número de aquellos pobres niños abandonados, alimentados y educados por ella; debiéndose á esto, sin duda, más tarde, el origen de mi falta: generalmente se toma cariño á los que llevan el mismo nombre, despreciado por el mundo, que nosotros. Luego que fui mayor, la madre de Juan, que se había prendado de mí porque

era mas fina de cutis y mas delicada de temperamento, y porque habia pasado conmigo mas trabajos, no quiso separarme de su lado. Me trató como si hubiese sido hija suya y me educó con Juan que tenia cuatro años mas que yo. Decian tambien que mi madre era una señora de Ginebra ó de Chambery, que no podia reconocerme, pero que todos los años enviaba á la madre de Juan regalos de buen lienzo y vestidos, para estimularla á que me cuidara con mayor esmero. Pero lo único que yo he llegado á averiguar es, lo que la madre de Juan decia algun tiempo antes de su muerte á una vecina suya, que la criticaba el haber dejado casar á su hijo conmigo.

—Decid lo que se os antoje de Lucia, pero sabed que si su partida de bautismo no está en casa del *Maire*, ella conserva en su poder otra excelente que Dios le ha dado. Si á alguno debe causar vergüenza este matrimonio, no es ciertamente á mi hijo al que esto debe suceder.

CLIV.

Yo amaba á Juan sin conocerlo, y él me amaba á mí sin imaginarlo; pero la madre lo veia claramente, tanto que nos dijo un dia:

— ¡Vosotros os amais!

— ¡Calla! pues es verdad, — nos digimos los dos, llenándonos al mismo tiempo de rubor, — ¿no es así?

— Entonces, es preciso que os caseis.

Nos pusimos muy contentos, muy contentos, como que nos amábamos desde la edad de doce años, ignorando lo que era aquello, y nos casamos para vivir siempre solos él y yo, y su madre que se habia quedado viuda y sin hijos en la casa.

CLV.

Quando llegaba el invierno se marchaba Juan, y no volvia hasta el verano; durante cuya ausencia cuidaba yo de su madre y de

las vacas. Eramos muy felices cuando mi esposo subia de los llanos. Estuvimos mucho tiempo sin tener hijos. Por fin, despues de tres años y medio, y cuando habia trascurrido uno de la muerte de su madre, me sentí embarazada. Juan envió á buscar muy lejos una comadre, y me la dejó en casa, cuando se marchó por el invierno, para que me asistiese en el parto. Parí, pues, mientras mi marido estaba en Saboya. ¡Ah! un hermoso niño que me quedé criando sola yo en la casa, cuando se despidió la comadre. Y ¡cuánta era mi alegría al pensar en enseñárselo á Juan, que deseaba tanto un hijo varon, para que le ayudase en su oficio y desempeñara su obligacion, cuando él no pudiese ya salir de casa!

CLVI.

Conviene que tengais presente que la posesion, llamada por nosotros de Gros-Soyer, se encuentra muy alta, y muy distante de todas las poblaciones. La casa está enteramente sobre el borde de una ancha cañada, por cuyo fondo corre un arroyuelo que se ve relucir acá y allá por entre el follage que le cubre. Abetos y otros árboles crecen á ambos lados de la cañada y levantan sus cabezas buscando la respiracion y el sol. La mitad de nuestro tejado está cubierto por sus ramas, viéndose solo el lado que corresponde á donde sale el sol, y hácia el cual cae un patiecillo con su galería de madera, y una escalera de piedra sin labrar que conduce á la habitacion. Por aquel lado tiene sol hasta el mediodia, mientras por el opuesto cantan los pájaros á la sombra de los árboles. ¡Aquello parece un nido! No es de estrañar, por lo tanto, que los vecinos me llamasen, cuando era pequeña, la tortolilla.

Pero entendid, que al hablar de vecinos, me refiero á los habitantes de las aldeas esparcidas por la misma montaña. Dichas aldeas las constituyen siete ú ocho casuchas, muy separadas las unas de las otras, y que mas bien puede tomárselas por chozas de leñadores que por verdaderas casas. Los pobres que suben por los pueblos del llano, que no tienen nada, y que van á desmontar un tro-

zo de terreno, y á construir una vivienda con las piedras incultas del campo que rompen con el martillo, son los únicos que las habitan. En aquel pais es costumbre que los hombres vayan por el estío á segar á los valles, en el otoño á vendimiar, y en invierno á ajustarse para aventar trigo. Hay algunos que saben hacer zapatos; otros son contrabandistas entre Saboya y Francia; y otros, como mi marido, se ocupan en estañar las cucharas de hierro, y en componer los platos rotos con alambres. Las mujeres pasan la mayor parte del año en la casa ó en los campos, donde suelen criar algun niño de la Inclusa, y esto les ayuda á vivir.

CLVII.

Quien mas inmediato vivia á nosotros era una mujer, ya entrada en años, cuyo marido apresado por contrabandista y por haberse batido contra los aduaneros, estaba en galeras, hacia cinco años, faltándole todavia siete para cumplir su condena. Se llamaba la tia *Merodeo* y ejercia la profesion de su marido, haciendo los mismos viajes por la frontera. No tenia en su compañía sino dos cabras y algunas ovejas, con cuya leche criaba á los niños que sacaba de la Inclusa; pues era tal su imprudencia, que acreditaba en aquel establecimiento tener leche, sin embargo de que sus hijos entraban ya en suerte para la quinta; y si alguna vez no le concedían las criaturas, se ajustaba con otras mujeres, y les criaba las que ellas tenian con la rebaja de un franco en el precio de la Inclusa, es decir, por tres francos al mes. De este modo ganaba su pan, ó yéndose despues á merodear noche y dia á los jardines, y á robar las peras, nueces ó manzanas, que bajaba á vender luego en su pollino.

¡Ah! no se conoció nunca en el pais mujer tan cruel ni tan inhumana como ella. Era costumbre en el pais decir: «no quisiera ser su asno ni su cabra» pues castigaba á todas las criaturas de Dios, y principalmente á los pobres niños, cuando decian que tenían hambre.

Su casa, dominada por una roca, apenas se descubre; figuraos que de la roca se baja al tejado y del tejado al patio. Como os he dicho, esta casa es la mas inmediata á la nuestra; tanto que, al extremo del jardin plantado por mi suegro, hay un peral de invierno que deja caer la mitad de sus ramas en nuestro jardin, y la otra mitad en el patio de la tia *Merodeo*. Es un árbol que tiene, seguramente, sus doscientos años, y que cuando es buena la cosecha, produce mas de cuatro cargas de buenas peras, encarnadas como las hojas del cerezo despues de las heladas de otoño. Ahora bien; nos contentábamos con ver florecer y colorear dichas peras sobre el árbol; porque en el momento de principiarse á madurar, la tia *Merodeo* se apoderaba de las que correspondian á su patio, y en la noche siguiente el viento ó los grajos hacian tal destrozo, segun ella, que no quedaba fruta del lado de nuestro jardin. Por supuesto, que al otro dia encontrábamos las hojas desparramadas por el suelo, lo mismo que si el viento y las aves hubiesen tenido palos y horquillas con qué sacudir el árbol. Quien ciertamente los tenia era la tia *Merodeo*; por cuyo despojo de aquel desgraciado peral, que todos los años nos daba la esperanza, y rara vez la fruta que puede caber en un sombrero, teniamos mil disputas, que nos hacian vivir á disgusto y que nos obligaban á hablar mal á aquella vecina. Mi temor constante era de que Juan la pegase al fin, y el temor de Juan era, que al fin, ella prendiese fuego á nuestro pobre tejado de esparto.

CLVIII.

Sin embargo, no creais que era por ver el peral y los demas frutales del jardin pelados alternativamente cada noche, por lo que me incomodaba mas el tener tan cerca de nosotros, que amábamos la paz, aquella mala mujer, no; sino porque todo el dia estaba oyendo gritar á los desgraciados niños que criaba en su pajar, sin exageracion, como á los cabritos en un establo. Sus lloros y sus quejas me partían el corazon. Parecia que me ataban las manos para coser ó trabajar, cada vez que llegaban á mis oidos los pa-

decimientos de aquellas inocentes criaturas.

Ahora bien, me direis, ¿y qué conexión tienen la tía Merodeo y sus crias con vuestra relación? Vais á saberlo: Dios me es testigo de que no he entrado en estos detalles por murmuración. Además, la mala mujer ha muerto ya, y el señor la perdona los gritos que hacia dar á sus hijos de leche, como Juan y yo la perdonamos las peras que nos robaba.

CLVIX.

Ya os digo, señorita Genoveva, que habia parido un hermoso niño, aunque algo delicado como yo, y que habiéndose despedido la comadre de nuestra casa para su pueblo, yo estaba sola hacia tres meses, dando de mamar á mi hijo, esperando á mi marido, y gozando de antemano con el placer que le causaria. El niño medraba que era una bendición, bien es que yo tenia leche para criar á dos. La mitad del dia andaba paseándole por el jardin, y tirándole á lo alto con mis brazos estendidos, para volverle á recibir en mi seno.

Muchas veces, al dar aquellos paseos por el jardin, me acercaba hasta el peral, desde donde oia llorar de sed ó gritar á una hermosa criaturita de seis meses, que la tía Merodeo habia traído unos dias antes de la ciudad, haciéndose pasar por ama de cria. La perversa, la embustera, que le daba únicamente la leche sobrante de su cabra, esto es, la que no querian los cabritos!

Por otra parte, gastaba los dias enteros en hacer su comercio y recoger su mies, saliendo por la mañana y no volviendo hasta que el sol se habia puesto; de suerte que, durante todas estas horas, el pobre niño que habia quedado envuelto en su cuna, no tenia otra compañía que la del cerdo y el perro. La cabra era mas compasiva que la mujer. Siempre que volvia de pastar se iba ella sola á donde estaba la cuna, y se ponía atravesada encima de la criatura para que la mamase; pero todo lo demas del tiempo no tenia á su lado el angelito mujer ni cabra; dormía ó gritaba desde lo interior del patio, pareciendo una queja que se exhalaba ella sola entre pare-

des aisladas. ¡Es lo mas triste del mundo, señor, aquel gemido continuo y desesperado, de una voz que llora en la soledad de una casa, sin que nadie la oiga!

CLX.

Sin embargo, yo la oia; la oia mucho y cuantas veces sonaba, hasta que ya no pude mas. De pronto se me ocurrió: ¡Dios mio, si fuese mi hijo me alegraria de que una vecina, enternecida por su necesidad, le diese un poco de la leche que le hace falta; y ya que no fuese otra cosa, que le hiciese una visita para alegrar un poco sus tristes ojos!

Cierto dia por la tarde, en que ya no debia volver la tía Merodeo, y la criatura lloraba mas que lo de costumbre, cogí á mi niño dormido en mis brazos, me adelanté temblando hácia el peral, subí sobre la peña desde donde se va al patio, y bajé á él sin zapatos y con intención de consolar á la infeliz criatura!

¡Ah, qué muchacho tan hermoso me encontré! Pero á fe que vos mismo podeis juzgar, pues el muchacho era Joaquin; el que, si bien ha crecido mucho desde entonces, conserva sin embargo, la misma cara, con los mismos cabellos, aunque solamente un poco oscurecidos estos por el humo consiguiente á las operaciones del oficio de su padre.

Tenia destapados los brazos, como si hubiese querido espantar las moscas que le chupaban la poca sangre que le restaba; pero en el momento de verle me los tendió, pareciendo pedir que le tomase en los mios. Hizo una caricia á mi niño y balbuceó algunas palabras; era cosa de creer que queria hablar. Aquello me llegó al alma. Dejé á mi hijo al pié de la cuna, tomé á Sebastian en los brazos, jugué con él, y por último no pudiéndome contener, tal eran la pena y el placer que me causaba su hermosa cara, abrí la manteleta, y le di de mamar hasta que se satisfizo. Si hubierais visto, Genoveva, ¡qué alegría, qué gozo, qué embriaguez la de aquel niño hambriento, qué palmaditas, qué pataditas daba con

decimientos de aquellas inocentes criaturas.

Ahora bien, me direis, ¿y qué conexión tienen la tía Merodeo y sus crias con vuestra relación? Vais á saberlo: Dios me es testigo de que no he entrado en estos detalles por murmuración. Además, la mala mujer ha muerto ya, y el señor la perdona los gritos que hacia dar á sus hijos de leche, como Juan y yo la perdonamos las peras que nos robaba.

CLVIX.

Ya os digo, señorita Genoveva, que habia parido un hermoso niño, aunque algo delicado como yo, y que habiéndose despedido la comadre de nuestra casa para su pueblo, yo estaba sola hacia tres meses, dando de mamar á mi hijo, esperando á mi marido, y gozando de antemano con el placer que le causaria. El niño medraba que era una bendición, bien es que yo tenia leche para criar á dos. La mitad del dia andaba paseándole por el jardin, y tirándole á lo alto con mis brazos estendidos, para volverle á recibir en mi seno.

Muchas veces, al dar aquellos paseos por el jardin, me acercaba hasta el peral, desde donde oia llorar de sed ó gritar á una hermosa criaturita de seis meses, que la tía Merodeo habia traído unos dias antes de la ciudad, haciéndose pasar por ama de cria. ¡La perversa, la embustera, que le daba únicamente la leche sobrante de su cabra, esto es, la que no querian los cabritos!

Por otra parte, gastaba los dias enteros en hacer su comercio y recoger su mies, saliendo por la mañana y no volviendo hasta que el sol se habia puesto; de suerte que, durante todas estas horas, el pobre niño que habia quedado envuelto en su cuna, no tenia otra compañía que la del cerdo y el perro. La cabra era mas compasiva que la mujer. Siempre que volvia de pastar se iba ella sola á donde estaba la cuna, y se ponía atravesada encima de la criatura para que la mamase; pero todo lo demas del tiempo no tenia á su lado el angelito mujer ni cabra; dormía ó gritaba desde lo interior del patio, pareciendo una queja que se exhalaba ella sola entre pare-

des aisladas. ¡Es lo mas triste del mundo, señor, aquel gemido continuo y desesperado, de una voz que llora en la soledad de una casa, sin que nadie la oiga!

CLX.

Sin embargo, yo la oia; la oia mucho y cuantas veces sonaba, hasta que ya no pude mas. De pronto se me ocurrió: ¡Dios mio, si fuese mi hijo me alegraria de que una vecina, enternecida por su necesidad, le diese un poco de la leche que le hace falta; y ya que no fuese otra cosa, que le hiciese una visita para alegrar un poco sus tristes ojos!

Cierto dia por la tarde, en que ya no debia volver la tía Merodeo, y la criatura lloraba mas que lo de costumbre, cogí á mi niño dormido en mis brazos, me adelanté temblando hácia el peral, subí sobre la peña desde donde se va al patio, y bajé á él sin zapatos y con intención de consolar á la infeliz criatura!

¡Ah, qué muchacho tan hermoso me encontré! Pero á fe que vos mismo podeis juzgar, pues el muchacho era Joaquin; el que, si bien ha crecido mucho desde entonces, conserva sin embargo, la misma cara, con los mismos cabellos, aunque solamente un poco oscurecidos estos por el humo consiguiente á las operaciones del oficio de su padre.

Tenia destapados los brazos, como si hubiese querido espantar las moscas que le chupaban la poca sangre que le restaba; pero en el momento de verle me los tendió, pareciendo pedir que le tomase en los mios. Hizo una caricia á mi niño y balbuceó algunas palabras; era cosa de creer que queria hablar. Aquello me llegó al alma. Dejé á mi hijo al pié de la cuna, tomé á Sebastian en los brazos, jugué con él, y por último no pudiéndome contener, tal eran la pena y el placer que me causaba su hermosa cara, abrí la manteleta, y le di de mamar hasta que se satisfizo. Si hubierais visto, Genoveva, ¡qué alegría, qué gozo, qué embriaguez la de aquel niño hambriento, qué palmaditas, qué pataditas daba con

sus lindos piés desnudos sobre mi pecho! Me hice cuenta de que iba á beberme toda entera. Y sin embargo, me causaba tal gozo esto de verle satisfecho una vez en su vida, que no se me ocurrió siquiera reservar alguna leche para mi hijo. Pero Dios es Dios, como dice Juan; donde hay para uno hay para dos.

Después que se hartó de mamar le volví otra vez á su cuna, le coloqué á la sombra del peral junto con mi niño, y yo me estuve haciéndoles compañía á ambos hasta la postura del sol, ora procurandoles el sueño, ora jugando con ellos, y finalmente poniéndoles al pecho juntos. Concluido esto lo puse todo de la misma suerte que lo habia encontrado, y me sali sin hacer ruido tan pronto como sonó la campanilla de su asno, que venia ya caminando hácia la casa.

— ¡Ah, qué día pasé yo tan delicioso, y con cuánta satisfaccion me quedé dormida! No obré mal, ¿verdad que no? por más que me tomase la licencia de pasar al patio y á la escalera de mi vecina, sin contar con ella.

— ¡Oh! no, — contestó Genoveva, — me parece que no hicisteis mal.

CLXI.

Pues aquí teneis la operacion que no dejé de practicar un solo dia durante dos meses, y dos ó tres veces cada dia. ¡Cómo medraba el niño! Al revés de otros de los que se dice que les chupan las brujas, por la noche, cuando están muy delgados, parecia que este mamaba de las brujas, durante su sueño.

Por mi parte, se me figuraba que tenia dos hijos en vez de uno, y que mi corazón se dividia entre el uno y el otro. Siempre habia oido que el niño se injertaba por la teta sobre la mujer estraña, á la manera que el fruto de otro árbol se injerta sobre las ramas de los de nuestro jardin; aunque jamas habia querido creerlo. ¡Ah, y cuánto lo creo ahora! Tan pronto como me tocó en el pecho con su linda boquita de color de rosa, aquel niño abandonado que no queria soltarme, semejante al cordero que no quiere soltarse de la

oveja, por mas que le tiren de la pata, y después de experimentar que el dulce calor de mi cuerpo y el del suyo se incorporaban sobre mi corazón, como para calentar una cuna viva á aquel desgraciado caído sin nido sobre la tierra, y por último, cuando al formar mi leche un arroyuelo sobre sus labios, decia yo interiormente: «Esta vida que va á estenderse por todo el niño, y á crecer al paso que sus miembros infantiles, es mi vida, ¡ah, estaba á punto de querer á aquella criatura con tal vehemencia como si hubiese salido de mis entrañas! La leche constituye un parentesco, no lo dudeis, Genoveva; se cree una su madre, después de haber dado de mamar á un niño por algun tiempo, con tanto fundamento casi, como la que le ha llevado en su seno nueve meses!

Pues esto cabalmente era lo que pasaba por mí, respecto de aquel niño, llegando al extremo de que cuando me despertaba por la noche, y oia soplar la brisa en los árboles, ó llorar y gemir el agua en el fondo del barranco, debajo de la casa, siempre me parecia que era el niño que me llamaba á gritos. Me estaba contando todas las horas que trascurrian, hasta que la tia Merodeo salia con su asno para el valle; esperando que llegase el momento de ir á ver, acariciar, mecer y dar de mamar á su niño.

CLXII.

¡Ah! De esto se originó mi desgracia. Quería con exceso á aquel ser inocente; Dios me castigó por ello. Vais á oír lo que no he dicho á nadie mas que á la tia Merodeo. Ahora podria ocultarlo para siempre si este fuese mi ánimo, puesto que aquella mujer ya ha muerto; pero quiero mejor confesarlo todo para descargar una vez la conciencia.

Un dia de primavera, ¡ah! ¡un dia fatal (creedlo Genoveva) me habia puesto á jugar desde muy temprano con mis dos niños sobre la roca vestida de musgo y de flores; que domina, segun ya os he dicho, el patio y la escalera de la tia Merodeo. Tenia las piernas colgando hácia la parte del precipicio; pero no habia re-

parado en ello, pues nosotras por lo mismo que hemos nacido al borde de aquellos abismos, á semejanza de las ramas que crecen sobre las laderas, y que se mecen por sus raíces, no andamos ni aun con la menor precaucion. Habia colocado los dos sobre mis rodillas para que jugasen juntos, al sol, en mi delantal. Me causaba un placer inesplicable el ver cómo se abrazaban, se asian, se separaban, se unian, se miraban, se reian uno de otro, lo mismo que dos cabritos blancos, entre las piernas de su madre, y yo les escitaba á jugar mas, haciéndoles guiños con la frente, con la boca y con los dedos.

CLXIII.

Hubo, sin embargo, un momento en que me distraje, y aprovechándose de él, la cabra de la tia Merodeo, que daba tambien de mamar al niño, salta de la pared del patio á la roca, como en celada de que le quitasen la cria, y embiste conmigo á topetadas, golpeándome el pecho con sus cuernos. Entonces, al mismo tiempo que echo mis dos manos para defender mi cara, hago un movimiento involuntario con mis rodillas, que se entreabren y dejan caer á los dos niños, rodando por mis piés desde la roca abajo, primero con lentitud, despues aprisa, muy aprisa, de mata en mata, de arbusto en arbusto, hasta lo profundo del barranco, en donde habia un anchuroso estanque! Me levanto al punto, doy un grito, estiendo los brazos al cielo, inclino la cabeza sobre el precipicio procurando ver el fondo, suplico á todos los ángeles del cielo que coloquen milagrosamente una piedra, una raiz, cualquier obstáculo en que puedan tropezar y detenerse sobre la ladera, mis pobres niños, antes de caer al agua, donde deberian ahogarse! Yo misma me descuelgo, asiéndome con las plantas de mis piés descalzos y con las uñas de mis dedos á las yerbas y á la arena, para descender al fondo antes de que ellos cayeran. ¡Ah! ¡era demasiado tarde! Uno de los cuerpecitos me hace oír el mismo ruido que una piedra pesada al caer en el agua; el ramaje no me permite ver cuál de los dos es.

¿Será el mio? ¿Será el otro? ¿No será ninguno? En esta duda horrible me desmayo, ruedo yo tambien al fondo, donde el frio del agua me devuelve el sentido, ya en el cauce del arroyo, inmediato á mi pobre niño ¡al mio! ¿lo ois? ¡ya no respiraba! ¡se habia ahogado en un minuto!

Pero delante de mí estaba el otro; el otro que veis, el de la tia Merodeo, que, habiéndose quedado suspendido de un arbusto por las piernas, semejante á un pájaro cogido en una ballesta por la pata, me miraba y se reia el pobre inocente.

¡Ah! señorita Genoveva, dijo Lucía al llegar á este pasaje de su historia, levantando con las dos manos su delantal y tapándose la cara, permitidme que continúe hablándoos acerca de esto! Mis lamentos, mis lágrimas habrian partido la roca durante todo aquel dia, si las piedras tuviesen corazon. En una palabra, el hijo de Juan y el mio habia muerto, y el niño extraño vivia aun. ¡Pobrecito Moises, contenido por los juncos como el de la Biblia de mi marido!

¡No tenia otro remedio que alimentarle, supuesto que vivia, lloraba y me pedia la teta! Se la di en efecto. Verdad es que no le habia perdido el cariño á pesar de la desgracia de que habia sido causa; pero, ¡ni él ni yo teníamos la culpa!

CLXIV.

Llamé dos niños de la vecindad, y les encargué que llevaran á la parroquia al mio ahogado; solo yo he sabido hasta ahora de lo que habia muerto. Esto consiste, en que se hace el mismo caso en nuestras aldeas, de un niño de cuatro meses, cuando muere, que de una mosca desprendida del cristal á la entrada de los hielos. Le dan sepultura en el cementerio, sin haberse tomado la molestia, si quiera, de averiguar su nombre.

Es decir, que me quedé sola, sola; sola, sin la compañía de Juan en la cama, y sin la de mi hijo en la cuna. ¡Oh! ¡Entonces si, que me parecieron largos los dias, y las noches interminables!

CLXV.

Otra consideracion me obligaba á estar muy apurada: la de mi pobre Juan, que esperaba encontrar, cuando volviese, á su hijo tan deseado sonriendo en mis brazos! Se me ocurría, ¡ qué va á decir! ¡ Creerá que he tenido yo la culpa! ¡ No me querrá tal vez cuando me vea las manos vacías! ¡ Y luego ese pobre niño de la tia Merodeo! si no le doy mas de mamar, se me retirará la leche, y el pecho se me secará como una yerba sin agua. ¡ Le queria tanto despues del mio, que no sabia cómo hacer para consolarme de la pérdida de los dos, siendo así que no podia de la de uno!

Por esto, pues, no cesaba de ir y venir durante el dia, con mi pena y todo, á dar de mamar al niño de la tia Merodeo, y á hacerle tristes caricias.

CLXVI.

En esto, se iba acercando el tiempo de que Juan volviese, y era preciso resolver algo: entonces me ocurrió una idea que no se separaba de mi imaginacion y que parecia un mal sueño. Pero fuese lo que quisiera, lo cierto es que se apoderó de mí de tal manera, que estaba hecha una loca y no pensaba en otra cosa. Por último, esta misma locura me dió un valor y una resolucion, que yo no habia tenido hasta entonces para ninguna cosa de este mundo, y que no he vuelto á tener despues. Me propuse llevar á cabo mi plan, costase lo que costase. Hé aquí de qué manera:

Pasé á ver á la tia Merodeo y la dije:

— Quiero que me vendais vuestro niño, una vez que el mio ha muerto. Tengo leche, cuidaré de él, y haré que pase á los ojos de Juan como su propio hijo. Vos poneos punto en boca, y no digais una palabra á nadie. En cuanto á los niños que han llevado al mio á enterrar, yo les encargaré que no hablen de esto nunca á Juan. La parroquia está lejos, el cura ha muerto. Por otra parte, ningun-

no se tomará la molestia de venirle á hablar de su hijo; y si esto pudiera suceder alguna vez, será ya despues de mucho tiempo, cuando Juan haya tomado cariño á Joaquin y no piense en separarse de él.

— Nada hay imposible en el mundo, dijo la vecina; el dinero lo puede todo. ¿ Cuánto me dareis por mi niño? ¿ Y por guardaros el secreto, cuánto me vais á dar?

Sentadas en su patio sobre la albarda de su burro, concluimos el ajuste, mientras comian los animales un poco de heno que habia robado la tia Merodeo. Fue así:

Dejé á su favor los seis francos mensuales de la Inclusa, como cuando tenia la obligacion de alimentar y vestir al niño, conviniendo en prestársele siempre que se le pidieran las madres de la Inclusa para asegurarse de su existencia. Además, para que guardase el secreto, convine en darle todos los años, graciosamente, tanta fruta cuanta produjese el peral que habia en nuestro jardin, inmediato á su casa, y por el que nos tenia tanta envidia y cometia tantas acciones malas. Y finalmente, se estipuló, que esto último sería por todo el tiempo que estuviese sin dar parte de nuestro arreglo á Juan ni á alguno otro.

Terminado el contrato, la di señal, y me traje á mi casa el niño enteramente desnudo, dejándola á ella la cuna y la ropita. Yo bien sabia que obraba mal, pero esto, no obstante, me despedí mas contenta de la tia Merodeo que si me hubiera encontrado un tesoro. Nunca habria podido imaginarme que una obra de caridad ocasionase tanto placer.

Verdad es, que tampoco me olvidaba del disgusto y la afliccion que iba á evitar, obrando de este modo, á mi querido Juan.

CLXVII.

Todo salió al pie de la letra, segun lo habia ideado. Encontrándose Juan con un hermoso niño en mi seno, cuando volvió, no tuvo en qué fundar la menor sospecha, y le cobró el mismo

afecto que si fuera suyo. Habeis de saber, Genoveva, que la cabeza tiene dos ojos, mientras el corazon ni uno solo. Ama lo que se le hace amable, sin averiguar cómo se llama, ni examinar la partida de bautismo.

De este modo han trascurrido nueve años; sin que en todo este tiempo me haya dado Dios otro hijo. Mi marido ha enseñado su oficio á Joaquin, habiendo empezado á llevarsele, desde hace un año, á donde quiera que él va.

Veamos pues, ¿qué queriais que yo hiciese al ver engañado á mi pobre Juan hasta en el artículo de la muerte, y que iba á desheredar á sus verdaderos parientes dejando su casa y sus bienes á un extraño? Me veia en el caso de tener que confesar la verdad, á menos que no temiese presentarme un dia delante de Dios como una ladrona. ¡Oh, no! Engañar el corazon de un hombre para felicidad suya, enhorabuena; pero eso de robar, sin ánimo de restitucion, á una pobre familia lo que le pertenece, ¡jamás! Y si no, colocada vos, en mi lugar, señorita Genoveva, ¿qué habriais hecho?

—¿Yo?— dijo Genoveva, dirigiendo una mirada cariñosa sobre el niño;— habria hecho otro tanto que vos, lo conozco; habria cometido el hurto del niño, y habria entregado la herencia á los parientes.

Solo que ahora no se trata de eso,—continuó hablando quedo á Lucía, y llevándosela á un rincón del cuarto;— ¿si tuviérais noticia de la persona á quien pertenece en realidad el niño, se le entregaríais del mismo modo que habeis querido entregar la herencia de vuestro marido á su familia?

—¡Ah, señora!— exclamó Lucía tendiendo los brazos al cielo,—no podria hacerlo enteramente por mucho que quisiera. Lo único que yo podria dar á quien le perteneciera seria su cuerpo, pero su corazon ya conoceis que seria imposible.

Genoveva, no apartándose nunca de su imaginacion la idea de aclarar mas y mas el misterio del origen del niño, y de encontrar en Joaquin al hijo de Pepita, llamó aparte á Lucía, se sentó á su

lado en el último peldaño de la escalera, pidió al niño el pelo y las otras prendas de reconocimiento que llevaba al cuello, dentro del estuche de estaño, las fué poniendo sobre las rodillas de Lucía, y despues de suplicarla á esta que la escuchase, empleó mas de dos horas en contarla su historia y la de su hermana, esforzándose, segun pude colegir de los gestos de las dos mujeres, por convencer á Lucía de los derechos que tenia, en razon del parentesco, á la posesion del niño. La jóven no despegaba sus labios; sino que parecia convencida y aplanada al mismo tiempo, con el discurso de Genoveva.

Elegó por fin el momento de levantarse ambas para volver á subir; pero con esa actitud propia de personas que cuanto mas reflexionan, mas indecisas se hallan sobre el partido extremo que les conviene tomar; lo cual fué para mí indicio seguro de que la conversacion misteriosa, aun cuando sirvió para agitar todo cuanto habia en el alma de las dos mujeres, no tuvo resultado definitivo.

CLXVIII.

Yo habia estado observando, sin quitar ojo, lo uno porque no tenía otra cosa que hacer, y lo otro porque mi corazon se interesaba en ello, los movimientos y la conversacion de Lucía y Genoveva. Sentado en mi cuarto, inmediato á la ventana, leia unas veces y miraba otras lo que pasaba en la escalera; advirtiendo que, por momentos, se iba complicando mas y mas aquel drama. Sin embargo, no tenia noticia de otros sucesos que embrollarian mas la situacion de aquellas dos mujeres, respecto la una de la otra.

Despues de un rato entró en mi habitacion mi amigo el médico. Traia marcado en su semblante la noticia favorable de un suceso imprevisto, y el gozo anticipado que iba á disfrutar comunicándole.

—El enfermo que me recomendaste, se ha salvado,— me dijo sonriendo;—pero temo que su pobre mujer haya de mezclar algunas lágrimas de tristeza, á las lágrimas de alegría derramadas por

la milagrosa conservacion de su marido, y temo tambien por los ojos de Genoveva.

—¿Pues qué hay?—le pregunté alterado.
—Atiende,—me contestó sentándose,—ocurre una novedad en la Inclusa, á donde voy á visitar todas las mañanas.

Es el caso, que la superiora, mujer virtuosísima y sumamente afecta á los desgraciados, me ha hecho subir despues de la visita para hablarme de la esposicion misteriosa de un niño, acaecida hará cosa de nueve años; de cuyo niño se propuso hacer perder las huellas, la administracion de justicia, bárbara y pagana en este punto, con el objeto de que la madre natural cuanto ilegítima, no las encontrase nunca; resultando ahora, que efectivamente, la familia del padre se afana en vano buscándole. Pero es el caso, que en todo esto se halla complicada, á lo que parece, una hermana de Genoveva, niña encantadora, célebre en el pueblo por su belleza y por su muerte precoz. Y hay tal empeño en descubrir el paradero de aquel niño perdido si existe, y reclamarlo en nombre del padre, jóven militar, muerto en la primera accion en que se halló, que con objeto de hacer averiguaciones solamente, está hospedada en la Inclusa en una habitacion particular, hace cinco semanas, una señora piadosa, anciana, forastera y tia del padre del esposito. Por su parte la superiora, que es amiga de la señora anciana, la ayuda de tal modo en sus pesquisas caritativas, que no omite la menor diligencia, ya recogiendo declaraciones de testigos, y ya tomando otros datos para saber el paradero del niño. Esta hermana de la caridad conoció á Genoveva cuando la epidemia desolaba el pais. Yo la he dicho que la criada del cura del Valneige estaba aqui, pasando los dias y las noches al lado de un montañes moribundo; y entonces ella, deseando recoger mas datos y otras noticias secretas que pueden ayudar á la señora forastera á hacer constar la existencia y la identidad del hijo de su sobrino, ha dispuesto venir las dos inmediatamente á examinar á Genoveva: con que informadla de la visita y de las intenciones que traen las que se la vienen á hacer. Para ella debe ser este un negocio de importancia,

puesto que se trata, por una parte, del honor de su hermana Pepita, y por otra de devolver un nombre á una familia, y una fortuna á un niño por quien Genoveva debe estar interesada.

—Sí,—dige á mi amigo,—está interesada efectivamente y mucho por ese niño, sobre todo, ahora que cree haberle vuelto á encontrar en el niño de Lucía, que veis allí en el patio jugando con mi perro de caza, y cuya figura y sensibilidad os ha sorprendido, viéndola ostentarse continuamente junto al lecho del pobre enfermo. Voy á informar á Genoveva de esta visita y á decirle que se prepare.

Sali en seguida.

CLXIX.

Quando llegué al cuarto del enfermo, ya estaban en él la superiora, la forastera, Genoveva y Lucía, metidas en una conversacion animada, que denotaba por la alteracion de las facciones y por el acento de las palabras los diferentes sentimientos que tomaban parte en ella. Desde luego me propuse oír y callar, á no ser cuando Genoveva pedia mi auxilio con una mirada suplicante.

CLXX.

—Pero hablemos francamente, señora,—decía Genoveva á la forastera, mujer de edad avanzada y cuyo traje revelaba una posicion distinguida,—¿quién ha podido informaros de las relaciones de vuestro sobrino con mi hermana, y daros noticia, nada menos que del nacimiento de un niño, fruto de su amor y de un matrimonio clandestino?

—Lo sé por dos testigos, señorita,—contestó la forastera con una tranquilidad extraordinaria y con una dignidad amable;—primeramente, por el sacerdote ligero y culpable, que, habiendo ejercido temerariamente su sagrado ministerio en una union ilegal y oculta, se arrepintió despues y lo confesó en la hora de la muerte á su obispo, rogándole á este que hiciese saber á nuestra familia lo

la milagrosa conservacion de su marido, y temo tambien por los ojos de Genoveva.

—¿Pues qué hay?—le pregunté alterado.
—Atiende,—me contestó sentándose,—ocurre una novedad en la Inclusa, á donde voy á visitar todas las mañanas.

Es el caso, que la superiora, mujer virtuosísima y sumamente afecta á los desgraciados, me ha hecho subir despues de la visita para hablarme de la esposicion misteriosa de un niño, acaecida hará cosa de nueve años; de cuyo niño se propuso hacer perder las huellas, la administracion de justicia, bárbara y pagana en este punto, con el objeto de que la madre natural cuanto ilegítima, no las encontrase nunca; resultando ahora, que efectivamente, la familia del padre se afana en vano buscándole. Pero es el caso, que en todo esto se halla complicada, á lo que parece, una hermana de Genoveva, niña encantadora, célebre en el pueblo por su belleza y por su muerte precoz. Y hay tal empeño en descubrir el paradero de aquel niño perdido si existe, y reclamarlo en nombre del padre, jóven militar, muerto en la primera accion en que se halló, que con objeto de hacer averiguaciones solamente, está hospedada en la Inclusa en una habitacion particular, hace cinco semanas, una señora piadosa, anciana, forastera y tia del padre del esposito. Por su parte la superiora, que es amiga de la señora anciana, la ayuda de tal modo en sus pesquisas caritativas, que no omite la menor diligencia, ya recogiendo declaraciones de testigos, y ya tomando otros datos para saber el paradero del niño. Esta hermana de la caridad conoció á Genoveva cuando la epidemia desolaba el pais. Yo la he dicho que la criada del cura del Valneige estaba aqui, pasando los dias y las noches al lado de un montañes moribundo; y entonces ella, deseando recoger mas datos y otras noticias secretas que pueden ayudar á la señora forastera á hacer constar la existencia y la identidad del hijo de su sobrino, ha dispuesto venir las dos inmediatamente á examinar á Genoveva: con que informadla de la visita y de las intenciones que traen las que se la vienen á hacer. Para ella debe ser este un negocio de importancia,

puesto que se trata, por una parte, del honor de su hermana Pepita, y por otra de devolver un nombre á una familia, y una fortuna á un niño por quien Genoveva debe estar interesada.

—Sí,—dige á mi amigo,—está interesada efectivamente y mucho por ese niño, sobre todo, ahora que cree haberle vuelto á encontrar en el niño de Lucía, que veis allí en el patio jugando con mi perro de caza, y cuya figura y sensibilidad os ha sorprendido, viéndola ostentarse continuamente junto al lecho del pobre enfermo. Voy á informar á Genoveva de esta visita y á decirle que se prepare.

Sali en seguida.

CLXIX.

Quando llegué al cuarto del enfermo, ya estaban en él la superiora, la forastera, Genoveva y Lucía, metidas en una conversacion animada, que denotaba por la alteracion de las facciones y por el acento de las palabras los diferentes sentimientos que tomaban parte en ella. Desde luego me propuse oír y callar, á no ser cuando Genoveva pedia mi auxilio con una mirada suplicante.

CLXX.

—Pero hablemos francamente, señora,—decía Genoveva á la forastera, mujer de edad avanzada y cuyo traje revelaba una posicion distinguida,—¿quién ha podido informaros de las relaciones de vuestro sobrino con mi hermana, y daros noticia, nada menos que del nacimiento de un niño, fruto de su amor y de un matrimonio clandestino?

—Lo sé por dos testigos, señorita,—contestó la forastera con una tranquilidad extraordinaria y con una dignidad amable;—primeramente, por el sacerdote ligero y culpable, que, habiendo ejercido temerariamente su sagrado ministerio en una union ilegal y oculta, se arrepintió despues y lo confesó en la hora de la muerte á su obispo, rogándole á este que hiciese saber á nuestra familia lo

sucedido, y la probable existencia de algun fruto desheredado de aquel matrimonio; y en segundo lugar, lo sé por mi pobre sobrino, quien antes de la fatal accion en que sucumbió, habia tenido el presentimiento de sus peligros, y habia escrito un testamento que conservo aqui, dentro de mi cartera. Por si efectivamente moria, habia confiado el documento á un soldado de su compañía, hijo de uno de nuestros colonos, y cuya familia habita en la misma aldea que nosotros. Este soldado, que no sabe leer ni escribir, ha estado esperando que le diesen su licencia absoluta y el momento de regresar á su pueblo para entregarnos este papel, cuya importancia no conocia. En seguida nos apercibimos de todo. Vimos que por aquel testamento se otorga, á favor de Pepita y de su hijo, toda la parte de herencia que pudiera poseer mi sobrino á la hora de su muerte. Dicha parte no es muy considerable, porque si bien sus hermanos y hermanas han muerto luego, como que han dejado hijos, estos se han llevado lo que les corresponde, pero sea como quiera, yo me hubiera creído muy culpable ante Dios y ante mi conciencia, si no hubiese procurado por todos los medios entregar á la madre y al niño á quien esta fortuna estaba destinada, el millar de luises á que asciende. Ademas, yo tambien poseo algunos bienes, y como me seria sumamente grato verle reproducido en otro ser que me recuerde las facciones y me devuelva parte de su corazon, he creído que no debia omitir medio alguno, ni le omitiré seguramente, para proteger al huérfano contra la miseria y el abandono.

Al oír esto, Genoveva dirigió una mirada muy espresiva á la superiora, que parecia decirle: «Estad atenta á lo que va á suceder,» y levantándose de su asiento, cogió el niño de la mano, le colocó delante de las rodillas de la forastera, y sin decirle nada, procuró llamar su atencion como por casualidad, hácia aquel hermoso rostro, quedándose ella observando la fisonomía de la anciana.

Esta exploracion muda dió al punto su resultado. — ¿Qué niño es este, Dios mio? — exclamó la buena señora,

— ¿qué niño es este? ¡Creo ver en él la imagen de mi sobrino cuando tenia su edad!

— Es el mio, señora, — dijo Lucía vacilando, ruborizándose y palideciendo, como quien dice una mentira.

— ¡Oh! ¡si! es el nuestro, — dijo el enfermo, pareciendo indicar con esta palabra, la primera que pronunciaba despues de su mal estado, y de la confesion de Lucía, de un modo indirecto, que perdonaba á su mujer y que adoptaba el niño.

— No, no mintais, Juan, ni balbuceis Lucía, — repuso Genoveva; — es vuestro hijo por el amor, pero no teneis con él parentesco alguno.

Lucía por toda respuesta, se cubrió la cara con su delantal.

— Si, soy tuyo, — murmuró el niño cogiendo el delantal de Lucía por una punta, y tirando de él para quitársele de la cara y volverle á poner sobre sus rodillas. — ¿Por qué te avergüenzas de mí delante de la gente? ¿Te he disgustado en algo hoy?

Lucía le dió un beso sin contestarle.

CLXXI.

La superiora mandó entonces que subieran el médico, el escribano, el cura de Voiron, y el juez de paz, á quienes habia avisado para que presenciasen la declaracion que creia tener que reclamar de Genoveva, y haciéndoles sentarse á todos sobre las camas, y sentándose ella misma junto á la señora forastera, dirigió la palabra á la criada en estos términos!

CLXXII.

— Mi querida Genoveva, en el cielo ninguno tiene de qué avergonzarse. Y como vuestra encantadora hermana está allí con los ángeles, á los que se parece extraordinariamente, sin que de esto me quede la menor duda, ha llegado el instante de decir libremente y como la siento, la verdad, con referencia á una falta que la muerte castigó con exceso, y con cuya humillacion vos qui-

sisteis cargar, para que quedase pura la memoria de vuestra hermana.

—Esta se unió, hace nueve años y algunos meses, mediante un matrimonio clandestino, al joven sargento, sobrino de esta señora.

—Es verdad, —dijo Genoveva.

—De aquella union resultó un hijo, y encontrándoos las dos hermanas en la imposibilidad de confesar y legitimar su nacimiento, le mandásteis depositar en la Inclusa, para que allí fuese criado, pero llevando siempre la segunda intencion de sacarle secretamente tan luego como pudiérais hacerlo, sin detrimento de la reputacion de Pepita.

La única contestacion de Genoveva, fué bajar la cabeza en señal de asentimiento.

—El comisario de policia siguió y apresó á la comadre que llevaba al niño. A este le quitaron las señales y el rizo de pelo de su madre, que colgaba de su cuello; porque la administracion de justicia, mas severa y mas cruel que la religion, nos habia dado orden de destruir estas señales, cuando recibiéramos los niños en el torno, y de confundirlos unos con otros todos aquellos pobres huérfanos, para intimidar á las madres culpables, quitándoles hasta la menor esperanza de volver á hallar nunca su fruto. Sensible es tener que decirlo, señores, pero esta es la verdad, —dijo encarándose con los magistrados y con el médico.

Cierto que la caridad de las mujeres ha desobedecido siempre en cuanto ha podido la ley; porque cuando la ley de los hombres es contraria á la ley de la naturaleza y de Dios, se haria una culpable si la obedeciese. Y así, en cuanto á mí puedo decir, que bajo mi responsabilidad me propuse no obedecer nunca aquella de quitar las señales á los niños.

—¡Oh, qué felicidad! —pronunció entre dientes Genoveva, frotándose las manos.

—Recibí del comisario, en secreto, el pelo y las otras prendas que habia quitado á la comadre, é inmediatamente las puse, va-

liéndome de un subterfugio piadoso, entre dos dobleces del envoltorio del pobre espósito, y cuando se le entregué á su primera nodriza la hice seña con los ojos y con el dedo, del sitio á donde habia cosido aquella partida de bautismo, invisible á los administradores, para que ella la descosiera despues, y la hiciese salir cuando llegase el caso, como un testigo irrecusable de la criatura.

No bien oyó esto Genoveva, se arrojó impetuosamente sobre los piés de la cama del enfermo, en donde Lucía y el niño permanecian azorados, y desabrochando con sus manos ligeras como el pensamiento, el chaleco y la camisa del muchacho, que lloraba y se resistia contra aquella violencia hija del cariño, le arrebató la caja de estaño, el papel y el rizo de pelo rubio de Pepita.

—¿Es esto, señora? ¡oh, por favor! decid, decid; ¿es esto? —esclamó, estendiendo la trenza sobre las rodillas y á la vista de la superiora.

—Esto mismo, hija mia, —dijo solemnemente la religiosa.

—¡Bendito sea Dios, querida amiga! —añadió luego tomando otra vez el rizo de pelo de manos de Genoveva, y entregándosele á la forastera; —tomad, desde hoy os pertenece; es vuestro título de propiedad de este huérfano.

Entonces, Genoveva se quedó con los brazos caidos y las manos vacias, consternada de haber trabajado para otra, sin saberlo, y de ver que perdía la posesion del niño, cuando creia cabalmente que le habia adquirido para siempre.

Lucía estaba pálida é inmóvil como el mármol de una Niove salvaje.

Juan se tapaba la cara con la colcha.

—¡Luego es decir, que pensais arrebatarme mi niño! —dijo por fin la desgraciada Lucía, recobrando la palabra y estrechando á Joaquin contra sus rodillas. Este, entre tanto, lanzaba una mirada á la superiora, á Genoveva, á la forastera, y á los demas pre-

sentés, manifestando la cólera y el espanto que todos le causaban.

— Bien lo veis que no es vuestro, — dijo severamente el juez de paz.

— ¡No es el mio! — exclamó Lucía saltando de su asiento como impulsada por un resorte mecánico, y alzando al niño en sus brazos, á la manera que si tomase á Dios por testigo de la violencia que aquel rapto iba á hacer á los derechos reconocidos por su corazón; — ¡no es este mio! ¡pues que me vuelvan el que lo era y perdí por amor de este! ¡la leche con que le he alimentado, las lágrimas de mis ojos con que le he bañado en sus enfermedades; la sangre de mi corazón que se ha trasladado al suyo! Y, sobre todo, ¡arrancadle á él mismo su corazón del pecho, para que retirándole de mí, si puede, se lo entregue á esta ó aquella! — añadió con aire y en tono de desprecio, lanzando una mirada casi feroz sobre Genoveva y sobre la forastera á un tiempo.

— Si, — continuó entonces Joaquín, enseñando los puños y repitiendo las palabras de su madre: — venid á quitarme el corazón, que es de Lucía y de Juan, para que se lo lleven esas. No, no, no, ni tú tampoco, Genoveva, por mas que seas buena y hayas curado á mi padre.

Esto hizo una profunda sensación en el alma de la criada, sorprendió y desconcertó á la señora anciana, y hasta la superiora se quedó sin saber qué decir ni qué hacer. Los hombres y la religiosa se miraron asombrados los unos á los otros, y como queriéndose decir: «Habíamos echado la cuenta sin la naturaleza.»

CLXXIV.

— Sin embargo, amigos míos, — dijo entonces la anciana, — no haceis bien en obstinaros de ese modo en negar á la familia y á la tía del padre natural de este niño, lo que les corresponde segun la sociedad y segun la ley.

— Y segun la naturaleza, tambien, — añadió Genoveva, sin pensar en nadie sino en sí misma.

— No, — añadió la superiora, — no teneis razon para proceder

de esa manera. Yo en conciencia no puedo menos de declarar contra vosotros. El niño no es de nadie mas que del sargento, que le reconoció por hijo en su disposicion testamentaria, y de la hermana de Genoveva; por consiguiente ahora pertenece á esta última, puesto que tiene su sangre, y además, ¡le ha costado tantos años de oprobio no merecido, y de trabajos el tal huérfano!

Genoveva, correspondió con una mirada de gratitud llena de esperanza, á esta manifestacion de la superiora.

— El niño pertenece á los parientes del padre, — dijo el juez de paz. — Lo único que tenéis que hacer, es reclamarle, señora; basta que presentéis en Grenoble el testamento de vuestro sobrino, y la declaracion de la señora superiora, para que la justicia os entregue sin la menor dilacion el huérfano.

— ¡Y es justo eso! — dijo Lucía, echando á correr hácia la puerta, y dando muestras de que queria coger y ocultar el niño.

Entonces la detuvieron.

— No ha sido mi objeto al emprender un viaje tan largo, reparar un mal causando otro, — dijo con sentimiento la anciana. — No me valdré, ciertamente, de la mano de la justicia para arrancar el fruto injertado del árbol con que se identificó hace ya ocho años; ni destrozaré tres ó cuatro corazones, solo por consolar y curar el mio.

— ¿Y qué hacemos? — preguntó la superiora.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Genoveva.

— ¿Qué hacemos? — preguntó la anciana.

— Lo que reclama la ley! — dijo el juez.

— Lo que reclama la naturaleza! — repuse yo entonces conmovido.

Al oirme, Lucía se echó á mis piés, y me puso el niño en los brazos, como si yo hubiese sido una mano que se alarga desde la orilla, ó una madre que tiende la mano á un hijo para salvarlo de un torrente desbordado.

Le puse en el suelo, delante de Genoveva, que se bajó á besarle, y dije á la anciana:

— Es cierto, señora, que la ley os le entrega á vos, así como la naturaleza á Genoveva, y el cariño á Lucía. Mas, y el niño ¿á quién se entrega?

— ¡A mi madre, á mi madre Lucía! — gritó el niño, forcejeando por escaparse de mis manos, y tendiendo las suyas á la payesa.

Genoveva enjugó sus ojos con la punta de su delantal, y dijo en voz baja y sollozando á Lucía:

— Con la ayuda de Dios he salvado á vuestro marido; no quiero ahora quitaros á vuestro hijo; quedaos con él.

— Por mi parte, — dijo gravemente la anciana, — también me resigno á verme privada de este consuelo de mi vejez, con tal de no quitar á este niño tan excelente madre. Os le cedo como Genoveva. Lo que Dios ha hecho, está bien hecho; y no seré yo, seguramente, quien se vaya á oponer á lo que ha dispuesto en sus altos juicios.

— ¡Oh bondad divina! — exclamó Lucía, postrándose ante la superiora y su amiga con el niño; — ¡si me hubierais dejado sin él, me habría muerto! Y ¿qué hubiera hecho Juan, — añadió mirando á su marido, — el día que le hubiese faltado su aprendiz?

— ¿Pues y yo? — añadió Genoveva; — me habrais tenido que llevar con él, porque ahora ya me es tan imposible separarme de su lado, como de la idea de mi pobre hermana.

En seguida dijo á Lucía:

— Por esto mismo os suplico ahora, que me lleveis á Gros-Soyer en vuestra compañía; ¿lo hareis así? Mirad, soy de poco comer, se me mantiene con una friolera; además, ganaré mi pan sirviéndoos, y por todo salario os pediré ver al niño, y que me dejéis enseñarle á leer y á rezar, á nombre de su primera madre, de su segunda, y de vos, señora, — añadió dirigiéndose á la forastera, y tomándola cariñosamente la mano que besó con efusión.

— No, no necesitareis salario, querida, — contestó la anciana á Genoveva; — yo me encargo de pagarosle.

Luego, dirigiéndose al notario y al juez de paz, les dijo:

— Tomad esta cartera, que contiene los veinte y cuatro mil francos que mi sobrino ordenó se entregasen á su hijo, si yo lograba alguna vez averiguar su paradero. Quiero que el usufructo se destine para Lucía y su marido, á condicion de que tengan en su compañía, alimenten y cuiden de Genoveva hasta su muerte; dejando la propiedad para el niño, luego que no existan sus padres putativos. Con esta suma comprareis una posesion en Gros-Soyer, que esté inmediata á la casa de esta pobre familia. Juan dejará su oficio y se pondrá á labrador; así tendrá una vida mas descansada y pertenecerá á una clase mas respetable.

— ¡Dios mio! ¡qué dicha! — exclamó Lucía frotándose las dos manos. — ¡Con esto no me dejarás nunca, Juan, amigo mio, para andar por esos caminos! ¡Ah! ¡qué largos me parecian los inviernos cuando me quedaba sola en nuestra casa sobre la montaña! En cambio ahora los cuatro estaremos juntos, y compraremos la cabaña, el prado, y los castaños de la tia Merodeo.

— ¿Y el peral? — dijo Genoveva riendo.

— ¡Oh! ¡es verdad! — respondió Lucía, — se me olvidaba; le di por este niño y ahora él me le devuelve con el patio, la casa, y el campo que cobijaban sus ramas.

— Estas son cosas de Dios, — repuso Genoveva; — os quita una pera y luego os da un jardin. ¡Ah! ¿me enseñareis el árbol, Lucía? Vereis cómo voy á sentarme por el verano á su pié, y á hilar allí y guardar vuestros animales; así pensaré en Pepita.

El éxito mas cabal correspondió á todos aquellos proyectos. Juan se restableció completamente de su enfermedad, Genoveva abandonó el hospital de Valneige, reemplazándola en sus buenos oficios una hermana hospitalaria; y finalmente, la pobre criada siguió á Lucía, á su marido y al niño á la montaña, en donde hila aun al pié del peral, y en cuyo sitio la veo todos los años que el deseo de cazar me lleva á las montañas.

FIN.

— Tomad esta carta, que contiene los versos y canto que
franceses que mi sobrino me dio se entregó a su hijo, si yo logro
alguna vez averiguar su paradero. (Luego que el anciano se des-
fue para Lucia y se marchó, a conducción de que tenían en su
compañía, al momento y cuando se desvaneció hasta su muerte; de-
jando la propiedad para el niño, luego que se extinguió sus padri-
pativos. Con esta se desvaneció a la casa de su madre, donde
que este inmediato a la casa de su madre, donde se desvaneció
oficio y se volvió a la casa de su madre, donde se desvaneció
y pertenecía a una casa de su madre, donde se desvaneció

— Dios mio! — exclamó Lucia traspasada de dolor
El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

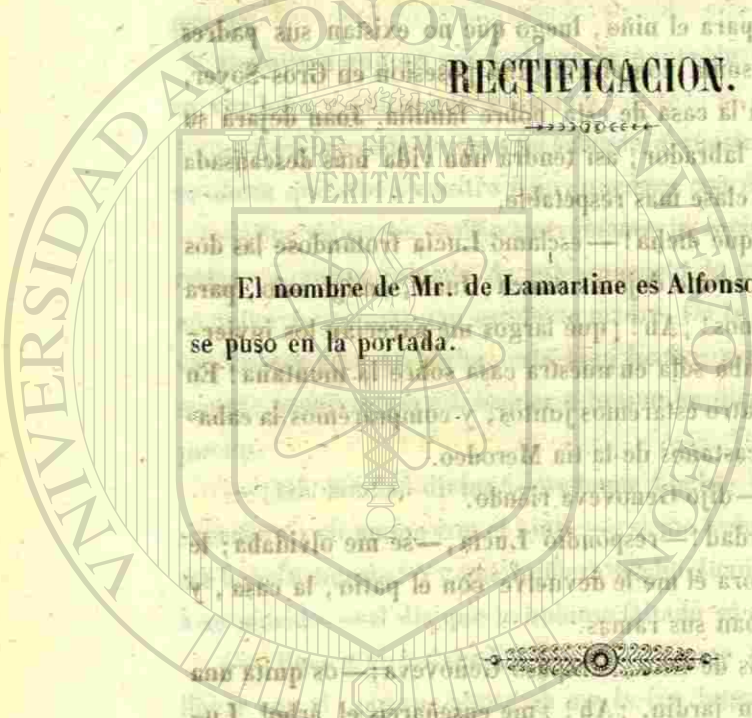
— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.

— El nombre de Mr. de Lamartine es Alfonso, y no Adolfo como
se puso en la portada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOUSSAINT-LOUVERTURE

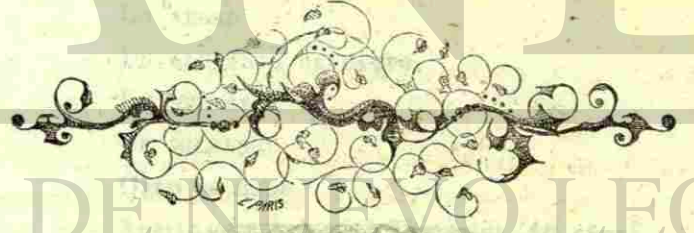
POEMA DRAMÁTICO

A. D. WERNECKE & CO. EDITORES DE MEXICO

POR A. DE LAMARTINE,

traducido libremente, en variedad de metros,

por Antonio Ribot y Gontseré.

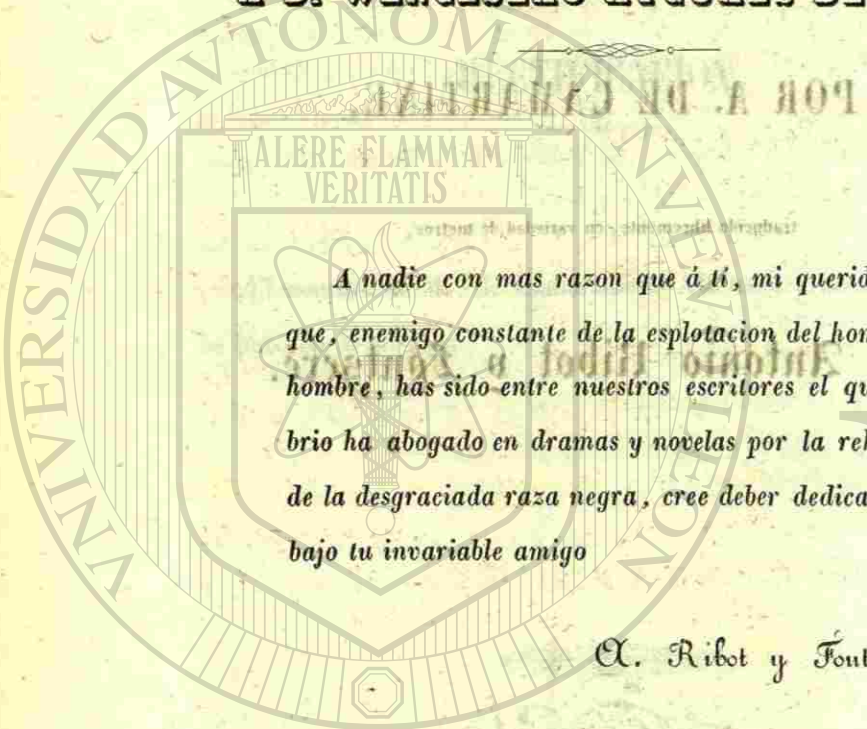


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

TOUSSAINT-LOUVERTURE

A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.



A nadie con mas razon que à ti, mi querido Ayguals, que, enemigo constante de la esplotacion del hombre por el hombre, has sido entre nuestros escritores el que con mas brio ha abogado en dramas y novelas por la rehabilitacion de la desgraciada raza negra, cree deber dedicar este trabajo tu invariable amigo

A. Ribot y Fontecré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Stamp: BIBLIOTECA UNIVERSITARIA, ABRIL 1952, MONTEBELL, MEXICO

PERSONAS.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.

EL PADRE ANTONIO.

SALVADOR.

ALBERTO (17 años) } hijos de Toussaint.
ISAAC (14 años)... }

EL GENERAL MOISES, sobrino de Toussaint.

EL GENERAL LECLERC.

EL GENERAL ROCHAMBEAU.

EL GENERAL PETION.

EL GENERAL FERRANT.

EL GENERAL FRESSINET.

MAZULIMA.

SAMUEL, preceptor de negros.

SERBELLI, hermano de Salvador.

DESSALINES.

UN MARINERO.

UN NEGRO.

UN AYUDANTE DE CAMPO.

UN OFICIAL.

UN SOLDADO.

OTRO SOLDADO.

ADRIANA, sobrina de Toussaint (16 años).

SEÑORA DE LECLERC (Paulina Bonaparte).

LUCIA.

NINA.

ANA.

LA ESCENA EN HAITÍ.



PERSONAS DEL ACTO PRIMERO.

| | |
|-----------|----------------------------|
| MOISES. | ANA. |
| PETION. | NINA. |
| MAZULIMA. | Negros, negras, mulatos, |
| SAMUEL. | mulatas, marineros, solda- |
| ADRIANA. | dos, artilleros, ayudantes |
| LUCIA. | de campo. |

ACTO PRIMERO.

En las Guanaivas, cerca de Puerto Principe. Se ve una habitacion arruinada al lado de un monte que domina una rada. No lejos un campamento de negros insurreccionados. Ordenanzas van y vienen. Una luz brilla sola por enmedio de la ventana alta de una torre en que trabaja Toussaint Louverture. La mar, iluminada por la luna, se pierde en el horizonte. Es casi de noche.

ESCENA PRIMERA.

ADRIANA, LUCIA, SAMUEL, ANA, NINA, blancos, mulatos, negros, negras.

A la derecha, al son del pifano, del tamboril y de las castañuelas, jóvenes negras y mulatas, formando varios grupos en la escena, se ocupan en deshojar y romper cañas de azúcar. A la izquierda, Samuel, preceptor de negros, sentado en las gradas de una fuente, rodeado de un grupo de niños mulatos, blancos y negros, de doce á quince años, les hace deletrear en voz baja un libro que tiene entre las rodillas. Los niños están al parecer embelesados y atentos.

ANA (acercándose á Samuel.)

Cuando es regocijo todo,
celebrándose las paces,
¿por qué están esos rapaces
ocupados de este modo?
Deja que de nuestras fiestas
disfruten y nuestra gloria,

SAMUEL. y no llenes su memoria
de palabras indigestas.
Lo que les enseñe alegra
su espíritu en este día.
ANA. ¿Con qué escitas su alegría?
SAMUEL. Con la Marsellesa negra.
ANA. La blanca del frances fué
pendon glorioso en la guerra;
pero están en nuestra tierra
los negros en paz.

SAMUEL. Lo sé.
Y bien distinto en verdad
por lo mismo es nuestro canto;
en vez de sembrar espanto,
inspira fraternidad.
No lleva nuestras banderas
á batallas repugnantes...
¡Voy á cantarlo!

(A Ana, indicándola sus compañeras que hablan y cantan á media voz.)

Mas antes
que callen tus compañeras,
(Recita las tres estrofas y hace cantar el coro á los niños. Las niñas mezclan su voz á la de estos.)

LA MARSELLESA NEGRA.

I.

¡Raza infeliz, raza maldita,
que vives ¡ay! para el dolor!
¿do quier estás como proscrita!
¿crimen tal vez es tu color?
Erguid, oh negros, la cabeza,
hijos de Dios somos tambien;
osad mostrar la altiva sien,
que ya feliz otra era empieza.

CORO.

El ya pasado mal, oh negros, olvidad,
y á los (á los) blancos, en fin, amigos abrazad.

II.

La Francia ved, patria de brayos,

la libertad allí nació;
la gran nación no quiere esclavos,
hermanos busca, siervos no.
Guardad, guardad en la memoria
el nombre del libertador;
se hace el tirano redentor,
¡solo de Dios es la victoria!

Coro.

El ya pasado mal, oh negros, olvidad;
¡a los (á los) blancos, en fin, amigos abrazad.

III.

La libertad, si bien es bella
y de los bravos galardón,
derramando sangre por ella,
deja hiel en el corazón.
Ya mas sangre no verteremos,
y triunfará la libertad;
¡a Dios, a Francia gracias dad;
cual los blancos libres seremos.

Coro.

El ya pasado mal, oh negros, olvidad;
¡a los (á los) blancos, en fin, amigos abrazad.

SAMUEL (á los niños.)

Bien, amigos, muy bien; pero esas notas,
que repiten dos mundos con asombro,
es menester que en vuestras almas vibren,
que no se canten con la boca solo.

Esos versos se entonan donde quiera;
se mezclan en la iglesia con los coros
que remontan al cielo las plegarias
al partir de esta tierra que es de lodo.

Se cantan, en los campos trabajando,
con el gesto y la voz y el alma y todo;
bajo el cielo, en el mar, do quier que el hombre
conserva algún instinto generoso.

Y si un tirano, un enemigo viene
para de nuevo hundirnos en el polvo
de una afrentosa esclavitud, entónces,
multiplicando todos nuestro arrojo,
esos versos se cantan con la espada,

con el tambor, con el clarín y el plomo;
el himno entonces se convierte en trueno,
mas que un cañón, mas que un obús sonoro.

(Vivas de los niños.)

ANA.

¡Te acuerdas, Nina, cuando tu señora,
rompiendo airada el abanico en tinieblas
y enojos fulminando aterradora,
pálida de furor, decía así:

«¡Azotad, azotad á esa indolente,
que ahora que la atmósfera es de lava
quemar me deja por su soplo ardiente!
¡Azotad con un látigo á la esclava!»

CORO DE NEGRAS. (Cantan irónicamente.)

¡Ah! ¡ah! ¡ah! pero ahora, señorita,
vuestra frente vos misma abanicad...

¡Gloria á Toussaint! Hoy todo negro grita:
¡Viva la libertad!

CORO DE SOLDADOS. (A lo lejos.)

¡La libertad!

LUCIA (á Adriana, aparte.)

Adriana, ¿por qué tan triste
y siempre sola y llorando,
sin que tengan nuestros juegos
para ti ningún encanto?
¿De qué nace tu tristeza?
tienes apenas trece años;
el héroe de Haití te quiere;
de sus hijos separado,
halla en tí sola el consuelo
que le queda en su quebranto.
No con tu aflicción le aflijas.

ADRIANA (distráida.)

¿No ves más allá del cabo
cómo centellea el mar
en las sombras agitado?

Todo atrae mis miradas
¡ay! hacia el suelo lejano
que la mitad se llevó
de mi vida... ¡Le amo tanto!

NINA (interrumpiéndolas y dirigiéndose á sus compañeras.)

Cuando en la cama la señora estaba,
si por acaso algún insecto vil

en su cútis de nácar abismaba
su ténue dardo, su aguijon sutil,
Azotad á la esclava, en sus enojos
decia, y dando rienda á sus furoros
« hasta que con el llanto de sus ojos
« mitigue enteramente mis dolores!

CORO DE NEGRAS.

¡ Ah! ¡ bah! ¡ bah! pero ahora, señorita,
vuestro dolor vos misma mitigad.
¡ Gloria á Toussaint! Hoy todo negro grita:
¡ Viva la libertad!

CORO DE NEGRAS. (Lejano.)

¡ La libertad!

LUCIA (á Adriana.)

¡ Mas bella ha de ser la Europa,
Adriana, que este mar vasto
que besa nuestras orillas
con incesantes halagos?
¡ Mas bella ha de ser la Francia
que esos bosques solitarios,
que elevan hasta los cielos
sus hálitos perfumados?
¡ Qué espectáculo mas bello
que ver un pueblo que, esclavo
ayer mismo, parecia
aun mas que un pueblo un rebaño,
y hoy, rotas ya sus cadenas,
cultiva sus propios campos,
y abona con sus virtudes
de la libertad el árbol?

ADRIANA (siempre distraida.)

¡ Verdes valles! ¡ enseñadas
que, como un espejo claro,
de los bosques que os rodean
vivo ostentais el retrato!
¡ En que florece el bejuco,
y doblado en verdes arcos,
forma puentes en el aire
por donde pasan los pájaros!
¡ Arenas, do recogiendo
conchas de matices varios
oía del mar en calma

murmillos que me eran gratos!

¡ Bosques poblados de cedros

y de apiñados naranjos!

que perfumais mis cabellos

á manera de incensarios,

y que cuando se os sacude

con la frente ó con la mano,

sobre el que pasa á millares

derramais pétalos blancos!

¡ Arroyos que de la tierra

espresais todo el encanto,

cuando las brisas del cielo

os dan un ósculo al paso!

¡ Amado clima! ¡ del fondo

de mi soledad ¡ ay! cuánto

me complace el recorrerle

con mi espíritu agobiado!

Sin embargo, en tus bellezas,

que miro con ojos ávidos,

halló no sé qué vacío,

cual si de tu mar y campos

el cuerpo estuviese aquí,

y el alma en lugar lejano.

NINA (á sus compañeras.)

¡ Recordais á la blanca tan preciada

que, fundando su orgullo en su color,

si lográbamos sólo una mirada

del jóven que era objeto de su amor,

« ¡ Un látigo! esclamaba, que esa infame,

« cuyas gracias me insultan y desdoran,

« espie con el llanto que derrame

« los celos que mi espíritu devoran!

CORO DE NEGRAS.

¡ Bah! ¡ bah! ¡ bah! pero ahora, señorita,

de vuestro amante sin rival gozad...

¡ Gloria á Toussaint! Hoy todo negro grita:

¡ Viva la libertad!

CORO DE NEGRAS. (A lo lejos.)

¡ La libertad!

ESCENA II.

LUCIA y ADRIANA.

LUCIA (se levanta y se coloca delante de la escena con Adriana.)

¿Oyes á sangre fría esos clamores
y esos cantos de insulto á los franceses?

ADRIANA. ¿A los franceses?

LUCIA. ¿Tiemblas? ¿solo al nombre
de tan duros tiranos palideces?

Nada temas, Adriana, somos libres;
ya no son esos blancos nuestros reyes.
Entre ellos y nosotros se levantan
cual barrera el océano y la muerte.

ADRIANA. ¿Acaso el viento solamente á ellos
de nuestras playas arrancó?LUCIA. ¿Qué quieres
decir con eso?ADRIANA. ¡Escucha! Es ya preciso
que á la amistad el alma se revele.

Yo misma solo pude poco á poco
de mi melancolía hallar la fuente.
Solo despues de mirar mucho, vemos
el fondo de un abismo que se mueve;
solo despues de sufrir mucho, hallamos
de nuestro mal la causa algunas veces.
¡Tú mi origen conoces, buena amiga!
¡miserio fruto de un amor alevé,
de Toussaint á la hermana abandonada
esta infelice su existencia debe.

Como en mi corazon, en mi semblante
luchando están dos razas diferentes;
mezclada con la sangre de los negros
la de los blancos en mis venas hiere.

LUCIA. ¿Y qué á los blancos debes tú?

ADRIANA. ¡La vida!

LUCIA. Pero en cambio á tu madre dió la muerte
el que la vida á ti. ¡Harto lo sabes!

Un padre, que es posible no recuerde
que abandonada te dejó en el mundo,
ni un suspiro fugaz de tí merece.

ADRIANA. Es verdad; pero en vano el tiempo pasa;
la imágen de ese blanco está perenne
aquí en mi corazon, y no es posible
que nunca mi memoria la destierre.
Sé que á mi patria mi cariño debo;

pero mi corazon constantemente
á aborrecer se niega al blanco ingrato,
y daría mi ser solo por verle.
Yo me lo represento tan amable,
con corazon tan justo y tan clemente,
de tan raras virtudes adornado,
que en mis sueños le abrazo muchas veces,
mis secretos dolores le confío,
y con el llanto que mis ojos vierten
su retrato humedezco.

LUCIA.

ADRIANA.

¿Su retrato?
Sí, su retrato, que lo oculto siempre
al odio de los negros, es la prenda
que de él mi madre recibió al perderle.
Cuando á su pena sucumbió la pobre,
compasivo Toussaint como valiente,
en sus brazos tomándome, á su esposa
me llevó, la mejor de las mujeres.
«Toma, dijo, este esceso de familia;
«Dios dos hijos te dió, dos hijos tienes;
«agrega á ellos esa pobre niña,
«crimen de un blanco, de un raptor alevé.
«Tomó en el seno de mi pura hermana
«la vida que te pido la conserves.
«Cuando en la oveja la preñez es doble,
«duplica Dios sus fuerzas y su leche.»
Mi tia me acogió; bebí en su seno
el néctar de la vida, y lentamente
crecí con sus dos hijos, que ya grandes
disputábanse el gozo de quererme.

LUCIA.

ADRIANA.

¿Y tú amaste á los dos reconocida?
Sí, sí, á los dos amaba tiernamente;
con todo mas hermana me sentia
de uno de ellos, amiga... ¿Lo comprendes?

LUCIA.

ADRIANA.

Isaac, el mas jóven, de su madre
era el idolo. Sí, ¿quién no le quiere?
Pero Alberto, el mayor, es el orgullo
de su padre. No sé qué instinto fuerte
hácia él me arrastraba; yo veia
brillar mi estrella en su adorada frente,
y me complazco en presumir que acaso
yo no le era del todo indiferente.
Sin hablar nuestros lábios, nuestros ojos
mutuamente aprendieron á entenderse,
y el pequeño Isaac, que no podia

de demostrar sus celos abstenerse,
melancólico á veces exclamaba:
«Nosotros somos tres, y me parece
que solo estoy...» ¡Oh deliciosos días!
¡oh de mi amor crepúsculo naciente!
¡oh juegos de la infancia, en que el secreto
se sorprendía siempre en lo mas leve!

¡Pasos que en busca de sus pasos iban!
¡manos que se estrechaban mutuamente!
¡confidencias del alma, que encerradas
del corazón en los secretos pliegues,
se revelaban solo con los ojos!...
¡Todo una hora lo borró!... ¡Amanece,
y parte, y quedo sola en este mundo,
y mi felicidad se eclipsa y muere!

LUCIA. Si te quería, Adriana, como dices,
¿á dejarte qué pudo resolverle?

ADRIANA. La orden fatal de su sentida marcha
como un rayo cayó. Tal vez recuerdes
que cuando Alberto abandonó su patria,
no estaba aun decidida nuestra suerte.
Los restos de los blancos derrotados
se hicieron solo en las ciudades fuertes,
pero por sus discordias devorados
poco á poco acabaron de perderse.

Toussaint, siempre modesto, aunque cenía
verde laurel sus victoriosas sienes,
ocultando su plan, aun se llamaba
un súbdito leal de los franceses.
Para el árbitro ser de nuestra patria,
y conservar el título de jefe,
les lanzó de los puertos, sus derechos
fingiendo respetar muy hábilmente,
para que de este modo su destierro
voluntaria partida pareciese.

Apremiábale el tiempo; vacilaban
algunos negros de carácter débil;
concluyóse un tratado; Toussaint hizo
que al político el padre sucumbiese;
para mejor cohonestar su engaño
dió á la Francia sus hijos por rehenes,
y dijo: «Si quebranto lo pactado,
que mis hijos que adoro me detesten.»
La libertad este holocausto horrible
no rehusó; Lucía, y nuestro héroe,
inmolando á sus hijos, se inmolvaba

él por ellos tambien resueltamente.
Partió la escuadra y se llevó á mi Alberto
á ver otro pais... ¡y otras mujeres!

LUCIA.

¿Y nunca al viento y á las olas fia
una noticia suya que á ti llegue?

ADRIANA.

¡Oh! ¡nunca! ¡nunca! ¡me olvidó el ingrato!

¡Puesto en su corazón quieres que encuentre

el tierno amor de una infelice niña

de que el blanco burlo mofarse suele?

¿el amor de una niña casi negra,

que toma de las márgenes agrestes

las galas con que adorna su cabeza?

¿que para ornar sus brazos solo tiene

una sarta de conchas, y se pone

semillas coloradas por aretes?

¿El, que vive entre blancas, cuyo rostro

está formado de carmin y nieve,

que las vé al resplandor de mil bugías,

que en lluvias de diamantes se sumergen

y que en carrozas de oro se trasladan

de palacio en palacio?... Si supieses

á esas, que hoy reinas son de mi adorado,

cuánto mi corazón las aborrece!

Escucha: se murmura, mas yo creo

que el público rumor á veces miente,

dícese que esos hijos se avergüenzan

del padre mismo á quien la vida deben.

Que escuchando del blanco los consejos,

que á los negros les dice que detesten

menosprecian su raza, y de este modo

hacerse blancos cual los blancos creen.

Se dice que de halagos se les nutre,

que el procónsul de Francia quiere hacerles

ó de su propia patria los tiranos,

ó esclavos del antiguo continente.

Fingiéndose sensible, les educa

como place á sus fines é intereses,

y ante él Alberto fascinado, ciego,

cual pájaro que acosa una serpiente,

padre y madre y nacion y raza y todo,

todo cree encontrarlo en quien le pierde.

¿Dícese aun mas! Del héroe de la Francia

una hermana le mimaba y le proteje,

haciéndole creer la seductora

que á los blancos mas bellos le prefiere.

¿Lo crees tú?...

ESCENA III.

ADRIANA, LUCIA, PETION, negros, negras, marineros,
ayudantes de campo, artilleros, etc.

Se nota un movimiento repentino y general en el fondo de la escena. Los negros de ambos sexos se precipitan hacia una roca elevada que domina el mar, y miran el horizonte, mostrándose mutuamente alguna cosa con sus ademanes. Lucia y Adriana, interrumpidas por esta agitacion y griteria, siguen el grupo de negros y miran el mar como todos. Un negro pasa corriendo hacia el cuartel general y grita.

UN NEGRO. ¡Una escuadra! (Desaparece.)

UNA NEGRA. ¡Cuántas velas!

OTRO NEGRO. ¡Miles de buques nuestros mares hienden!

UNA ORDENANZA de Toussaint.

¡Las llamas! ¡las señales!

UN AYUDANTE DE CAMPO mulato de Toussaint.

¡Artilleros!

¡á vuestros puestos, y velad!

UNA NEGRA (indicando las montañas.)

Parece

cada cerro un volcan.

UN NEGRO. ¡Para la escuadra
que nuestro pueblo avasallar pretende
un volcan sea Haití, que con su lava
escombros, destruccion y muerte siembre!

LUCIA. ¡Qué aurora tan horrible se presenta
tras una noche plácida y alegre!

ADRIANA (mirando el mar.)
¡Cuán inmensa es la línea! hasta al cabo
de Samaná fatídica se estiende.
El Océano entero turbulento
contra la isla al parecer se viene.

UN NEGRO. Las arandelas con sus bronces brillan,
y soldados sin fin hay en los puentes.

PETION (á un marinero negro.)
Tú de San Nicolas al puerto lleva
las órdenes del jefe. Que aparezcan
un aviso al momento, que los buques
reconocidos sean y se cuenten.
¡Nada, nada de velas! ¡date prisa!
¡recorre cuantas olas el mar tiene!
Treinta remeros ágiles escoge;
raudo cual tiburón la espuma hiende,

y si un buque os da caza, antes que os prenda,
en el fondo del mar buscad la muerte.
EL MARINERO. Es Toussaint mi señor, cuya es mi vida;
la voluntad de Dios y de mi jefe
son una sola voluntad. Aun antes
que á nuestras playas esas auras lleguen,
me volvereis á ver con mis remeros,
ó pasto habrémos sido de los peces.

ESCENA IV.

Los mismos, MOISES y MAZULIMA.

MOISES (conduciendo á Mazulima delante de la escena.)

¿Ves una lámpara inmóvil
que en aquella torre brilla?

MAZULIMA. ¡La lámpara de Toussaint!
es la estrella de la isla.

A la gloria nos conduce
á la libertad nos guía.

MOISES. ¿Lo crees? Yo, sin que vea
su virtud casi divina,
adorarla no consiento.

Quiero antes saber las miras
de ese Toussaint arrogante,

y ver si el plan que medita
puede dar broquel seguro
á la patria que peligra.

MAZULIMA. Tal vez.

Hablemos mas bajo,....

MOISES. Grandes recelos me inspira
en una cabeza sola
ambicion tan desmedida.

Tal vez de infames proyectos
somos máquinas pasivas,

y súbditos de un tirano
que es de nuestra sangre misma.

Si bajo su voluntad
á doblarnos nos obliga,
humille al menos su orgullo,

y abata su frente altiva
delante de los peligros
que amenazan á la isla.

Por mas que el libres nos llame,
el nombre no me fascina;

si él manda, si él es el amo,
somos siervos todavía.

MAZULIMA. ¡Siervos de un negro!

MOISES. Si, si,
¡Siervos somos, Mazulima,
de un antiguo compañero!

MAZULIMA. ¡Y tanta sangre vertida!

MOISES. ¡Para esclarecer un nombre!

MAZULIMA. ¡Tal baldon! ¡tanta ignominia!

A los blancos arrojando
de esta tierra tan querida,
¿qué hemos conseguido pues?

MOISES. Nada! ¡lo que yo previa!
¡solo mudar de tirano!

¡oh! si el hado nos precisa
á abdicar nuestros derechos,
sea de raza enemiga
quien nos ponga las cadenas,
y no de nuestra familia.

Yo siento menos vergüenza
cuando doblo la rodilla,
si no es negro como yo
el señor que me esclaviza.

MAZULIMA. Casi siempre el hombre lleva
su idea en el rostro escrita.

MOISES. ¡Veamos pues á Toussaint!

MAZULIMA. ¡Y si tu rencor ó envidia
hallase fraternidad
donde teme tiranía?

MOISES. ¡Qué en los días del peligro
figure en primera fila! (Salen.)

ESCENA V.

Los mismos, menos **MOISES** y **MAZULIMA**.

PETION (á un artillero de la batería, indicándole la ventana de
Toussaint.)

¡Atencion! ¡la vista siempre
ten en la lámpara fija,
y á la primera señal
el fuego en toda la línea!

(Volviéndose hácia el grupo de negros y negras, y hácia Lucía y
Adriana.)

¿Y aquí, vosotros, qué haceis?
¿por qué con alma tranquila

mirais la nube preñada

de riesgos y de desdichas?

¡Id! ¡dispersaos! ¡do quiera

decid: la patria peligra,

y de un amante ó de un padre

presentaos á la vista,

para que la libertad

le sea así mas querida!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

PERSONAS DEL ACTO SEGUNDO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.

EL PADRE ANTONIO.

MOISES.

MAZULIMA.

PETION.

DESSALINES.

ADRIANA.

Un marinero mulato.

Generales, oficiales y

soldados del ejército de

Toussaint; pueblo.

ACTO SEGUNDO.

Interior de la torre elevada que sirve de gabinete y observatorio á Toussaint-Louverture. En medio, una mesa llena de mapas y papeles, alumbrada por una lámpara de hierro. A la derecha, un reclinatorio con un crucifijo. A la izquierda, junto á una puerta secreta, un armario con vasos y cestas. A la derecha, una puerta grande cimbrada. A la izquierda, una ventana que tiene tendida una estera.

ESCENA PRIMERA.

TOUSSAINT (solo. Se pasea á pasos interrumpidos y desiguales.)

¡ Esta hora esperada del destino
llegó ya pues!... ¡ En vano pedí al cielo
que me prestase su poder divino
para á lo ménos suspenderla! ¡ en vano!
¡ Había al cabo de venir, y vino
para con sangre amancillar mi historia!
¡ Forzosa entre el esclavo y el tirano
es la lid, pues forzosa es la victoria!...
(Se detiene un momento.)
¡ A qué pruebas el cielo me condena!

Subi, subi... me encuentro ya en la cima
en que de dudas mi ambicion cercada
por mi raza y por Dios va á ser juzgada.
Así Moises del Siná la cumbre
ganó también, y desde el alto monte
mostrar quiso á la ciega muchedumbre
una patria mejor, otro horizonte.
Y vió en la exaltacion del parasismo
al mismo tiempo del Jordan la orilla
y una tierra de odiosa servidumbre,
al mismo tiempo el cielo y el abismo.
Con ansiedad análoga á la mia
sufrió un rato de horror y de agonía,
y sin embargo Jehová al profeta
en sus horas de insomnio visitaba;
delante de su pueblo caminaba,
y sin cesar serviale de guía.
¡ Y yo?... ¡ gran Dios! ¡ perdona si me inquieta
la duda sin cesar! Aunque no vibre
tu voz en mis oídos, sé que marchas
ante el pueblo que lucha por ser libre.
Conozco, si, conozco tus arcanos;
en mi frente tu gracia reverbera;
tú no quieres esclavos ni tiranos;
la justa causa es la mejor bandera.
¡ Animo, pues, Toussaint! ¡ cierto es el triunfo!
¡ este es tu Siná! ¡ solo lo alcanza
el que de Dios alcanza el pensamiento
para ser en la tierra el instrumento
que ha de ejercer su funeral venganza!

(Da algunos pasos rápidos como escitado por el entusiasmo interior, y cae en seguida de rodillas.)

¡ Sin embargo, en un pobre y negro anciano
es harta audacia de una raza entera
tomar la causa en su cansada mano,
y decir: Yo soy árbitro de todos,
yo haré de todos ellos lo que quiera!
¡ Ay! ¡ me siento angustiado y como preso
viendo las vidas que yo solo peso!
¡ Si he comprendido mal... si la palabra
de Dios he interpretado falsamente,
catástrofes sin fin mi engaño labra!
Dios otorga una hora solamente
al pueblo que entre grillos se quebranta,
y sus cadenas impotente muere,
¡ ay de aquel que impaciente la adelanta!

¡ay tambien del cobarde que la pierde!

(Se arrodilla en el reclinatorio, delante del crucifijo, y llora.)

Necesito rogar á aquel que nunca
en mis tribulaciones me abandona;
que me infunda el denuedo que él tenía
al ceñirle de espinas la corona.

(Ora.)

De redención emblema y de agonía,
que para al hombre libertar sufriste
la muerte en una cruz!...

(Se interrumpe, y prosigue con amargura.)

¡Oh! ¡qué ironía!

¡el corazón al ruego se resiste!

¿Ruego al Dios de los blancos? Los tiranos,
de quienes devoramos tanto insulto,
nos han dado el Dios mismo que profanos
amancillan y ofenden con su culto,

y es menester, postrándonos de hinojos,
que entre el cielo y nosotros se disipe
su imágen sin llegar á nuestros ojos!

¡Su propio Dios me ha de prestar amparo!

Su juez será, su redentor ha sido,
y, sin distinguir razas ni colores,
debe amar la desgracia el que ha sufrido
clavado en una cruz tantos dolores.

(Vuelve á empezar la oración.)

¡Tú que la sangre bondadoso diste
para sacar de esclavitud al hombre,
concédeme el denuedo que tuviste,
y hasta al morir bendeciré tu nombre!

(Se levanta y dice lentamente.)

A tu fuerza, Señor, nada resiste;

yo, de la finbria de tu manto asido,
he llegado al poder desde la nada
entre miles de miles escogido.

Que para tus designios soberanos,
para una raza castigar impia,
sacándome del cieno en que bullia,
te vales del menor de tus gusanos.

¡Señor!...

(Oyendo ruido en la puerta del fondo.)

¿Pero quién viene? Cuando invoca
la gracia de mi Dios mi humilde boca,
cuando solo escucharle pretendía,
¿quién me interrumpe? ¿quién? ¿Quién se coloca
entre tí, Santo Dios, y el alma mía?

ESCENA II.

TOUSSAINT, MAZULIMA y MOISES.

TOUSSAINT *(admirado, se adelanta hácia ellos, y despues de haberles mirado con sorpresa y atencion.)*

¿Sin mis órdenes aquí?...

¿Qué os trae pues?

Una duda.

MAZULIMA.

TOUSSAINT *(á solas.)*

¡Lo adivinaba! ¡esos quieren
cortar al águila plumas!
Cuando el genio en sus arranques
se lanza á grandes alturas,
quieren reprimir su vuelo
los prudentes, y le asustan.

(En voz alta.)

¿Se duda?... ¿De quién? ¿de mí?

¿del éxito de la lucha?

¿ó de los negros acaso?

¡Es una traicion la duda!

Hablad ya.

Diselo todo.

MOISES *(á Mazulima.)*

MAZULIMA *(á Moises.)*

No me atrevo... me repugna...
(Largo silencio de irresolucion.)

TOUSSAINT *(con ironía.)*

¿Para ayudarme á pensar
vinisteis con tal premura?

MOISES.

¡No, jefe! mas cuando un pueblo
sufre terribles angustias,
su pensamiento es de todos

los que las armas empuñan.

¿Son bastantes, para un pueblo
sostener, las fuerzas tuyas?

¿Un hombre vale un consejo?

¿tu cabeza mas que muchas?

¿No sientes á cada instante

que necesitas ayuda?

¿interrogar los instintos,
la conciencia y razon públicas,

que son, habiendo conflictos,
mas que las de uno seguras?

Dispuesto á desenvolver

tú solo una idea oculta,

¿á luchar solo te atreves?

¿solo contra la fortuna?
 Y si te retira Dios
 la gracia con que te escuda,
 ¿responderás de una raza
 á las edades futuras?
 ¿Es debilidad ó fuerza,
 cuando la ocasion apura,
 formar la conviccion propia
 con algo de cada una?
 ¿Convocando al pueblo entero,
 decirle: «tu causa es tuya?»

Por un pueblo un hombre muere,
 mas por un pueblo no juzga.

TOUSSAINT (á Mazulima con desprecio.)

¿Y tú?

MAZULIMA.

Yo como llegase
 algun dia á vuestra altura,
 un vértigo temeria,
 y por mi falta ó mi culpa
 á cuantos me obedeciesen
 llevar conmigo á la tumba.
 Yo mendigaria á todos
 sábios consejos que ilustran,
 y diria: «al pueblo toca
 trazar mi historia y su ruta;
 que mi memoria se salve,
 por mas que todo sucumba.
 Me estremeciera pensando
 que soy de un pueblo columna,
 y que ante Dios responsable
 soy de todas sus criaturas.

TOUSSAINT (tomando á ambos de la mano muy bondadosamente.)

Escuchad... Bien os comprendo;
 esa idea que os abruma
 clavada tuve en mi mente
 sin poderla arrancar nunca.
 Y muchas veces me dije:
 «¿Quién? ¿tú, miserable oruga,
 te atreves á ser de un pueblo
 la única luz que le alumbra?
 ¿Ante el mundo y ante Dios,
 que es quien abate y encumbra,
 á responder de una raza
 que se pierde ó que se funda?
 ¿A llevar el pensamiento
 en tu frente de la turba?»

¿á hacer de tu corazon
 de corazones la suma?
 En un mortal esta idea
 es blasfemia ó es locura;
 quien la lleva á Dios y al hombre,
 las facultades usurpa.
 ¿A Dios?... Medite un momento,
 ¿y si fuese por ventura
 yo su instrumento? ¿Quién sabe?
 El obra solo, no hay duda,
 pero por medio del hombre,
 de un César, Rómulo ó Numa,
 de un Mahoma ó de un Washington,
 que de gloria el orbe inundan,
 ¿Quién sabe si entre los negros
 hay una de esas figuras
 que se guardan en la historia
 como si fuese en una urna?

Entonces, puesto en Dios el pensamiento,
 contemplé frente á frente mi destino,
 y se elevó mi espíritu en su fango,
 y llenó los espacios infinitos.
 Mi vida recorri con la memoria,
 y hallé un milagro en cada paso escrito;
 viendo, pues, un prodigio en mi pasado,
 busqué en mi porvenir otro prodigio.
 La luz de la esperanza desde entonces
 disipa las tinieblas de mi abismo.

Escuchad....

MAZULIMA (en voz baja á Moises.)

En su fe leo el milagro.

TOUSSAINT. El taller de Jacmel un capuchino
 un dia visitó: me vió, y severo
 se detuvo ante mí, y así me dijo:

— Toussaint, este es el nombre de tu cuerpo,
 pero tiene tu alma otro distinto,
 ignorado de tí. Tú eres Aurora.

— ¿Y de qué soy Aurora, padre mio?

— Aurora de un gran dia que se acerca,
 preparado por Dios. Yo te lo digo.

Y corrompiendo este vocablo el pueblo,
 mi nombre en Louverture ha convertido.

En mí la libertad bautizó el fraile;
 se fué en seguida, y nunca mas le he visto,
 pero dejó en mi espíritu sembrado
 un germen de valor con su bautismo.

Adivinando mi misión sublime,
queriendo ser de mis destinos digno,
escatimé mi mísero alimento
para darme un maestro y comprar libros.
A un pobre cabo de instrucción mediana
debe mi ciencia su primer cultivo,
y quitada la venda de mis ojos,
ví la vasta extensión de mi destino.
Disipadas del alma las tinieblas,
con el saber la voluntad me vino;
adquirí sentimientos de justicia,
y acarié proyectos atrevidos.
Me evadí luego, y, sin dejar la isla,
los españoles diéronme un asilo;
me incorporé a su ejército valiente;
de los combates aprendí el oficio;
con mi sangre compré grados y grados;
de independencia en fin resonó el grito,
y á general llegué desde recluta,
luchando siempre con el mismo brío.
Mimado de los blancos y los negros,
mi autoridad mantiene el equilibrio,
y si la Francia nos envía un jefe,
se cumplirán del todo mis designios.
U omnipotente, ú otra vez esclavo,
¿Lo comprendéis?

MOISES (en voz baja á Mazulima.)

Omnipotente ha dicho!
Esta sola palabra le revela.
Justas son mis sospechas, ya lo has visto?

TOUSSAINT. ¿Aun dudando seguís?

MOISES (irónicamente.) Está probado
que en vos se encuentra un ciudadano digno.

TOUSSAINT. (Se van.)
Vigilancia! vigilancia!...
(Se va á la ventana y levanta la estera.)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (oyendo llamar á la puerta de su gabinete, se adelanta para abrirla.)

Oigo una planta indiscreta
que se aproxima á mi estancia.

¿Y es por la puerta secreta!
¿Algun espía?... Esa Francia....

ADRIANA (entreabriendo la puerta y asomando tímidamente la cabeza.)

¿Tío!

TOUSSAINT.

¿Flor de bendición!

¿estrella que Dios me envía

en mis noches de aflicción!

¿sangre de mi corazón!

puedes entrar, hija mía.

Yo me inspiro en tu mirada,

que no me puede engañar,

y en tu voz tan delicada;

me place á Dios consultar

en tu sonrisa adorada.

Desde que Isaac y Alberto

abandonaron Haití,

de pesar hubiera muerto

á no ser, hija, por tí,

sola flor de mi desierto.

¿Mas por qué estás sin cesar

velando cual llama inquieta,

sin dormir, sin descansar?

¿qué pena tienes secreta?

¿te atormenta algún pesar?

Duerme, duerme cual durmió

Moises en su edad de niño,

que sobre el agua nadó

en la cuna que le dió

de todo un Dios el cariño.

Puedes tranquila dormir.

Perdonad: antes quisiera

á un buen hombre introducir

que lo pide de manera,

que no puedo resistir.

¿A estas horas? ¿un buen hombre?

¿qué misterio! ¿quién será?

no te admire que me asombre.

¿á qué á tal hora vendrá?

Adriana, ¿dijo su nombre?

No, ni adivino quién sea;

lleva muy tosco sayal,

y una cogulla sombrea

su rostro en que centellea

algo sobrenatural.

Ha de la guardia burlado

la vigilancia; por vos
con afán me ha preguntado,
y llegarse á vuestro lado
suplica en nombre de Dios.

TOUSSAINT. Venga, pues, á mi presencia;
y tú, durante la audiencia
no te alejes, mi ventura.

(Aparte.)
No hay escolta tan segura
como la fe y la inocencia.

ESCENA IV.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO.

(El fraile se adelanta lentamente, y al llegar á dos pasos de Toussaint, se baja la cogulla.)

EL FRAILE. ¡Oh tú, de todo un pueblo venerado!
¿reconoces á aquel que conociste
cuando pobre vivias é ignorado,
y eras de condicion humilde y triste?
¿Al hombre que del todo te ha sacado,
do cual insecto vil te rebulliste?

TOUSSAINT *(mirándole con asombro.)*
Blanca su barba está, pero no hay duda...
¿es él?... ¿qué me querrá?

EL FRAILE. Vengo en tu ayuda.
El padre Antonio soy.

TOUSSAINT. A vuestro aspecto
el respeto me turba, me intimido...
Vos hicisteis un hombre de un insecto,
no sé si mi mision he comprendido.
Quizá al sacarme de mi estado abyecto,
las órdenes de Dios habeis cumplido...
Sí, reconozco, padre, vuestro rostro,
y á vuestros piés con humildad me postro.

(Se arroja á sus piés.)
¡Padre! Dios habla en vos...
EL FRAILE *(levantándole.)* Dios habla en cuanto,
hijo mio, creó, débil ó fuerte.
Yo soy solo un mortal, no soy un santo,
y en tu semblante adiviné tu suerte.
El profeta que Dios estima tanto

TOUSSAINT. eres tú; yo no hice mas que verte.
Mas ver el porvenir, ó padre mio,
Dios lo concede al santo y no al impio.
¡Os vuelvo á ver! ¿algun suceso acaso?...

EL FRAILE. He visto oscurecerse tu destino,
y para que no des ningun mal paso,
iluminar deseo tu camino...

TOUSSAINT. ¡Oh! ¡gracias! Siento próximo un fracaso,
y necesito un resplandor divino.....

EL FRAILE. Ya lo sé.

TOUSSAINT. ¿Lo sabeis!

EL FRAILE. Mi pensamiento
en tu espíritu vive y tiene aliento.
Yo te he seguido sin perder la huella
hasta la cima de tu inmensa fama.
Rey de los negros, tu mision es bella,
yo te amo siempre, porque Dios te ama.
Dios mismo enciende tu brillante estrella;
su gracia en tí benéfico derrama,
porque la libertad, su mejor joya,
de tu empresa en el éxito se apoya.

TOUSSAINT. ¡Mas vos negro no sois!
EL FRAILE. El justiciero

Dios, de que soy el siervo mas rendido,
el poderoso Dios que yo venfo
no pertenece á raza ni á partido.
Sin preferencia alguna á todos quiero;
soy siempre del color del perseguido,
y cuanto mas abyecta es una raza,
mi alma con mas fervor su causa abraza.
Yo dejé mi pais, siempre buscando,
entre los hijos de Israel que lloran,
los que están mas cadenas arrastrando,
los que mas hiel y lágrimas devoran,
los que, oprimidos por tirano bando,
mayor caudal de penas atesoran;
vi en vuestra suerte mi mision escrita,
y vuestra tribu visité proscrita.
Al ver vuestro sudor dado en herencia
á un opresor impio y sanguinario,
os inspiré resignacion, paciencia,
cual la tuvo el esclavo del calvario.
Entre los españoles mi creencia
oculté, cuando un bando temerario
quiso, á Dios mismo declarando guerra,
lanzar el Evangelio de la tierra.

Allí de tus virtudes y pericia
 la clara fama resonó en mi oído;
 supe que proscribias la injusticia;
 que tenias piedad para el vencido;
 que no te estimulaba la codicia;
 que no eras corruptor ni corrompido,
 y que un padre en tí hallaban y un hermano
 los derrotados por tu misma mano;
 que al correr de la guerra los azares,
 tu razon consultabas, no tu saña;
 que volvias el Cristo á sus altares,
 dando gracias á Dios á cada hazaña;
 cuando mil velas ví cubrir los mares
 desde la elevacion de una montaña,
 y vine para darte algun consejo
 y confortar tu espíritu perplejo.

ESCENA V.

LOS MISMOS, UN MARINERO MULATO, PETION.

TOUSSAINT (al marinero.)

¿Y bien, qué?

PETION.

¡Mi general,
 aquí está de vuelta el hombre
 que reconoció la escuadra.
 Bien ha cumplido las órdenes.
 Corriente: en pocas palabras
 diga lo que mas importe.

TOUSSAINT.

(Al marinero.)

¡Habla!

MARINERO.

La mar era gruesa,
 y fué refrescando el norte;
 hicimos rumbo hácia el este.

TOUSSAINT.

¿Omite esos permenores!
 ¿Cuántos buques hay?

MARINERO.

Sesenta.

TOUSSAINT.

¿En qué aguas?

MARINERO.

Antes que asome
 el día, estarán aquí
 por poco que el viento sople.

TOUSSAINT.

¿El almirante?

MARINERO.

Un navío

de tres puentes.

TOUSSAINT.

¿Tricolores

son las banderas?

MARINERO.

Si, todas.

TOUSSAINT.

¿Y mucha gente y cañones?

MARINERO.

El agua á las arandelas

llega casi.

TOUSSAINT (calculando.)

Pues entonces...

Pueden trasportar de Brest

sesenta buques mayores...

Si... si... la cuenta es exacta,

unos cuarenta mil hombres.

(Al marinero.)

Supongo que habrás oido

algun grito, algunas voces.

MARINERO.

La Marsellesa poblaba

los aires.

TOUSSAINT.

¡Idos!

(A solas.)

Escoge,

Toussaint, no hay término medio.

(Al fraile.)

La guerra con sus horrores,

ó nuevamente tascar

el freno y los eslabones

de las impías cadenas

que la tiranía forje.

¡La guerra ó la servidumbre!

Pues bien, que retumbe el bronce:

Cubriré de hierro y fuego

las llanuras y los montes.

ESCENA VI.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO, DESSALINES.

DESSALINES.

Ahora mismo colarse

queria en el puerto un bote,

que llevaba estos papeles

y esta carta con el sobre

á vos.

TOUSSAINT.

Venga, Dessalines....

Salid, y hasta nueva orden.

ESCENA VII.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO.

TOUSSAINT *(deja los papeles encima de la mesa y lee desde luego el sobre de la carta; mira la firma, y esclama levantando la carta con orgullo.)*

¡Bonaparte!

EL FRAILE. ¿Qué magia un nombre solo

ejerce en nuestro espíritu pequeño!

TOUSSAINT. ¡Bonaparte, el primero de los blancos,

¡Toussaint, el primero de los negros!

¡Hasta ahora tu orgullo desmedido

descendido no había á tal extremo!

Hoy ya me tratas como igual. Veamos

si digno es el lenguaje como espero.

(Lee.)

«General,»

(Aparte.)

¡General! ¡la vez primera
que caer deja el cónsul de sus dedos
este título en mi! ¡por fin mi orgullo
de su orgullo triunfó! Mayor me siento.

EL FRAILE. Tal vez desea seducirte. Lee.

TOUSSAINT *(leyendo.)*

«General, revestido por el pueblo,

«por el voto comun de los franceses,

«de la autoridad pública que ejerzo;

«después de haber vencido y humillado

«á cuantos me salieron al encuentro;

«sin rival, sin contrarios en Europa,

«hácia otras zonas mis miradas tiendo,

«pues mi gloria, de Europa rebotando,

«tiene necesidad de otro hemisferio.

«Para la libertad conquistar ansio

«esa raza ignorante de mis hechos,

«que tiene en vos un idolo, y es digna

«de los derechos que alcanzó el denuedo.

«Pero sabed que es mi sancion precisa

«para sagrados ser y valederos.»

¡Insolente! es un Dios que echa su fallo.

EL FRAILE *(con sarcasmo.)*

¿Este lenguaje es de un igual ó un dueño?

Prosigue.

TOUSSAINT *(continuando.)*

«La República os envia,

«para representarla en ese suelo,

«un ejército fuerte y numeroso

«que pudiera servir de refuerzo.

«Mi cuñado es el jefe que lo manda;

«profesaos los dos mútuo respeto.

«¡Dónde reina la patria, no hay segundo!

Esta frase, en verdad, no la comprendo.

¿Qué significa?

EL FRAILE *(irónicamente.)*

Claro está... ¡Que un jefe

por segundo os envia!

TOUSSAINT *(con cólera.)*

¡Un jefe!

EL FRAILE.

Cierto.

¿Y por qué te sorprende?... Eso no dice...

mas se deja entender. Sigue leyendo.

TOUSSAINT *(continuando.)*

«Tiene la Francia de gigante brazos

«con que puede ceñir el universo,

«son ante su poder sus enemigos

«viles aristas que se lleva el viento.

«Vos la amáis; vuestros hijos se confian

«á sus brazos cargados de trofeos;

«en ella tienen una amante madre;

«sirviendo á ella, les servis á ellos.

«Ella ve en vuestros hijos tan queridos

«de vuestra heroica lealtad el sello,

«y el reciproco nudo indisoluble

«de los mas depurados sentimientos.

«En vuestras manos teneis vos su suerte;

«os contempla la Francia, yo os contemplo.

«¡Sois padre!... La República francesa

«os guarda vuestros hijos para premio.

«Obrad como prudente. — Bonaparte.»

EL FRAILE. ¿No más?

TOUSSAINT *(abatido.)* No mas.

EL FRAILE.

¿Qué te parece?

TOUSSAINT.

¡Tiemblo!

La vista halaga y atraviesa el alma.

EL FRAILE. ¡Contraste de favor y odio perverso!

¡Cómo en la oscuridad de sus ambages

centellean relámpagos siniestros!

¡Bien en todo su estilo ver se deja

la mano que acaricia y mata á un tiempo!

TOUSSAINT. ¿Qué acaricia? ¡oh mis hijos! Es la lengua

EL FRAILE. del leon que hace una úlcera lamiendo.
¡ Con qué artificio entrelazar consigue
besos y golpes, esperanza y miedo!

TOUSSAINT. ¡ Abrazando á los hijos, estrangula
al padre con el lazo en que está preso!
¡ Maldito el dia en que confié mi sangre
á la raza implacable que detesto!

EL FRAILE. ¿ Serias tú quien eres de otro modo?

TOUSSAINT. Solo un deber tendria, y hoy dos tengo.

EL FRAILE. Seguirás el mas santo.

TOUSSAINT. ¡ Padre mio!

EL FRAILE. ¿ Cual es? ¿ cual es? Vos mismo resolvello.

EL FRAILE. Vacilar es blasfemia, desgraciado.

EL FRAILE. Entre ti vacilar y todo un pueblo!

TOUSSAINT. Si, pero en la actitud que mi destino
me ha forzado á tomar, estoy perplejo.
Mejor al pueblo serviria acaso
sumiso que rebelde. Yo tal creo.

TOUSSAINT. ¿ No vale mas que mi poder cobije
bajo el mismo pendon del extranjero,
que declarar la guerra abiertamente?

TOUSSAINT. Contra el influjo mágico que ejerzo,
¿ qué ha de poder la autoridad estéril
de los franceses? Su color un sello
de impopularidad lleva consigo;

TOUSSAINT. los blancos blancos son para los negros.
Su procónsul, sin fuerza y adornado
solamente de un titulo halagüeño,
la iniciativa no osará arrancarme.

TOUSSAINT. Afrentas mil devoraré en silencio
besaré manos que morder quisiera,
hasta que llegue la ocasion que espero.

TOUSSAINT. Por esas apariencias engañada,
sin concebir ni sombra de recelo,
consentirá la Francia que mis hijos
vuelvan ilesos de su patria al seno,

TOUSSAINT. y entonces, no bien lleguen á la orilla
antes de recibir mi primer beso,
sabrá quien es Toussaint... ¡ Seré ya libre!

EL FRAILE. ¡ Si, sí, libre serás! ¡ libre en los hierros
que tu propia demencia habrá forjado!

EL FRAILE. El destino, Toussaint, es un gran juego,
do solo en un albur todo se pierde.
Cuando es la apuesta que se arriesga un pueblo,
si se pierde una vez, ya no hay desquite.

TOUSSAINT. Antes que uncido al yugo esté de nuevo

EL FRAILE. habré luchado como lucha el bravo.
¿ Y para qué luchar? ¿ No hay ya regueros
de sangre derramada? ¿ no se ostentan
ya manchados con ella tus trofeos?

EL FRAILE. ¿ No es acaso la sangre que ahorraste
á los ojos de Dios tu primer mérito?
¿ Quieres ser responsable de la mucha
que se puede aun verter? ¡ ay! Si indiscreto

EL FRAILE. mezclarse dejas otra vez las razas,
se verterá á torrentes, y hará peso
sobre tu corazon... ¿ No lo comprendes?

EL FRAILE. ¿ Dios la sangre te da de todo un pueblo
para regar estériles arenas,
para explotarla solo en tu provecho,
el rescate pagando de tus hijos?

EL FRAILE. Olvida su destierro y cautiverio.
Puedes triunfar sin un desastre; tienes
en tus manos las llaves de los puertos;
arrójalas al mar. Las tempestades
serán mejor defensa que el acero.

EL FRAILE. Los enemigos salvarán sus vidas,
abandonando inútiles proyectos,
y saludando desde el alto tope
de sus navíos los erguidos cerros

EL FRAILE. de la ya libre Haiti, la férrea prora
dirigirán á Francia desde luego.
Sin que estremezca el aire un cañonazo,
Haiti puede triunfar; basta quererlo.

TOUSSAINT. ¡ Los puertos rehusar á los franceses
la guerra es declararles! No me atrevo.
Ya veis mi posicion; yo con el jefe
de acuerdo al padre poner antes debo.

EL FRAILE. A mañana aguardemos.
¡ Hoy, ó nunca!

EL FRAILE. Escúchame, Toussaint. Hay ciertos puestos
¿ lo entiendes? de que nunca se desciende.
Este puesto en que estás es uno de ellos.

EL FRAILE. O subir ó caer, la ley es esta
propia del hombre grande, del gran genio.
Si de la cima en que te encuentras caes,
arrastras al abismo un pueblo entero;

TOUSSAINT. la libertad sucumbe con tu raza.
¿ Qué mi raza me importa; oh Dios! si pierdo
mis hijos?

EL FRAILE. Todo Haiti les reemplaza.
A la nacion abre los brazos, ciego.

TOUSSAINT. Antes que todo, padre soy.
EL FRAILE (*sacando el crucifijo de su pecho y mostrándolo á Toussaint.*)

¡Sí, padre!
¿No lo era Dios también? Ve al Hijo muerto.

(*El fraile sale lentamente por la puerta secreta. Toussaint queda anonadado. Los negros entran en tropel por la otra puerta.*)

ESCENA VIII.

TOUSSAINT, DESSALINES, PETION, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS
Y MARINEROS DEL EJERCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO.

(*El pueblo llega atropelladamente.*)

DESSALINES. ¡Traición!

EL PUEBLO. ¡Traición!

DESSALINES. ¡Los franceses

por fin han desembarcado!

PUEBLO. ¡Los franceses! ¡los franceses!

TOUSSAINT. ¿Cómo?... ¿si estaré soñando?

PETION. En Puerto Principe están;
un general, un villano,
nos ha vendido.

TOUSSAINT (*con una calma afectada.*)

¿Y los fuertes?

PETION. Están también entregados.

TOUSSAINT (*con ademan de misterio y de presciencia.*)

Bien me ha salido la treta.

Han caído ya en el lazo
que les tendí.

DESSALINES (*con indignacion.*)

¿Para qué?

¿para que ajen nuestros lauros?

TOUSSAINT. Para que dejen sus huesos
sembrados en nuestros llanos.

(*Aparte.*)

¡Toussaint! ¡los vientos, la noche
por ti han resuelto!

(*Alto.*)
¡Soldados!

por mis órdenes se cumple
eso que os sorprende tanto.

Para que dejen los dientes
en la presa es necesario
que muerdan. Hoy los franceses,
de las costas rechazados,
mas fuertes, mas numerosos,
vuelto hubieran á atacarnos.
Su escuadra, que está compuesta
de tantos miles de barcos,
en las opuestas orillas
refuerzos hubiera hallado.
Temiendo ver la bandera
tricolor en el espacio,
en ansiedad permanente
desde el alba hasta el ocaso
Haití hubiera con los ojos
medido los mares anchos.
Emancipados de nombre,
pero en realidad esclavos,
si éramos libres ó no
hubiéramos ignorado.
Y nuestras pobres mujeres
no hubieran temido en vano
á desventurados siervos
dar la vida en su regazo.
Muy mal se goza de un bien
mal cimentado y precario
y ver sin cesar el yugo
casi equivale á llevarlo.
Seguid mis inspiraciones;
sois no mas que un vil rebaño,
sereis nacion.

(*Vivas del pueblo.*)

Pasareis
de siervos á ciudadanos.

(*Aplausos del pueblo.*)

¡No volverá á ver su patria
un solo expedicionario!
¡no regresará á sus costas
ni una sola de sus naos!

(*Con exaltacion.*)

¡El incendio y los escollos
son los puertos que les guardo!
Será quemada su escuadra;
no quedará ni un soldado,
ni siquiera un marinero
dejaré para contarlo.

Y esa Francia, tan soberbia,
de esos millares de bravos
verá volver solo el humo,
si el viento quiere llevarlo.

(Aplausos frenéticos.)

Mas, sin preguntar por qué,
es necesario dejaros
conducir cual por un hilo.
Todo pensamiento vasto
es solamente una trama,
cuyos hilos, siendo tantos,
como uno solo contestan
del tejedor á las manos.

Mas si cada cual resiste,
ó bien tira por su lado,
se echa á perder el diseño,
la tela se hace pedazos.
¡Hijos, lo mismo es un pueblo!...
No queráis saber lo que hago.
Un pensamiento es bastante
para millares de brazos.

UN HOMBRE DEL PUEBLO.

¡Todos, todos dejaremos
de tí sumisos llevarnos!

UN MARINERO.

¡Como del viento las olas!

PETION.

¡Viva Toussaint!

TODOS.

¡Viva!

TOUSSAINT.

¡Bravos

generales, inspectores,
todos los que teneis mando,
id á ocupar vuestros puestos!

La ocasión irá dictando
vuestra conducta y la mia;
no tengo órdenes que daros.

Pero si alguno os pregunta
si me habeis visto, un no claro
vuestra contestación sea,
sin añadir un vocablo.

Finjad ignorar del todo
mis designios y conatos;
mostrad afable el semblante
á los franceses, é incautos
les volveréis de este modo.

Que vayan días pasando,
como una auxiliar del cielo
vendrá la fiebre entretanto,

que abrirá para sus huesos
este suelo hospitalario,
y los rigores del clima,
siempre sus filas diezmando,
convertirán su conquista
en hospital, en osario.

(Vivas.)

Yo en tanto impalpable, oculto,
desconocido, ignorado,
en todas partes presente
y en ninguna parte hallado,
cual el ojo del Señor
sobre la maldad pesando,
seré el ojo de los negros
por el rencor inflamado.

Y cuando el grito del cielo
suene en mi espíritu, cuando
vibre, retumbe en mi frente,

(Indicando su frente.)

de esta frente saldrá el rayo.

De los cerros de la isla
partirán tres cañonazos;

no bien les oigais, salid
desde la ciudad al campo.

Replegad todos los negros
como último adios dejando

el incendio en las cabañas
y el incendio en los palacios.

Como una escoba de llama
barred la tierra de paso;

no respeteis ni mi techo,
ni los montes, ni los llanos.

Piedras y huesos tan solo
queden en el suelo patrio.

Dirigios á las sierras
y cordilleras del Cáos;

yo estaré allí, do hallareis
los víveres necesarios.

Nada temais, id, mi sombra
acompaña vuestros pasos.

(Dessalines y Petion se adelantan para hablar; Toussaint les detiene con su ademan.)

Sé lo que quereis decirme;
vuestro pensamiento alcanzo.

Teneis miedo á los franceses,
á ese arte sanguinario
en que ellos fundan su orgullo.
Contra todo un pueblo es vano.
Vais ahora mismo á verlo.

(Hace una señal.)

Ea, traedme esos granos
de maiz blancos y negros.

(Le traen una cesta; toma un puñado de granos de maiz negro, lo echa en una copa de cristal, y pone en la superficie una capa de maiz blanco; presenta en seguida la copa á las miradas del pueblo.)

No se ven mas que los blancos.

(Vacilacion de los negros.)

¿Sabes por qué, pobre pueblo?

¡Los negros están debajo!
Pero aguardad un momento.

(Vacía la copa en una taza, y los granos blancos desaparecen completamente entre la inmensa cantidad de granos negros.)

¿Lo veis? la copa agitando,
queda diferente todo;
ved al negro sobre el blanco.
Todo el número lo cubre...

¿Qué puede el ingenio humano
contra el número? Vosotros
sois diez por cada contrario.
Creedme, Haití será negro;
yo lo digo, y no me engaño.

(El pueblo rie y aplaude estrepitosamente.)

Basta, dejadme que solo
piense en la patria. ¡Marchaos!

(Todos se van.)

ESCENA IX.

TOUSSAINT, ADRIANA.

ADRIANA.
TOUSSAINT.

¿Y yo me puedo quedar?
¡Escúcha, Adriana querida!
Responde sin vacilar.

¿Sabes á la patria amar?

¿Yo?

¿Pero mas que la vida?

ADRIANA. Mi tio y mi patria, di,

¿no son una misma cosa?

¿Qué seria para mí

el mundo entero sin tí?

TOUSSAINT. ¿Y sin tí, niña amorosa?

Mas si te osara decir:

Vete sola, que te envio

por los negros á morir?

ADRIANA. Muy alegre iria, tio,

que eso seria sufrir

tambien la muerte por vos.

TOUSSAINT. ¿Pero si yo te dijera:

No podemos ir los dos

donde el peligro me espera?

ADRIANA. ¡Oh! no, no os obedeciera...

aunque lo mandara Dios.

¡Jamás! de vos me asiria

cual bejuco que se eureda

á nuestros piés á porfia,

y arrastrando os seguiria

siempre, por cualquier vereda.

¿Lo harias?

TOUSSAINT. Como lo digo...

ADRIANA. Pero tan horrible chanza

por qué la gastais conmigo,

que no tengo mas abrigo

que vos, ni mas esperanza?

TOUSSAINT *(muy conmovido.)*

¿De los negros ángel puro

mi labio no te habla en vano

¿Seria asilo seguro

tu pecho para un arcano?

ADRIANA. Para cualquiera, os lo juro.

TOUSSAINT. ¿Podrias andar, andar,

y sufrir dias enteros

de hambre sin murmurar,

y por ásperos senderos

tus rodillas destrozar?

¿Sufrir del sol encendido

la llama nunca agotada?

¿comer el fruto caído?

¿beber el agua estancada?

¿pobre tórtola sin nido!

¿Siempre á los blancos seguir,
sin dejarte descubrir?
¿meterte en las ciudadelas,
y el fuego mortal sufrir
de dispiertas centinelas?
¿Podrás tanto, ángel divino?
Cuando tú quieras podré.
¿Y si un día en el camino
caes rendida?

ADRIANA.
TOUSSAINT.

Te diré:
pasa, y sigue tu destino.
¿Pues bien! tú me seguirás,
magnánima como bella,
y mi báculo serás,
y mi lámpara y mi estrella!

ADRIANA.
TOUSSAINT.

Seré tu hija, y no mas!
Escucha mi plan. Tú sabes
cuántos guerreros las naves
de la Francia han vomitado.
La cobardía las llaves
del puerto les ha entregado.
No te asustes, hija, no;
recobra toda tu calma;
el cuerpo el frances cogió,
y este es nada sin el alma,
¡y el alma, Adriana, soy yo!
La trana está bien hilada;
verá la escuadra francesa
lo que es mi raza ultrajada,
como la boa ahogada
será por su propia presa.
Del frances quiero saber
por mi mismo los proyectos,
y encontrar y sorprender
á los traidores abyectos
que nos pudieran vender.
Otro traje y condicion
he de tomar desde luego,
y escitar la compasion
con esta transformacion;
he de convertirme en ciego.
El Belisario seré
de los negros; ciego y pobre
la piedad escitaré
y una moneda de cobre
á los blancos pediré.

ADRIANA.
TOUSSAINT.

ADRIANA.
TOUSSAINT.

ADRIANA.
TOUSSAINT.
ADRIANA.

TOUSSAINT.

ADRIANA.

TOUSSAINT.
ADRIANA.

ADRIANA.
TOUSSAINT.

Necesito para el caso
un lazarillo que el paso
guie del pobre mendigo,
que vaya siempre conmigo
desde la aurora al ocaso.
A pesar de tu bondad,
el hacer tan vil papel
te repugna; no es verdad?
¿No hay papel vil si con él
se sirve á la libertad!

(Da á Adriana un beso en la frente, y salen los dos.)

ACTO TERCERO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

BOUBET. (R)
Que el capo de gastadores
no se mueva de su puesto.
Corriente, Trazad aqui
la linea de los timientos.
¡Artileros! colonias
un canon en aquel canto
que la poblacion y el campo
pueda dominar á un tiempo.



PERSONAS DEL ACTO TERCERO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.
SALVADOR.
ALBERTO.
ISAAC.
LECLERC.
MOISES.
ROCHAMBEAU.
PRESSINET.

FERRAND.
BOUDET.
SEÑORA DE LECLERC.
ADRIANA.
Generales, oficiales, ayu-
dantes de campo, ingenie-
ros, gastadores, soldados
del ejército frances.

ACTO TERCERO.

Un cerro que domina Puerto Príncipe y el mar comprendido en el recinto de las fortificaciones. Se trabaja en levantar un fuerte. A la izquierda, algunos soldados construyen una tienda para el cuartel general. A la derecha, una miserable choza de tablas y esteras viejas, apoyada en un paño de muralla arruinada; cuelgan de la cabaña algunas calabazas. En el fondo, á la izquierda, un promontorio sobre el mar dominando un vasto horizonte.

ESCENA PRIMERA.

BOUDET, OFICIALES, INGENIEROS, ARTILLEROS, GASTADORES,
SOLDADOS.

BOUDET.

Que el cabo de gastadores
no se mueva de su puesto.
¡Corriente! Trazad aquí
la línea de los cimientos.
¡Artilleros! colocad
un cañon en aquel cerro,
que la poblacion y el campo
pueda dominar á un tiempo.

(A un oficial.)

Desmochad aquella cresta
del monte.

(A otro oficial.)

Sea mas recto
el ángulo de la escarpa.

(A otro oficial.)

Que no se suelte un momento
el azadon ¡vigilancia!

(A los soldados y á los gastadores, mostrándoles azadones y picos.)

¡Muchachos! eso va bueno.

La bayoneta dejad;

tomad otros instrumentos;

la pala, el legon, el pico

pide esta tierra de infierno.

El azadon ó el fusil,

¿qué mas dá? ¿no es todo hierro?

(Los soldados y gastadores contestan con una aclamacion y em-
piezan á trabajar con afan.)

ESCENA II.

Los mismos, ROCHAMBEAU.

ROCHAMBEAU.
BOUDET.

Y bien, ¿qué tal va?

Va todo

á medida del deseo.

Ya está trazado el recinto;

apoyado en esos cerros

el campo, fortificado

con fosos y parapetos,

desde esta noche un asilo

ofrecerá á nuestro ejército,

preferible á la ciudad,

donde se oculta en silencio

la sedicion. Por lo mismo

que no la veo la temo.

No han nacido los franceses

para guerras de este género,

en que en los ojos humildes

y en discursos halagüenos

han de temer que se esconda

algun designio perverso.

Su valor, siempre confiado,
desprecia todos los riesgos,
en tanto que verlos puede:
pues bien, de aquí podrá verlos.
Esta soberbia meseta,
do aun se encuentran los cimientos
de la ciudadela antigua,
ofrece un centro de hierro
á nuestras operaciones.

¿Lo veis? á los pies tenemos
la poblacion palpitante,
cuyo menor movimiento
las centinelas espian.
Fondeados en el puerto,
sesenta buques vigilan
todo el mar, y sin recelo
pueden dormir custodiados
por cañones y morteros.
Y allí, donde el rio pasa
la playa del mar lamiendo,
forma una pendiente suave
naturalmente el terreno,
como para convidar
al que quiera acometernos
á intentarlo por el punto
donde su estrago es más cierto.

ROCHAMBEAU (examinando con la vista el sitio.)
En realidad este campo
absorbe el cuidado entero
del gobernador, que está
hoy impaciente en extremo.

BOUDET.
Ya su tienda está corriente;
en tanto que no podemos
darle un palacio de piedra,
le damos este de lienzo.
Aquí el cuartel general
quiere fijar hoy. Dispuesto
el local está ya casi
do quiere el primer consejo
celebrar. Fuerza sería
para llenar su deseo
detener del sol el curso.
Pero no perdamos tiempo;
venid y vereis los fosos
reductos y parapetos.

(Se van.)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (saliendo como á tientas de su choza, sostenido por
Adriana, da algunos pasos hácia la escena y dice á media voz:)

¿Qué están haciendo?

ADRIANA. Se van.

TOUSSAINT. ¿Hacia dónde?

ADRIANA. Por el lado

donde les visteis...

TOUSSAINT (sacudiendo su brazo bruscamente.)

¡Silencio!

soy ciego... ¿lo has olvidado?

ADRIANA (aparte.)

¡Oh! ¡perdonadme, Dios mío!

¡he tenido de mi labio

su vida pendiente!

TOUSSAINT. Piensa

que un solo gesto, un vocablo

pierde tu país.

ADRIANA. Y á vos lo

TOUSSAINT. ¿Has conseguido oír algo?

ADRIANA. Que fijará en este fuerte

el caudillo de los blancos

hoy su cuartel general,

y que á falta de palacio

residirá en esa tienda.

TOUSSAINT. El lugar he adivinado.

La Providencia protege

por ahora mis conatos.

Yo desde aquí sus proyectos

sabré antes de ejecutarlos.

Cuando acorralarme piensan,

yo les tengo acorralados.

El águila poco á poco

caer se deja en el lazo,

y el ciego lee en el fondo

del alma del que ve claro.

ADRIANA. ¿Pensáis que en estos lugares

respetarán los contrarios

la miserable cabaña

de un negro ciego y anciano?

Contrastando con su tienda

esa estera hecha pedazos,

dirán que afea el recinto,
y entónces...

TOUSSAINT. No, no hay cuidado;
son siempre muy compasivos
los corazones muy bravos.
De la obstinacion la fuerza
vas á ver dentro de un rato.
Como perro sin asilo,
que de gritos no hace caso,
defenderé mi bohío,
y me dejarán al cabo.

A mas de que por politica
hoy les toca ser humanos;
una chispa inflamar puede
el odio reconcentrado.
Cuando yace un pueblo entero
bajo los piés de un tirano,
una sola voz le mueve,
si no está muy degradado.
Pero vámonos, que veo
venir un grupo. La mano
dame y conduceme y mide
tú por los míos tus pasos,
y procura que me vean
entrar. Tú quédate al lado,
junto á la puerta, y escucha.

ADRIANA. Vienen dos negros y un blanco.

(Toussaint se mete en la cabaña. Adriana se sienta junto á la puerta y enciende fuego sobre tres piedras para cocer batatas en un puchero de barro.)

ESCENA IV.

SALVADOR, ISAAC, ALBERTO, ADRIANA.

(Isaac es el primero que llega; gana corriendo el promontorio, y muestra con su ademán á su hermano las montañas lejanas.)

ISAAC. ¿No ves, Alberto, aquella azul montaña,
y el valle que parece que se aleja,
y el río que le mima y que le baña?
llega á mí su rumor como una queja.

ALBERTO *(con muestras de impaciencia.)*
Es el rumor del viento que remueve
ese acopio de lanzas y armaduras.

ISAAC. No, que este ruido delicado y leve
consigo trae emanaciones puras
El olor de los bosques con él sube
¿Tampoco ves aquel erguido monte,
y los pinos que, á modo de una nube,
parecen descender del horizonte?
¡Oh! ¿quién pudiera estar bajo su sombra,
y escuchar del arroyo los murmullos,
cuando lame al pasar la verde alfombra,
que parece gozarse en sus arrullos!
Pero nosotros somos colibríes
como los que cogias con mi hermana.
¿Te acuerdas de sus plumas de rubíes?
¿de su jaula colgada en la ventana?
De allí el bejuco por su mal veian,
de do pendió su cunã entre el ramaje,
y si á él acercarse pretendian,
destrozaba la jaula su plumaje.

ALBERTO *(con cólera.)*
¡Siempre alusiones, Isaac ingrato!
Al blanco, de los blancos mas temido,
ambos debemos cariñoso trato;
á su lado los dos hemos crecido.
Nos recibió en sus brazos generosos;
en sus mismos palacios nos dió estancia;
tuvimos los maestros mas famosos,
que son gloria y orgullo de la Francia,
y él, que desea hacer feliz al mundo,
donde no hay alma que á su voz no vibre,
el gérmen en nosotros ve fecundo
de una raza que empieza ya á ser libre.
Para sacar del tenebroso abismo
de la ignorancia á nuestra patria amada,
y de ella desterrar el fanatismo,
nos dió la educacion mas esmerada.
Entre nuestros hermanos de este modo
la luz propagaremos de la ciencia,
y así saldrán de su afrentoso lodo,
y en todo el mundo ejercerán influencia.
¿Y esto es poco, Isaac? ¿ser elegidos
por el gran genio, que do quier abraza
la causa de los pueblos oprimidos,
para sacar del cieno á nuestra raza?
¿De su hermana obtener la preferencia,
de su hermana, de un rostro tan perfeto,
que me consumiría su presencia.

al abrigo no estando del respeto?
 ¿Y á eso, hermano, servidumbre llamas?
 ¿es eso lo que miras con desprecio,
 y atribuyes tal vez á inicuas tramas?

ISAAC.

¡Eres un niño al fin! ¡eres un necio!
 ¡Siempre reconviéndome, ó hermano!
 A pesar de ese tono tan severo,
 del mismo padre no naciste en vano;
 aunque hables como un blanco, yo te quiero.

ALBERTO.

Yo te quiero tambien, te quiero mucho.
 Mas ¿por qué la amistad me echas en cara
 que la Francia...? ¿Me escuchas?

ISAAC.

Si, te escucho;
 pero mi alma está allí... Mira, repara...

ALBERTO.

¡Oh! ¡siempre con los negros!

ISAAC.

¡Siempre el techo
 de tosco guano que nacer me viera
 obtendrá mis recuerdos, á despecho

del que horrar de aquí su imagen quiera.

¡Padre! ¡madre! ¡Adriana! ¡oh dulce hermana!

(Adriana, al oír su nombre, deja caer la cesta y las batatas; se levanta sobresaltada, y se acerca y escucha de mas cerca con todas las señales del mas vivo interes, medio escondida por el lienzo de la tienda.)

no os horrarán de la memoria mia
 los palacios del blanco... ¡nunca!

ADRIANA *(en voz baja y convulsivamente. Corre hacia la choza.)*

¡Adriana!
 ¿mi nombre?... ¡son dos negros!... ¡qué alegría!...
 ¡Mirad!... ¡tío!... ¡mirad!

TOUSSAINT.

¿Que está pasando?...

ADRIANA.

¡Son dos negros!... ¡acaso vuestros hijos!

(Toussaint levanta con una mano el pedazo de estera de la cabaña; tiende maquinalmente sus brazos hacia sus hijos, y escucha en la actitud de un espía.)

ALBERTO. Isaac, vuelve en tí. Pareces loco.

ISAAC *(corriendo hacia el otro lado de la escena y mirando otro punto de la campiña.)*

¡El corazon me salta, hermano mio!

¡Nuestra casa! ¿la ves?... ¡mírala, hermano!
 ¿dirás tambien ahora que deliro?

(Indicándole con el dedo un punto distante.)

Allá... léjos... muy léjos, do se eleva

la niebla... ¿no la ves? ¿no ves el brillo

y el reflejo del sol en las paredes?

¿ves el techo de guano ennegrecido?

ALBERTO *(conmovido y mirando tambien.)*

¡Cuán penetrantes, cielos, son los ojos

de la memoria!... ¡Reconozco el rio!

¡reconozco el Limbé!

ISAAC *(con transporte.)*

¡Y el verde prado

de los Limones con el seto vivo,

que le ciñe cual faja de esmeraldas!...

¡y el amarillo y tosco cobertizo!...

¡y la iglesia pardusca con su torre!

(Bate las manos.)

¡Alegrémonos!... ¡oh!... ¡todo lo mismo!

(Los dos hermanos se abrazan llorando.)

ALBERTO. ¡Oh padre!

ISAAC *(gritando con toda su fuerza, como para llevar su voz tan léjos como su mirada.)*

¡Oh madre mia! ¿ois mi acento?

¡soy Isaac! ¡soy yo que os llamo!

TOUSSAINT *(adelantándose involuntariamente con los brazos tendidos hacia sus hijos.)*

¡Oh hijos!

¡aquí estoy!...

ADRIANA *(deteniéndole y tapándole la boca con la mano.)*

¡Deteneos!

TOUSSAINT *(volviendo en sí.)*

¡Tiemblo! ¡tiemblo!

¡no poder responder á tales gritos!...

¡Oh! ¡cuánto sufrí! ¡cuánto!

ADRIANA *(mostrándole á Salvador que se acerca á la escena.)*

¡Retiraos!

y reprimid, señor, vuestros instintos.

(Toussaint vuelve á entrar en la cabaña empujado por Adriana.)

SALVADOR *(á los niños.)*

¡Muchachos, ¿qué mirais con ansia tanta?

Con los ojos os hallo humedecidos.

¡Responded!

ISAAC. ¡Oh! señor, ¿no veis la torre,

el verde valle, el plateado rio?

SALVADOR *(imitando irónicamente la voz de un niño.)*

Rios, valles y torres; qué misterio!

ISAAC (*indignado.*) ¡Oh! ¿vos no habreis jamas reconocido vuestra casa, señor?

SALVADOR (*con altanería.*) Yo no conozco mi familia, ni hogar. Do su dominio la Francia estiendo tengo yo mi casa. ¿Mas vuestra reflexion de qué provino?

ALBERTO. Creemos estar viendo nuestra casa, el Limbé.

ISAAC (*con amargura á su hermano.*) Lo creemos!... ¡pues yo digo que mirándola estoy!

ALBERTO (*á Salvador, en tono de escusa.*) La casa misma de mi padre, el lugar do hemos nacido.

SALVADOR (*burlándose.*) Si, la tierra querida, la morada en cuyo soportal un blanco impío amarraba á los negros; una tierra en que el muy dulce aprendizaje hicimos de una cobarde esclavitud, temiendo de la cuerda y el látigo el cariño.

ISAAC (*con energía.*) Y de donde mi padre á los tiranos aventó como moscas.

SALVADOR (*con un tono insultante.*) Es preciso que no tanto os glorieis de vuestro padre antes que conozcamos sus designios. Aun no sabemos si será de Francia el rival ó el apoyo.

ALBERTO. ¿Qué habeis dicho?

¿mi padre con la Francia simpatiza? Me lo decia el alma. Así me esplico como la quiero yo; mi heroico padre me transmitió su puro patriotismo. Nuestro partido será siempre el suyo.

ISAAC (*á media voz.*) No, su partido será siempre el mio.

SALVADOR. ¿Qué aguarda pues? ¿por qué retarda tanto la conferencia á que el frances amigo invitándole está? ¿por qué se oculta en un inestricable laberinto?

ISAAC (*con una naturalidad amenazadora.*) El aparecerá cuando convenga.

TOUSSAINT (*conmovido y con voz sorda desde el fondo de la baña.*)

¡Bien, mi sangre! ¡Mas pronto me habrán visto de lo que ellos quisieran!

ISAAC (*á su hermano.*) ¡Si él supiese que aquí estamos!

ALBERTO. Hubiera ya venido. (A Salvador.) Vuestros enviados que le están buscando no han conseguido descubrir su asilo. Así al menos se dice. Siempre llegan un instante despues que él ha salido.

SALVADOR. Porque los mensajeros que tenemos son tambien de su raza y su partido. La perfidia en escusas siempre es fértil; los esclavos son falsos por instinto, y siempre la verdad está muy honda en el alma de un pueblo envilecido. (Se aleja con desden hácia el fondo del teatro.)

ISAAC (*á Alberto.*) ¿Puedes, Alberto, tolerar que un blanco, de torpe labio y corazon maligno, ultraje á nuestro padre en nuestra raza? ¡Por Dios que tu paciencia no concibo! Siendo yo grande como tú y soldado, no hablaria ante mí como has oido!

ALBERTO. Es el preceptor tierno, aunque severo, que nos ha dado el cónsul, que es su amigo.

ISAAC. Un alcaide es mas bien del primer cónsul, un cerrojo en su mano duro y frio, que nos guarda tal vez para vendernos. (Mas bajo y con tono de misterio.) Alberto! tú no sabes el destino que reservado nos está. Te ciega tu pasión á los blancos. Hoy me han dicho...

ALBERTO (*con impaciencia.*) Se dicen tantas y tan necias cosas!

ISAAC. Una negra me ha dicho con sigilo: ¡Guardaos de él! Yo le conozeo, es malo. Lleva un supuesto nombre y apellido, mas mudar otra cosa no le es dado; su corazon y rostro son los mismos. En su rencor los negros su retrato conservan; son sus actos tan inicuos, que á cualquiera se erizan los cabellos con oír solamente referirlos.

«Despreciaba la sangre; profanaba
 «el amor con torpísimo apetito,
 «oy amante, seductor, luego verdugo;
 «pasma la enormidad de sus delitos;
 «Cuántas bellas esclavas, arrancadas
 «de sus miseras madres, han perdido
 «tras el honor la vida entre sus brazos!

«Una de las esclavas, que el capricho
 «escogiera del pérfido, llevaba
 «la triste prenda de su amor consigo:
 «Hija y madre á la vez vendió el infame,
 «y el precio de dos almas muy tranquilo
 «el monstruo se comió. La pobre madre
 «expiró de dolor, á su martirio
 «sobreviviendo la infelice hija,
 «de que se apoderó un desconocido
 «que abandonada la encontró en el mundo,
 «y hoy de su paradero no hay indicios!

ALBERTO. ¿Cuentos de viejas, Isaac, con que ellas
 miedo suelen meter á los chiquillos?
 ¿Y no te da vergüenza el escucharlos?
 ¿Y no te da vergüenza el repetirlos?
 ¿Crees que el cónsul, cuya aguda vista
 del corazón penetra en los abismos,
 para reconducirnos á la patria
 de un miserable tal se habrá valido?

¿Poco, si así le juzgas, le conoces!
ISAAC. ¿Quién su plan adivina y sus designios?
 ¿Su elevación es su conciencia toda...?
 ¿Qué quieres? yo del cónsul desconfío.

ALBERTO (con entusiasmo.)
 Tu desconfianza es un ultraje, hermano.
 ¡Bonaparte es mi Dios!

ISAAC. Pero no el mío!
 ¡Bonaparte es un blanco!

(Se separan con muestras de impaciencia mutua. Toussaint, medio oculto en la estera de la tienda, contempla á sus hijos con una ternura feroz. De cuando en cuando con movimientos involuntarios y convulsivos agita la estera que le cubre. Adriana le mira; se pone un dedo en la boca y le contiene.)

SALVADOR (acercándose á Alberto en la parte anterior de la escena.)

¿A qué esas muestras
 de cólera? Sepamos el motivo.

ALBERTO. Mi hermano os lo dirá.

SALVADOR (á Isaac.) Yo he sido siempre
 de pláticas secretas enemigo.
 Ya lo sabeis.

ISAAC. Hablabámos del cónsul.

SALVADOR. ¿Del hombre misterioso, indefinido!
 O adorar ó callarse ante su nombre.
 Si le tratábais bien, no era preciso
 hablar bajo, Isaac. Casi estoy cierto
 de que de un modo hablabas de él indigno.
 De su poder te cubre con el manto,
 y pagas con desdenes su cariño.

Malo es eso, Isaac; tu buen hermano
 se porta de otro modo bien distinto.

ISAAC. Porque Alberto es mayor; de su memoria
 los recuerdos borráronse de niño.

Yo amo á mis padres.

SALVADOR. Vale mas la gloria.

Toma ejemplo en tu hermano, que da abrigo
 en su gran corazón á sentimientos
 que borren sus instintos primitivos.

Eso requiere una grandeza de alma
 que no te han dado; un corazón nutrido
 con fuego, y no con leche de mujeres;
 ojos fuertes, que miren de hito en hito,
 como el águila el sol, los resplandores
 que derrama en el mundo este gran siglo;
 un pecho de hombre en fin; tú no le tienes.

Alberto sí; no quiere ser indigno
 de este gran drama en que ha tomado parte,
 y es el amor del cónsul su principio.
 Cuando es un Dios el hombre que nos manda,
 es nuestra gloria obedecer sumisos.

¿Alberto, no es verdad?

ALBERTO. A esas palabras
 mi corazón redobla sus latidos.

Si hombre soy, á mi padre se lo debo;
 al cónsul debo mas, libre me hizo.

Él hizo penetrar en mis tinieblas
 el resplandor de la verdad divino,
 y en la dura, ominosa servidumbre,
 de que mi sangre fué el emblema, dijo:

«Yo te saco del lodo para hacerte
 «á los blancos igual y hasta á mi mismo.»
 Sus sabios eminentes, respetando
 toda la humanidad en mi individuo,
 sus saludables máximas vertieron

en mi pobre cerebro entumecido.
 Germen futuro de una cosa grande
 que se planta y se riega con ahinco,
 el cónsul con su soplo me dió vida
 para una gran nacion hacer de un niño.
 Nudo del nuevo pacto quiere hacernos
 que unirá el mundo nuevo al mundo antiguo.
 ¡Oh! que su voluntad bendita sea!
 Es asociarse al genio sus designios
 inmensos comprender.

SALVADOR. Bien has hablado!

(A Isaac.)

Eso tú no lo entiendes.

ISAAC. Es sabido

que el talento no tengo de mi hermano.

SALVADOR. Se desarrollará, lo pronostico.

ISAAC. ¡Oh! mucho lo deseo si eso sirve

para á mi padre hallar.

SALVADOR *(á solas.)* Siempre lo mismo!

¡Raquíico muchacho, que no sabe

la sangre depurar de que ha nacido!

(Alto.)

Sabed, señor, que el hombre á quien la vida

se debe es menos digno de cariño

que el que nos da una patria que nos falta,

trazando á nuestra gloria su camino.

El azar nos da un padre, no se escoge;

pero el héroe se busca, y no es lo mismo.

El niño, cuando llega ya á ser hombre,

deja de ser hermano y de ser hijo.

Como el cónsul luchase con mi padre,

me arrancaría el alma con que vivo

si incierta vacilase un solo instante

entre el hombre carnal y el del destino.

ISAAC *(bajo, con tedio.)*

¡Ese monstruo da horror!

SALVADOR. Tal es la gloria!

ALBERTO. Dejadme transigir con el instinto,

y que en partes iguales distribuya

entre el héroe y el padre mi cariño.

Dejad que amemos á los dos en uno,

y ser el lazo que les tenga unidos,

pudiendo de este modo la ventura

de dos razas labrar á un tiempo mismo.

Pero su hermana con su escolta viene

en un bridon mas blanco que el armiño...

¡Oh! ¡cómo á cada paso dan un beso

á su semblante encantador sus rizos!

SALVADOR. El general Leclerc sigue sus pasos.

ALBERTO. ¡Hermosa está! ¡qué rostro tan divino!

ESCENA V.

Los mismos, BOUDET, PAULINA, LECLERC, FRESSINET, ROCHAMBEAU,

FERRANO, GENERALES, OFICIALES, AYUDANTES DE CAMPO, SOLDADOS.

(Los oficiales y los generales llegan sucesivamente á la escena. El general Leclerc, acompañado de sus ayudantes de campo, pasa al fondo del teatro, inspecciona con una mirada rápida su estado mayor y sale. Paulina, vestida de amazona, entra acompañada de dos damas de honor y seguida de dos negritos que sostienen la cola de su vestido. Los oficiales se retiran y siguen al general.)

PAULINA.

¡Qué campo tan pintoresco!

¡cuánto me place y alegra

cabalgar á todas horas

y vivir en una tienda!

Mi vida tan agitada,

tan rara, tan novelesca,

causará en todo Paris

la mas estraña sorpresa.

(A una de las damas que la acompañan.)

No dudo que los teatros

copiarán estas escenas,

y en mi reproducirán

á la Venus Citera,

que se mezcla á los guerreros

y aligera las cadenas

por mi poderoso hermano

á toda una raza impuestas,

domando yo corazones,

mientras él doma la tierra.

Y sacarán mi retrato,

y dirán: ¡es ella! ¡es ella!

(A los negros.)

A vosotros tanta gloria

es menester que agradezca.

Sí, por esos negros que odio,

(Alberto hace un gesto de dolor.)

y que amo.
(Se acerca á Alberto, y le pone una mano en el brazo sonriéndose.)

esta frente tersa,
que está tal vez destinada
á brillar con la diadema,
con este simple aparato
se mezcla á la soldadesca,
y para colmo de horror
se pone en el sol morena.
Mucho os detesto... mas todo
lo perdono, si la tienda
es elegante; veamos.

(Paulina sale con su séquito; Alberto é Isaac la acompañan.)

ALBERTO. ¿Hay otra mujer tan buena?

ESCENA VI.

TOUSSAINT, ADRIANA, SOLDADOS, despues PAULINA.

(Algunos soldados, destacados de los trabajos del fuerte, se dirigen á la cabaña de Toussaint para demolerla. Adriana se arroja á sus piés. Toussaint tiende los brazos hácia ellos en ademan suplicante.)

UN SOLDADO. ¡Ah! ¡negro de los demonios!

OTRO SOLDADO. ¡Al infierno esas esteras!

ADRIANA (juntando las manos.)

¡Ah! señores ¡es un ciego!

¿dónde quereis que se meta?...

¡Oh! ¡dejadnos, por piedad!

UN SOLDADO. ¡No, nada, los negros fuera!

nada de basura dentro.

Las órdenes son severas.

(A uno de sus camaradas, tirando á Toussaint de sus harapos.)

¿Si se le habrá figurado

á esa lagartija fea

que se han hecho esas paredes

para hacer su nido en ellas?

TOUSSAINT. No, moriremos aquí.

ADRIANA. ¡Piedad de nuestra miseria!

¡vuestras rodillas abrazo!

UN SOLDADO (sacudiendo las esteras de la tienda de Toussaint y sonriéndose.)

Contéstame, araña vieja,

¿es este tu rinconcito?

OTRO SOLDADO (á Toussaint.)

¿Con esas redes mugrientas

esperabas cazar moscas?

Anda donde no te vea.

OTRO SOLDADO. En menos de un santiamen

todo el diablo se lo lleva.

A puntapiés, zapadores,

abajo esta casa se echa.

(Los soldados se disponen á arrancar las estacas de la tienda.)

TOUSSAINT (abrazando las estacas para defenderlas.)

¡No! ¡no! es el único asilo

que en este mundo me queda;

sepultadme en sus escombros.

PAULINA (retrocediendo, seguida del estado mayor del general, y reparando en Toussaint que disputa con los zapadores.)

¿Quién grita? ¿qué voces esas?...

¿Qué de ese negro quereis?

Cese, cese la contienda...

Alberto, pon la concordia.

ADRIANA (pasando entre los soldados, se detiene un instante al ver á Paulina; levanta las manos, corre á ella, parece luego que hace un esfuerzo sobre sí misma, y dice á solas:)

¡Es ella, sí, de quien lleva

Alberto con tanto orgullo,

con tanto afán la cadena!

¡Mas que su beldad, el odio

que la tengo me lo muestra!

¡Si escuchase al corazón!...

Pero no, ahogar es fuerza,

para salvar á Toussaint,

el incendio que me quema!

(Se echa á los piés de Paulina.)

PAULINA. ¡Oh! ¡que es preciosa la niña!

¿Qué tienes? ¿de qué te quejas?

ADRIANA (afectando sollozos.)

Arrebatan á mi padre

esta choza en que se alberga...

Ciego y mendigo, ¿do ahora
el pobre sus pasos lleva?
Vivíamos en el mundo
en este palmo de tierra,
do á nadie hacíamos sombra.
Espigando en mies agena
el maiz, yo de mi padre
sostenia la existencia,
y así veía por él;
mas si de aqui se nos echa,
¿contra la lluvia y el viento
dónde hallaremos defensa?

PAULINA (*aparte.*)

En verdad que sus lamentos
el corazon me atraviesan.

(*A Adriana.*)

¿Con qué no tiene tu padre
mas que este asilo?

(*A su comitiva.*)

¿Qué perla

en un muladar perdida!

ADRIANA (*á Toussaint, á quien hace acercar conduciéndole como un ciego.*)

¿Tanta bondad agradezcan,
padre mio, nuestras almas!
Dejad que os lleve en presencia
de los blancos bienhechores...
¡oh! ¡si vos pudieseis verla!

PAULINA (*aparte.*)

¡Es hermosa, encantadora!

(*A Toussaint.*)

Sin duda el amor es ella
de vuestra pobre familia.
TOUSSAINT.
¡Ay! ¡la santa Providencia
no me ha dejado otro apoyo!
Señora, siendo tan bella,
bella tambien debe ser
el alma que en vos se encierra.
¡Oh! ¡protegedme, señora!
¿Qué mal hacer os pudiera
un mendigo viejo y ciego?
¡El águila que se eleva
al insecto miserable
no aplasta bajo sus huellas!

PAULINA (*á su comitiva.*)

Ese anciano dice bien;

no quiero que se le ofenda.
Dejadle su pobre choza.

UN OFICIAL. Señora...

PAULINA. ¿Basta de réplicas!

UN OFICIAL GENERAL.

No podemos complaceros;
del gobernador severas
son las órdenes.

PAULINA. No importa.

Por terminantes que sean,
esta la ha de revocar.

(*A un ayudante de campo.*)

Id, suplicadle que venga.

(*El ayudante de campo sale, y vuelve casi inmediatamente con el general Leclerc.*)

ESCENA VII.

Los mismos, LECLERC, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS.

PAULINA. ¡General, una palabra!

LECLERC. Mandad lo que se os ofrezca.

Vos no ordenais cosa alguna
á que yo niegue obediencia.

(*Aparte á media voz.*)

Hago siempre buenas obras,
sometiéndome á su idea.

PAULINA (*sonriéndose.*)

Mas sumision, y no tantos
cumplidos, que no aprovechan.

Protectora me declaro

de ese negro; me interesa

su estado, y quiero por tanto

que, atendida su miseria,

se respete su yacija.

Bajo el techo en que se alberga

la golondrina un rey duerme.

Su nido dicha acarrea

á los dueños del palacio.

Dejad un palmo de tierra

al pobre ciego.

LECLERC. Corriente,

Paulina. ¿Cómo pudiera

no acceder á vuestro ruego?

(*A Toussaint y á Adriana.*)

Agradeced la fineza
á la señora.

(A los oficiales de su comitiva.)

Que nadie
siquiera á tocar se atreva
los harapos de ese anciano.

(A Paulina.)

¡A Dios, Paulina!

PAULINA.

¡A Dios!

(Sale con su comitiva.)

LECLERC (al estado mayor.)

¡Ea!

¡el consejo! ¡trabajemos!
las circunstancias apremian.

ESCENA VIII.

Los mismos menos PAULINA.

(La tienda del estado mayor está abierta en la escena. Algunos soldados hacen con tambores una mesa, que la cubren con mantillas de caballos. Se colocan encima de la mesa papeles, mapas y plumas. El general Leclerc y cinco ó seis generales se sientan en tambores. Isaac y Alberto, detrás de ellos, asisten al consejo. Los ayudantes de campo y los oficiales de ordenanza están en pié, formando un grupo detrás de los generales. Las cortinas de la tienda están levantadas por el lado que mira á la cabaña de Toussaint. Este está sentado á la puerta de su choza, apoyado en el hombro de Adriana que finge estar cosiendo pedazos viejos de esteras rotas.)

LECLERC. Oigamos el informe.

SALVADOR (leyendo.) «La zozobra

«sin cesar los espíritus domina.

«El soldado se muestra descontento,

«y siempre inquieto el oficial medita;

«el negro espera, y el mulato duda,

«y de opinion en opinion vacila.

«Ni la mas leve resistencia encuentran,

«recorriendo el pais, varias partidas;

«mas de Toussaint se ignora el paradero,

«y ningun fruto dan nuestras pesquisas.

«Se cree que en las breñas y gargantas,

«por bosques y por olas defendidas,

«do eleva el Caos sus altivas crestas,

«la insurreccion sin respirar se abriga.»

LECLERC. Vuestro dictámen quiero oír, señores.

BOUDET. El mio en dos palabras se consigna:
Avanzar y luchar.

FRESSINET. ¿Luchar? ¿acaso

sabemos contra quién? Toda la isla

tenemos sometida; está el apuro

en que nadie nos reta ni hostiliza.

¿Y si acaso la paz sincera fuese?

el volcan sosegado que dormita

con un grano de arena que se le eche

en irrupcion estalla repentina.

Sin quemar un cartucho, nos es dado

tomar las posiciones que dominan

el pais todo entero, acostumbrando

á este pueblo, que atónito nos mira,

á ver que de legítimos señores

vamos tomando la actitud altiva.

No es mas que una costumbre la obediencia;

¡mandémos! negro ó blanco el pueblo humilla

ante el que cree su señor la frente.

FERRAND. El consejo que dáis bueno seria

en nuestra Europa corrompida y torpe

y á mil necesidades sometida.

Aquí no hay mas que un medio, un solo medio;

talad los campos, no dejéis semilla;

con nuestros numerosos batallones

formad un cerco, una muralla viva,

y así bajo el cañon de las ciudades

vendrán miles de miles de familias,

pidiendo por piedad pan y cadenas.

ROCHAMBEAU. Es vuestra idea repugnante, impía...

¡Oh! ¡combatir un pueblo con el hambre!

¡poner en nuestra historia esta mancilla!

Prefiero á tal victoria la derrota.

No, no me engaño, yo bien sé en qué estriva

la fuerza de los negros que orgullosos

en vano al nombre de nacion aspiran.

Este pueblo es un niño; está su fuerza

en el hombre no mas en quien confia.

Combatid la nacion en solo un hombre;

conceded á Toussaint cuanto os exija;

aprovechaos del actual momento

en que su doble corazon vacila;

cautivad con riquezas sus sentidos;

apoderaos de él ya que os evita.

Ese hombre es solo una nacion entera.

- LECLERC.** ¿Cómo descubriremos su guarida?
Emisarios sin fin van en su busca,
y todos vanamente se fatigan.
- ROCHAMBEAU.** Do el elefante se detiene, pasa
sin contratiempo la pequeña hormiga.
Si es sospechosa en manos de los blancos
la carta que quereis se le remita,
buscad para llevársela un mendigo,
que sus recelos disipar consiga,
un negro que entre negros se deslice,
y de Toussaint oculte a la malicia
el emisario que evitar pretende.
- LECLERC.** ¿Mas do este negro hallar de tal codicia,
que por un vil y misero salario
del alma de Toussaint rete las iras?
- ROCHAMBEAU** *(indicando á Toussaint.)*
Ved bajo esos harapos á ese ciego
de la miseria hundido en la sentina.
¿Qué de Toussaint le importan los enojos
á un ciego ya caduco que mendiga?
Haciéndole entrever un gran tesoro,
el mismo rayo á provocar iría.
- LECLERC.** ¿Quién? ¿ese pobre anciano, á quien dispensa
su proteccion benéfica Paulina?
Que se acerque.

(Aparte.)

A menudo de mi esposa
es la bondad la mas segura guía;
á menudo el destino recompensa
la generosidad que ella me inspira.

(Alto.)

Yo interrogarle quiero,
(A un ayudante de campo.)
que se acerque;
que sin temor le traiga aqui su hija.

ESCENA IX.

Los mismos, TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT *(conducido por Adriana, afectando mucho respeto y miedo.)*

¿A do vamos?... ¿do estoy?... ¿qué se me quiere?
¡Perdon, blancos! ¡perdon!

LECLERC. ¿Qué os intimida?

Es para vos muy generosa mano
tal vez la mano que os parece impía.
Os hallais...

- TOUSSAINT.** ¿Ante quién?
- ADRIANA.** ¡Triste aparato!
- LECLERC.** Ante el gobernador que os necesita.
- TOUSSAINT.** ¿Ante el gobernador? ¡cielo! ¿es posible!
¡Yo, á quien el siervo mas abyecto humilla!
El poderoso, cuando vé un insecto,
solo aplastarle bajo el pié se digna.
- LECLERC.** Nada temais. En la ilustrada Europa
solo piedad el desgraciado escita;
quien sirve á la república fielmente
es el único grande ante su vista.
¿Quereis servirla vos?
- TOUSSAINT.** ¡Yo, pobre y ciego,
que al término ya toco de la vida!
¡Al menos no os burleis del vil gusano
que en el hediondo lodazal se agita!
- LECLERC.** ¿Yo burlarme de vos? Si tal hiciese,
mía fuera y no vuestra la ignominia.
- TOUSSAINT.** ¿En qué serviros puede un desgraciado
á quien sirve de báculo una niña?
- LECLERC.** Pues cuanto mas enfermo y andrajoso,
cuanto mas se os abata y os deprima,
mas convenis, anciano, á mis proyectos.
La poderosa Francia necesita
que á manos de Toussaint un pliego llegue,
de que depende acaso vuestra dicha,
la de la Francia, la del mundo entero.
- TOUSSAINT.** Bien sé que es la mision comprometida,
sin que en ella emplear me sea dado
hombre alguno que escite su malicia.
Un negro se requiere que, el misterio
ocultando que lleva, se dirija
á Toussaint, que le busque donde quiera,
y una carta le entregue en su guarida.
Si por desgracia el mensajero muere,
la rica Francia adoptará su hija;
si regresa, los blancos, como hermanos,
le señalarán puesto en su familia,
fijando sobre el público tesoro
una pensión segura y vitalicia.
- TOUSSAINT.** Reflexionad, reflexionad, anciano.
Quien cede á tal propuesta se suicida;
pero en la suerte de mi hija pienso,

y ella sola decide de la mía.
Si ella la paga de mi sangre obtiene,
toda la verteré con calma fría.
¡Iré pues!

ROCHAMBEAU. ¡Noble anciano!

TOUSSAINT. Si, la muerte,
la muerte será el colmo de mi dicha.

LECLERC. ¿Vos conocéis al hombre á quien os mando?

TOUSSAINT. Aunque su posicion es tan distinta
de la mía, señor, los dos nacimos
en un mismo bohío, y largos días,
largos años sirviendo al mismo dueño,
aun abiertas llevamos las heridas
que ambos al mismo látigo debimos.
Con la cerviz al mismo yugo uncida,
las mismas cuerdas nuestro cuello hollaron,
nuestros tobillos las cadenas mismas.

ROCHAMBEAU (aparte.)

El alma centellea en su semblante;
su voz salvaje aterradora vibra;
me parece á propósito ese anciano
para empresas espuestas y atrevidas.

LECLERC. ¿Cuál es su sentimiento hácia nosotros?

TOUSSAINT (estremeciéndose.)
¿Queréis decir... si os odia... ó si os estima?

(Lentamente y meditando su respuesta.)

Hasta el mismo Toussaint quizás lo ignora.

Entre el amor y la aversion vacila
su raro corazón, que es un abismo
do nunca descendió su propia vista.

El respeto que tiene á los franceses
por sus triunfos y rápidas conquistas,
el amor de sus hijos, el orgullo

que su color por reaccion le inspira,
el recuerdo del yugo que ha sufrido,
en direcciones mil y mil le tiran,
y su carne y su sangre muchas veces

que luchan con sus huesos se diría.

(Los generales se miran con asombro.)

El grito que ha de dar aun no ha resuelto,
será su decisión muy repentina;
cualquiera entonces que su grito sea,
resonará en la tierra estremecida.

(Los generales se asombran de nuevo.)

No os admire, franceses, este abismo
en que los negros buscan y analizan

sus sentimientos íntimos en vano.
Nuestra alma de la vuestra es muy distinta.
No os dió á vosotros al nacer la suerte
ninguna ofensa que vengar incua,
y no os amamantaron vuestras madres
con filtros de dolor y de ignominia.
En el mundo al nacer teneis un puesto,
ancho como la atmósfera en que gira
sin obstáculo el águila potente,
un puesto en el banquete de la vida.
No hallan contradicción vuestros instintos;
en vuestras almas resplandece el día;
pero la nuestra es una noche oscura,
do las pasiones en tropel germinan.
Barreduras del mundo, cuanto tiene
la tierra de pureza ó de inmundicia
con nuestras almas mézclase y fermenta
al fuego oculto de pasiones vivas,
y fecunda la tierra ó la consume,
según es la pasión que predomina.
Nube que lleva proceloso el viento,
bronce en fusión, tan solamente indica
por la explosión lo que es.

ROCHAMBEAU. ¡Oh! ¡qué lenguaje!

BOUDET. Esa profunda voz que aterroriza
es la voz del Océano que brama,
es la lava que hierve derretida.

ROCHAMBEAU. ¡Y una raza que en hombre semejante
tiene un acento tal vivió proscrita!

LECLERC. Volvamos á Toussaint. ¿Ama á su patria?

TOUSSAINT. No amándola, su nombre no sabríaís.

LECLERC. ¿Y su mujer?

TOUSSAINT (obviando un momento el papel que finge.)

¡Murio! ¡murio!... los monstruos...

(Escusándose repentinamente.)

Perdonad; yo los nombres repetía
que arrancó de su pecho el sentimiento,
cuando á la compañera de su vida
de hambre mataron sin piedad los blancos.

LECLERC. ¿Sus hijos?

TOUSSAINT (con un transporte mal contenido.)

¿Preguntáis si les quería?

¡Cómo! ¿no se ama en toda humana raza
la médula en los huesos contenida
y la sangre en las venas encerrada?
¡Pobres ramas del tronco desprendidas!...

¡ Si ama á sus hijos! ¡ ah! ¡ si él os oyera!...

(Con indignacion.)

¡ ni á Dios, ni al mismo Dios responderia!

(Despues de un descanso.)

¿ Por quién, pues, tan abyecto y miserable cara á cara miró la tiranía?

¿ Por quién valiente sacudiendo el yugo y la dura cadena haciendo trizas, contra la libertad jugó su sangre?

¿ Era acaso por él, cuyas pupilas el sueño eterno eclipsará muy pronto?

Si dió á los negros, á una inerte arcilla, la voluntad y el alma de los libres,

de que en su servidumbre carecian, fué por dejar á sus queridos hijos

la plenitud del venturoso dia de que él gozó el crepúsculo tan solo;

para que ellos, gozando las delicias del suspirado bien que les prepara,

confundan en la misma idolatria su independenciam y su glorioso padre,

y al recordar sus hechos le bendigan.

ALBERTO *(bajo á Isaac.)*

Llora.

ISAAC *(bajo á Alberto.)*

Y á mi los ojos se me anegan, y las lágrimas surcan mis mejillas,

TOUSSAINT *(recelando que su sensibilidad le haya descubierto.)*

Así hablaba Toussaint, cuando á las armas con denodado corazon corria.

LECLERC. Proseguid.

TOUSSAINT.

¡ Sus dos hijos! me parece que viéndoles estoy cuando crecian

junto á él, codiciando su ternura. De igual belleza, mas de edad distinta,

era negro el mayor, mulato el otro y el amor de Toussaint se repartian.

Les estrechaba sin cesar ¡ ay! y eran teatro de sus juegos sus rodillas,

adorando á su Alberto cual su noche, adorando á Isaac como su dia.

El retrato buscaba en sus semblantes de sus dos madres por su mal perdidas.

El uno era su Alberto: destinado á muy nobles pasiones parecia;

como en terso cristal se reflejaba.

en él el alma de Toussaint altiva.

El otro era Isaac, un tierno niño

con el dulce carácter de una niña;

abrazaba á su padre cariñoso,

y á este derretian sus caricias,

y á menudo decia al ángel bello

mientras se embelesaba en su sonrisa:

«Será Alberto mi gloria, y tú, ángel mio,

tú me amarás.»

(Con ternura.)

Su corazon de acibar

llenan estos recuerdos... ¡ pobrecitos!

(Estendiendo los brazos.)

¡ Oh mi Alberto! ¡ Isaac!... Perdon, queria

á los dos como un padre...

(A estas palabras Alberto cree reconocer la voz de su padre, y se levanta como sobresaltado de la mesa en que se apoyaba con el codo, haciendo un movimiento instintivo como para responder y precipitarse hácia Toussaint.)

ALBERTO.

¿ Qué voz esa?

si no me asesorase con la vista,

diria que esa voz es de mi padre...

ISAAC *(acercándose á Toussaint.)*

¿ Nos conoceis vos pues?

SALVADOR *(á Isaac.)*

¡ Silencio! ¡ quita!...

TOUSSAINT *(abriendo convulsivamente los brazos para abrazar á Isaac, y volviéndolos á cerrar repentinamente por reflexion.)*

¿ Qué habeis dicho?... ¡ Yo!... ¡ Vos!... ¡ No, no os conozco!

LECLERC *(á Salvador.)*

Separad á ese niño, que no impida al ciego responder.

(Separan un poco á Isaac.)

Si él recibiese

de sus amados hijos la noticia

de que á sus brazos volverán; si en cambio

de la paz que desea en estos climas,

sus dos hijos la Francia le entregase,

¿ á ese don de una madre compasiva,

entre la estéril ambicion del jefe

y la dicha del padre oscilaria?

TOUSSAINT. ¿ Sus hijos?... ¡ Oh! ¡ yo siento!...

(Rectificándose en seguida.)

No, me engaño...

Quiero decir, yo creo que la vida

en cambio diera de un abrazo suyo,
¡la tierra, el cielo, todo lo daría!

LECLERC (á Rochambeau.)
¡La pluma, general?

(A Toussaint.)

Vos, aquí quieto,
de vuestra hija labrareis la dicha.

ESCENA X.

Los mismos, UN AYUDANTE DE CAMPO, MOISES.

UN AYUDANTE DE CAMPO (abriéndose paso entre la multitud para llegar al estado mayor, conduce de la mano á Moises.)

¡Dejadnos pasar, señores!
este que viene conmigo,
aunque negro, es un amigo.

(Se le deja libre el paso, y conduce al general Moises al gobernador. Este se levanta.)

Es uno de los mejores
generales de Toussaint;
con las tropas de su mando
se ha pasado á nuestro bando.

LECLERC. Nos damos el parabien.

¿Vuestro nombre, general?

MOISES. Moises, de Toussaint sobrino.

LECLERC. ¡Feliz sorpresa!

MOISES. Adivino

sorpresa tan natural.

Sobrino de Toussaint digo,

y á sus consejos llamado,

pero el amigo jurado

de todo el que es su enemigo.

Que Toussaint de nuestros males

ya la medida colmó,

y en fin mi razon rompió

los vínculos fraternales.

¡Yo siervo de tal señor!

¡yo humilde lamer su mano!

¡No! tirano por tirano,
el mas grande es el mejor.

A vuestras filas me lanza

solo el odio que le tengo,

y para servirlos vengo,

sirviendo así mi venganza.

¡Oh! conozco bien su ardid;

nada omito, nada callo;

en inteligencia me hallo

con muchos jefes.

LECLERC. ¡Decid!

¿Cuáles sus designios son?

Combatiros sin piedad.

MOISES.

¿Por quién? ¿por la libertad?

MOISES.

¡No, por él!

LECLERC.

Tiene ambicion.

¿En qué confía?

MOISES.

Confía

en que al cabo os cansareis,

pues nada conseguireis

batallando noche y dia.

LECLERC.

¿Su estrategia?

MOISES.

Las celadas.

LECLERC.

¿Su táctica?

MOISES.

El tiempo solo;

la astucia, el fraude y el dolo;

esas dudas prolongadas

que siembra muy hábilmente;

su espíritu, que do quiera

que le busqueis, está fuera,

y do quier que no, presente;

este pueblo prosternado,

disponiendo él de su calma,

su secreto que en el alma

lo tiene siempre encerrado;

Haití, que en él su fortuna

fia no mas, porque le ama...

LECLERC.

¿Qué otras manos de su trama

tienen los hilos?

MOISES.

Ninguna.

LECLERC.

¿Do se le puede encontrar?

¿con qué asechanzas se puede

capturarlo, si no cede?

MOISES.

No hay mas medio que cercar

la cueva en que se metió,

el antro que escogió oscuro,

LECLERC. creyéndole el mas seguro.
 ¿Quién le descubrirá?
 MOISES. Yo.
 LECLERC. ¿Vos!... ¿Qué digna recompensa
 exigis? ¿qué beneficio
 por este inmenso servicio?
 MOISES. Tambien mi saña es inmensa.

Que satisfacerla tengo,
 pues me quema el corazon.
 LECLERC. ¿Hombre singular!

MOISES. Traicion
 no hago, general, me vengo.
 LECLERC. ¿Pues bien!... Decid con sigilo
 á los aqui convocados
 con qué indicios mis soldados
 podrán encontrar su asilo.
 Indicadnos la morada,
 el antro, la madriguera,
 donde se puede á la fiera
 ahogar.

*(A estas palabras Toussaint, por un movimiento insensible y como
 arrastrándose, se va colocando á espaldas del general Moises, sin
 que el estado mayor fije en él la atencion. El general Moises mira
 con precaucion en torno suyo, como temiendo ser oido por un espía.)*

No temais nada.
 Aqui no se tienden redes;
 mis oficiales discretos
 son y mudos.
 MOISES *(en voz baja.)* Hay secretos
 que los oyen las paredes.

*(Despues de mirar de nuevo á derecha é izquierda, sin ver á
 Toussaint que se agacha detras de él.)*

¿Oid!—En esas montañas
 do espesos árboles crecen,
 y en que solo se guarecen
 los majáes y alimañas;
 por los cerros que hay mayores
 á un antro oscuro se vá...
 LECLERC. ¿Y él está allí?

TOUSSAINT *(levantándose cuanto puede delante de Moises, deja caer
 á sus piés sus harapos; sus ojos reaparecen; saca un puñal de su*

cintura, y lo hunde en la garganta de Moises, exclamando:)

¡No! ¡que está
 donde quiera que hay traidores!

*(Moises cae de manos contra la mesa del consejo. Todos se precipitan
 para prender á Toussaint, el cual, á favor de la confusion,
 gana en tres saltos la punta de la roca que forma el cabo que se
 eleva sobre el mar detras de la tienda del consejo, y se arroja á las
 olas. Algunos soldados prenden á Adriana.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

PERSONAS DEL ACTO CUARTO.

| | |
|-------------------|-----------------------|
| EL PADRE ANTONIO. | SERBELLI. |
| SALVADOR. | ADRIANA. |
| ALBERTO. | Soldados del ejército |
| ISAAC. | frances. |

ACTO CUARTO.

Un vasto y sombrío subterráneo sirviendo de cárcel bajo las casamatas del fuerte en el campamento frances. A la izquierda, gruesos pilares sostienen la bóveda e interrumpen la luz que baja de las poternas. A la derecha, una puerta baja con reja de hierro a lo alto de una escalera húmeda y oscura. En el fondo un rejado cerrado que da a un patio. En este patio una puerta en la cual se lee escrito con grandes caracteres este rótulo: *Hospital militar.*

ESCENA PRIMERA.

ADRIANA (*sentada en un monton de paja, asida de uno de los pilares por medio de una cadena que sujeta sus piés y sus manos.*)

¿Es esto una mazmorra?... ¿es una tumba?...
 ¡oh! me es indiferente...
 ¿Qué me importa el lugar en que sucumba,
 siendo mis infortunios tan prolifjos?
 ¡Alberto ya no me ama,
 y está el padre proserito por sus hijos!
 Mi corazón, que un ciego amor inflama,
 en dos partes divido,
 ; una para ese Alberto tan querido,
 otra para Toussaint!... ¿Qué horrible suerte!
 ; sepultadme, tinieblas de la muerte!

ESCENA II.

ADRIANA, SALVADOR, SERBELLI.

(*Adriana está sentada con las manos en los ojos, abismada en sus conmociones. Se ve entrar por la escalera a Salvador acompañado de su hermano; los dos conversan en voz baja en la parte del subterráneo mas alumbrada, a la derecha del espectador, separados por enormes pilares del subterráneo de Adriana.*)

SERBELLI. Este es el hospital y las sentinas
 en que del campamento
 vicios se pudren, crímenes sin cuento.
 (Mostrando el subterráneo a la izquierda.)
 SALVADOR. Una memoria el general me pide
 acerca de estos funebres lugares...
 Correré mil azares,
 pues está aquí encerrada
 la sierpe por Toussaint domesticada.
 SERBELLI. ¿Qué te importa esa niña?
 SALVADOR. ¿Qué me importa?
 Por ella de Toussaint saber pudiera
 los proyectos y oculta madriguera.
 Cuando muy grave riesgo
 me amenaza, tan solo este servicio
 puede trocar en triunfo mi suplicio
 y dar á mis negocios mejor sesgo.
 SERBELLI. ¿Qué peligro pues temes?
 SALVADOR. ¿Qué peligro?...
 ¿Supongo que esos murps
 son, como gruesos, sordos y seguros?
 SERBELLI. Seguros, sordos son. Habla.
 SALVADOR. Tu suerte
 depende de la mía.
 Pertinaz suspicacia nos espia;
 del general en jefe á los oídos
 han llegado rumores
 por todo el pueblo contra mi esparcidos.
 El general me mira de reojo,
 y un hecho estrepitoso necesito
 para calmar su enojo.
 SERBELLI. No acierto á comprenderte.
 SALVADOR. Puesto Te repito
 que en el borde me encuentro de una sima.
 ADRIANA. Ayer me dijo el general palabras

que un eco son del público anatema.

¿Y quieres que no tema
perder pronto su estima?

Ciertos son los rumores, no lo ignoras;
mas yo vivia en permanente calma,
creyendo que mi vida estaba oculta
en los pliegues recónditos del alma.

La envidia ha levantado
una punta del velo que cubria
lo que llaman algunos fechoria,
y me ha Leclerc de esta manera hablado:

«Aspavientos sin fin hacen los negros
por un niño perdido,
con su madre vendido.

«Van sus sospechas derramando enojos,
y es fuerza que la Francia
oculte todo escándalo á sus ojos.

«Borrad de vuestro nombre esa mancilla;
descubrid á ese niño desgraciado;
á la madre buscad, sedla propicio,
que haciéndola algun grande beneficio,
redimireis tal vez vuestro pecado.

«Recobrad mi confianza de este modo,
có el mismo cónsul va á saberlo todo.»

SERBELLI. ¿Y tú qué has contestado?

SALVADOR. Creyó con su mirada penetrante
confundirme Leclerc; mas no se traba
fácilmente mi lengua.

Sin pintarse el rubor en mi semblante,
he jurado que nunca de una esclava
solicite un favor que la honra amengua,
que nunca di la vida

á un hijo en una esclava envilecida.

El general dar crédito un momento
ha fingido á mi torpe juramento;
pero la oblicuidad de su mirada
demasiado me dijo
que su credulidad era afectada,
y que en buscar insiste
una prueba tenaz.

SERBELLI. ¿La prueba existe?

SALVADOR. Sí.

SERBELLI. ¿Mas no puedes disiparla?

SALVADOR. Puedo.

SERBELLI. ¿Y qué piensas hacer?

SALVADOR. Buscar do quiera

á esa niña fatal... Corre, pregunta;
los negros te dirán todo el secreto;
conjurarás el golpe que me amaga
y que relluye en tí, si eres discreto.

SERBELLI. ¿Los negros de su origen desgraciado
el misterio conocen?

SALVADOR. Demasiado.

Denuesta al vil que cometió el delito,
y compra á peso de oro
la niña cual si fuese un gran tesoro;
embácala al momento,

que cuando aleje favorable el viento
á la vil desterrada de esta orilla,

no quedará testigo á mi mancilla,
y ante blancos y negros impudente,
blasonando de honrado,
levantaré la frente

sin siquiera una sombra del pecado.

SERBELLI. ¿Cuál es el nombre de tu hija?

SALVADOR. Adriana.

SERBELLI (marchándose.)

Basta.

SALVADOR. Corre, apresúrate.

SERBELLI. Si, mia

es tu causa tambien, en mí confia.

SALVADOR. Y yo de este hospital improvisado,
del general las órdenes cumpliendo,

voy á formar un minucioso estado.

Aquí me encontrarás.

(Serbelli sale.)

¡Todo me aterra!

¡Oh! ¡si me fuese dado

mi secreto ocultar bajo la tierra!

(Salvador abre la reja y cruza lentamente por el patio para entrar en el hospital.)

ESCENA III.

ISAAC, ADRIANA.

(Se oye un ligero ruido hácia un respiradero. Isaac se desliza por en medio de los barrotes y se precipita en los brazos de Adriana.)

ISAAC. ¡Adriana!

ADRIANA. ¿Tú, Isaac?

ISAAC. ¡Oh hermana mía!

ADRIANA. ¡Angel mio!

ISAAC. ¡Ella!

ADRIANA. ¡Él!

ISAAC. ¡Si, si, nosotros!

ADRIANA. ¡Rayo el mas puro del mas puro cielo!

¿cómo descendes á este sucio lodo?

ISAAC. ¿Qué estás diciendo, hermana mía?

es estando contigo el calabozo.

ADRIANA (*alejándole y acercándole para verle mejor.*)

¿Es él! ¿es mi Isaac!

ISAAC. ¡Lloro.

ADRIANA. ¡Oh mi sueño!

abrazame otra vez; dímelo todo.

¿Cómo has podido descubrir mi tumba?

¿pediste alas á un pájaro, oh hermoso

para traerme un rayo de consuelo

para llenar mi espíritu de gozo?

ISAAC (*con candor.*)

¿No lo adivinas tú?

ADRIANA. No.

ISAAC (*sonriéndose.*) Los barrotes

de esas puertas se hicieron de este modo

contra el hombre no mas. Yo, que soy niño

entre ellos paso... padeciendo un poco.

ADRIANA (*abrazándole.*)

¿Pero qué oculto espíritu te ha dicho

mi paradero?

ISAAC. El corazon tan solo.

Desde que te entrevi junto al mendigo,

no sé por qué se me ocurrió de pronto

que eras tú su gracioso lazarillo.

Yo bajo los vestidos andrajosos

que tus nativas gracias ocultaban

pude reconocerte, y silencioso

tus pisadas seguí, y esta mañana

corriendo en pos de los insectos de oro,

me he cansado por fin, y me he sentado

sobre la verde yerba. Con asombro

desde el glacis miraba las montañas,

y gota á gota el llanto que á mis ojos

llevaba el corazon enternecido

me hacia ver cuánto tenia en torno

con los colores mágicos del iris.

Una vez los cerré para en mi propio

ver mejor á mi padre y á mi hermana,

y tan presentes os tenía á todos, *alabada*
que os estaba abrazando... como ahora.

(*La abraza.*)

En medio de mi ensueño delicioso,

saliendo de los céspedes mullidos

de una cancion tristes estancias oigo,

Parecía la yerba que cantaba,

y era tu voz ¡gran Dios!... La reconozco,

reconozco, ó Adriana, la balada

que de tu pecho sale entre sollozos:

«Duerme, pájaro negro... ¿No te acuerdas?

Todo mi ser en la balada pongo

y me levanto, y veo una cerceta

y abismo mis miradas afanoso

en una estancia lúgubre que aterrará

sin ver mas que tinieblas en su fondo.

Y paso el día rebuscando en vano

la entrada de este triste calabozo,

hasta que en fin un corredor percibo;

entro en él animoso, verte logro,

y aquí me tienes ya.

ADRIANA. Si, si, te tengo!

Déjame ver tu delicioso rostro,

que embelleció la edad sin alterarlo;

deja que admire tu valor heroico...

como un hermano denodado y bravo,

como una hermana dulce y cariñoso.

ISAAC. ¡Hermana mía!... Pero deja que antes

de tus piés, de tus brazos tan preciosos

quite esos eslabones... No... no puedo...

el uno remachado está en el otro...

Ni siquiera aflojarlos me es posible...

¡Oh! ¡qué fatalidad! tiernos y flojos

son los dedos de un niño... ¡Si mi hermano

viniera!... ¡Si! vendrá, á buscarle corro.

ADRIANA. ¡Y estaremos los tres!

ISAAC. ¡Los tres! ¡ah! ¡es cierto!

él solo doblará nuestro alborozo,

porque sin él no puede ser completo.

Corro á buscarle.

(*Se dirige á la puerta y retrocede con alguna vacilacion.*)

¡Llegará á su colmo

la alegría de Alberto cuando vuelva

á ver á aquella hermana de que ansioso

hablábale yo tanto!

ADRIANA. ¡Lo comprendo! es decir que él hablaba de mí poco.

ISAAC. De tí hablaba también, todos los días, pero con gravedad, en otro tono, burlándose á menudo con sarcasmos de nuestras niñerías.

ADRIANA (con una desesperacion ahogada.)

De este modo nuestros caros recuerdos califica!

ISAAC. Como él es hombre ya! Los hombres todos encuentran casi siempre muy pequeñas nuestras dichas, pequeños nuestros gozos. Pero es igual, se alegrará de verte. Agúrdanos.

(Adriana con un ademán de reconvenccion le muestra sus cadenas.)

¡Dios mio! bien conozco que te he causado pesadumbre. Deja que bese tus cadenas... ¡Cuánto os odio, ó blancos!... ¡oh! ¡qué duras son! ¡qué frias hiélanme el corazon cuando las toco.

(Se va.)

ADRIANA. Mas frias son, mas duras sus palabras.

ESCENA IV

ADRIANA (sola.)

¿Con que volveré á verle?... ¡á él!... ¡y pronto!...
Tiembla mi corazon; quiere salirse del pecho, irle á buscar... ¿A quién? ¡Oh loco devaneo!... Tal vez una mirada tan pesada, tan fria como el plomo; tal vez una palabra balbuciente, con tedio pronunciada y con sonrojo.
¡Oh! ¡mas valiera perecer sin verle en la profundidad del calabozo!

ESCENA V.

ADRIANA, ISAAC, ALBERTO, despues **SALVADOR.**

(Se oye limar y caer uno de los barrotes de hierro de la cárcel. Isaac salta el primero en el subterráneo, y da la mano á Alberto arrastrándole hácia Adriana. Adriana se tapa varias veces el rostro con las manos, como temiendo ver á Alberto.)

ISAAC (dejando á su hermano á mitad del camino, y saltando al cuello de Adriana.)

¡Henos aquí!...

(Viendo que su hermano se ha quedado atras como indeciso, y no osando acercarse.)

¡Sigue, Alberto!...

¡haz como yo!... ¡nada temas!

¿No ves que á ella acercarse le prohíbe la cadena?

Ella no puede... mas tú...

¿qué encuentras que te detenga?

¡Miraos pues!... ¡Estais mudos

uno del otro en presencia, y ni levantaiis los ojos!

¿por qué así mirais la tierra?

¿Consiste, Alberto, el amarla en tener miedo de verla?

ALBERTO (con una afectacion sensible acercándose á Adriana para besar su mano.)

¡Miedo de verla!

ADRIANA. ¡El lo ha dicho, y no miente, no, su lengua!

(Aprieta convulsivamente la mano de Alberto en sus manos encadenadas.)

¡Engañame!... Mas no, no, dime la verdad entera;

si te has propuesto matarme, que de un solo golpe sea.

ALBERTO (de rodillas y mirando á Adriana.)

¡Adriana! ¡Adriana! ¡por qué con tus palabras severas

este instante en que volvemos á vernos; ay! envenenas?

ADRIANA (*indicándole con la mano las bóvedas subterráneas.*)

¡Ah! si debía de nuevo
acercarnos nuestra estrella,
¿había de ser, hermano,
en una mansion tan negra?

¡Yo en esta oscura mazmorra
en que viva se me entierra,
y tú amigo de los blancos,
de los que me tienen presa!
¿Ser libre en estos lugares,
Alberto, no te avergüenza?
¿Aquí, donde los tiranos
nuestro horizonte nos niegan?

(*Durante estas últimas palabras de Adriana, se ve á Salvador entrar en el subterráneo por otra puerta, y se queda escuchando medio oculto á la sombra de un pilar.*)

ALBERTO. ¡Oh! ¿por qué contra los blancos
esos odios alimentas?
Son tambien nuestros hermanos
los tiranos que detestas.

ADRIANA (*mostrándole sus manos encadenadas.*)

¡Y tú lo dices, estando
tu hermana en estas tinieblas!

ALBERTO. ¡Perdóname! ¡lo olvidaba!
¡oh! sí, sí, ¡malditos sean
todos los que te profanan!
¡mil y mil veces perezcan!
¡Vergüenza y muerte á los crueles
cuyas manos te encadenan!
¿No pudieron desarmarles
tus lágrimas y belleza?

¿Qué crimen has cometido?

ADRIANA. ¡El de amarte tan de veras!
¡el de servir á tu padre,
el de volverle la prenda
de su corazon, y hallar
á un hermano! ¡Alberto! ¿es esa
su virtud que te fascina?

ALBERTO. ¡Eso es su error!

ADRIANA. ¿Es posible
que aun á absolverles te atrevas?

ALBERTO (*enternecido.*)
¡Absolverles yo del llanto
que tu puro amor te cuesta!

Por cada lágrima tuya
de sangre una gota diera.

(*La abraza.*)

ISAAC (*enlazando á los dos con sus brazos.*)

¡Oh! no en vano yo decia
que al vernos, Adriana bella,
formaríamos los tres
uno solo donde quiera.

ADRIANA. ¿Alberto mio, es verdad?...
¿Será posible que pueda
volver de nuevo un hermano
á su padre que le espera?
ALBERTO. Si, yo ablandar lograré
á esos hombres, á esas hienas...
A ellos voy...

ISAAC. No, volverian
mas pesadas sus cadenas...
Mis manos las romperán,
no las tuyas.

(*Corre hacia la reja; coge la lima con que cortó el barrote para introducir á Alberto, y se la entrega á este.*)

Tú mas fuerza
tienes que yo... ¡Toma! ¡lima
sus cadenas!... ¡Cuánto pesan!
Por nosotros las llevaba,
¡que nuestras manos pues sean
las solas que se las quiten!
Pronto, Alberto; el tiempo apremia...
Salgamos ya... nos protege
la noche con sus tinieblas...

ADRIANA. A los tres un padre aguarda.

ISAAC. A los tres un ángel lleva.

(*Alberto lima precipitadamente las cadenas. Adriana, ya libre se precipita en los brazos de Alberto.*)

ADRIANA. ¡Alberto mio!... ¡Ser libre,
y ser tú quien me liberta!

ALBERTO. ¡Toussaint! ¡hé aquí tu hijo!
¡Y tu amante, Adriana bella!

ADRIANA. ¿Qué has dicho?... ¡Dilo otra vez!...
¡que se prolongue y estienda
la magia tan deliciosa
de esta palabra halagüena!

¿Mintió, pues, el que decía
que ya indiferente te era?
¿Tu corazón de mi amor,
Alberto, no se avergüenza?
¿No es, pues, cierto que te afrente
el cariño de esta negra,
que erigió en su pecho un trono
á tu imagen que venera?
¿Te acordabas de tu hermana
desde tan lejanas tierras?
Dilo, repítelo, Alberto;
dí que me amas; me deleita
esta palabra; en mi oído
como una música suena.
¡Yo te amo tanto! lo saben
los desiertos y las selvas,
los mares, los vientos, todo...
Se lo decía en tu ausencia.
Dí que me amas, y huirémos.

SALVADOR *(se desprende furioso de la sombra del pilar que le oculta
y se presenta como una fantasma terrible entre los dos amantes.)*

¡Silencio!

(A Adriana.)

¡Mala culebra,
que con lengua ponzoñosa
su corazón envenenas,
bien pronto bajo mis plantas
serás aplastada y muerta.

(A Alberto y á Isaac.)

¡Salid vosotros!... Soldados,
conducid donde no vean
la luz á esos dos rebeldes.
Vigilentes centinelas,
fija la vista en sus gestos,
fijo el oído en su lengua.

(Los soldados se llevan á los dos hijos de Toussaint.)

ESCENA VI.

ADRIANA, SALVADOR.

SALVADOR *(á solas paseándose rápidamente por la escena.)*

Si tan á tiempo no vengo,
con su lengua de serpiente

me arrebató el ascendiente
que sobre los dos mantengo.
¿Quién sabe si lo he perdido
en su corazón? ¿qué afrenta!
Al consejo he de dar cuenta
de todo lo sucedido.
¿En adelante podré
poner freno á la pasión
que nutre en su corazón
ese joven? No lo sé.
¿Es un remedio eficaz
contra esa fiebre la ausencia?
no alimento tal creencia;
el amor es pertinaz
y rebelde... ¿Qué haré pues?
Con otra pasión la muerte
daré á su amor. Si este es fuerte,
el orgullo también lo es.
Pronto haré que se avergüence
Alberto, que es orgulloso,
de un amor tan poco honroso;
el orgullo al amor vence.
Ella me inspira piedad...
¿mas ante un remordimiento
retrocede el pensamiento
de hombres de mi calidad?
¿Jamás! de mí no se diga
que vacilé un solo instante;
ningun medio es repugnante
mientras el fin se consiga.

ADRIANA *(lanzando un grito y cayendo á los pies de Salvador.)*

¡Dios mío! muero á sus pies.

SALVADOR *(la levanta desmayada y ve el retrato.)*

¿Sueño ó vértigo!... ¿qué miro!

¿estoy despierto ó deliro?

¿Acaso una visión es

que, juntando en sus enojos

recuerdos con que me pasma,

ha formado esa fantasma

que se burla de mis ojos?

La fantasma disipemos,

fijando en ella la vista;

no hay milagro que persista

cuando los ojos tenemos

(Se acerca á la claridad para ver mejor.)

bien abiertos... claramente

lo veo... no hay duda, no;
 ¡soy yo! ¡soy yo! ¡siempre yo!...
 la semejanza no miente...
 ¿El retrato, que insensato
 dejé aquí, de esa mujer
 cómo ha pasado al poder?...
 ¡Dios mio! ¡y si ese retrato
 del desapiadado padre
 colgado hubiera del cuello
 de la huérfana, cual sello
 de su cariño, la madre
 con el fin de que algún día
 pudiese hallar al autor
 de su existencia el amor
 de madre siempre confía.
 ¡En reflexiones me abisma
 misterio tan singular!
 ¡Lo que quería aplastar
 era ¡gran Dios! mi alma misma!
 (A Adriana levantándola de nuevo.)
 ¡Habla ya!

(Adriana hace un ligero movimiento. El padre Antonio atraviesa el patio y abre la puerta rejada, reapareciendo luego bajo el subterráneo.)

ADRIANA. Le veo, es él.
 SALVADOR. ¡Destino! ¡destino ingrato!
 (Mostrando el retrato á Adriana.)
 Di, ¿quién es este retrato?
 ADRIANA. ¡Mi padre!... ¡dámelo, cruel!
 SALVADOR (azorado.)

¡Su padre!... ¡Oh crimen!... ¡qué horror!
 Ignoro qué he de hacer de ella...
 ¡Con mi fortuna se estrella
 en este encuentro mi honor!...
 ¿Callará si se lo digo?...
 ¿dónde huir? ¿do la traslado?
 Soy por mil ojos espiado,
 y ¡ay como tenga un testigo!...

(El fraile atraviesa la parte alumbrada bajo el pilar de la derecha.)

¡Esperanza! un religioso
 aquí me envía el acaso
 para sacarme de un paso

tan fatal, tan peligroso.
 Nadie pedirá á su cruz
 cuenta de esa desgraciada,
 de esta mansion arrancada,
 do no tiene aire ni luz.

ESCENA VII.

Los mismos, EL PADRE ANTONIO.

SALVADOR. ¡ Ministro de caridad,
 á quien Dios, que os es propicio,
 para hacer un beneficio
 aquí trae, por piedad
 para un extraño misterio
 asistidme en mi zozobra;
 auxilieme en mi obra
 vuestro santo ministerio.

EL FRAILE (espiando á Adriana con la vista.)

Mi mision es socorrer
 al débil que está sufriendo.

SALVADOR. Pues bien, buen padre, corriendo
 llevaos á esa mujer.
 De despierta centinela
 la vigilancia engañad;
 id al puerto; preguntad
 por Serbelli, y esa esquela

(Escribe dos palabras en la hoja de un libro de memorias y la arranca.)

entregadle. La partida
 él tiene ya preparada
 de esa jóven desdichada;
 salvad, buen padre, su vida.
 Va el buque á zarpar... Os dé
 el cielo su bendicion;
 mucho apremia la ocasion;
 despues todo os lo diré,
 despues, padre, con mas calma.

EL FRAILE (cogiendo á Adriana bajo un brazo.)

Salvarla pronto os prometo.
 No quiero vuestro secreto,
 quiero de un ángel el alma.

SALVADOR. ¡Que en pos no quede de vos

de vuestra accion huella alguna!

(Aparte.)

Ese fraile... ¡qué fortuna!

EL FRAILE (en voz baja.)

¡Gracias te doy, santo Dios!

(Se aleja, llevándose á Adriana oculta entre los pliegues de sus hábitos.)

ESCENA VIII.

SALVADOR (solo.)

Respira, corazon... ¡mi buena dicha
de qué fardo tan grave te aligera!
Este retrato pérfido ocultémos
do ningun ojo de mortal lo vea.
No faltará algun cómplice en su fuga...
cualquiera, nuestras mismas centinelas;
acusemos el oro... ¡Siempre el oro
suele de una prision abrir las puertas,
y del viejo Toussaint nuestros alcaides
no aciertan á burlar la estratagema!

ESCENA IX.

SALVADOR, SERBELLI.

SALVADOR. Hermano! ¡hoy el acaso me ha servido
mejor que tú! Tenia de mí cerca
la misma jóven que temia tanto,
y un pobre fraile me ha librado de ella.

SERBELLI. ¿Un fraile?

SALVADOR. Tú sin duda le habrás visto.
El te la conducia. Con presteza
vuelve al puerto, y escríbeme al momento.

SERBELLI. ¿Un fraile?

SALVADOR. Sí.

SERBELLI. Que una muchacha lleva,
una niña muy pobre y andrajosa,
pálida, débil, de la muerte emblema.

SALVADOR. La misma, sí, que la conduce al buque
por mí mismo provisto de una esquela.

SERBELLI. ¿Al buque? ¿al puerto? ¿al mar?

SALVADOR.

Si, si, te digo...

No sé que extraño vértigo te ciega.

¿No le has visto?

SERBELLI.

¡Gran Dios! ¡qué horrible lazo!

SALVADOR.

¿Qué has visto pues?...

SERBELLI.

¡Lo que saber no quieras!

SALVADOR.

¡Sácame de una vez de horribles dudas,
que tu palabra el corazon me hiela!

SERBELLI.

Escucha, hace muy poco que saliendo
del cuartel general, de mí muy cerca
pasar vi un fraile... de infernal mirada.
Una niña andrajosa y macilenta,
pero á pesar de todo encantadora,
iba siguiendo trémula sus huellas.

Se habían separado unos cien pasos
de las murallas y del fuerte apénas,
cuando de una oscurísima emboscada
de negros vi salir una caterva

que recibió á los dos. La cabalgada,
huyendo bulliciosa á rienda suelta,

ganó al punto los cerros...

SALVADOR.

¿Y eso es cierto?

SERBELLI (indicándole la ventana.)

¡Mira! ¡observa!...

SALVADOR.

¡Oh crimen! ¡oh traicion! ¡en este día
mi corazon se pierde y mi cabeza!

¡Pasaré por traidor desde este instante,
y mi reputacion sabes cuál era!

¡Esperanza, ambicion, todo perdido!

¡nada ¡triste de mí! nada me queda!

¡Donde quiera que miro encuentro escollos!

¡Con aquel polvo mi fortuna vuela!

PERSONAS DEL ACTO QUINTO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.
EL PADRE ANTONIO.
SALVADOR.
ALBERTO.
ISAAC.
ROCHAMBEAU.
DESSALINES.

PETION.
ADRIANA.
Generales, oficiales, soldados del ejército de Toussaint y del ejército franceses, pueblo.

ACTO QUINTO.

Las cordilleras del Caos, cerca del nacimiento del Artibonita, que se le ve precipitarse en forma de cascada detrás de la meseta en que descansa el campamento de Toussaint. A la derecha de la meseta se ven las agudas peñas de un cerro mas elevado, cuya cima está coronada de nieve. Esta es la Cresta del Pierrot mandada fortificar por Toussaint. Algunos árboles caídos y puentes echados sobre los precipicios. Peñascos amontonados formando parapetos, defienden esta formidable posición atrincherada. Centinelas avanzadas muestran en distintos puntos su cabeza y su bayoneta. Encima de las rocas la luna alumbra aun un poco el cielo. Los primeros resplandores del alba despuntan hacia el Este.

ESCENA PRIMERA.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO, DESSALINES, PETION, ADRIANA,
GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO.

(Toussaint está sentado delante de un tronco de árbol derribado, cubierto con una piel de pantera. Los generales negros rodean á Toussaint. El fraile lleva calada la cogulla, y enjuga su frente. Adriana está acurrucada en el suelo, con un brazo apoyado en el hombro de Toussaint. Este la mira con ternura, pasando de cuando en cuando la mano por los cabellos de la joven.)

TOUSSAINT (al fraile.)

El Señor que el sacrificio
de Abrahan previno un dia,

á mis súplicas propicio
me devuelve la hija mia...

(Mostrando Adriana.)

¡Por tan grande beneficio
que su sangre te bendiga,
puesto que instrumento has sido
de la voluntad amiga
de ese Dios en quien se abriga
mi espíritu compungido!
Mi llagado corazon
entrego á mi pueblo infausto;
añade tú tu oracion
á mi sangriento holocausto,
á mi tortura y pasion.
Cuán propicio le tenemos,
padre mio, tú lo ves...
¿Su proteccion merecemos?
¿padre de los negros es?
¡Lo veremos! ¡Lo veremos!

(El fraile se retira con las manos juntas y la vista dirigida al cielo. Toussaint llama con un ademán á los generales negros, y les indica que dejen acercar á él la multitud.)

ESCENA II.

Los mismos, menos EL PADRE ANTONIO.

TOUSSAINT. Acercaos, hermanos,
compañeros de afrentas y de ultrajes,
execrados del blanco
cual compuestos de un lodo mas infame;
vosotros, que en el seno
de enflaquecida y magullada madre
un corazon de acibar
con su leche mefítica os formasteis;
vosotros, en un todo
á las mas viles bestias semejantes;
¡reptiles!...
(Con orgullo.)
de que llevo
la cabeza y el tósigo... ¡escuchadme!
El momento ha llegado
en que la raza de opresores halle
la tumba en esta tierra

que tanto amancillaron sus maldades.
 Ya vienen; ya se acercan;
 ya pisan desdeñosos y arrogantes
 nuestra yerba que pronto
 vereis crecer regada con su sangre.
 ¡Animo! en la memoria
 recopilando ahora cuantos males
 os hicieron los blancos,
 si teneis corazon, tendreis coraje.
 Recordad los insectos
 que inmundos devoraban vuestra carne,
 cuando en negras mazmorras
 os pudriais tendidos como canes;
 sin esposa y sin hijos
 vuestras brutales cópulas y enlaces;
 la tierra rehusada
 hasta á vuestros despojos y cadáver.
 Recordad cuántos nombres,
 títulos de abyeccion y vasallaje,
 inventara el desprecio
 y el tedio que á los blancos inspirasteis.
 Contadlos todos, todos,
 y que del corazon no se desclaven;
 sean ellos la lava
 que convierta á los negros en volcanes.
 El duro aguijon sean,
 que hincado en la cerviz que el yugo abate,
 hacen contra el baquero
 al toro enfurecido rebelarse.
 ¿No veis cómo su frente
 al cabo vuelve, y mete en los hijares
 del tirano sus astas,
 haciéndole dar vueltas por el aire?

(Viva general. Toussaint prosigue más bajo y con muchos ademanes.)

¡Allí están!... ¡ya se acercan!
 ¡allí están esos blancos execrables,
 de la gacela negra
 cazadores impios y cobardes!
 Hacia el oculto lazo
 que ha sabido mi mano prepararles
 ¡mucallados se dirigen,
 sorprendernos pensando. Ellos no saben
 que es muy fino mi oído,
 y que les oigo bien por bajo que hablen.

El rumor de sus pasos
 llegó á mi desde el borde de los mares...

(Toma el ademán del que escucha, aplicando el oído á la tierra.)

¡Psit!... ya abrevan sus potros
 de la limpia cascada en los cristales;
 ya en muy gruesas columnas
 su ejército dividen formidable.
 Ya ganan nuestros cerros
 uno á uno... ¡Que suban! ¡que se afanen!

(Con energía.)

¡Antes de poco tiempo
 descender les harémos por millares!
(Indicando un gran peñascó derrumbado.)

Para subir al monte
 aquella mole de pesado jaspe
 ¿cuánto tiempo es preciso!
 Para hacerla bajar ¿cuánto?... ¡un instante!

¿Teneis miedo á los blancos?
 ¡á los blancos! ¿por qué? No os amilanen.
 Yo tambien se lo tuve,
 se lo tuve tambien... Pero, escuchadme:
 En los dias aquellos
 en que, oculto de la isla en los breñales,
 en ninguna guarida
 podia hallar seguridad bastante,
 rendido de cansancio,
 anhelando dormir, me fui muy tarde,
 muy entrada la noche,
 á refugiarme en la desierta margen
 de un triste cementerio.

Apenas suspendida del ramaje
 de un altanero cedro
 tuve mi hamaca, al resplandor suave
 de la luna, vi un tigre
 de sepultura en sepultura errante,
 que olfateando la presa
 se detuvo por fin en un paraje.
 Escarbando la tierra
 con sus garras agudas cual puñales,
 ante mis ojos puso
 de un amo y de un esclavo el vil cadáver.

Oí de sus quijadas
 el áspero roer; sació su hambre,
 y se fué presuroso.

Sus luces al verter crepusculares
la aurora, yo del árbol
descendí tembloroso y palpitante
para enterrar los restos
de nuestro compañero miserable.

¡Inútiles esfuerzos!
de los dos esqueletos repugnantes
dejado había el tigre
completa la amazon. Al desollarles,
volvió al negro y al blanco,
al siervo y al señor, del todo iguales.

Mi horror sobrepajando,
quise ver en qué nervios, en qué partes
distinto era del siervo
el que de su señor hiciera alarde.

Entre el negro y el blanco
¿de qué distancia tan inmensa nace,
que el blanco manda al negro,
y el negro se conforma á que le mande?

Los dos los mismos huesos,
órganos y sentidos semejantes,
todo análogo, todo;
la carne de los dos el tigre paca,
y con los dos se nutren
los inmundos insectos sepulcrales.

¿En qué la diferencia
consiste pues? En vuestro miedo infame,
De los dos, blanco y negro,
¿cuál es el inferior? el mas cobarde.

¿Y seremos nosotros?
¿Temeremos al blanco despreciable,
que gusanos disecan,
y que devoran tigres y chacales?

Entonces ¿de rodillas!
Son los insectos que la brisa barre
mas hombres que vosotros;
mas que vosotros los gusanos valen.

Pero si en vuestro pecho,
un corazón cual el del blanco late,
el cielo de los libres
conquistad con valor en los combates.

Armas teneis, usadlas;
ellas os bastan para hacerlos grandes.

PETION. ¡Mil muertes á nosotros,
y á nuestros hijos libertad!

TOUSSAINT. No acabes.

TOUSSAINT. ¡Mil muertes á los blancos,
y á vosotros mil vidas!... Contempladles;

mios son; ya se acercan
á nuestros parapetos sus falanges.

¡Silencio hasta que lleguen!
después todos en pie! ¡seréis gigantes!

Que al signo convenido,
al primer grito que de guerra estalle,
bajo sus pies parezca

que un pueblo entero de la tierra sale.

Cargad bien los fusiles,
y apuntad bien, y disparad: no hay nadie
que en su fusil no tenga

el porvenir de una nación que nace.
¡Todos á vuestros puestos!

(Se van. Toussaint llama á los principales jefes, y aprieta á todos la mano uno tras otro.)

¡Hasta mañana, hermano! No desmayes;

¡ó libre acá en la tierra,

ó allá en el cielo coronado mártir!

(Salen.)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

(Toussaint contempla á los jefes de su ejército levantando las manos hácia el cielo y orando al parecer por él, después se dirige de nuevo á Adriana, y sentado en el tronco de un árbol, la coloca á su lado.)

TOUSSAINT. Permíteme, ángel mio,
antes de la batalla
que viéndote recobre
el brio que me falta.

Yo solo engendro un pueblo,

y en esta tierra ingrata

¡triste de mí! su padre

ningun hijo me llama.

¿A qué precio te logro,

ó libertad amada?

Si mis hijos no pierdo,

mi pueblo no se salva,

y por salvar mis hijos

he de perder mi raza.
 ¡Amparadme, Dios mio!
 vacilar siento el alma.
 Es fuerza que rechace
 toda pasión humana
 para ser, Providencia,
 en tu mano sagrada
 un instrumento digno.

(A Adriana.)

Oyeme, pobre Adriana;
 un infeliz esclavo
 de toda mi confianza
 á la isla española
 te llevará, lejána
 del funeral estruendo
 de estrepitosas armas.
 ¡Sigue, sigue sus pasos!
 ¡evita, desgraciada,
 testigo ser de escenas
 de sangre y de matanza!

ADRIANA (asiéndose de él con fuerza.)

¡Jamás! os lo repito;
 mas valiera mandarais
 que de mi pobre cuerpo
 se separase el alma.

TOUSSAINT.

Tu corazón de acero,
 oh muger denodada,
 primero que se doble
 mil veces se quebranta.

ESCENA IV.

Los mismos, ROCHAMBEAU, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT.

(Los soldados conducen á Rochambeau delante de Toussaint con los ojos vendados.)

UN SOLDADO NEGRO.

¡Señor! ¡señor! ¡un espía!

OTRO SOLDADO NEGRO.

Le hemos hecho prisionero.

OTRO SOLDADO NEGRO.

¿Es menester fusilarle?

ADRIANA (colocándose entre el blanco y el negro.)

¡Piedad!

TOUSSAINT (á Adriana.)
 No, no tengas miedo.

(A los negros.)
 Quitadle pronto la venda,
 que me vea cual le veo.

(Los negros le quitan la venda.)

(A Rochambeau.)

¿A quién buskais?

ROCHAMBEAU.

A Toussaint.

TOUSSAINT (indicándose á si mismo.)

Contempla, pues, á este negro.

ROCHAMBEAU.

¿Os burlais?...

TOUSSAINT

El vengador

de un vilipendiado pueblo

debe ser la imagen suya

con su cuerpo contrahecho.

¿Para quien yo soy me encuentras

harto viejo y harto feo?

Cuanto mas nudoso el palo

tanto mas rompe los huesos.

Habla, ¿de mí qué pretendes?

ROCHAMBEAU.

Soy de dichas mensajero.

El gobernador me envia

para entregarle al momento

esos cariñosos hijos

que has llorado tanto tiempo.

TOUSSAINT (con transporte.)

¡Y bien! ¡mis hijos! ¡mis hijos!

ROCHAMBEAU.

He venido yo con ellos.

Si de tu fidelidad

rehenes en Francia fueron,

en tus manos serán prendas

de la paz que te ofrecemos.

Haz pues que tus centinelas

no pongan impedimento

á su paso.

TOUSSAINT (aparte.)

¡Santo Dios!

(A los negros.)

Id, vosotros, y traedlos;

que pase tambien su escolta;

pero que se quede lejos.

(Indicando un árbol aislado.)

¡Mirad! ¡allí!

(A Rochambeau.)

¡Vos! corred,

corred, y dadles aliento.

(A los negros.)
¡ Vosotros, muerte al que toque
de los blancos un cabello!

ESCENA V.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (muy agitado.)

¡ Ya vienen mis leoneitos,
Adriana!... ¡ Los dos! ¡ Del pecho
salir quiere el corazón
para volar á su encuentro!
Un padre soy, nada mas;
ya caudillo no me siento;
un padre débil, mas débil
que una madre, que el acero
de un implacable asesino
brillar viendo encima de ellos,
meterles de nuevo anhela
en su palpitante seno.

ADRIANA.

¡ Lo veis? ¡ no os decía en vano
que de la gloria el veneno
en su memoria no había
nuestras imágenes muerto!
Que volverían al nido
como dos pájaros tiernos,
apenas ¡ ay! de su jaula
lograsen romper los hierros.

TOUSSAINT.

ADRIANA.

¡ Lo crees tú?
Que el fruto viene yo creo
de las raíces... Los blancos
no han podido con su empeño
darles otro corazón
que el que de vos recibieron.

TOUSSAINT (aparte.)

¡ Y si de ellos se sirviesen
como de un pérfido cebo
para al abrirles los brazos
herir traidores mi pecho?

¡ Si en tanto que locamente
en sus miradas me embebo,
viniesen á sorprendeme
desarmado por mi afecto?
Ellos de todo se sirven
contra el estúpido negro,
y para atraer al lobo
hacen balar al cordero.

(A Adriana.)

Oye, hija mia, durante
esta entrevista que anhelo,
lleva doquier tus miradas,
porque una celada temo.
Sobre esos cerros que erguidos
dominan los demas cerros,
esta almena de peñasco
sube como torre al cielo.
Esta es mi torre ¿lo entiendes?
todos mis jefes espertos
fija tienen la atención
en ella y el pensamiento,
aguardando mi señal,
que es un estandarte negro,
tan negro como nosotros,
y su color en el viento
pone una mancha lo mismo
que nosotros en el suelo.

Treinta mil hombres sumisos,
que se mueven á mi gesto,
la vista tienen clavada
en este fúnebre lienzo.

Con el arma al brazo ocultos,
mudos y sin movimiento,
mientras flotar no le vean,
así estarán; pero luego
que mi mano lo despliegue,
como tigres carnívoros
se lanzarán á la presa
que devoraran hambrientos.
Si á mi corazón los blancos
tienden un lazo perverso,
¡ juras tremolar al punto

la señal?
ADRIANA. Al mas pequeño
movimiento de tus ojos,
al cercarte el menor riesgo

Yo por ti y por mi país
incendiara el universo.

TOUSSAINT (abrazándola.)

¡Oh sin igual heroísmo!
¡de virtud sublime esfuerzo!

(Aparte.)

¡Entre mis hijos y Adriana
cuánta diferencia, cielos!

(Va á buscar la bandera negra, y se la entrega arrollada á Adriana.)

Toma, recibe mi vida
ó mi venganza; en ti espero.

Espía, observa y escucha;
ten el espíritu atento;

á los tiros de los blancos
no espongas, hija, tu cuerpo.

Pero apenas el rumor
de pasos, armas ó fuego

percibas, no aguardes, no
la indicacion de mi gesto.

En uno ó dos saltos sube
á lo mas alto del cerro,

y tremola esta bandera
que será el sudario negro

de los blancos.

ADRIANA (tomando con transporte la bandera, y estrechándola contra su pecho.)

A tu instinto
obedece sin recelo.

Tu suerte está en una mano
que nunca conoció el miedo.

ESCENA VI.

Los mismos, ALBERTO, ISAAC, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO FRANCÉS, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO, después SALVADOR.

(La escolta de los hijos de Toussaint gana las avenidas del campo, distinguiéndose á Salvador á la cabeza de los soldados. Algunos oficiales negros detienen la escolta á cierta distancia. Un negro hace salir de las filas á Alberto é Isaac, quienes corren con toda su fuerza

hacia Toussaint inmóvil que les tiende los brazos. Toussaint se desprende de ellos para contemplarles, y permanece como embebido.)

TOUSSAINT (tocando sucesivamente la cabeza de sus hijos.)

... ¡Oh mis hijos!

ALBERTO (arrojándose en sus brazos.)

ISAAC (poniéndose de puntillas.) Padre mío!

ADRIANA. ¡Les vuelvo á ver!

ISAAC. ¡Oh! ¡qué milagro, Adriana!

ADRIANA. ¡Hermanos míos!

ALBERTO. ¡Qué alegría! ¿fuera

estás de la prisión, hermana amada?

TOUSSAINT (dirigiendo las manos al cielo.)

¡Y tú, su madre, que subiste al cielo,

desde el trono de Dios, ó mujer santa,

mézclate tú también á nuestro abrazo!

(Se abrazan todos de nuevo, y permanecen agrupados al rededor de Toussaint.)

¡Este momento me enajena el alma,

y la pasada juventud me vuelve!

¡Hijos míos!... ¿y es cierto? ¿y no me engaña

una ilusión?

(Cae de rodillas.)

¡Los cuatro de rodillas!

¡Llorémos de placer dando á Dios gracias!

(Sus hijos se ponen también de rodillas.)

Que éstasis tan precioso se prolongue...

Hagamos lo que hacíamos en casa...

¡hijos! ¿os acordais cuando reunidos

como en el nido pájaros estabais?

¿cuando orar os hacia vuestra madre,

y en seguida llorando os abrazaba?...
¡Madre!

ISAAC. No vive ya.

ALBERTO. Toussaint (poniéndose un dedo en la boca.)

Vive en el cielo!

(A sus hijos.)

¡No, no habréis olvidado las plegarias,

que encima os enseñó de sus rodillas,

en la lujosa capital de Francia?

ALBERTO. Algo, padre!

ISAAC. Yo, no!

TOUSSAINT. Dilas, hermoso, Cuando cierro los ojos mientras hablas, aun me parece que está aquí tu madre, y nada, en mi ilusion, nada me falta.

(Con delirio.)

¡O en el cielo me encuentro, ó estoy loco!...

(A Isaac.)

¡Ruega, ruega, Isaac, como rogabas!

ISAAC *(de rodillas y con sus manos entre las de su padre.)*

«Dios bajado del cielo

«en el puro regazo

«de una mujer, tan solo

«para llevar el fardo

«de nuestra triste vida;

«nacido en un establo,

«clavado en un madero,

«toda tu sangre dando

«para lavar las almas

«manchadas del pecado;

«al padre en quien tú crees

«ruego en tu nombre santo!

«En tu suplicio espero,

«y en tu pobreza te amo!

«Por las gotas de sangre

«de tu cáliz sagrado,

«oh Jesus! santifica

«en la sien del cristiano

«el sudor que humedece

«tu cuerpo ensangrentado;

«Que á nuestro padre honremos,

(Toussaint levanta la cabeza con orgullo.)

«tu virtud imitando;

«que de una tierna madre

«á los ojos crezcamos.

(Del pájaro del bosque

«el alimento danos,

«y despues de la siega

«el miserable grano

«que se encuentra perdido

«en los surcos del campo.

«Y pues á ti debemos

«nuestro infeliz estado,

«dános, Señor piadoso,

«corazon resignado,

«y un buen padre en el cielo

«y en la tierra un buen amo!

(Toussaint se levanta con indignacion; sus hijos azorados se levantan con él.)

TOUSSAINT *(con fuerza.)*

¡Un amo!... ¿Qué has tú dicho?... ¡un amo! ¡nunca!

Ya amos no tiene el negro, esta palabra

borrè yo con mi sangre generosa.

¡Hombre es el negro en fin, libre es su raza!

¡No es solo en Roma do rompió Espartaco

la vil cadena que hasta á Dios ultraja!

¡Un amo!... Esta palabra ignominiosa

el lastimado corazon me arranca,

y me recuerda que vosotros, hijos,

sois el regalo de un traidor... ¡Oh rabia!

¡Tengo enemigos!... ¡si! ¡mas no tengo amos!

(A sus hijos.)

¿A despreciarme os enseñó la Francia?

¿Como ella las hubiese corrompido,

yo mismo arrancaria vuestras almas!

Ya mis hijos no sois y mi ternura;

espíritu del blanco sois que os manda.

Es el lenguaje que me hablais el suyo.

¡Han viciado mi sangre!

ISAAC.

¡Basta! ¡basta,

oh padre mio! perdonadme.

TOUSSAINT *(abrazándole.)*

¡Hijo!

léjos de mí toda espresion amarga;

que no la sombra de tu madre gima...

Tú no la dirás mas esa palabra;

¡no hay mas amo que el Dios que está en el cielo!

(Les mira y toca sus vestidos.)

Ya no llevais el traje de la infancia,

¿de mí os avergonzais bajo ese lujo?

(Alberto é Isaac hacen un movimiento de horror.)

¡So sus andrajos este viejo guarda

á sus hijos un nombre y un imperio!

Segun la elevacion de nuestras almas,

cada cual ve en los dones de un tirano

viles cadenas ó vistosas galas,

y el freno que el caballo encuentra blando

del leon ensangrienta las quijadas.

Decid ahora: ¿qué los blancos quieren?

ALBERTO.

Solo paz.

TOUSSAINT.

¡Irrision!

ALBERTO.

La paz fundada

en nuestra libertad.

TOUSSAINT. Sí, sí, lo entiendo.

ALBERTO. Y en nuestra sumisión...

TOUSSAINT. ¡Calla ya! ¡calla!

¿Sumisión?

ALBERTO. No aquel yugo tan pesado,
tan afrentoso y rudo...

TOUSSAINT. Basta! ¡basta!

nada, nada de paz con las cadenas.

ALBERTO. La completa igualdad de las dos razas,

á todos cobijando su bandera...

TOUSSAINT. ¡Cual cobija al cadáver la mortaja!

ALBERTO. Sus tropas ocupando nuestros fuertes,
nuestras calas y puertos sus escuadras,

pero...

TOUSSAINT. (cortándole la palabra.)

¡Qué partan! ¡que su infame polvo

aun nuestras frentes y rodillas mancha!

El Océano solo entre nosotros

es la paz ¿lo comprendes?... ¡Di que partan!

ALBERTO. No son los blancos lo que un día fueron,
conocen vuestras prendas y os acatan.

TOUSSAINT. ¿Es eso cierto? ¿es mas que un hombre el cónsul?

¿Mi gratitud qué nombre á dar alcanza!

á un héroe casi Dios?

ALBERTO. Llamadle amigo.

¡Si supieseis, señor, cuánto él os ama!

«Grandes somos los dos, un día dijo,

«seamos pues hermanos, que aunque vasta

«tiene la tierra un astro solo, tiene

«dos hemisferios.»

TOUSSAINT. (reflexionando.) Esa frase es clara,
es clara aunque profunda, y en su fondo

creo un imperio ver que se levanta.

(A sus hijos.)

¡Id! llevad á los blancos mi respuesta,

su jefe, si es sincero, me desarma.

ESCENA VII.

Los mismos, EL PADRE ANTONIO.

(Durante las últimas palabras del monólogo de Toussaint, el fraile se coloca detras de él; escucha, saca una carta de su manga, la abre y la presenta á Toussaint.)

EL FRAILE. ¿Sincera?... Oid, y lo sabreis muy pronto:
«Todas las noches, en la misma estancia,

«del altanero cónsul, se reunen

«varias personas de valer que pasan

«por partidarios de la raza negra,

«pues por su libertad algo trabajan.

«A uno de ellos el cónsul irritado

«dirigió con desden estas palabras:

«— Ciudadano, soy blanco, y ellos negros,

«y mi razon en mi color descansa.

«Vuestra filantropía es execrable!»

Toussaint arranca la carta de las manos del fraile, y la acaba de leer con ira.)

TOUSSAINT. «Y en seguida añadió con mucha calma:

«— En su sangre ahogara, si pudiera, bi

«á los amigos de esa infame raza.

«La libertad, creedme, de los negros

«seria de los blancos la mortaja.»

EL FRAILE. ¡Hé aqui vuestro aliado!

TOUSSAINT. ¡Nunca! ¡infame!

EL FRAILE. La voz escucha de la sangre que habla;

el fondo de su espíritu contempla.

TOUSSAINT. Nada, nada su máscara me tapa;

para siempre jamas es mi enemigo

el que mi raza desdeñoso ultraja!

ALBERTO. Señor, de vuestra cólera sed dueño

y vuestra posición medid con calma.

El solo con la ley sobre los negros

quiere reinar. ¡Un paso solo os basta

para ser libre! ¡una palabra sola

¡os hace rey!... ¡Oh padre mio!

(Tiende la mano á su padre.)

TOUSSAINT. (retirando la suya.) Aparta!...

¡Se de mi sangre si abrazarme quieres!

Entre nosotros dos media una raza.

¡Un hijo, con mi sangre rescatado,

un pacto me aconseja que me infama!

¿Quieres que del verdugo de los míos

el silencioso cómplice me haga?

¿Y aun os llamais mis hijos? En mi seno

cuarenta años seguidos con constancia

he mis grandes designios escondido,

evaporado mi rencor y saña,

bebido mi vergüenza y mi ignominia,

devorado mis lágrimas de rabia,

jugado como juega torpemente

con la cadena el perro que le amarra,
trazado mi camino con mi sangre,
(Descubre su pecho y muestra sus cicatrices.)
blandiendo airado la temida espada,
para ver ¡oh feroz última afrenta!
á mis hijos mi sangre echarme en cara,
y decirme: «Tú, padre, te engañaste;
«para esclavo naciste, el freno tascas.»
¡No, no lo tascaré! ¡Muera en buen hora,
y dígame: «Toussaint delante marcha
«de su pueblo á la tierra prometida,
«y morirá en la senda que le traza!

«Hijos tenía el infeliz!... ¡Sin ellos
«hubiera sido un rey, sido un monarca!
¡Id, corazones, cuyas fibras pudo
reblandecer la corrompida Francia!
libres os dejo aunque llevais mi sangre.
¡Id! ¡pedid á los blancos otra patria!

ISAAC. ¡No, no, yo de tu lado no me aparto
aunque vea un abismo que nos traga!

ADRIANA (tendiendo los brazos á Alberto.)
¡Oh, miranos, Alberto!

ISAAC (procurando que Alberto mire á Toussaint.)
¡Tú la tierra

miras y nada mas! ¡di una palabra!

TOUSSAINT. ¡Demasiado elocuente es su silencio!
¡Eh! ¡no vaciles mas, Alberto! ¡marcha!

(Estremeciéndose de repente.)
¡Partirás, infeliz, á un tiempo haciendo
tal traicion á tu padre y á tu patria?

¡Oh mi Alberto! ¡mi amor! ¡luz de mis ojos!
¡hijo primero de mi esposa amada!

¡tú, carne de mi carne, que, aun pequeño,
cuando contra mi pecho te estrechaba

daba á tu corazon nobles pasiones!
¡de mis hazañas primitiva causa,

que entrabas para todo en mis designios
pues en tí cimentaba mi esperanza,

y en los arroyos de copiosa sangre
que vertia por tí te reflejabas!

Y su os grande, libre, feliz, rey á mis ojos,
cuando á su ruina ciegamente avanzan

atraidos por mi nuestros tiranos,
¿mi corazon en su fatal borrasca

harás tú reventar dentro del pecho?
¡hijo sin compasion! ¡hijo sin alma!

¿á la tortura llevarás mi carne?
¡Vuélveme, oh Dios, mi esclavitud pasada!

¡al menos hijos el esclavo tiene!
¡traidores y no mas tiene el que manda!

¡Pero no! me envilecen mis esfuerzos;
no te conozco ya... ¡quitate! ¡marcha!...

¡Perdona, oh mi pais, el grito horrible
que la tortura al desgraciado arranca,

sin que pueda arrancarle su secreto
por mas que despedace sus entrañas!

(A Alberto con desprecio.)
¡Vuelve tú á la cadena, miserable,
yo á mi mision que con la vida acaba!

ALBERTO (con embarazo.)
¡Oh padre mio! al cónsul mi promesa,
mi voluntad de mil maneras ata;

le prometí no colocarme nunca,
si erais inaccesible á mis palabras,

entre sus enemigos. ¡Perdonadme!
Yo debo hacer lo que el honor me manda;

¡vuestra gloria y la gloria de los negros
para vos aquí están, para mí en Francia!

¡De vuestro lado al arrancarme, en vano
mi pobre corazon se despedaza!

¡A otra parte me llama mi promesa!

ADRIANA (lanzándose á sus piés.)
¡Quien te llama es tu amor! ¡ay! de tu Adriana
los brazos que se crispan suplicantes,
esta vida á la tuya encadenada,
mi corazon que vivifica solo
de un puro amor la inestinguible llama,
¡nada te mueve!... ¿Qué secretos tiene
quien así logra fascinar las almas?
¿Has leído tú acaso mas cariño
de una pobre mujer en las miradas?
¡El corazon lleno de fe que tengo
bajo tus piés sin compasion aplasta!
¡pisa este corazon que por tí herido
gritos de amor y no de enojo lanza!...
¿No es verdad?... ¡el cariño te devuelve
á tu padre, á nosotros, á tu raza!

(Arrojándose en sus brazos.)
¡Ah! palpar bajo mi frente siento
su corazon; ya veo en sus pestañas
suspenderse una lágrima; ¡ya cede!...
¡ya cede! ¡ya de mí no se separa!

ALBERTO *(desesperado, á su padre y á Adriana.)*
Entre vosotros y el honor, ¿quién puede reflexionar?

ISAAC. ¿Reflexionar?

EL FRAILE. ¿Le falta resolución! ¡vacila!

ADRIANA. ¡Llora!

EL FRAILE. ¡Cede!

ALBERTO. Vuestro es mi corazón; pero me arrastran mis compromisos hácia el cónsul. Debe el negro como el blanco á su palabra ser siempre fiel. Mas he ofrecido acaso de lo que la razón me aconsejaba...
¡Pero es fuerza cumplir!... ¡oh! ¡perdonadme!
¡supieseis cuánto sufro!

(Hace un signo de desesperación y se aleja algunos pasos, lentamente, con la cabeza baja. Adriana lanza un grito. Toussaint hace un ademán de abatimiento.)

ADRIANA. ¡Aguarda!... ¡aguarda!...

(Alberto retrocede. Con alegría.)

¡Ah! ¡ya sabía yo que volvería!

(En este momento Salvador que, sin ser percibido, se había adelantado hácia el lugar de la conferencia, se muestra de lejos sobre una roca.)

SALVADOR *(en voz alta y lentamente, haciendo señas á las tropas blancas con la espada.)*

¡Acuérdate del cónsul! ¡No te abatas!

El momento ha llegado de ser hombre;
¡en tí fija la Europa sus miradas!

(Alberto vacila. En el mismo instante dos oficiales suben la cuesta, cogen á Alberto del brazo y le arrastran hácia Salvador.)

EL FRAILE *(á Toussaint.)*

¡Lo ves! ¡lo ves!

TOUSSAINT. ¡Mi corazón vacila!...

¡Vuelve, hijo mio! ¡cedo ya!...

EL FRAILE. ¡Qué infamia!

¡Oh baldon! ¡oh ignominia! ¡oh vilipendio!

¡Es un pueblo quien cede!

TOUSSAINT. ¡No! ¡es mi alma!

(Adriana é Isaac se mantienen abrazados convulsivamente viendo desaparecer á Alberto. Toussaint, azorado, vacilante, andando como á tientas, tendiendo los brazos ya á un lado ya á otro, sigue los pasos de su hijo, y articula algunas palabras confusas lentamente entrecortadas.)

¡Ay! esos grandes fundadores hijos no tenían, señor, ellos no amaban!

¡Pero yo!... ¡pero yo!... ¡Triunfasteis, blancos!
¡triumfasteis, sí, por que yo tengo entrañas!

(Cae desmayado en un cerro. Adriana, el fraile, Isaac, le siguen, se inclinan hácia él para reanimarle y levantarlo; Isaac le ciñe el cuello con los brazos.)

ISAAC. ¡Ah! ¡yo amaré por dos, oh padre mio!

EL FRAILE *(de rodillas.)*

¡Tiene, pues, su agonía, Virgen Santa, el genio, redención de todo un pueblo!

¡Oh Padre, que el sudor miráis que baña de vuestro hijo la angustiada frente,
sostenedle en su cruz!

(Se oye un rumor sordo, que va en aumento, en los valles y en las gargantas debajo de la meseta. Se ven brillar á los primeros resplandores del sol naciente bayonetas que se deslizan por los cerros.)

ADRIANA *(levantándose sobresaltada é inclinándose hácia la quebrada.)*

¡Cielos! ¡qué pasa!

¡qué resplandor, qué estrépito de aceros van brillando y subiendo en la montaña?

No hay duda, no... ¡A las armas!... ¡Oh vergüenza!
¡iba á morir mi patria por mi falta!

¡Toussaint!... ¡No me oye, no! ¡pero á la mia llegan los resplandores de su alma!

¡Que sus pliegues estienda la bandera!

¡demos á todos la señal que aguardan!

¡Vosotros, animadle y levantadle!

¡Muera al menos en pié y en la batalla!

(Corre, toma precipitadamente la bandera, colocada en una punta del peñasco, sube encima de la cresta mas elevada, y planta en ella el estandarte, agitándolo para que se perciba de mas lejos. Se oyen al mismo tiempo en todos los cerros cañonazos lejanos, tiros y voces de mando. A los primeros tiros, Adriana, que tenia espuesto

todo el cuerpo á las balas, vacila y cae herida mortalmente en el corazon, quedando envuelta en los pliegues de la bandera. Toussaint, el fraile é Isaac, que corren á ella al oír el fuego, la trasladan á la escena, ensangrentada y espirante.)

TOUSSAINT (llorando.)

¡Sublime jóven! tu gloriosa muerte
de dos martirios te logró la palma.
¡Un hijo pierdo, y otro en tí!... ¡Ya has muerto!
¡mas su triunfo te debe nuestra raza,
ángel de la victoria! ¡ángel del pueblo!

(Queda anonadado, olvidándolo todo sobre el cadáver.)

EL FRAILE. ¡Déjanos á nosotros las plegarias!
¡Entre dos mundos esta sangre humea!
¡Acaba! ¡cumple tu mision!...

TOUSSAINT (volviendo de repente en sí, se encarama á su vez hasta la punta de la roca, coge la bandera caída de las manos de Adriana, y esclama con voz terrible:)

¡Al arma!!

(De todas las cavidades de las rocas salen soldados blancos y negros. El cañon retumba á lo léjos. Se cruzan los tiros de fusil.)

FIN.

CREEMOS HACER UN OBSEQUIO Á LOS LECTORES DE LAS DOS PERLAS LITERARIAS, PRESENTÁNDOLES ALGUNOS APUNTES BIOGRÁFICOS DEL CÉLEBRE AUTOR

Mr. Alfonso de Lamartine.

Nació este famoso y distinguido personaje por los años de 1792, siendo su padre un noble de provincia de las orillas del Saona. Su primera juventud la pasó en la oscuridad y ocupado solo en estudios, viajes y en la vida retirada del campo. Durante este tiempo habia hablado mucho con la naturaleza, con los libros, con su corazon y con su pensamiento, y cobrado un grande odio hacia el imperio, cuya servidumbre, gloriosa solo en el exterior, era en el interior pálida y sombría. La lectura de Tácito, sublevaba su alma contra la tiranía del nuevo César. Oriundo de una familia militar, religiosa y realista, habia ingresado Lamartine en los guardias del rey á la vuelta de los Borbones, como todos los jóvenes de la antigua nobleza provinciana; bien que, disgustado luego del servicio en tiempo de paz, hubo de retirarse para volver de nuevo á su independencia y á sus escursiones por el mundo. Entonces publicó algunas poesias que dieron á conocer su nombre; encargándose desde luego de proteger esta reputacion naciente M. de Talleyrand, M. Pasquier, M. Mounier, M. Royer Collard, M. de Broglie, M. de Bonald, y muy especialmente M. de Lainé, bajo cuyos auspicios entró á servir en la carrera diplomática. Conocidas despues sus opiniones liberales y constitucionales, disgustaron extraordinariamente á la corte; así que, su carácter independiente perjudicó sus adelantos, no siendo ascendido á ministro plenipotenciario en Grecia hasta el año de 1830.

todo el cuerpo á las balas, vacila y cae herida mortalmente en el corazon, quedando envuelta en los pliegues de la bandera. Toussaint, el fraile é Isaac, que corren á ella al oír el fuego, la trasladan á la escena, ensangrentada y espirante.)

TOUSSAINT (llorando.)

¡Sublime jóven! tu gloriosa muerte de dos martirios te logró la palma.
¡Un hijo pierdo, y otro en tí!... ¡Ya has muerto!
¡mas su triunfo te debe nuestra raza,
ángel de la victoria! ¡ángel del pueblo!

(Queda anonadado, olvidándolo todo sobre el cadáver.)

EL FRAILE. ¡Déjanos á nosotros las plegarias!
¡Entre dos mundos esta sangre humea!
¡Acaba! ¡cumple tu mision!...

TOUSSAINT (volviendo de repente en sí, se encarama á su vez hasta la punta de la roca, coge la bandera caída de las manos de Adriana, y esclama con voz terrible:)

¡Al arma!!

(De todas las cavidades de las rocas salen soldados blancos y negros. El cañon retumba á lo léjos. Se cruzan los tiros de fusil.)

FIN.

CREEMOS HACER UN OBSEQUIO Á LOS LECTORES DE LAS DOS PERLAS LITERARIAS, PRESENTÁNDOLES ALGUNOS APUNTES BIOGRÁFICOS DEL CÉLEBRE AUTOR

Mr. Alfonso de Lamartine.

Nació este famoso y distinguido personaje por los años de 1792, siendo su padre un noble de provincia de las orillas del Saona. Su primera juventud la pasó en la oscuridad y ocupado solo en estudios, viajes y en la vida retirada del campo. Durante este tiempo habia hablado mucho con la naturaleza, con los libros, con su corazon y con su pensamiento, y cobrado un grande odio hacia el imperio, cuya servidumbre, gloriosa solo en el exterior, era en el interior pálida y sombría. La lectura de Tácito, sublevaba su alma contra la tiranía del nuevo César. Oriundo de una familia militar, religiosa y realista, habia ingresado Lamartine en los guardias del rey á la vuelta de los Borbones, como todos los jóvenes de la antigua nobleza provinciana; bien que, disgustado luego del servicio en tiempo de paz, hubo de retirarse para volver de nuevo á su independencia y á sus escursiones por el mundo. Entonces publicó algunas poesias que dieron á conocer su nombre; encargándose desde luego de proteger esta reputacion naciente M. de Talleyrand, M. Pasquier, M. Mounier, M. Royer Collard, M. de Broglie, M. de Bonald, y muy especialmente M. de Lainé, bajo cuyos auspicios entró á servir en la carrera diplomática. Conocidas despues sus opiniones liberales y constitucionales, disgustaron extraordinariamente á la corte; así que, su carácter independiente perjudicó sus adelantos, no siendo ascendido á ministro plenipotenciario en Grecia hasta el año de 1830.

Verificada por este tiempo la revolucion de julio, presentó Lamartine la dimision de su destino por respetos á la fortuna adversa de los reyes á quienes habia servido, y no queriendo participar de la fortuna próspera de los nuevos reyes, recientemente elevados. Encaminóse algun tiempo despues á Oriente; en cuyo viaje empleó dos años, y le pareció que el horizonte del mundo habia ensanchado su pensamiento. Y es que, tanto cuanto nos entristecemos á la vista de las ruinas de los imperios, otro tanto queda fortificada nuestra filosofia, porque vemos á la manera que desde las alturas de una cúspide geográfica salir, crecer y perderse las razas, las ideas, las religiones, los tronos y los pueblos. Unicamente percibimos á la humanidad trazando su carrera y multiplicando sus puntos de parada en el camino de lo infinito; pero vemos mas claramente á Dios al final de la ruta que siguen en caravana las naciones. Indagamos el objeto que se propuso la Divinidad en la civilizacion de los pueblos; y hé aquí que creemos distinguirle despues de haber adquirido la fe en el progreso indefinido de las cosas humanas. La política de este ó el otro tiempo, de tal ó cual pais, se reduce y desvirtua; la política universal y eterna se presenta siempre la misma; se sale hombre y se vuelve filósofo, adoptando por todo partido, el partido de Dios. La opinion se convierte en una filosofia, y la política en una religion; tal es efecto de los largos viajes, y tal el de los profundos pensamientos ocurridos cuando se atraviesa por el Oriente. Solo se comprenden como en el fondo de un abismo incomprendible los secretos del lecho del Océano, antes que el Océano se seque; otro tanto acontece con los pueblos; la historia no comprende á estos hasta que dejaron de existir.

Mientras su viaje á Oriente, fué elegido Lamartine diputado por el departamento del Norte, desempeñando este cargo por espacio de doce años, enteramente aislado de los partidos, buscando el camino de la verdad y la luz de la filosofia en todo, tomando la palabra y usándola ya en pró ya en contra del gobierno, sin profesar odio ni afecto alguno á la nueva dinastia, viéndola reinar en calma, y solo dispuesto á protegerla cuando gobernase segun los

principios de una democracia progresiva en derecho y en poder, ó á resistirla cuando emprendiese una marcha de reaccion ó retroceso.

Los principios políticos del diputado eran entonces los de la verdad eterna, aquellos que se encuentran en el gran libro, llamado *El Evangelio*: la igualdad de los hombres ante Dios, puesta en práctica aquí en la tierra, por medio de leyes y formas de gobierno, que dan al mayor número y dentro de poco darán á la universalidad de los ciudadanos, una parte idéntica de intervencion personal en el gobierno, y tras de esta los beneficios morales y materiales de la sociedad humana.

Pero, esto no se opone á que Lamartine reconociese como reconocia en efecto el gobierno de la razon por de mejor indole que la soberanía brutal del número, puesto que, siendo á sus ojos la razon el reflejo de Dios sobre el género humano, la soberanía de la razon era la soberanía de Dios. No llevaba hasta lo quimérico sus ideas de igualdad violenta y actualmente imposible de las condiciones sociales, ni comprendia sociedad alguna civilizada sin las siguientes tres bases que parecen dadas por el mismo instinto, ese gran descubridor de verdades eternas, á saber: el Estado, la propiedad y la familia. Se horrorizaba solo al pensar en el comunismo de bienes, que ha de envolver necesariamente el comunismo de la mujer, del hijo, del padre, de la madre, y el embrutecimiento de la especie, compadeciéndose del socialismo en sus diferentes fórmulas, *sansimoniana*, *fourrierista*, *espropiacion del capital*, á pretexto de emancipar y multiplicar el producto. Ciertamente que la propiedad como todo lo demas le parecia susceptible de perfeccion en virtud de instituciones que la desenvuelva, en vez de aniquilarla; pero en su concepto la forma mas libre y perfecta de asociacion entre el capital y el trabajo era el salario protegido, puesto que este es la proporcion exacta, libremente combatida entre el valor del trabajo y las necesidades del capital, proporcion espresada en todo pais libre por lo que se llama *conurrencia*.

Ultimamente, penetrado de las ventajas de la propiedad, ver-

dadero derecho de ciudadanía de los tiempos modernos, aspiraba á extinguir gradualmente el proletariado, llamando á la propiedad mas estensa al mayor número posible y despues á la universalidad de los ciudadanos; bien que reconociese siempre que la primera condicion de este llamamiento sucesivo de una parte de la propiedad en la mano de todos, debía ser el respeto á la propiedad en la mano de los propietarios, de los comerciantes y de los industriales, elevados ya á esta dignidad y bienestar por el trabajo y por el derecho hereditario de la familia. Desposeer á los unos para enriquecer á los otros, le parecía á Lamartine en vez de progreso un despojo ruinoso para todos.

Con tales ideas acerca de la parte social de la revolucion que muy en breve iba á efectuarse ó mas bien acerca del gobierno que debería establecerse en provecho de las masas, llano es suponer que el diputado por Macon no se presentaria, como no se presentó en efecto, en algunos de aquellos banquetes oposicionistas, dados en Paris y en otras ciudades de Francia á fines de 1847; parecióle desde el principio á Lamartine, que semejantes demostraciones confusas y turbulentas, ó no alcanzarían ó pasarían el limite de su oposicion. Esto, no obstante, cuando llegó el momento critico de hacer frente á las arbitrariedades del poder, cuando el someterse á las exigencias de un ministro, hubiera sido, como dijo el mismo Mr. Alfonso, poner el cuello de la Francia bajo los piés del funcionario, ya entonces abogó por el derecho de reunion, y, lo que es mas, hizo cuanto pudo por sostener á la oposicion parlamentaria en su primera idea de concurrir al banquete preparado en Paris para los últimos dias de febrero.

Llegado el 24 de este mes y año de 1848, dióse principio á aquel drama sangriento representado en las calles de la capital de Francia, que no terminó sino con la muerte de una multitud de ciudadanos y la abdicacion de Luis Felipe; pues bien, en esta ocasion no desempeñó Lamartine otro papel que el de pacificador de los amotinados y director de la revolucion por el camino mas corto y que menos trastornos políticos y sociales ocasionase al país. Sin

haber tenido de antemano la menor parte en todo lo que fuese conjuracion contra la monarquia, el diputado por Macon se habia acostado la vispera afligido por la sangre vertida en el boulevard, pero confiando al propio tiempo en que la noche, durante la cual cesó la lucha, y algunas concesiones del monarca al dia siguiente, pondrian total fin al movimiento. Y á la verdad, no perteneciendo Lamartine á ningun partido en la Cámara, faltó absolutamente de cómplices en las calles y retenido en cama por una indisposicion ligera, ¿qué necesidad tenia él de salir de su inaccion?

No obstante, serian las diez y media de la mañana del dia siguiente, cuando uno de sus amigos fué á decirle, que se temía una invasion del pueblo en la Cámara. Entonces se levanta precipitadamente Lamartine, bien que teniendo aun por imposible que 50,000 soldados reconcentrados en Paris no hubiesen podido sofocar el movimiento, y la idea sola del peligro á que pudieran verse espuestos sus compañeros, le hace dirigirse corriendo á participar de él. La popularidad y el aprecio de que gozaba dentro y fuera del sagrado recinto, podia hacer su presencia útil y su intervencion necesaria para proteger la vida de los diputados ó de los ciudadanos. Ahora, por lo que toca á la cuestion politica, esta le parecia resuelta por de pronto, con la abdicacion, verificada ya del rey; así es que salió de su casa por un sentimiento de honor, de ningun modo por la politica, pues creia decidida la crisis. Momentos antes de poner el pié en la calle, dijo: «El dia de ayer ha sido un 20 de junio: una monarquia desarmada que capitula bajo el fuego de las descargas, no es ya una monarquia; el 10 de agosto viene detras, pero todavía está lejos.»

Solo y á pié llegó Lamartine á la Cámara de diputados, donde le aguardaban bajo el pórtico siete ú ocho personas, completamente desconocidas de él, pero cuya mayor parte eran periodistas de la oposicion y algunos hombres activos, conocidos desde 1830 por sus opiniones republicanas del carácter de las del *National*. Rodeado el diputado por ellos, en los corredores de la Cámara, vióse en la precision de otorgarles una conferencia secreta, que le pedian con

premura, en una sala interior del edificio. Entonces, uno de los republicanos tomó la palabra á nombre de todos, y dijo á Lamartine: «El tiempo vuela, los acontecimientos nos amenazan con un resultado desconocido; nosotros somos republicanos, y nuestras convicciones, nuestras ideas y nuestras vidas están dedicadas á la república. No habíamos de negarlo precisamente en el momento en que nuestros amigos derraman su sangre fuera de aquí por esta causa: ella será siempre el alma de nuestras almas, el objeto supremo de nuestras esperanzas, la tendencia constante de nuestros actos y escritos: en una palabra, no la abandonaremos nunca; pero podemos aplazarla y suspenderla ante otros intereses superiores, según nosotros, á los de la república misma, los intereses de la patria. ¿Está la Francia madura para esta forma de gobierno? ¿La aceptaría sin resistencia? En el caso de plegarse á ella, ¿no cometería despues ninguna violencia? Hé aquí los escrúpulos y las dudas que nos asaltan; pero á pesar de todo es preciso decidirse. El pueblo invoca vuestro nombre y confía en vos; sois, pues, el hombre de las circunstancias. Lo que digais será aprobado, lo que hagais se tendrá por bien hecho. El reinado de Luis Felipe ha concluido, y ya no es posible una avenencia entre él y nosotros: pero hay un término medio; la continuacion de la monarquía temporal bajo el nombre de un niño, bajo la débil mano de una mujer, y bajo la direccion de un ministro popular mandatario del pueblo y querido de los republicanos. ¿Quereis vos ser el ministro, el tutor de la dignidad real moribunda y de la libertad naciente, gobernando á esta mujer, á este niño y á este pueblo? Tened entendido que en semejante caso, el partido republicano se os entrega auténticamente por nuestro órgano, y que estamos prontos á comprometernos de una manera solemne para colocaros en el poder por la fuerza irresistible ya de la revolucion, á sosteneros en vuestro puesto y aun perpetuaros con nuestros votos, nuestros discursos, nuestras sociedades secretas y hasta con nuestras fuerzas disciplinadas en medio del pueblo.» Al llegar aquí el orador entusiasta y concienzudo cesó de hablar, dando sus colegas las mayores muestras de asentimiento á

este discurso con su silencio y sus ademanes. Entonces Lamartine, previo un momento de silencio y de reflexion, dijo, entre otras cosas:

«Aunque no soy republicano de raza, es decir absoluto, como vosotros, voy á probaros que lo soy político, es decir más republicano que vosotros mismos. Créo deber rehusar en este momento la cooperacion que teneis á bien ofrecerme para aplazar la república, dado caso que esta haya de nacer en hora determinada: como republicano político os declaro que no conspiro, que no destruyo, que no deseo siquiera actualmente la caída del trono; pero una vez en tierra por sí mismo, no seré yo seguramente el que trate de levantarle, ni seguiré otro movimiento que el mas pronunciado, esto es, el de la república. Voy á deciros el por qué.

El pueblo tranquilo quizás esta noche con la proclamacion de la república, volverá á la carga mañana para conquistar otra innovacion, y sucederá al cabo que habiendo obtenido en cada una de estas manifestaciones una semi-concesion, se habrá llevado hasta el último resto del poder. Las masas serán impelidas por otros republicanos más ardientes que vosotros, y esto cuando solo hayais dejado al trono lo suficiente para irritar á la libertad y sin lo necesario para contenerla. Un trono así será objeto constante de las oposiciones, de las sediciones y de las agresiones de la multitud; del 20 de junio ireis á dar en el 10 de agosto, y de aquí en las terribles jornadas de setiembre. Hoy se pediría á este poder débil el cadalso en el interior y mañana la guerra nacional en el exterior; no podría negar nada sin esponerse á ser violentado; escitariais al pueblo á verter sangre. Desgraciada y horrorosa revolucion si llegase á tomarla el gusto! Traeria en pos de sí el 93 de la miseria, del fauatismo y del socialismo. La guerra civil fomentada por el hambre contra la propiedad, pesadilla de los utopistas, vendria á ser la realidad momentánea de la patria. Por haber querido detener á una mujer y á un niño en la pendiente de un destronamiento pacífico, hariais que

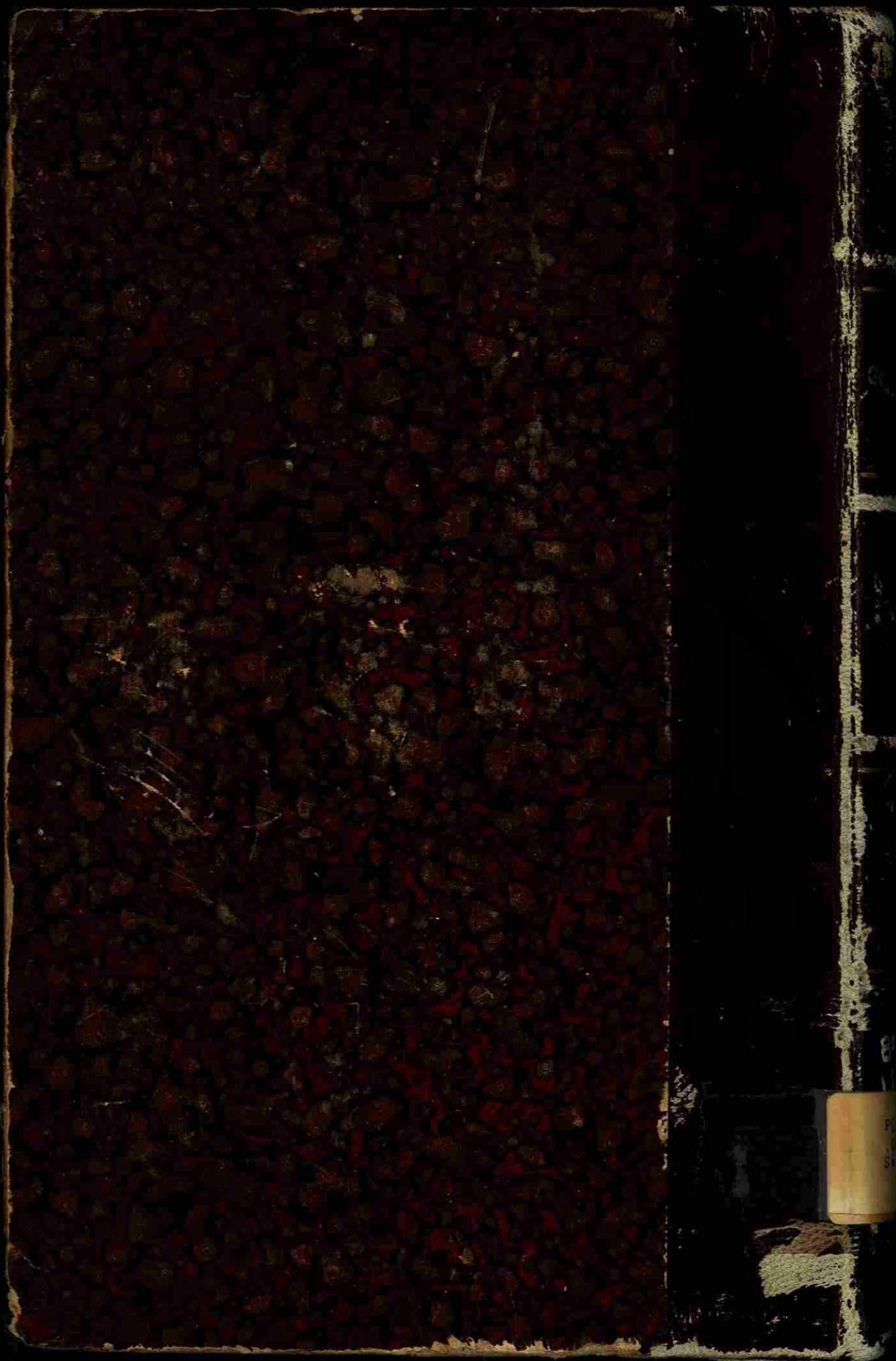
rodaran la Francia, la propiedad y la familia por un precipicio de anarquía y que cayera finalmente en un abismo de sangre.

Pero confío aun que Dios alejará esta crisis de nuestro país: y por lo que á mi toca os repito, que yo acepto las revoluciones pero no las hago. Para echar sobre sí la responsabilidad de un pueblo, es preciso ser un malvado, un loco, ó un Dios.» — Lamartine dice bien, exclamó entonces uno de los interlocutores. — Sepáramonos y obrad como mejor os parezca, añadieron los otros, dirigiéndose al diputado. — Así sucedió en efecto, Lamartine se entró en el salón de las sesiones y los republicanos salieron del edificio.

Difícil y ageno de este sitio sería referir uno por uno todos los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella sesión borrascosa, y aquel día memorable (el 24 de febrero) en que quedó proclamada la república y nombrado un gobierno provisional en Francia; así que, baste saber que Mr. de Lamartine formó parte de dicho gobierno; que este honrado y celoso diputado, dando pruebas de una serenidad y un valor admirables, hizo los mayores esfuerzos y consiguió al fin restablecer el orden público fuertemente alterado en el seno de la representación nacional, en las calles y en las plazas de París; que combatió luego tenazmente y triunfó de la anarquía en el *Hôtel-de-Ville* y otros puntos, y por último, que, encargado del ministerio de Negocios extranjeros, y á favor solo de su *Manifiesto á la Europa*, impidió que esta se armase contra la Francia, salvando así á su país de una anarquía en el interior y de una guerra en el exterior. Pero todo esto no impidió que al cabo de algún tiempo perdiese su prestigio entre las masas y se viese precisado á retirarse á la vida privada. En ella permanece actualmente el célebre escritor, respetado de su familia, honrado de sus conciudadanos, y siendo la admiración de todos los amantes de la elocuencia y la mas bella poesía.

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

| | Págs. |
|---|-------|
| Retrato de Lamartine (I) | 1 |
| Genoveva y Cipriano (II) | 94 |
| Joaquin, Genoveva y Lamartine (III) | 207 |
| Toussaint-Louverture (IV) | 358 |



P
S